NONO DE PANÓPOLIS

DIONISÍACAS

CANTOS XXV-XXXVI

EDITORIAL GREDOS

NONO DE PANÓPOLIS

DIONISÍACAS

CANTOS XXV-XXXVI

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 319

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ÓSCAR MARTÍNEZ GARCÍA.



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2004.
www.editorialgredos.com

Este trabajo ha sido elaborado en el marco de una ayuda para formación de personal investigador concedida por la Dirección General de Investigación de la Comunidad de Madrid con fondos de la Unión Europea.

Depósito Legal: M. 813-2004.
ISBN 84-249-1687-5. Obra completa.
ISBN 84-249-2703-6. Tomo III.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2004.
Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

LAS *DIONISÍACAS*. CANTOS XXV-XXXVI

La tercera entrega de las *Dionisíacas* de Nono de Panópolis, que se presenta ahora al lector, contiene los cantos XXV-XXXVI y abre la segunda parte de este extenso poema. En ellos encontraremos una mezcla de elementos tradicionales, como la imitación homérica del engaño de Zeus *(Diòs apátē)* o el catálogo de las tropas indias, e innovaciones en el campo de la épica, como son la colección de *parádoxa* y mitos locales poco conocidos, elementos novelescos y eróticos, etc. En definitiva, siguiendo el principio poético de la variación *(poikilía),* Nono emprende la narración de la segunda parte de su «proteica» obra centrándose en el desarrollo de la campaña índica de Dioniso.

En el segundo proemio que abre estos cantos, Nono invoca al autor de la *Ilíada* y, como si en verdad fuera un segundo Homero, proclama la excelencia de su canto en su particular «querella» con los modernos y los antiguos (XXV 27 *néoisi kaì archegónoisi erízōn):* la «materia báquica» supera con mucho la ira de Aquiles. Es tema más noble, afirma el de Panópolis, y digno de ser tratado con más profu-

sión. Como puede verse en las muchas interpelaciones directas al inmortal aedo (XIII 50, XXV 8, 253, XXXII 184, etc.) y las innumerables alusiones a su *Ilíada* y su *Odisea,* Nono es émulo de Homero, pero también su feroz competidor.

Difícil disputa la que plantea el poeta grecoegipcio en los cantos que ahora se ofrecen en traducción castellana. Mas a pesar de la opinión desfavorable de muchos críticos que lo juzgaron un poema inabarcable y ajeno al helenismo [1], las *Dionisíacas* poseen gran calidad literaria dentro de su colorida extensión. En una época que puede ser considerada el «barroco» de la Antigüedad, esta obra conjuga la herencia clásica con la nueva sensibilidad estética de lo que Peter Brown ha denominado con buen tino «la revolución romana tardía» o el «nuevo idioma pagano» [2].

Últimamente, desde la aparición del anterior volumen, los estudios sobre Nono y las *Dionisíacas* han prosperado particularmente. Se aviva el interés, también tardío, por este poeta y han aparecido estudios de gran alcance [3] y traducciones a diversas lenguas modernas [4]. Sigue siendo mucho el

---

[1] Cf., por ejemplo, L. R. Lind, «Un-hellenic elements in the Dionysiaca», *L'Antiquité Classique* 7 (1938), 57-65.

[2] Para la definición de Nono como poeta barroco, cf. G. D' Ippolito, *Studi Nonniani. L'epillio nelle «Dionisiache»,* Palermo, Presso l'Accademía, 1964, págs. 44-57. Véase también P. Brown, *The World of Late Antiquity,* Londres, 1971 = *El mundo en la Antigüedad tardía* [trad. A. Piñero], Madrid, Taurus, 1989, *passim*, en esp. pág. 54 y 95.

[3] Por ejemplo, R. Shorrock, *The Challenge of Epic. Allusive Engagement in the Dionysiaca of Nonnus.* Leiden, Brill, 2001 (Mnemosyne Suppl. 210), o D. Accorinti y P. Chuvin (eds.), *Des Géants à Dionysos. Mélanges de mythologie et de poésie grecques offerts à Francis Vian,* Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2003.

[4] Nonnos de Panopolis, *Les Dionysiaques.* Tome XVIII: Chant XLVIII, París, Les belles lettres, 2003, es la última entrega de la traducción al francés, dirigida por F. Vian y aún incompleta. Se está traduciendo, además, al italiano en *Adelphi* y al griego moderno (E. Darbiris, *Nónnou*

trabajo por realizar: la «cuestión noniana», polémica que, sobre la composición del poema, unidad y estructura, se desarrolló a imagen de la «cuestión homérica», continúa dando que hablar a los estudiosos: mucho se ha escrito sobre la trabazón entre los diversos episodios y las numerosas y extensas digresiones, lagunas e incoherencias del poema, desde los estudios analíticos de Collart y Keydell[5] hasta la concepción de las *Dionisíacas* como conjunto de «epilios»[6]. A nuestro parecer existe un hilo argumental en el poema, y los *excursus* y episodios secundarios están enmarcados en un proyecto literario de enorme envergadura y ambición, inspirados en la variación poética y polifonía propia del estilo noniano. Y en el desafío o competición *(erízōn)* que anima en todo momento el poema.

En el caso de Nono, esta cuestión se complica —y casi se centra, en los últimos tiempos— en la temática opuesta de las dos obras que se le atribuyen (la pagana, *Dionisíacas,* y la cristiana, una *Paráfrasis al Evangelio según San Juan):* en esto también parece disputarle protagonismo a Homero, pues la «cuestión noniana» resulta de mayor complejidad, al hacer necesarias consideraciones sobre la religión del poeta, en una época de marcados cambios en la política y en la fe.

Dionysiaká. Tómos A-B, Atenas, Georgiadis, 2002 y 2003). Como curiosidad hay incluso traducción árabe (de un pasaje) en *Malhamat Beirut al-maymuna: qissat al-sira al-jalida min ayl,* Beirut, Manshurat Dar al-Zaqafa, 1999.

[5] P. COLLART, *Nonnos de Panopolis: Études sur la composition et le texte des Dionysiaques,* Le Caire, Publications de l'Institut français d'Archéologie orientale, 1930. R. KEYDELL, «Nonnos» *RE* 33, 1936, págs. 904-920. Para un estado de la cuestión en castellano, véase A. GONZÁLEZ SENMARTÍ, *La poesía de Nono de Panópolis,* diss. Univ. Barcelona, 1977, págs. 170-188.

[6] G. D' IPPOLITO, *Studi Nonniani. L'epillio...*

Las *Dionisíacas,* esta extraña compilación de mitos sobre Dioniso, son mucho más que una enorme epopeya a la manera homérica: el poeta aspira a tocar todos los temas y estilos. Desde el nacimiento y hazañas del dios —su insólita cruzada contra los indios— hasta la apoteosis final, hallaremos en el poema un abigarrado mosaico de *ekphráseis,* encomios, aventuras eróticas y novelescas, epigramas, epitafios, imitaciones de idilios, *thrênoi,* y rastros de los trágicos[7]. En su paráfrasis cristiana Nono trata de ennoblecer el lenguaje llano del *Santo Evangelio* de Juan con su peculiar estilo lleno de repeticiones, amplificaciones retóricas y atrevidas innovaciones —referencias dionisíacas y vocabulario épico referido a Cristo y, viceversa, posibles referencias al cristianismo en su obra pagana[8]—. Solamente a partir de estas dos obras conservadas hay quienes afirman que Nono se convirtió al cristianismo en algún momento, habiendo escrito primero las *Dionisíacas* y después la *Paráfrasis,* e incluso quienes sostienen que la misma persona no pudo escribir ambas obras[9]. Muchas son las teorías sobre la iden-

---

[7] En la épica de Nono también «influye la tragedia con su *páthos*», como afirma A. Lesky, *Geschichte der griechischen Literatur* (2.ª ed.), Berna, 1963 = *Historia de la literatura griega* [trad. J. M. Díaz Regañón], Madrid, Gredos, 1969, pág. 849. Otros estilos y géneros, mayores y menores, hacen su aparición en retazos. Cf., por ejemplo, B. Harries, «The pastoral mode in the Dionysiaca» en N. Hopkinson, *Studies in the 'Dionysiaca' of Nonnus,* Cambridge, Cambridge Philological Society, 1994, págs. 63-85.

[8] Varios ejemplos que se suelen discutir: Dioniso «lloró para liberar a los mortales del llanto» (XII 171) y Sémele, su madre, es «dichosa entre todas las hijas de Cadmo» (IX 71). Véanse las páginas que se dedican a Nono en V. Ebersbach, «Zwei blutige Erlöser-Dionysos und Christus», en G. Schuppener y R. Tetzner (eds.), *Glaube und Mythos,* Arbeitskreis für Vergleichende Mythologie e.V., Leipzig, 2000, págs. 43-62.

[9] Cf. L.F. Sherry, *The hexameter paraphrase of St. John attributed to Nonnus of Panopolis,* Diss. Univ. Columbia, 1991.

tidad de Nono: una de las más atrevidas, que lo identificaba con un obispo de Edesa del mismo nombre[10], ha sido recientemente superada por los argumentos de Alan Cameron[11]. La cuestión, sin embargo, queda abierta al estudio.

Pero la historia de las letras no quiso que Nono limitara su querella a *néoisi kaì archegónoisi:* la posteridad se hará cierto eco de esta obra hiperbólica. Recordemos que fueron muchos y de renombre los lectores de Nono, sobre todo en los dos siglos inmediatamente posteriores a la aparición de las *Dionisíacas*. Pronto surgió un buen número de imitadores: Nono era uno de los pocos autores «modernos» que se leían, junto a Homero, Eurípides o Menandro, en las escuelas y salas letradas del Egipto de su época[12]. Y esto se nota en las obras de sus casi contemporáneos: su obra dejó una huella importante desde su época hasta la caída de Constantinopla[13]. En algún momento de su transmisión, la obra pa-

[10] E. Livrea, «Il Poeta ed il Vescovo, la questione nonniana e la storia», *Prometheus* 13, 2 (1987), 97-123.

[11] A. Cameron, «The poet, the bishop and the harlot», *GRBS* 41 (2001), 175-188. Cf. también la réplica de Livrea en «The Nonnus Question Revisited», en D. Accorinti y P. Chuvin (eds.), *Des Géants à Dionysos...*, págs. 447-455.

[12] K. Treu, «Antike Literatur im byzantinischen Ägypten im Lichte der Papyri», *Byzantinoslavica* 47.1 (1986), 1-7. La *querelle des anciens et des modernes* se remonta a mucho antes que la francesa, como recuerda E. R. Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter* = *Literatura europea y Edad Media latina* [trad. esp. M. Frenk Alatorre y A. Alatorre], México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pág. 354 ss.

[13] La lista es larga, ya desde el siglo v: Pamprepio, Museo, Coluto de Licópolis, Cristodoro de Copto, Agatías, Pablo Silenciario, Juan de Gaza, Dioscoro de Afrodito, etc. (para su catálogo, véase R. Keydell, «Nonnos und die Nonnianer», en *Die griechische Poesie der Kaiserzeit; Part II; Bursians Jahresbericht*, vol. CCXXX, 1929, págs. 41-161, o A. Cameron, «Wandering poets: A Literary Movement in Byzantine Egypt», *Historia* 14 [1965], 470-509). En época bizantina, Jorge de Pisidia (s. vii), el

rece haber sufrido casi una *damnatio memoriae* que borró la autoría de una parte de la tradición manuscrita. La recepción posterior será más limitada, pero merece un breve comentario final.

A raíz de la traducción del poema de Nono al latín a comienzos del XVII[14], una serie de poetas y hombres de letras se interesarán en las *Dionisíacas*. Desde que Marino, en la Italia del diecisiete, se convirtiera en el primer gran imitador de Nono en una lengua moderna, muchos autores han versionado no sólo la epopeya de Dioniso, sino incluso la propia vida del poeta Nono, recreando en la ficción su ignota biografía.

Giambattista Marino (1569-1625), poeta barroco, sigue de cerca a Nono en *La sampogna* en poemas como el *Adone*, el *Atteone* y otros[15]. Damiani estudiaba la influencia del que podría definirse con justicia el «último poeta pagano» de la antigüedad, sobre Marino[16], al que hemos de considerar paralelamente último poeta de tema pagano: una mitología barroca y una poética abigarrada y atractiva empareja, a mi entender, a ambos autores[17].

En la Francia barroca, la traducción latina también da sus frutos y aparecen una serie de versiones cortesanas que

historiador Genesio (s. X), el *rhḗtor* Teodoro Hirtaceno (s. XIV), el monje Máximo Planudes, etc. (para más detalles, véase D. Hernández de la Fuente, *Greek, Roman and Byzantine St.* 43.4 (2002/3), 397-407.

[14] E. Lvbinvs, *Nonni Panopolitae Dionysiaca,* [...]. Hanoviae, typis Wechelianis apud Claudium Marnium et heredes Iohannis Aubrii, 1605.

[15] Cf. para el idilio *Atteone,* de 1608, Giovan Battista Marino, *La Sampogna,* V. De Malde (ed.), Parma, 1993, págs. 137-189

[16] G. F. Damiani, *L'ultimo poeta pagano,* Turín, 1902. Recientemente, F. Tissoni ha estudiado esta influencia (cf. F. Tissoni, *Nonno di Panopoli. I canti di Penteo* [*Dionisiache 44-46*], Florencia, 1998, 56-61).

[17] Para otros lectores de Nono, cf. L. R. Lind, «Nonnus and his readers», *Res Publica Litterarum* 1 (1978), 159-170.

presentan al Dioniso de Nono como héroe amoroso y cortés: la *Ariadne* de Claude Garnier, dedicada en 1605 a la duquesa de Longueville, es la primera de ellas. Le seguirán otras dos versiones, de 1625 y 1631 respectivamente[18]. La docta Alemania del XVIII y la Inglaterra del XIX acogen al poeta de Panópolis con más reservas y escasa repercusión literaria[19]; sólo lo suficiente para mantener vivo su estudio académico.

Pero también hay, como decíamos, obras de ficción dedicadas directamente a Nono de Panópolis, que juegan con las incógnitas de su vida. Destacamos el relato «The poet of Panopolis» en el libro *The Twilight of the Gods* (1888) de Richard Garnett, cultísimo bibliotecario de la Británica, o, más recientemente, la novela *Im Garten Claudias* (1970) de Margarette Riemschneider, estudiosa de las *Dionisíacas* que rindió así homenaje literario a la época y al autor (subtitúlase *Roman über den letzten grossen Dichter der Antike)*.

Si en el volumen anterior citábamos a Goethe[20] y Cavafis para terminar, en esta ocasión concluiremos con otro escritor que ha sabido apreciar la obra del poeta de Panópolis. Quizá parezca que Nono ha sido el gran olvidado en su disputa con Homero, que su derrota en esa «querella» que planteaba es más que obvia. Sin embargo, el placer barroco —casi rococó— de su lectura aún puede robarle admiradores a la *Ilíada:* Stefan George recuerda, a propósito de Mallarmé, «cómo a veces los arduos versos del apasionado egipcio, que

[18] C. BOITET DE FRAUVILLE, *Les Dionysiaques, ou les voyages, les amours et les conquestes de Bacchus aux Indes*, traduites du grec de Nonnus Panopolitain, París, R. Fouët, 1625, y P. DE MARCASSUS, *Les Dionysiaqves, ov, le parfait heros* / de l'inuention du Sieur de Marcassvs. A Paris: chez Tovssainct dv Bray..., 1631, inspiradas en Nono.

[19] Un ejemplo es la traducción alemana de J. J. BODMER, *Moschus: Die geraubte Europa, von Moschus / Dieselbe von Nonnus*, Zúrich, 1753.

[20] Cf. sus alusiones a Nono en E. GRUMACH, *Goethe und die Antike: eine Sammlung*, 1, Berlín, W. de Gruyter, 1949, págs. 276, 282, 293, 321-322.

corren y gritan como ménades, nos llenaron de voluptuosidad, más que los del viejo Homero»[21].

ESTRUCTURA Y TEMÁTICA DE LOS CANTOS XXV-XXXVI

Pese a su extensión y numerosas digresiones, creemos que las *Dionisíacas* siguen un proyecto definido. Así, dentro de su plan general, los cantos que se presentan en este libro (XXV-XXXVI) son fundamentales en la epopeya de Dioniso. Por una parte, abren la segunda mitad del poema, con una nueva invocación a las Musas y a los poetas de los que se siente heredero Nono (principalmente Homero y Píndaro). Tras la pausa, por otra parte, se reanudan los combates de la guerra índica. Una profecía señala que aún faltan seis años para la victoria de Dioniso[22].

Desde el canto vigésimo quinto, marcado por un segundo proemio y un juicio retórico de Dioniso, se retoma la narración guerrera con *imitatio* homérica. Así, el canto XXVI expone un catálogo de soldados y ciudades indias, dando pie a algunas narraciones fabulosas sobre la India. A continuación, la asamblea de los dioses y la narración de las batallas y principalías alternan con la disputa entre los dioses que se alinean en cada bando. Las digresiones de mayor importancia son dos, entre los cantos XXXI y XXXV: por un lado, el engaño de Hera a Zeus para hacerle dormir y poder infundir la locura en Dioniso (episodio de clara inspiración homérica). La segunda, más original, es la historia de desa-

---

[21] S. George, *Blätter für die Kunst* 5, 1892-1893, pág. 392. La referencia y el texto, en la traducción española que citamos, están en E. R. Curtius, *Literatura europea...*, pág. 562.

[22] Siguiendo el modelo de Homero, *Ilíada* II 308 ss.

mor del indio Morreo y Calcomede. El canto trigésimo sexto cierra este tomo con la batalla de los dioses y el primer combate singular entre el rey de los indios, Deríades[23], y Dioniso, tras la curación de su locura.

Veamos ahora, sin ánimo exhaustivo, el contenido de cada uno de los cantos que se presentan en este libro, junto con los aspectos más interesantes para el lector. Algunos de ellos se desarrollarán con más detalle en las notas al texto.

Canto XXV

El canto XXV abre la segunda parte del poema de Nono con un segundo proemio y un «juicio de Dioniso». El poeta tratará de demostrar por partida doble la excelencia de las *Dionisíacas:* por un lado, su héroe, Dioniso, y la «materia de la India» (es decir, el tema de la guerra de Dioniso contra los indios) son superiores a cualquier otro argumento de la épica precedente. La nueva invocación a las musas y a Homero[24] y Píndaro, que se evidencian como modelos literarios del poeta (vv. 1-30), va seguida de una larga comparación retórica entre Dioniso y otros héroes, hijos de Zeus, como son Perseo (31-147), Minos (148-174) y Heracles (174-252). La *sýnkrisis* más extensa se refiere a Perseo y minimiza con ironía todas las hazañas de este héroe: matar a la Gorgona o al *kêtos* que amenazaba a Andrómeda queda en nada si se compara con la guerra contra los indios y los Gi-

---

[23] Hay una curiosa etimología propuesta para el nombre Deríades (normalmente provendría de *dêris,* «combate») en J. W. MacCrindle, *Ancient India as described in Classical Literature,* Amsterdam, Philo Press, 1971, pág. 197, n. 1: podría ser una adaptación del sánscrito Duryodhana, nombre de uno de los héroes del *Mahabharata.*

[24] Como el canto XIII 50, donde llama a Homero «gran puerto de bellas palabras».

gantes. También su familia pierde ante la de Dioniso: Dánae frente a Sémele y Andrómeda frente a Ariadna[25].

Acabada la comparación y tras una nueva invocación a Homero (vv. 253-263) y a la Musa, se presenta la descripción del escudo de Dioniso, regalo de los dioses, a imitación de la *Ilíada*[26]. Atis es el encargado de traerlo y arengar a Dioniso (300-379). Mención aparte merece esta *ékphrasis* del escudo de Dioniso y las escenas que se representan en él (vv. 380-572): tras una imagen del cosmos y los breves episodios de la fundación de Tebas[27] y el rapto de Ganimedes, se narra extensamente un raro mito de resurrección. Es un mito local lidio que hace referencia a la muerte de Tilo, mordido por una monstruosa serpiente, y a su resurrección (vv. 451-552)[28]. En él, como se comenta en las notas al pasaje, hallamos paralelismos con la narración noniana de la resurrección de Lázaro en la *Paráfrasis* (XI 1-185) a *Juan* XI, y una curiosa insistencia, que se repite en otros episodios de curación y resurrección[29], en un vocabulario muy particular que sugiere la salvación más allá de la muerte. Se cierra el canto con el mito del nacimiento de Zeus, que es-

[25] Véase la introducción de F. VIAN, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques,* Tome IX: Chants XXV-XXIX, París, Belles lettres, 1990, pág. 38, y D. GIGLI, «Il Perseo nonniano. Osservazioni su uno studio sull'ironia nelle *Dionisiache*», *Prometheus* 7 (1981), 177-188.

[26] Cf. la descripción del escudo de Aquiles en *Ilíada* XVIII 483 ss.

[27] La leyenda de la lira de Anfión (cf. APOLODORO, *Bibl.* III 5 5). La de Cadmo la narra el propio Nono en IV 297 ss. y el trazado de los muros en V 51-84.

[28] Narrado por JANTO DE LIDIA (765 Fr. 3 FGrH Jacoby) y PLINIO (*Hist. Nat.* XXV 14). Cf. J. y L. ROBERT, «Héros de Sardes dans Nonnos, Tylos», *Bulletin Épigraphique* 437 (1979) y G. M. A. HANFMANN, «Lydiaka», *HSPh* (1958), 65-88.

[29] Zagreo en VI 155 ss., Ámpelo en XII 270 ss., Himeneo en XXIX 151 ss., Hera y Dioniso en XXXV 319 ss., Eeria y Téctafo en XXVI 101 ss. y XXX 126 ss., *Paráfrasis* V 10, etc.

capa de la voracidad asesina de Crono (vv. 553-562) y con la llegada de la noche.

Canto XXVI

El canto XXVI reproduce un catálogo de tropas indias, siguiendo el homérico (*Ilíada* II 484 ss.). Se trata de un pasaje de notable interés, pues nos da idea del estado de los conocimientos sobre la India en la época de Nono, siglos después de los grandes geógrafos y de las conquistas de Alejandro. Comienza el canto con una aparición de Atenea, que visita en sueños a Deríades siguiendo un patrón conocido[30] (vv. 1-37). Exhortado por el sueño, el rey indio arma a sus pueblos y se describe cada contingente junto con sus capitanes.

En primer lugar aparecen los lugartenientes de Deríades, Agreo y Flogio, por un lado, Paltanor y Morreo, por otro. Son los únicos personajes indios, junto con Orontes y las esposas Orsíboe y Quirobia, que tendrán una personalidad definida en el poema[31]. Sobre todo Morreo, que en los cantos siguientes será protagonista de una especie de «epilio» amoroso.

---

[30] Atenea toma la forma de Orontes, como el Sueño la de Néstor, para embaucar a Agamenón en Hom., *Il.* II 23 ss.

[31] Orontes, yerno de Deríades, se suicida en XVII 262 ss., en un pasaje que recuerda la muerte de Ayante en Sófocles, 845 ss. Los demás caudillos y pueblos indios aparecen puntualmente: los nombres de los generales seguramente aparecerían en las *Basáricas* de Dionisio (cf. la edición de E. Livrea, *Dionysii Bassaricon et Gigantiadis fragmenta,* Roma, 1973, fr. 1-3), un poema de temática dionisíaca que pudo inspirar a Nono para cantar la campaña índica. Con respecto a los capitanes y a sus pueblos, véanse las explicaciones de P. Chuvin, *Mythologie et géographie dionysiaques. Recherches sur l'œuvre de Nonnos de Panopolis,* Clermont-Ferrand, Adosa, 1991, págs. 294-312, y de J. W. MacCrindle, *Ancient India...,* págs. 197-200.

El catálogo continúa a partir del verso 72 con la mención de varios pueblos, cada uno de los cuales presenta peculiaridades que el poeta se recrea en resaltar: destacan los «orejotas» *(ouatokoîtai),* cuyas orejas son tan grandes que se envuelven en ellas para dormir. Hay, pues, una colección de rarezas siguiendo un gusto muy postalejandrino: la historia de Téctafo, amamantado por su propia hija Eeria para salvar su vida (vv. 101-145)[32]; los soldados de Arizantia y los prodigios de esa tierra: un árbol que da miel, las aves catreo y orión (vv. 183-217)[33]; una discusión naturalista sobre la India y Egipto con menciones al hipopótamo (222-249) y los elefantes (295-338), la descendencia del caudillo Areto, que nació muda tras un prodigio (250-294), etc. La mención del ejército de las trescientas islas da lugar a una interesante digresión sobre el Indo y el Nilo, exponiendo las dos teorías principales sobre sus fuentes. Y así, entre historias extrañas y prodigiosas, se va desgranando el oscuro catálogo de los pueblos indios y sus aliados: aracotas y derseos (vv. 146-151), cireos (173-182), derbices, etíopes, blemios, etc. (339-349).

Alguna historia más individualizada da color al catálogo, como la del general Habrátoo, un indio traidor a Deríades que lucha secretamente por Dioniso (vv. 152-172), igual que el rey de los zabios, Paltanor. El rey Deríades, que reina sobre esta variegada confederación de pueblos de piel

---

[32] El padre amamantado por la hija es un motivo del *folktale* que aparece en la literatura desde antiguo (véase, por ejemplo, el *Childe Harold* de Lord Byron). Para esta episodio en Nono véase el estudio de C. MAINOLDI, «Eria e Tectafo nelle Dionisiache di Nonno», en *Pietas e allattamento filiale. La vicenda, l'exemplum, l'iconografia. (Coll. Urbino, 2-3 magg. 1996),* Urbino, Quattro Venti, 1997, págs. 161-170.

[33] Véase el artículo de F. VIAN, «À propos de deux oiseaux indiens: l'orion et le catreus», *Koinonia* XII 1 (1988), 5-16.

oscura, es citado finalmente, junto a su genealogía, en los versos 350-365. Para Nono, los egipcios son de raza negra y se alían con etíopes y blemios, que son también oscuros: notamos una especie de maniqueísmo y acaso un asomo de racismo en la lucha de Dioniso contra estos pueblos. El elenco termina con la caída de la noche, la cena y el descanso de las tropas previo a la batalla.

Canto XXVII

En este canto el comienzo está cargado de presagios sobre la batalla inminente. Ya al amanecer Zeus derrama una lluvia de sangre (vv. 1-18) como también sucede en la *Ilíada* (XI 53 y XVI 459). En ambos bandos las tropas están preparadas y ya sólo resta la arenga de cada general. En primer lugar tenemos el discurso pronunciado por Deríades (vv. 19-145): el rey de los indios afirma su superioridad frente a Dioniso, acentuando más aún su impiedad como enemigo de los dioses lleno de *hýbris*. Deríades cumple con el papel de «teómaco» que le asigna Nono injuriando a Dioniso, a quien no considera un dios, y también a los Olímpicos. Tras aludir al vergonzoso episodio de Licurgo[34], el rey indio amenaza con vencer a Atenea, arrebatarle a Zeus sus armas (como ya hiciera Tifón en los cantos I y II) y esclavizar a Hefesto en su taller. También alude a otros hijos de Zeus para demostrar que Dioniso no es invencible ni inmortal: Éaco, hijo de Egina, Dárdano, hijo de Electra y fundador de la estirpe troyana, y Minos, hijo de Europa, etc., y concluye así su discurso lleno de bravatas y alusiones mitológicas para amedrentar a los de Baco.

[34] Cf. XX 149 ss., XXVI 22 *et al.* y el episodio en HOMERO, *Il.* VI 130-140.

Por parte dionisíaca, y tras describir el orden de los ejércitos, Nono expone la arenga del dios a sus tropas (vv. 145-241): una exhortación centrada en los ancestros de Deríades y los indios, el río Hidaspes, el dios Sol-Helio, y la Tierra, que engendró a los indios. Dioniso se refiere a los mitos sobre el Sol y sus descendientes, las Helíades: Lampetia, que guardaba los rebaños de bueyes de Helio en la isla Trinacia (cf. *Odisea* XII 127 ss.), Astris, madre de Deríades, y, por último, aquellas Helíades que lloraron tanto la muerte de su hermano Faetonte, caído en el río Erídano tras ser derribado del carro de su padre por el rayo de Zeus[35].

Tras la aclamación de Dioniso hay un episodio de clara procedencia homérica, la asamblea de los dioses en el Olimpo (vv. 241-341). Esta vez es Zeus quien toma la palabra en medio del banquete de los dioses, con un discurso en el que insta a Apolo, Atenea y Hefesto a ayudar a Dioniso (vv. 250-330). Después de estas palabras de ánimo, los dioses parten hacia el campo de batalla alineados en dos coaliciones: por un lado Apolo, Atenea y Hefesto apoyando a Baco, y por otro Hera, Ares —con sus hijos Fobo y Deimo—, Deméter y el río Hidaspes, junto a los indios (vv. 331-341).

Canto XXVIII

Hay al principio de este canto una escena de batalla que ha dado problemas a los editores del texto, pues claramente no pertenece a este lugar (vv. 1-6) y da idea de las razones que han llevado a muchos a cuestionar la unidad de la obra, como se comentaba más arriba. A continuación se describen los primeros encuentros entre los dos ejércitos (vv. 7-44): el

---

[35] Se trata de uno de los mitos de luto más usados por Nono: las Helíades se transforman en árboles y de sus lágrimas sale el ámbar (cf. OVIDIO, *Met.* II 340 ss.).

orden de batalla y el tumulto del combate tienen aliento homérico[36]. En seguida destaca la figura del guerrero indio Corimbaso y se exponen sus hazañas individuales dando muerte a una serie de soldados báquicos (vv. 45-112): Faleneo, Dexíoco, Clitio —quien le desafía en una breve intervención—, Sebes, Enomao, Tindario y otros muchos mueren a manos de Corimbaso. Su «aristía» está modelada sobre algunas escenas de batalla homéricas (como *Il.* XI 546, a propósito de Ayante y otros pasajes que se comentan en las notas al texto).

Seguidamente tenemos una panorámica general de la batalla, centrada en las muertes más extrañas o «paradójicas» que se producen en el tumulto del combate: un soldado que sigue inspirando respeto después de muerto, un guerrero horriblemente mutilado que ansía seguir luchando, jinetes derribados y arrastrados por el polvo, etc. (vv. 113-171).

La narración se enfoca después en las hazañas de los soldados de Dioniso: en primer lugar los Cíclopes que luchan con armas ígneas (vv. 172-273), y el combate singular entre Halimedes el cíclope y Flogio. El catálogo de los cíclopes está compuesto por muchos nombres, algunos conocidos, como el de Polifemo, y otros que hacen referencia a las virtudes de sus portadores, como Elatreo, Euríalo, Halimedes, etc. En segundo lugar se cantan las hazañas de los Coribantes (vv. 274-330) que logran acorralar al propio rey Deríades al final del canto: sus nombres son también significantes (Damneo, Ocítoo, Meliseo, etc.) y aparecen ya en el canto XIII 135 ss., dentro del catálogo de las tropas de Dioniso, como valiosos aliados del dios. Termina el canto con la batalla en situación favorable para los de Baco, que provocan una masacre entre las filas indias.

---

[36] Imitan la *Ilíada* XIII 128-135 y XVI 215-217.

Canto XXIX

Comienza el canto con los ánimos de la diosa Hera, partidaria de los indios, que infunde en ellos el coraje necesario para el contraataque (vv. 1-14). Éste será el canto que narre las hazañas de Himeneo, un muchachito amado de Dioniso, en la batalla que se desarrolla desde este punto hasta el final del canto. Este Himeneo «de hermosa cabellera» (como Ganimedes en un epigrama de Calímaco, LII 3) es un *erṓmenos* de Dioniso[37]. Se le puede confundir con el dios del matrimonio (XXXVIII 137 y XLIII 5), pero son dos los Himeneos que aparecen en Nono: éste, el mortal, es hijo de Flegias y amado de Dioniso, y el inmortal es hijo de Urania y compañero de juegos de Eros (XXXIII 64 ss.). En XXIV 88, Urania salvará al mortal por llamarse como su hijo y aparecerá igualmente en el catálogo del canto XIII al mando de las tropas beocias. Aquí, sus hazañas se desarrollan entre los versos 15-48, hasta que es herido por Melaneo (vv. 49-86), incitado por las palabras de un indio anónimo (a imitación de la escena de Laódoco y Pándaro en *Il.* IV 86 ss.). Melaneo encontrará la gloria y la muerte en este canto.

Nono presenta entonces una escena de tintes eróticos sobre la curación de Himeneo por Dioniso (vv. 87-178). La herida del muchacho, en el muslo, es un pretexto para compararle con el hermoso Adonis (136) y recordar su historia[38]: su curación, por otra parte, recuerda a la de Ares a manos de Peán (*Ilíada* V 902 ss.), pero también introduce los elementos propios de las historias de curación y resurrección comentadas a propósito del canto XXV.

---

[37] Himeneo recuerda constantemente a otros jovencitos amados por un dios: Jacinto o Atimnio, amados de Apolo (cf. XI 230) o Ámpelo, al que ama Dioniso en los cantos X-XII.

[38] Cf. BIÓN, *Epitafio de Adonis* 7-16.

La escena médica —la primera del canto— concluye felizmente y se vuelve a la narración de las hazañas de esta pareja de amantes. Seguidamente tienen lugar las proezas de Aristeo (vv. 179-192) y diversos lances guerreros de las tropas comunes de Dioniso: estas se divididen en Cabiros —Eurimedonte y Alcón— y Coribantes por un lado (193-224) y por otro Bacantes y Basárides (225-255), quienes tienen nombres parlantes, como Eupétale, Cálice, Enone, Estáfile, Trigia, etc. Los indios contraatacan a continuación, con la figura destacada de Morreo al frente causando grandes estragos entre las mujeres guerreras de Baco (256-263).

La segunda escena de curación se produce precisamente en este lugar, cuando en los versos 264-290 las Bacantes son sanadas por Dioniso a través de diversos «fármacos dionisíacos» como el mirto, el yeso, la hiedra y, cómo no, el vino (todos tenían usos curativos en la Antigüedad). Tras este episodio, que guarda grandes semejanzas con otras curaciones en Nono, cobran coraje de nuevo las tropas de Dioniso, causando una desbandada general entre los indios y la muerte de Melaneo, flechador de Himeneo (vv. 291-322). Se cierra el canto con una curiosa escena: el sueño de Ares (vv. 323-381). Aquí Nono invierte el célebre mito del adulterio de Afrodita con Ares (*Odisea* VIII 266 ss.) y es Ares quien teme que Hefesto reconquiste a Afrodita. El Sueño llega a sugerirle a Ares fabricar una red que capture a los amantes, como la que hizo Hefesto en su día para apresarle a él y a la diosa del amor. Ares, por supuesto, se despierta y sale corriendo para evitar esto, abandonando a los indios a su suerte.

Canto XXX

Tras la apresurada deserción de Ares, Dioniso campea entre los indios durante una docena de versos, pero pronto

se dirige el canto a las hazañas de Morreo, que va cobrar protagonismo: después de un breve diálogo con su rey, Morreo destaca en el combate contra los Cabiros (vv. 44-62), que cuentan con la ayuda de su padre Hefesto. A su vez, Hidaspes asiste a Morreo (63-104), que hubiera sido vencido de no haberle envuelto el dios río en una nube, a imitación de varios pasajes de la *Ilíada* (III 380 ss. sobre Afrodita y Paris, XX 443 ss. con Apolo y Héctor, o XXI 597 sobre Agenor).

Repuesto de este lance, continúa la narración de la «Morreida» con la muerte del pantomimo Flogio (vv. 105-127). A su lado destaca el indio Téctafo, cuya historia ya conocemos por el catálogo del canto XXVI, quien lucha con brío hasta que recibe la muerte de Eurimedonte, uno de los Coribantes: su hija y paradójica nodriza, Eeria, llora desde las murallas por no haber podido salvarle una segunda vez[39], como ya hiciera cuando le ofreció la leche de sus pechos (vv. 127-186). Hay un breve diálogo entre el padre moribundo y la hija, que recita una especie de epitafio para la ocasión en tono epigramático (v. 185).

Se retoma a continuación el elenco de las proezas de Morreo, que da muerte a Dasilio y diezma las filas de las Ménades: Eurípile, Estérope, Estáfile, Codone y Alcímaca (vv. 186-225). Las dos últimas serán muy lloradas y recordadas en posteriores ocasiones.

En el bando de Dioniso destaca la breve alusión a los Telquines, que es seguida por las nuevas hazañas del dios a partir del verso 231. Pero su desarrollo se ve menoscabado por una estratagema de Hera, quien ayuda al rey de los indios concediéndole un brillo cegador que causará el terror momentáneo de Dioniso y el repliegue de sus tropas. Atenea

[39] Igualmente hace Andrómaca frente a Héctor en HOM., *Il.* XXII 462.

se aparece a Baco tirándole de los cabellos desde atrás, como hace con Aquiles en la *Ilíada* (I 197), y le infunde coraje. Dice el poeta: «¿A quién dio muerte primero Baco, a quién después, cuando Atenea, insaciable en la batalla, le inspiró valor?»[40]. Y de este modo, el canto concluye como empezó, con una principalía de Dioniso a la manera homérica y con la lista de los caídos a sus manos.

Canto XXXI

Con el final de las hazañas de Dioniso se produce la transición al canto XXXI y se introduce el tema del engaño de Zeus, a imitación del correspondiente episodio homérico *(Ilíada* XIV 293 ss.), que será desarrollado en el siguiente canto. Pero Nono va a innovar una vez más, entremezclando en los cantos XXXI y XXXIV el episodio de corte clásico (el «engaño de Zeus») con un epilio de tema erótico, el amor de Morreo por Calcomede. Dentro del primer motivo, Hera trama una nueva y elaborada insidia contra Dioniso, enojada con Dioniso y Perseo (vv. 4-29), lo que da lugar a una nueva comparación como la del canto XXV. Hera pretende dormir a Zeus tras yacer con él e infundir la locura en Dioniso a escondidas de su esposo, a fin de darle la victoria a los indios.

Para llevar a cabo sus planes, Hera necesitará a los servicios del Sueño y de las Erinias: en primer lugar persuade a Perséfone para que lance a sus Erinias contra Dioniso en un discurso (30-74) que recuerda el episodio de Dioniso Zagreo, hijo de Zeus y Perséfone (cf. VI 155 ss.). Perséfone, predispuesta contra Dioniso, confía a Hera los servicios de la Erinia Megera, que provoca la locura: Hera habla a la

[40] En el verso 295, retomando la frase modelo de la *Ilíada* para introducir una «aristía» *(aristeía)* o principalía: cf. *Il.* V 703, XI 299, etc.

Erinia y le muestra en la India los destrozos causados por Baco (vv. 75-102). A continuación, ordena a Iris, la mensajera, que visite al Sueño, disfrazada de la Noche —madre del Sueño—, para convencerlo de usar sus armas contra Zeus (103-123); a cambio, le promete el amor de Pasitea, una de las Gracias (124-198).

El breve canto concluye con un episodio lleno de humor en el que Hera visita a Afrodita para ser instruida en las artes de provocar el deseo masculino (vv. 199-282). Imitando nuevamente a Homero, Nono recrea la escena previa a la unión de Zeus y Hera: el engaño al dios padre será completo cuando, después de la noche de amor, el Sueño le haga dormir para ocultarle los malévolos planes de Hera. Ésta reclama el «cesto»[41] o ceñidor de Afrodita para estar más atractiva a los ojos de su marido, a lo que la diosa del amor accede, tras mostrarse burlona y desdeñosa, recordando las infidelidades de Zeus. La escena está cargada de fina ironía: Nono consigue representar a las diosas conversando como damas de alta alcurnia que están bien enteradas de los trapos sucios de cada cual. Afrodita se burla de los amoríos de Zeus, Hera, a su vez, le recuerda que es su suegra «por partida doble» (pues es madre de Hefesto, marido de Afrodita, y de Ares, su amante), en tanto que se ríe de su propio marido.

Canto XXXII

Afrodita accede a prestarle su ceñidor a Hera con unas breves palabras de advertencia sobre el inmenso poder del cesto (vv. 1-9) y en seguida vuelve a sus moradas en el Líbano. Entretanto, la diosa Hera no pierde el tiempo y se

[41] Véase Homero, *Il.* XIV 214; el «cesto» *(kestós)* de Afrodita es una especie de cinturón que es atributo de la diosa del amor.

prepara en una breve y encantadora escena de *toilette*. Hera se maquilla con diversos cosméticos y perfumes desplegando sus encantos (10-37): se incluye un breve catálogo de las joyas de la diosa con rubíes, perlas y otras piedras preciosas especialmente indicadas en los lapidarios para la unión amorosa. Tampoco descuida los perfumes, y esto da lugar a un catálogo de flores igualmente afrodisíacas, como el mirto o «flor del amor».

«Veloz como un ala o un pensamiento» marcha Hera al encuentro de Zeus. El diálogo es breve, Zeus queda deslumbrado y Hera le dice que, como patrona del matrimonio, está preocupada porque Eros ha descuidado las uniones amorosas. En seguida, Hera y Zeus yacen juntos en un lecho protegido por las nubes; la naturaleza se regocija y las plantas masculinas y femeninas se unen[42] (vv. 76-97). Mientras esto ocurre, Megera aprovecha que Zeus no está observando y a una señal secreta de Hera infunde la locura en Dioniso, pese a que Ártemis intenta defenderlo (vv. 98-150). Dioniso sufre alucinaciones y se comporta con violencia, destrozando árboles, atacando a sus propias tropas, etc. La descripción de su locura en Nono recuerda a la de Ayante en la obra homónima de Sófocles: Nono parece modelar algunas escenas de locura y de suicidio sobre la tragedia *Ayante*[43].

El ejército indio aprovecha la locura de Dioniso para realizar una gran ofensiva (vv. 151-180) y el propio Ares se transforma en Modeo para apoyar a los indios. Entonces se

---

[42] El azafrán y la zarzaparrilla, por ejemplo, se unen, acaso haciendo referencia a la historia de amor de Croco y Esmilax, cuyos nombres en griego se corresponden, respectivamente, con los de ambas plantas (cf. Ovidio, *Met.* IV 283).

[43] Por ejemplo, la locura de Atamante, al comienzo del canto X (cf. Sófocles, *Ayante* 284 y ss.), o el suicidio del indio Orontes en XVII 262 ss.

canta la «aristía» de Deríades (181-198), introducida mediante una nueva invocación a Homero: «¡Cantad, oh Musas de Homero, quién murió, quién fue herido por la lanza de Deríades!»[44]. Después del elenco de víctimas se narran las nuevas hazañas de Morreo, que da muerte al chipriota Equelao, y a otros soldados de Dioniso (199-220). Acaba el canto XXXII con una retirada de todas las tropas de Dioniso: Bacantes, Sátiros, Silenos, Erecteo, Meliseo, Fauno, los Cíclopes, etc. (221-299).

Canto XXXIII

Mientras Dioniso vaga enloquecido por los montes, se fragua una nueva estratagema para contener al ejército indio. La Gracia Pasitea, cuyo amor prometió Iris al Sueño a cambio de su ayuda para dormir a Zeus, acude a Afrodita para que salve a Dioniso de su locura (vv. 4-63). La trama es paralela a la insidia de Hera en el canto XXX: Afrodita accede y envía a su mensajera, Aglaya en busca de Eros para que fleche al capitán indio Morreo, que tantos estragos está causando entre los de Dioniso, en una búsqueda de Eros que recuerda a las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas (III 113), donde se requiere a Eros para que enamore a Medea. Aglaya encuentra a Eros jugando al *kóttabos*[45] con Himeneo, el inmortal, hijo de la musa Urania, no el mortal, que aparece en el canto XXIX (64-104). Tras la victoria de Eros, Aglaya se dirige a él para decirle que Afrodita está en

---

[44] Cf. HOMERO, *Il.* V 703, XVI 692, etc., y CALÍMACO, *Himno* IV 82 para esta invocación a las Musas.

[45] Sobre este episodio hay un estudio de J. F. SCHULZE, «Eros und Hymenaios bei Kottabosspiel», *WZ Halle* 18 (1969), 223-226. El *kóttabos*, que al parecer tenía origen siciliano, era un juego convival consistente en arrojar gotas de vino en un cuenco de metal. En este pasaje el proyectil es otro licor, el divino néctar.

peligro (105-113). Nono describe la reacción de Eros a estas palabras con maestría, como la de un jovenzuelo impetuoso que no deja acabar el discurso de la Gracia: al punto, Eros parte al encuentro de su madre (114-142). Afrodita le convence para que enamore a Morreo de Calcomede, una Ménade de gran belleza (143-179).

Eros lanza su flecha contra Morreo en una estampa tradicional: apoyado en el cuello de la muchacha y apuntando su arco desde sus mejillas, dispara al corazón de Morreo. El caudillo indio sufre entonces los efectos físicos del amor, que se describen en los versos 180 y siguientes. Calcomede, astutamente, evita a Morreo contándole diversos mitos sobre amores infructuosos, como el de Dafne (201-232). Pero al caer la noche, las penas de amor de Morreo crecen y se reflejan en un monólogo desesperado en el que le reprocha a sus armas que no le valgan de nada y se queja de su destino, recitando un epigrama (233-316): recorre con la vista el cielo estrellado, desde Tauro hasta Casiopea, e insomne, Morreo recuerda algunas enseñanzas mitológicas sobre el amor (Pélope e Hipodamia, Antíope, Egina, etc.). A su vez, Calcomede se queja también y piensa suicidarse arrojándose al mar, mientras recuerda otros ejemplos míticos como el de Britomartis (317-345). Pero, al final, Tetis se le aparece y evita su suicidio; es preferible aprovechar el enamoramiento de Morreo para beneficio de la causa de Dioniso.

Canto XXXIV

Comienza el canto XXXIV con Tetis y Calcomede retirándose de la escena. Al punto, se cuentan las nuevas penas de amor de Morreo, después de sus soliloquios. Siempre insomne, reflexiona sobre los efectos del amor en la mente (vv. 1-20). Entonces Morreo mantiene una conversación noc-

turna con un centinela (21-88). Éste, de nombre Hísaco, hace una aparición humorística preguntando a Morreo cuál es ese mal que le hace abandonar de noche el lecho de su esposa, aunque lo adivina muy bien. Morreo, «enfermo de amor», le pide remedios contra su herida, usando el tópico del amor como enfermedad (un lugar común en la literatura griega ya desde Eurípides, cf. por ejemplo, *Hipólito* 267 ss. o 433 ss.)[46] y vuelve después a la cama. Allí, sus sueños le infunden vanas esperanzas, al aparecérsele Calcomede diciendo palabras de amor: Morreo se despierta muy alegre y vuelve a monologar (89-121).

En este punto, la narración se dirige de nuevo a la batalla. Hay un cónclave de guerreros en torno al rey Deríades que precede a la nueva desbandada entre las filas dionisíacas: se describe la ruina de los cortejos y ritos dionisíacos (vv. 122-150). Muchas Ménades caen prisioneras de los indios, a excepción de Calcomede, y Morreo las entrega a Deríades como dote por su esposa Quirobia, hija del rey (151-192). Morreo obtuvo a la hija del rey como esposa tras su exitosa campaña entre los cilicios, lo que se recuerda en un diálogo entre Deríades y Morreo (193-220). El rey se da por pagado con las victorias pasadas y no acepta como regalo de boda a las Ménades; toma como esclavas a algunas. Otras sufren prisión y torturas mortales: una de ellas habla antes de morir entre las aguas (221-268).

Tras este episodio bélico, Nono vuelve a la historia de amor —un verdadero «epilio» erótico dentro de la segunda parte del poema[47]— con nuevas querellas de Morreo a Cal-

---

[46] En Nono es una de las metáforas amorosas más usadas, véase D. Gigli Piccardi, *Metafora e poetica in Nonno di Panopoli*, Florencia, Università degli Studi di Firenze, Dipartimento di Scienze dell'Antichità «Giorgio Pasquali», 1985, pág. 41 ss.

[47] G. D' Ippolito, *Studi Nonniani. L'epillio...*, págs. 108-110.

comede. El indio persigue ante la muralla a la Ménade, a quien contempla lleno de deseo (vv. 269-337). Pero ella logra pasar a las líneas del ejército de Baco y volver a la lucha, mientras Morreo, entristecido, se retira del combate, lo cual era el objetivo de la estratagema de Pasitea. Hay, pues, una breve pausa en la batalla, mientras puertas adentro de la ciudad india continúa la persecución y tormento de las Basárides (338-358).

Canto XXXV

El comienzo del canto retoma el ataque de Deríades a las Bacantes, a quienes condujo hacia dentro de la ciudad de los indios. Hay una escena general de lucha en la calle, con los ciudadanos como espectadores (vv. 1-20) y, seguidamente, algunos lances concretos: un indio se enamora del cadáver de una Ménade a la que acaba de matar y pronuncia un monólogo, en una escena de extraño erotismo, lamentando su muerte y declarándose vencido por su víctima (21-78); las mujeres indias toman las armas también contra las Ménades, destacando, entre alusiones a mujeres guerreras de la mitología, las tres esposas de los caudillos indios, Protonoe, Quirobia y Orsiboe (79-97).

Nono concluye a continuación los dos episodios más importantes que ha emprendido en estos cantos entre la narración general de la batalla, la *Diòs apátē* y el epilio amoroso de Morreo y Calcomede: en primer lugar, pone fin a la historia erótica del indio y la muchacha con una nueva estratagema de ésta, que convence a Morreo para que se quite las armas y se lave antes de entrar en su lecho (vv. 98-138). El indio responde encantado a su discurso y se quita la armadura y las armas (139-159). Mientras tanto, entre los dioses, Afrodita le hace ver a Ares lo que está sucediendo entre

Morreo y Calcomede, y se burla de él demostrándole cuán poderoso es el amor que incluso un terrible guerrero como Morreo se desnuda y se lava en el río (160-184). Tras el baño de Morreo, en el que Nono resalta de nuevo lo imposible de una unión consentida entre una chica blanca y un hombre negro, Calcomede se retira pudorosa para no ver un desnudo masculino. Morreo intenta entonces violar a la Ménade, pero una serpiente oculta en su túnica la defiende y frustra el deseo del indio (185-222).

Como transición entre ambas conclusiones, y de vuelta al escenario de la guerra, Hermes ayuda a huir por la noche a las Basárides encerradas en la ciudad (vv. 223-241). A la mañana siguiente Deríades se da cuenta de la fuga y en vano sale a buscarlas (242-261).

Después de esta escena de transición, Nono pone fin también al episodio del «engaño de Zeus» y a la locura de Dioniso: Zeus despierta al fin y se da cuenta del engaño (cf. *Ilíada* XV 4 ss.). Entre amenazas consigue que Hera cure a Dioniso mediante la leche de sus pechos (vv. 262-340). Dioniso vuelve entonces a ponerse al frente de su ejército con una arenga (341-391).

Canto XXXVI

Como preludio a la reanudación de la batalla, y mientras Dioniso y Deríades arman sus respectivos ejércitos, los dioses van a tomar partido alineándose con cada uno de los bandos. Es este un episodio modelado de nuevo sobre la épica tradicional (la teomaquia de la *Ilíada* XX 31 ss. y XXI 385 ss.)[48]. La batalla de los dioses comienza con un combate

[48] Pero también innovador, en el duelo entre Ares y Atenea y la exégesis alegórica del mito, como ha visto F. Vian en su estudio «La Théomachie de Nonos et ses antécédents», *Rev. Ét. Gr.* 101 (1988), 275-292.

de Ares y Atenea (vv. 3-27) seguido por la lucha entre Ártemis y Hera y las burlas de ésta (28-77). Por último, luchan Apolo y Poseidón y al punto habla Hermes para recuperar la concordia entre los dioses (78-132).

Tras estos preliminares entre los inmortales la narración vuelve al campo de batalla con la asamblea de los indios y la arenga de Deríades (vv. 133-164). En el campo de Baco, los prolegómenos son diferentes: los animales salvajes se alinean con sus tropas contra los indios (165-197). Acto seguido, se narran las primeras escenas de combate desde una panorámica general (198-240) y luego centrándose en algunos lances: un infante logra derribar a un jinete; las ménades dan muerte a los enormes indios, como Coletes, que cae a manos de Caropea ante la sorpresa de otro soldado indio; la contienda entre Carminos y Curetes, etc. (271-290).

A continuación se desarrolla el primer combate singular entre Dioniso y Deríades, en el cual el dios se transforma en fuego, agua y varios animales[49] (vv. 291-333). Deríades se burla de su estrategia y contraataca (334-353), pero la vegetación dionisíaca se vuelve contra él y lo apresa, dejándole casi vencido[50] (354-381). Dioniso se apiada de Deríades y le libera de los lazos de las plantas, pero el indio sigue luchando contra él (382-390)

Entonces se declara una tregua al caer la noche. Los de Dioniso aprovechan para construir una flota, siguiendo la

[49] Así hace también el primer Dioniso, Zagreo, para defenderse de los Titanes en el canto VI 174-205, en una extraña sucesión de cambios que tienen muchas interpretaciones (cf., por ejemplo, P. Chuvin, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques.* Tome III: Chants VI-VIII, París, Les Belles lettres, 1992, págs. 153-154 y las notas a XXXVI 291-333). Por otro lado, también Penteo es atacado por el fuego de Dioniso en XLV 332-358.

[50] Otro impío enemigo de Dioniso, Licurgo (cf. XX 149 ss.), es aprisionado por plantas báquicas —hiedra o vid— en XXI 17 ss.

profecía de Rea: «el fin de la guerra llegaría cuando los de Baco sostuvieran un combate naval con los indios» (vv. 399-423). Mientras los Radamanes construyen barcos para Dioniso, los indios se reúnen en asamblea y Morreo les propone declarar la guerra en mar abierto, a lo que responden aclamándole (424-475). A esto le sigue, para terminar el canto y el presente volumen, una nueva tregua durante tres ciclos lunares, «una calma que estaba, sin embargo, preñada de batallas» (476-480).

NOTA TEXTUAL

En cuanto a la edición crítica utilizada, se ha preferido la última y excelente colección dirigida por Francis Vian que ha aparecido en *Les Belles Lettres* y aún está incompleta. En su defecto, se ha utilizado la edición de Rudolf Keydell. Los pasajes en los que hemos decidido apartarnos de las ediciones de la *Budé* (cantos XXV-XXIX[51] y cantos XXX-XXXI[52] respectivamente) o de la de Keydell (para los cantos XXXII-XXXVI[53]), vienen enumerados a continuación, con la lectura adoptada y preferida a la derecha, junto con su procedencia. En ocasiones se ha regresado a la edición en tres tomos de la *Loeb Classical Library*[54], que contiene el texto de Ludwich[55] ligeramente enmendado —y que sigue siendo

[51] F. VIAN, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques.* Tome IX: Chants XXV-XXIX, París, Les Belles lettres, 1990.

[52] F. VIAN, *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques.* Tome X: Chants XXX-XXXII, París, Les Belles lettres, 1997.

[53] R. KEYDELL, *Nonni Panopolitani Dionysiaca,* Berlín, Weidmann, 1959.

[54] W. H. D. ROUSE, *Nonnos' Dionysiaca.* I-III, Loeb Classical Library, Cambridge (Mass.)-Londres, Harvard U.P.-Heinemann, 1940.

[55] A. LUDWICH, *Nonni Panopolitani Dionysiaca.* Recensuit Arthurus Ludwich. I-II Lipsiae, 1909-11

útil para corregir algunas lecturas—, o bien se ha optado por enmiendas anteriores o lecturas del *Laurentianus*[56].

	Texto de Vian	Texto adoptado
CANTO XXV:		
471	ὄφρα δαμείη	ὄφρα δαείη (L)
CANTO XXVI:		
98	Μορρεύς	Θουρεύς, KOECHLY
193	ποταμοῖο	πετάλοιο, GRAEFE
250	βραδύς	βαρύς, L
295	ἄντυγας Οἴτης	ἄντυγα Σαλκῆς, KEYDELL
CANTO XXVII:		
94	ἐλέγξω	ἐλίζω, KEYDELL
CANTO XXVIII:		
44	*post* 41 *transp. Vian*	*ad locum non pertinere putat,* KEYDELL
93	ὑψιπόθου	ὀψιμόθου, P, ROUSE
157	Κυνεγείρῳ	Μαραθῶνος, CUNAEUS
184	δ'ἤλεγξε	πρήνιξε, KEYDELL
199	νιφάδεσσι	λιβάδεσσι, L[sl]
CANTO XXXI:		
5	εἴκελον	ἄκρον, LUDWICH

[56] Se trata del *Laurentianus Plut.* 32.16 (que contiene las *Dionisíacas* en sus ff. 8v-173r), guardado en la Biblioteca Laurenziana-Medicea de Florencia, el manuscrito más importante para la transmisión textual.

Texto de Vian		*Texto adoptado*
CANTO XXXII:		
221	ἤρισε	ἔχραε, KOECHLY
260	ταχύγουνος	βαρύγουνος, KOECHLY

Texto de Keydell		*Texto adoptado*
CANTO XXXIII:		
178	οἶνον	ὄρνιν, L
209	ἀντιβίων	ἀντιβίῳ, FALKENBURG
CANTO XXXIV:		
21	εὐνῆς	ὄχθης, LUDWICH, ROUSE
48	ῥίγησε	σίγησε, L
126	δίφρων	λέκτρων, L
CANTO XXXV:		
133	συναιχμάζουσαν ἀκοίτῃ	συναιχμάζων Ἀφροδίτῃ, L
CANTO XXXVI:		
284	φιλέοι	φιλέει, TIEDKE

BIBLIOGRAFÍA

Si en los volúmenes anteriores se ofrecía una bibliografía general sobre Nono, a continuación el lector encontrará un elenco más breve con los estudios básicos que se citan en las notas para referencia del lector, y algunos trabajos de nueva aparición. Para la lista de ediciones y traducciones, véanse los tomos anteriores.

Monografías:

D. ACCORINTI y P. CHUVIN (eds.), *Des Géants à Dionysos. Mélanges de mythologie et de poésie grecques offerts à Francis Vian,* Alessandria, Edizioni dell'Orso (Hellenica. Testi e strumenti di letteratura greca antica, medievale e umanistica 10), 2003.

P. CHUVIN, *Mythologie et géographie dionysiaques. Recherches sur l'œuvre de Nonnos de Panopolis,* Clermont-Ferrand, Adosa, 1991.

P. COLLART, *Nonnos de Panopolis: Études sur la composition et le texte des Dionysiaques,* Le Caire, Publications de l'Institut français d'Archéologie orientale, 1930.

G. D' IPPOLITO, *Studi Nonniani. L'epillio nelle «Dionisiache»,* Palermo, 1964.

D. GIGLI PICCARDI, *Metafora e poetica in Nonno di Panopoli,* Florencia, Università degli Studi di Firenze, Dipartimento di Scienze dell'Antichità «Giorgio Pasquali», 1985.

J. W. MacCrindle, *Ancient India as Described in Classical Literature,* Amsterdam, Philo Press, 1971.
R. Shorrock, *The Challenge of Epic. Allusive Engagement in the Dionysiaca of Nonnus,* Leiden, Brill, 2001 (Mnemosyne Suppl. 210).
V. Stegemann, *Astrologie und Universalgeschichte: Studien und Interpretationen zu den 'Dionysiaka' des Nonnos von Panopolis,* Leipzig, Teubner, 1930.

Artículos y capítulos de libros

M. Brioso Sánchez, «De la épica como crónica a la épica subjetiva: Nono de Panópolis», *ExcPhilol* 4-5 (1994-5), 9-30.
M. Bull, «Poussin and Nonnos», *Burlington Magazine* 140 [1148] (nov. 1998), 724-738.
A. Cameron, «The poet, the bishop and the harlot», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 41 (2001), 175-188.
O. P. Cybenko, «Une légende lydienne transmise en grec (Nonn., Dion., XXV, 451-552)», *Inozemna filolohija,* LXXX (1985), 104-110.
R. Dostálová-Jeništová, «Das Bild Indiens in den Dionysiaka des Nonnos», *Acta Antiqua Acad. Scient. Hung.* 15 (1967), 437-450.
V. Ebersbach, «Zwei blutige Erlöser - Dionysos und Christus», en G. Schuppener y R. Tetzner (eds.), *Glaube und Mythos,* Arbeitskreis für Vergleichende Mythologie e. V., Leipzig, 2000, págs. 43-62.
D. Gigli, «Il Perseo nonniano. Osservazioni su uno studio sull'ironia nelle Dionisiache», *Prometheus* 7 (1981), 177-188.
—, «Nonno e l'Egitto» (I) *Prometheus* 24.1 (1998), 61-82 y (II) *ibid.* 24.2 (1998), 161-181.
G. M. A. Hanfmann, «Lydiaka», *Harvard Studies in Classical Philology* (1958), 65-88.
A. W. James, «Dionysus and the Tyrrhenian pirates», *Antichthon* 9 (1975), 17-34.
L. R. Lind, «Un-hellenic elements in the Dionysiaca», *L'Antiquité Classique* 7 (1938), 57-65.

C. MAINOLDI, «Eria e Tectafo nelle Dionisiache di Nonno» en *Pietas e allattamento filiale. La vicenda, l'exemplum, l'iconografia (Coll. Urbino, 2-3 magg. 1996)*, Urbino, Quattro Venti, 1997, págs. 161-170

G. MASSIMILLA, «Contributi interpretativi alle Dionisiache di Nonno», *SIFC* 20 (2002), 206-16.

R. F. NEWBOLD, «Fear of Sex in Nonnus' Dionysiaca», *Electronic Antiquity* 4.2 (1998), 1-15.

J. y L. ROBERT, «Héros de Sardes dans Nonnos, Tylos», *Bulletin Épigraphique* 437 (1979).

M. SÁNCHEZ ARTILES, «Nonno, Dionisíacas XXIV, 309-320: la semántica del vocabulario del 'Tejer' y el himno griego antiguo», en *Congreso Internacional de Semántica (Universidad de La Laguna, 1997)*, Madrid, Ed. Clásicas, 2000, vol. II, págs. 1191-1204.

A. M. SCHNEIDER, «Fund- und Forschungsbericht Türkei», *Archäologischer Anzeiger* 59/60, 2-4 (1944-45), 78-79

I. SEVCENKO, «An early tenth-century inscription from Galakrenai with echoes from Nonnus and the Palatine Anthology», en E. KITZINGER, W. TRONZO e I. LAVIN (eds.), *Studies on art and archeology in honor of Ernst Kitzinger on his seventy-fifth birthday*, Dumbarton Oaks papers, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1987, v. 41, págs. 461-468

F. VIAN, «Χορεύειν, 'aller', chez Nonnos?», *Revue de philologie, de littérature et d'histoire anciennes* 61 (1987), 13-17

—, «A propos de deux oiseaux indiens: l'orion et le catreus», *Koinonia* 12.1 (1988), 5-16.

—, «L'histoire d'Asterios le Crétois: Nonnos tributaire des Bassariques de Dionysios?», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 122 (1998), 71-78.

P. WEISS, «Manes», en *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae* 6, Zúrich-Múnich, 1994, págs. 351-353

D. ZORODDU, «Un pesce di nome 'echenêis': storia di un prestito eschileo in Nonno di Panopoli e altre esperienze intertestuali», en *Discentibus obvius: omaggio degli allievi a D. Magnino*, Como, 1997, págs. 127-142.

CANTO XXV

SUMARIO

— Segundo proemio y juicio de Dioniso, vv. 1-263: Nueva invocación a las Musas y a los modelos literarios del poeta, Homero y Píndaro, vv. 1-30. Juicio de Dioniso y Perseo, vv. 31-147 (Perseo y la Gorgona, vv. 31-60; frente a Dioniso y la guerra índica, vv. 61-79; Perseo y el monstruo marino, vv. 80-84; frente a Dioniso y los Gigantes, vv. 85-97; lucha de Perseo y Dioniso ante Ínaco, vv. 105-112; Sus madres: Dánae frente a Sémele, vv. 113-122; sus esposas: Andrómeda frente a Ariadna, vv. 123-147). Juicio de Dioniso y Minos, vv. 148-174. Juicio de Dioniso y Heracles, vv. 174-252.
— Nueva invocación a Homero y a la Musa, vv. 253-270.
— Milagros dionisíacos antes del combate, vv. 271-299.
— Atis exhorta a Dioniso al combate y le regala un escudo, vv. 300-379.
— Descripción del escudo de Dioniso, vv. 380-572: Descripción general e imagen del cosmos, vv. 380-412. Fundación de Tebas por Anfión y Zeto, vv. 413-428. Rapto de Ganimedes, vv. 429-450. Mito de la resurrección de Tilo, vv. 451-552. Mito del nacimiento de Zeus y el engaño de Crono, vv. 553-562. Final y caída de la noche, vv. 563-572.

EN EL CANTO VIGÉSIMO QUINTO TENDRÁS LA LUCHA DE PERSEO Y EL JUICIO DE HERACLES FRENTE A LA VALENTÍA DE DIONISO

Oh Musa, traba de nuevo el docto combate con tirso inspirado. Pues aún no había plegado su rodilla servil ante Dioniso el Ares Oriental, ni se había concluido aquella contienda que ya duraba siete años. Ya de nuevo los nidos temblaban en las ramas de los plátanos indios, estremeciéndose ante las fauces de una serpiente[1]. Esto profetizaba la guerra báquica.

No he de cantar los primeros seis años, mientras el ejército indio permaneció refugiado dentro de sus fortificaciones. Seguiré el modelo, a imitación de Homero, y cantaré el último año de guerra. Esbozaré el combate que lleva el mismo número que mi séptimo gorrión. En la cratera de la poesía he de mezclar un canto en honor de Tebas, la ciudad de las siete puertas, pues también ella baila en éxtasis en derredor mío[2], como una novia que se desnudara el pecho so-

---

[1] Estos versos recuerdan la escena homérica de la profecía sobre el fin de la guerra en HOMERO, *Il.* II 308 ss., donde una serpiente devora a nueve aves para indicar que aún faltan nueve años para la victoria.

[2] La imagen de la ciudad de Tebas en éxtasis como una joven bailando y ataviada con las ropas de una Bacante se encuentra en EURÍPIDES, *Bacantes* 23 ss.

bre su túnica, cabizbaja por el recuerdo de Penteo[3]. El anciano Citerón me tiende su mano luctuosa para incitarme a entonar mi melodía, y se avergüenza, no vaya yo a cantar acerca del lecho impío o del hijo parricida que con su madre como marido yació[4]. Ya puedo oír el sonido de la cítara eonia.

Decidme, Musas, ¿qué Anfión redivivo arrastra piedras inertes para hacerlas rodar? Sé de dónde proviene este sonido... Es la melodía dórica de la forminge de Píndaro, que suena en honor de Tebas[5].

Ea, volvamos a exterminar la raza de los indios eritreos, pues nunca antes pudo el Tiempo contemplar tamaña contienda, semejante a la guerra del oriente, ni Enío ha visto en los últimos tiempos ninguna guerra que se pueda igualar a la campaña contra los indios. Nunca tamaño ejército se llegó a los pies de Ilión, nunca tal armada de hombres. Vamos, que yo he de elevar las interminables fatigas de Dioniso, en disputa con los modernos y los antiguos poetas, al parangonar el valor de los hijos de Zeus[6]. Así podré discernir quién ha

---

[3] Aún no ha sucedido el episodio de Penteo en las *Dionisíacas* (cantos XLIV-XLVI). Sería, pues, un anacronismo, pero todo el poema se mueve en un terreno mítico en el que el cómputo del tiempo es bastante irreal.

[4] Referencia a la vergüenza de Tebas por la historia de Edipo, ilustre hijo de la ciudad.

[5] Alusión a la leyenda fundacional de Tebas, evocada también en «lira eonia», y mención a Píndaro, el «águila tebana», gran poeta de Beocia. Una de las tradiciones afirma que la ciudad fue construida por las piedras que seguían el son de la lira de Anfión (Apolodoro, *Bibl.* III 5 5). Véase Píndaro, *Olímpicas* I 17, para la referencia a este instrumento, la «forminge doria». En Nono, que imita *cum uariatione,* la melodía es dórica, y no la forminge, mientras que en Píndaro, la melodía es eólica *(Ol.* I 102).

[6] Nono se dispone a realizar una *sýnkrisis* o comparación, procedimiento que es muy caro a la retórica de su época. A fin de subrayar la ex-

salido victorioso de tan gran disputa, quién ha podido igualar a Baco.

Perseo, en primer lugar, el de veloces rodillas, haciendo girar sus talones de hermosas alas, recorrió una vez su camino cercano a las nubes a través del éter como un pedestre caminante —si es que en verdad puede volar—. ¿Y qué tiene de especial si se impulsaba nadando por los aires con su alado talón de extraños remos? ¿Y qué si una vez le arrebató a la insomne hija de Forcis su errante ojo, con un gesto furtivo de sus manos captoras?[7]. ¿Y qué si también cortó la serpentina cabeza de una sola Medusa —sólo una— cuyo vientre estaba aún cargado con su fruto, su hijo Pegaso? Así hizo con el cuello de la Gorgona, cuando era una joven novia encinta, lo tajó con una hoz, remedando a Ilitía la partera de niños[8], al segar las primicias de su cuello de pasto caballar. Sin tener que trabar combate, alzó Perseo, el de sandalia veloz, los inertes trofeos de la victoria, los serpentinos despojos de la cabellera de Gorgona, los restos de su cabeza empapada de gotas de sangre, cuyas serpientes aun emitían un débil silbido y sus gargantas recién segadas siseaban. Mas él no trabó viril contienda. No se oyó el grite-

celencia de Dioniso, comparará al dios con otros personajes de reconocido prestigio: Heracles y Perseo. En ello, además, disputará con los modernos y los antiguos, en referencia a su intención de superar a Homero pero también a la pléyade de poetas egipcios de su época. Por ello esta primera invocación a Homero en el verso 8.

[7] Enumeración de las conocidas hazañas de Perseo, su desarrollo vendrá más adelante: arrebató el único ojo de las Grayas, y dio muerte a Medusa. Las Grayas, Penfredo y Enío, eran hijas de Forcis y Ceto (Hesíodo, *Teog.* 270-3), que también tuvieron a las Gorgonas.

[8] Ilitía es diosa de los partos. Cuando Perseo dio muerte a Medusa, ésta estaba encinta de Crisaor y Pegaso, el caballo de Belerofonte, que nacieron espontáneamente (Hes., *Teog.* 280, Apol., *Bibl.* II 3 2 ss.).

río de un combate de infantería. No luchó Perseo en el ponto ni el Ares marino hinchó las velas belicosas de las naves con sus vientos que incitan a la guerra. Ni se tiñó el libio Nereo[9] de púrpura con las gotas de sangre derramada, ni recibieron sus aguas funestas cadáveres que cayeran rodando sobre sí mismos. No fue así, sino que, aterrado por el siseo de las serpientes del cabello de aquella enfurecida Esteno, el alado Perseo se dio a la fuga. Y aunque llevase el yelmo de Hades y la hoz de Palas, y tuviese, además, las alas de Hermes y la ayuda de su padre Zeus, como un cobarde alzó en vuelo en huida al escuchar el bramido de Euríale, y no ya el fragor de la trompeta de guerra, tras saquear una pequeña cueva libia. No dio muerte a un ejército de guerreros, ni incendió ciudad alguna con una antorcha llameante.

En cambio, no así fue la de Bromio[10]. No se vistió armas Baco a escondidas, como un doloso capitán, ni montó una emboscada contra la vigilancia circular del ojo insomne que las hijas de Forcis se pasaban de mano en mano intercambiándose el ala del sueño, ni tampoco ganó un femenil galardón de la desarmada Medusa. En cambio Baco, segando las filas de los enemigos en una victoria de doble cara —un combate de infantería y un batalla de marinos caminos— anegó la tierra con crúor derramando olas de sangre y tiñó de rojo a las Nereidas con esa rubicunda corriente, exterminando las tribus bárbaras. Muchos indios de altivos penachos cayeron sobre su madre Tierra como espigas de trigo, con la cabeza cortada. Otros muchos, masacrados por el agudo tirso en las aguas, navegaron por el ponto como ma-

[9] El mar de Libia, pues en África era donde habitaban las Gorgonas: Medusa, Esteno y Euríale, hijas de Forcis y Ceto (Hes., *Teog.* 274-279).

[10] Bromio es un sobrenombre de Baco, «el estruendoso».

rinos involuntarios, como turba de indios muertos. Y pasaré por alto el undoso combate entre el invicto Lieo[11] y el belicoso río de aguas armadas, en el que la báquica antorcha llameante prendió fuego al bárbaro caudal con un fuego empapado y bulló con humo fluvial el húmedo Hidaspes cuando hirvieron sus aguas en el calor de las olas.

Pero me replicarás que Perseo dio muerte al monstruo que fue criado en los mares. Con el ojo de la Gorgona, las bestias marinas se vuelven de piedra. ¿Y qué tiene de extraordinario si, tras exponerse a la mirada de la mortífera Medusa, cambiaron de forma los miembros humanos de Polidectes a otro material, transformándose por sí mismos en piedra?[12]. Los trabajos del valeroso Baco, matador de indios, no son una sola Gorgona, ni una piedra lanzada por los aires que golpea el mar, ni Polidectes... No, sino que Baco segó la mies de los Gigantes de serpentina cabellera, venciendo con su pequeño tirso mortífero cuando lanzó su hiedra guerrera contra Porfirión, hizo morder el polvo a Encélado y derribó a Alcioneo blandiendo tan sólo sus hojas[13]. Disparó sus tirsos exterminadores de Gigantes y protectores del Olimpo cuando aquel pueblo nacido de la Tierra hizo girar sus doscientas manos oprimiendo el borde de los astros con sus cabezas de muchos cuellos. Mas hubieron de doblar

---

[11] Otro sobrenombre de Dioniso, que se aplicó también a la Gran Madre: significa «el liberador», como el Líber de los latinos. El pasaje se refiere al combate de Dioniso contra el río Hidaspes, que tiene lugar en el canto XXIII, imitando la lucha de Aquiles y el Escamandro.

[12] Perseo usó la cabeza de Medusa para transformar en piedra a Polidectes, rey de Serifos, que le envió a llevar a cabo la difícil tarea de dar muerte al monstruo y pretendía unirse con Dánae.

[13] Nombres de gigantes, probablemente inventados. Porfirión parece relacionado con la «púrpura»: Encélado es nombre de insecto en un escolio a ARISTÓFANES, *Nubes* 158. Alcioneo es parecido a *alkyón*, pájaro legendario identificado con el martín pescador.

la rodilla ante la pica de insignificantes racimos, la lanza de hiedra. Y nunca tamaña muchedumbre ha caído bajo el rayo fulminante como sucedió entonces con el tirso mortífero.

Ea, amigos, juzguemos ahora. Pues en la tierra oriental el Sol se ha maravillado al ver las hazañas de Dioniso el matador de indios, y, de otra parte, en el golfo occidental, la Luna ha visto a Perseo el de largas alas en las Hespérides esforzándose en trabajos mediocres con el bronce de curvas uñas[14]. Y tanto como Faetonte[15] participó de la gloria por encima de la Luna, así de alto he de elevar yo a Baco por encima de Perseo. Ínaco fue testigo de los hechos de ambos, cuando las broncíneas lanzas de Micenas disputaron con la férula de hiedra mortífera y Perseo, el portador de la hoz, huyendo ante el coraje guerrero de los Sátiros que entonan el evohé, cedió el paso a Bromio, el portador del tirso, y lanzó un impetuoso venablo que acertó a la débil y desarmada Ariadna en vez de al guerreador Lieo[16]. No admiro a Perseo por haber dado muerte en sus vestidos nupciales a una mujer que aun exhalaba amor.

¿Y si se ufana por causa de los dorados himeneos de Dánae?[17]. Pues bien, el lluvioso Zeus no elevó al firmamento a Dánae para honrar su llovizna de amor en esas pe-

---

[14] Aquí comienza la comparación. El bronce al que se refiere el poeta es la hoz maravillosa de Perseo.

[15] Faetonte, el Sol en este lugar.

[16] La lucha entre Dioniso y Perseo se narra en el canto XLVII. Ínaco, primer rey de Argos, es el padre de Io. Sobre esta comparación, en general sarcástica hacia Perseo, véase el estudio de D. Gigli, «Il Perseo nonniano. Osservazioni su uno studio sull'ironia nelle Dionisiache», *Prometheus* 7 (1981), 177-188.

[17] Perseo es hijo de Dánae y Zeus, en su famosa unión con este último transformado en lluvia de oro. Su padre Acrisio recibió la profecía de que aquel hijo lo mataría y puso a Dánae y su bebé en un cofre que surcó los mares hasta llegar a la isla de Serifos, de donde era rey Polidectes.

queñas gotas de adúltera unión. En cambio, a Sémele se la llevó al Olimpo consigo Zeus, y allí participa de la misma mesa que los bienaventurados, sentada al lado de su hijo, el vinoso Dioniso. No obtuvo Dánae como lote una morada en el Olimpo, sino que esa novia de Zeus navegó en el interior de un cofre surcador de los mares, arrepentida de aquella embustera lluvia de amor conyugal, de la dicha inestable de aquella fugaz tormenta.

Y sé bien que Andrómeda aparece dentro del Olimpo[18], pero de nuevo sufriendo fatigas, incluso allí en el firmamento. La desdichada muchas veces, incluso ahora, pronuncia estas palabras con voz vindicativa:

«¿Qué de bueno hiciste elevándome al firmamento, Perseo? ¡Buena dote me diste en el Olimpo! Aun aquí me persigue el estrellado monstruo marino, incluso aquí en el firmamento. Otro nuevo horror, semejante a aquel primero que me aterrorizó en la tierra y en el mar, me posee aún entre cadenas aquí en las estrellas. No me salvó de él tu hoz celestial. En vano relucen dulcemente en el Olimpo los ojos de la constelada Medusa por mí. Aún me persigue el monstruo marino y ya no agitas tus ingrávidas alas... Mi angustiada madre Casiopea me apremia porque también ella, la muy desdichada, se sumerge en el mar a través del firmamento, temblando de miedo ante las Nereidas y estimando feliz el curso de la Osa Mayor, que nunca llega a mojarse en el Océa-

---

[18] Otra de las hazañas de Perseo fue liberar a Andrómeda, hija de Cefeo, rey de los etíopes, y Casiopea, que había sido insolente con las Nereidas (Apolod., *Bibl.* II 4, 3 ss.). Como expiación, Andrómeda iba a ser sacrificada. Estaba atada a una roca, a punto de ser devorada por un monstruo marino cuando Perseo la rescató y se casó con ella, tras petrificar al monstruo y a Fineo, tío y prètendiente de Andrómeda. Posteriormente, Cefeo, Casiopea y Andrómeda serían elevados al firmamento. Nono lo cuenta aquí en la voz de una Andrómeda desilusionada.

no ni jamás toca el mar. Y al ver el terror de Andrómeda ante el monstruo marino que la persigue en el Olimpo, el anciano Cefeo, incluso aquí en las estrellas, se lamenta después de lo que le sucedió en la tierra.»

Tales fueron las palabras con las que se quejaba constantemente la joven cargada de pesadas cadenas y llamaba a Perseo, pero su cónyuge no la asistía. Y si Perseo se ufana de Andrómeda incluso arriba en las estrellas, dirige tu vista a través del firmamento, donde se aparece el resplandeciente Serpentario, blandiendo su víbora enroscada, y podrás contemplar la circular corona de Ariadna, compañera del Sol en su curso, que se eleva a la vez que la luna anunciando el amor de Dioniso, el amante de las coronas.

Conozco también las hazañas de Minos[19], quien trabó una femenil batalla blandiendo el ceñidor de mujer en vez del escudo de piel de buey, cuando Cípride se tornó diosa de yelmo resplandeciente, cuando Persuasión agitó una lanza broncínea y se convirtió en Palas Atenea, como compañera de lucha de Minos el guerreador. Entre el tumulto del combate una turba nupcial de Amores indoctos en la lucha disparó sus flechas de amor y el encantador Deseo mutó en asediador de ciudades al toque de la trompeta de guerra cidonia, que retumbó contra Niso de Mégara[20] y cuando el Ares de bronce se retiró con pasos avergonzados al ver a Fobo y Deimo auxiliando a los Amores, a Afrodita blan-

[19] Legendario rey de Creta, hijo de Zeus y Europa, y padre a su vez del Minotauro y Ariadna (Hes., *Teog.* 948).

[20] Niso, rey de Mégara, perdió su ciudad asediada por Minos, que cautivó a la princesa Escila para que traicionara a su padre. Niso fiaba su poder en un bucle purpúreo de su cabellera, que su hija cortó. Cuenta la historia Apolodoro (*Bibl.* III 15, 7 ss.). Por otra parte, Fobo y Deimo, o, si se prefiere, Terror y Espanto, son los hijos de Ares (Hes., *Teog.* 933 ss.) que le asisten en su terrible labor.

diendo su escudo y al Deseo combatiendo con lanza. Al tiempo que Eros, el de suave túnica, daba cumplimiento a una victoria de hermosos cabellos sobre el bien pertrechado enemigo. Pues Escila, mientras estaba dormido su padre de cabellera sin trenzar, le cortó aquel purpúreo racimo de cabellos que desde su nacimiento se había dejado crecer y tras segar un rizo de aquella cabeza protectora de la ciudad con su acero cortante, pudo saquear una ciudad entera. Minos el saqueador de ciudades, en otra ocasión, también halló buen éxito en la batalla por causa de su propia belleza desnuda, pues no venció con el acero, sino con el amor y el deseo. En cambio, cuando Lieo tomó las armas no fue Deseo quien puso fin a la batalla de los indios portadores de lanzas, no fue la pafia diosa quien se armó para luchar al lado del libertador venciendo por su belleza. No fue una muchacha aguijoneada por el enamoramiento quien otorgó a Dioniso el triunfo en el combate, ni tampoco un engaño de amor, ni los bucles de la cabellera de Deríades, sino solamente los cambios de la fortuna en la guerras indias, que se extendieron por doquier y le procuraron los votos de una victoria de nuevo engrandecida.

Y si te jactas de las labores de Heracles e Ínaco[21], habré de poner a prueba todas. Sé bien que él torneó su brazo curvado alrededor del cuello de aquel león y que lo atrapó trenzando un nudo de recias manos y llevándole la muerte sin usar el acero. Le apretó allí donde el aire del aliento atraviesa por la mitad la garganta vital. Tampoco de esto me maravillo, pues Cirene una vez demostró su valor en el frondoso bosque con manos matadoras de leones. Una doncella cum-

[21] Es el turno de Heracles en la comparación. Sus trabajos más conocidos se enumeran aquí: el león de Nemea (HES., *Teog.* 326 ss.), la Hidra de Lerna (*ibid.* 313 ss.), el jabalí de Erimanto (SÓFOCLES, *Traquinias* 1095 ss.), etc.

plió una hazaña semejante, pues domeñó a un león viril con su implacable lazo femenino[22].

De la misma manera obró Baco, cuando aún era un muchacho, pues una vez que entre los montes jugaba, con una sola mano apresó a un sanguinario león por su garganta hirsuta y se lo ofreció a su madre Rea, oprimiendo de la fiera de fauces abiertas el trenzado cuello. Aún con vida lo arrastró ciñéndole al petral y le puso a la fiera la rienda rectora unciendo al yugo sus serviles mandíbulas. Y sentado sobre el carro azotó el lomo fiero de los temibles leones. La raza de las panteras y la estirpe de los osos feroces fueron también esclavizadas por las manos infantiles de Dioniso.

Sé bien la historia del montaraz jabalí de la Arcadia, y, sin embargo, para Lieo los cerdos salvajes y la especie de los leones no fueron más que un juego de niños... ¿Y qué si el audaz Heracles logró liberar con grandes trabajos una pequeña fuente, la serpentina Lerna, tras segar las primicias de espontánea generación de aquella hidra que reptaba en su cubil con sus muchas cabezas de serpiente? Si tan siquiera la hubiera dado muerte él solo... Pero no, llamó a Yolao[23] como compañero en sus trabajos blandiendo una antorcha portadora de luz a fin de que le ayudara a cortar aquellas cabezas que recién brotaban, hasta que ambos triunfaron de la femínea serpiente. Yo al menos no sabría honrar a dos varones que pugnaron con una insignificante víbora hembra,

[22] Cirene, hija de Hipseo, rey de los lapitas, era una doncella salvaje y montaraz famosa por haber dado muerte a un león. Por este motivo cautivó el corazón de Apolo (cf. PÍNDARO, *Pit.* IX *passim*). Es un motivo muy caro a Nono, que gusta de representar muchachas ariscas y luchadoras como Palene (XLVIII 93 ss.).

[23] Yolao es el sobrino y compañero de fatigas de Heracles, una suerte de escudero fiel. Nono lo invoca para subrayar la injusticia de su papel siempre secundario frente a su ilustre tío.

ni cantar en loa de una hazaña realizada entre dos. En cambio, quien partió en dos él solo a la ofidea descendencia de la Tierra[24] fue Evio, portador del tirso y paladín de Zeus, el único que hizo frente a todos aquellos monstruos de cuyos hombros brotaban en alternancia, a ambos lados, hidras mucho mayores que la culebra de Ínaco. Unas hidras que sin cesar siseaban ya no en Lerna solamente, sino en el anchuroso firmamento, cerca de las estrellas. ¡Sé benévolo conmigo, oh Yolao! Pues en verdad tú incendiaste el cuerpo de la hidra, pero Heracles te arrebató la fama de la victoria para él solo. No salvó mi campeón la insignificante Nemea, ni fue mi Baco quien libró a Lerna de las fauces de profundo bramido cortando aquel brote ofídeo de la hidra, que volvía a crecer continuamente. No, sino que fue quien envió al heraldo de su famosa victoria a los cuatro confines, hacia el Noto, hacia los talones del Bóreas, las alas del Euro y hacia el Céfiro[25], llenando el Océano, la Tierra y el ponto con sus hazañas. Si un solo dragón le aporta fama a un hombre, si las hidras que reptan en su cubil también lo hacen, sean éstas las guirnaldas que adornen el nacimiento de Baco, sean éstas los tremendos lazos que trencen el cabello dracontino de Lieo, ya desde el momento en que abandonó el regazo del muslo paterno que lo gestaba.

Pasaré por alto al cervatillo de cuernos de oro[26]. Al menos llamaré al gran Heracles matador de un solo ciervo.

---

[24] Se refiere a los Gigantes, enemigos acérrimos de los dioses, a los que hubieron de combatir. Evio, por otra parte, es un sobrenombre de Dioniso relacionado con el evohé, grito ritual del tíaso.

[25] Es decir, a los cuatro puntos cardinales, representados por los vientos del Sur, Norte, Este y Oeste.

[26] Se refiere a otro trabajo hercúleo: el de la cierva de Cerinea (Cf. Píndaro, *Olím.* III 29 ss. y Calímaco, *Himno a Ártemis* 98 ss.). Le siguen otros dos de mayor fama, la captura del toro de Creta (Apolod., *Bibl.* II 5, 7) y los bueyes de Geriones (Hes., *Teog.* 287, 979), gigantesco

¡No nos acordemos del tímido ciervo! Pues es un juego de niños la caza del corzo veloz para el tíaso matador de cérvidos.

Dejemos también de lado el trabajo de Heracles en Cnoso, porque no puedo admirarle por haber dado caza a un cierto toro, y porque, blandiendo su descomunal maza, haya descabezado su pequeña cornamenta. Muchas veces ha hecho esto mismo una sola mujer, muchas veces una Bacante cualquiera, la más insignificante sierva de Dioniso, el de cuernos de buey, ha sacrificado una inefable manada de toros de hermosa cornamenta. Muchas veces, si le ha embestido con sus cuernos un toro enloquecido, le ha hecho plegar la rodilla, doblando hacia arriba la curva cornamenta afilada de un toro que bien podría atravesar por la mitad a un león.

Obviemos asimismo a Geriones el de las cabezas de tres penachos, pues mi Dioniso[27], con su hiedra que corta la carne, aniquiló a Alpo, el hijo de la Tierra y enemigo de los dioses, Alpo, que tenía cien cabezas de serpiente, tan enorme que podía tocar el Sol y arrastrar a la Luna, y llegaba a azotar con sus cabellos las estrellas cercanas.

Los trabajos de Heracles, que descendía del inmortal Zeus —quien poseyó durante tres noches seguidas el lecho generatriz de Alcmena—, no han sido sino insignificantes tareas de granjero. Las hazañas de Baco, por el contrario, ya se trate de la muerte del gigante de mil brazos o del caudillo

habitante de Eritia, posiblemente en el sur de España, que tenía tres cabezas e incontable fortuna.

[27] El uso del posesivo en Nono implica al poeta, de cuya vida nada se sabe, en su obra subjetivizando la épica. Así, Nono habla de «mi Nilo» (XXVI 238) o, como aquí, de «mi Dioniso». Cf. M. Brioso Sánchez, «De la épica como crónica a la épica subjetiva: Nono de Panópolis», *Excerpta Philologica* 4-5 (1994-5), 9-30, en especial págs. 24 ss.

de los indios de altivos penachos, no se pueden igualar a dar muerte a un solo ciervo ni a unas manadas de bueyes, ni a un hirsuto jabalí, no son ni perros ni toros ni frutos de dorado brillo que se generan por sí solos, ni limpiar estiércol ni el pájaro errante que tiene un pequeño pico alado desprovisto de acero, ni una quijada de caballo que devora a los extranjeros, ni el insignificante ceñidor de Hipólita[28]. No. La victoria de Dioniso ha sido sobre el enorme Deríades y sobre Orontes, de veinte codos de estatura.

Oh ilustrísimo hijo de Meles, heraldo inmortal de Acaya, imploro la merced de tu libro, tan inmortal como la Aurora[29]. No he de acordarme ahora de la guerra de Troya, ni compararé a Dioniso con el Eácida, ni a Deríades con Héctor. Debía haber cantado tu Musa una gesta más apropiada y mayor, a Baco, destructor de los Gigantes. Debía haber dejado que otros aedos tejedores de himnos cantasen las hazañas de Aquiles, si no te hubiera arrebatado Tetis ese premio. Pero, ea, inspírame tu divino aliento para comenzar mi canto, pues he menester de tus bellas palabras[30] para que, en

[28] Nueva enumeración de trabajos: nueve, por orden, la cierva de Cerinea, el ganado de Geriones, el jabalí erimantio, el descenso al Hades en busca de Cerbero, las manzanas de oro de las Hespérides, los establos de Augias, las aves estinfalias, las yeguas de Diomedes y el cinturón de la amazona Hipólita. Son mitos bien conocidos por el lector de mitología, que puede encontrar un buen resumen en Apolodoro, *Bibl.* II 4, 12 ss. o en Pausanias, III 17, 3.

[29] Segunda invocación a Homero, con quien Nono rivaliza conscientemente, en este canto tras la del verso 8. Nono le reprocha a Homero que haya tratado un tema tan insignificante como la guerra de Troya, las hazañas del descendiente de Éaco (padre de Peleo y abuelo de Aquiles), mientras que él se ocupa de las gestas de Dioniso. Cf. también XLII 181.

[30] Véase también la referencia a Homero como «gran puerto de bellas palabras» en el canto XIII 50.

cantando tamaña contienda, no vaya yo a envilecer las fatigas de Dioniso, matador de Indios.

Vamos, diosa, llévame de nuevo entre los indios, armado con la lanza inspirada y el escudo de mi padre Homero, para combatir a Morreo y al insensato Deríades, vistiendo la coraza junto a Zeus y Bromio. Y en el tumulto de la batalla escucharé el sonido del caramillo báquico que conduce al ejército y el estruendo incesante de la docta trompeta de guerra de Homero a fin de que yo pueda aniquilar con la lanza de la inteligencia lo que queda de los indios[31].

Así pues, el ejército de Baco acampó en una boscosa ladera de abundantes pastos, como moradores del solitario monte en espera del combate. El Ganges tembló de miedo compadeciéndose de sus hijos. Toda la ciudad de los indios se conmovía ante el triste hado de los recién muertos y las calles resonaban con los luctuosos lamentos de las plañideras. Deríades se estremecía de miedo, de asombro y de vergüenza, pues ya se había enterado de todo. Y más aún se afligió al observar con torva mirada que el Hidaspes había cambiado su apariencia inspirada por la divinidad y rebullía ahora oscurecido por las vinosas olas.

Allí mismo, haciendo girar sus tardos pasos, un hombre de espesa barba al que hacía tiempo una sombría niebla le cegaba los ojos, se acercó al río y derramó el licor rubicundo del vino que alivia las penas sobre sus párpados pegados. Y al recibir su rostro las gotas vinosas, se le abrieron los ojos. Con pies gozosos el anciano bailó cantando en honor de aquel líquido purpúreo del río, que podía sanar los males. Metiendo sus ancianas manos en la corriente y elevándolas como en una nube, se rociaba con el purpúreo vino la piel

[31] Dos nuevas alusiones al «padre Homero» (versos 265 y 269) para dar comienzo al nuevo ciclo de combates.

perfumada. Y así consagró un altar a Zeus y a Dioniso, el que dispensa el vino, puesto que había podido contemplar el tardío resplandor de Faetonte que hasta entonces había sido insólito para él[32].

Y un joven cazador abandonaba en esta ribera a sus perros de caza embriagados, que lamían las aguas deliciosas del río enrojecido. El muchacho, compañero de la montaraz Flechadora, dirigía sus pasos hacia la ciudad para anunciar a Deríades, que no daba ya crédito, el dulce fluir del aquel río ebrio de vino. Ya recorría el perfume del vino toda la ciudad y sus vientos sonoros embriagaban las calles profetizando la victoria del Liberador Mataíndios.

Los temerosos ciudadanos se resguardaban en torres enormes y los centinelas de la ciudadela de altivo penacho circundaban la muralla con sus escudos de piel de buey.

En los montes, entretanto, el enfurecido Dioniso reprochaba a Hera continuamente ya que, gracias a sus celos, se había retrasado de nuevo el combate con los indios, arrojando toda esperanza de victoria a los vientos. Entonces observó a unos leones en su guarida ociosa —se dio cuenta de que cuando la luna hubo cumplido diez veces su curso sería la tricentésima vez, según sus cálculos, que la Aurora completaba su recorrido y que aún no se había trabado batalla. Rugió como un león y se lamentó en el interior de la espesura con sus ojos sin lágrimas.

---

[32] Se trata de un milagro dionisíaco bastante parecido a uno de Cristo: el ciego que recupera la vista. No olvidemos que a Nono se le atribuye también una *Paráfrasis al Evangelio de San Juan* que, en IX 70 ss. narra con los mismos términos (la «sombría niebla que le cegaba los ojos», 282 *achlyóessan échōn alaōpòn omíchlēn)* el milagro de la curación del ciego en *Juan* IX 1 ss. En las *Dionisíacas,* claro está, el barro ha sido sustituido por el don de Dioniso.

Y mientras así se afligía Baco, el estéril Atis, de túnica rastreante, recorrió en viaje los montes de Escitia fustigando a los leones de su carro. Él era veloz mensajero de la divina Rea, aquel que una vez tiñera de sangre la generatriz espiga de su juventud con el bronce sin llegar a consumar las bodas y arrojara el amoroso surco de su arado virginal, las primicias de su masculinidad segada. Y así derramó sobre los muslos las sangrientas gotas generatrices de niños y convirtió su cuerpo caliente en cuerpo femenino con el acero castrador[33]. Él mismo, entonces, conduciendo el carro de la divina Cibeles, llegó como mensajero para consolar al afligido Lieo. Y Dioniso, cuando lo vio, corrió hacia él, no fuera a ser que hubiera venido para traer a Rea la todopoderosa a la guerra contra los indios. Poniéndose en pie sobre su feroz carro, tras atar las riendas al parapeto, se vio brillar la piel de sus rosadas mejillas imberbes y dijo a Baco estas palabras derramando el torrente de su aguda voz:

«Oh Dioniso de las viñas, oh hijo de Zeus, estirpe de Rea, responde tú a mi pregunta: ¿cuándo regresarás a la tierra de los lidios después de exterminar a la nación de los indios de crespos cabellos? Aún no ha visto Rea a tus cautivos de guerra, aún no ha enjugado el sudor de tus leones migdonios en su montaraz guarida junto a la corriente opulenta del Pactolo después del combate. ¡No, sino que tú dejas que gire la rueda de los años sin trabar estruendosa batalla! Aún no has llevado a las razas orientales de leones indios ante la madre de los dioses, criadora de fieras, como símbolo de la

[33] Resumen de la castración de Atis, que exhorta a Dioniso para la batalla y le trae un divino regalo para la lucha, a la manera del Aquiles homérico. Atis, hijo de una ninfa del río Sangario, fue enloquecido por Cibeles y se castró. Recordemos el poema de CATULO que narra su historia (63, 4-5: «aguijoneado allí por una rabia enfurecedora, con espíritu transtornado, se arrancó con afilado pedernal los pesos de las ingles» [trad. de A. SOLER RUIZ]). Véase también OVID., *Fastos* IV 223 ss.

victoria. Toma, recibe estas armas de parte de Hefesto y de la inmortal Rea, que te es tan cara, armas que han sido forjadas en el yunque lemnio. Junto con la tierra, llevarás también en él el mar, el cielo y el coro de las estrellas[34].»

Aún no había dejado de hablar cuando el valeroso Baco voceó lo siguiente:

«¡Duros y envidiosos son los dioses[35]! En esta guerra podría asolar en un solo día la ciudad de los indios con mi lanza de hiedra. Pero la envidia de Hera, mi madrastra, me aleja de la victoria a mi pesar. El feroz Ares se erige como paladín de Deríades combatiendo a los Sátiros. Muchas veces he probado a herirle con mi tirso, pero el Cronión, amenazándome con el fragor de sus truenos, ha contenido siempre mi ataque. Sin embargo, el celeste Zeus ha calmado hoy el estruendo de sus nubes de profundo resonar y mañana habré de encadenar a Ares hasta que acabe de segar la mies de los indios de hermosos yelmos.»

Y tras hablar de tal manera, respondiole el lidio Atis:

«Blandiendo este escudo invulnerable que proviene del constelado cielo, amigo mío, no habrás de temer la cólera de Ares, ni la envidia de Hera. Ni siquiera a todas las cohortes de los bienaventurados —pues tienes de tu parte a Rea, la madre de todas las cosas[36]— o a un ejército de curvos arcos,

[34] El *sýmbolon* que Atis trae es un escudo cuya descripción ocupará el resto del canto, a imitación del escudo de Aquiles en HOM., *Il.* XVIII 483-608. Solo que Nono se entretiene más en su recreación mitológica (versos 388-412 para la descripción del cosmos, pero llega al 562 contando las otras escenas que se representan en el escudo).

[35] Motivo extraído de HOM., *Od.* V 118.

[36] En la antigüedad tardía el culto de Cibeles cobra extraordinario relieve como «madre de los dioses», por encima del propio Zeus, como se ve en el discurso V de JULIANO, (*Sobre la madre de los dioses* 179 D-180 B), que se dirige a ella como «corregente con Zeus», «fuente de todo pensamiento», «amante de Dioniso» y «salvadora de Atis».

pues ¿cómo podrían éstos herir al Sol o dañar a la Luna lanzando sus dardos? ¿Qué espada podría vencer a la daga de Orión? ¿Qué flechas terrestres podrían alcanzar a la constelación del Boyero? Tú me replicarás que el padre de Deríades, de hermosa cornamenta, sí podría hacerlo. ¿En qué te puede superar el Hidaspes a ti, que llevas de tu parte el Océano? Venga, cobra ánimos y emprende por segunda vez la lucha, porque mi Rea ha profetizado una victoria de tardío cumplimiento. No llegará, pues, el fin de la guerra hasta el momento en que las Estaciones de cuádruple yugo hayan llevado a término el sexto año de lucha. Así lo han permitido el ojo de Zeus y el hilo de la inflexible Moira para complacer los deseos de Hera[37]. Mas cuando llegue el séptimo año, asolarás la ciudad de los indios.»

Diciendo así, le entregó el escudo a Bromio. Y deleitándose en su corazón, participó de un banquete en el que se bebió el vino que alivia las penas servido en copas sin mezclar. Y cuando se hubo saciado en la mesa, Atis azotó de nuevo el lomo de sus leones con ánimo de retornar a su patria en Frigia, conduciendo su carro de montaraz camino. Pasó junto a los picos del Cáucaso[38] y por las cumbres de Asiria y las impracticables montañas de Bactriana, por las alturas del Líbano y las crestas del Tauro hasta que al fin pi-

---

[37] Hay un doble juego de palabras en el griego original (vv. 365-366): en primer lugar, una hermosa aliteración entre *atréptou* («inflexible», «que no tiene vuelta atrás») y *epétrepon* («permitieron»). En segundo lugar, ya en el plano de contenido, *atréptou* recuerda al nombre de Atropos, una de las tres Moiras que rigen el destino, la que se encarga de cortar el hilo.

[38] La geografía de Nono, bien estudiada por P. Chuvin en su libro, *Mythologie et géographie dionysiaques. Recherches sur l'œuvre de Nonnos de Panopolis,* Clermont-Ferrand, Adosa, 1991, suele ser confusa. Aquí, el Cáucaso se refiere al Hindu Kush (cf. P. Chuvin, *Mythologie...*, págs. 286-287), punto de partida de Atis para regresar, a través de Bactriana, a Meonia, es decir, Lidia.

só la tierra de Meonia. Penetró entonces en el divino palacio construido por la naturaleza que habitaba Rea, la de poderosa descendencia. Liberó del bocado a sus leones carnívoros, los ató en el cercano establo y los alimentó con ambrosía.

Entre tanto, sabedor de la profecía materna, Dioniso, el de tirso enloquecedor, se mezcló con sus Bacantes en los montes abandonando a los vientos el peso de su angustia. Empuñó en su mano el abigarrado escudo, arma del Olimpo y docto trabajo de Hefesto. Se congregó en multitud su ejército, asombrado ante la contemplación de las maravillas del arte divinal, maravillas que chispeaban de brillos, pues era la mano del dios la que había fabricado el adornado escudo polícromo. En su centro se había forjado la imagen de la tierra circular, y en torno a la tierra se veía grabado en el metal el cielo que la circundaba con el coro de los astros y a su vez se había representado, como correspondía, al mar unido con la tierra. Y en el cielo, en tonos de oro, se había forjado al Sol sentado sobre su carro llameante, y en plata, por otra parte, se veía la circunferencia de la Luna llena de blancos destellos. Estaban también grabadas todas las estrellas del universo, de variado resplandor, que circundan el éter en espiral corona de siete zonas. Junto a su eje circular se hallaba representada la doble simetría de movimiento de los carros celestes que jamás llegan a bañarse en el mar: pues ambos se desplazan por un carril que está por encima del Océano, por el que marchan uno y otro al lado de tal forma que siempre se inclina la cabeza de la Osa que se oculta hacia abajo en exacta proporción a lo que la otra se extiende cuando se eleva. En medio de ambos carros se había retratado la constelación de Serpentario[39] que casi podía tocar

[39] Ofiuco o «el Dragón». Nono usa la astrología muy a menudo y una de las interpretaciones de su obra (la de V. Stegemann, *Astrologie und*

los miembros separados de ambos carros y doblaba su vientre celeste con un impulso giratorio y alzando de nuevo hacia atrás su cuerpo cambiante como el espiral manantial del Meandro[40], el curvo río cantarín que a través de la tierra conduce sus aguas zigzagueantes dando vueltas en redondo. De la misma forma, pues, tendiendo su vista fijamente sobre la cabeza de Hélice[41], que se halla en frente de él, Serpentario rodea con sus consteladas escamas el cuerpo de las dos osas, abrazándolas con sus astros. En la punta de la lengua, además, una estrella resplandeciente escupe fuego hacia delante, lanzando así una llama entre medias de los cientos de dientes que bordean sus labios.

Tal era la escena que el artífice del bronce había forjado en medio del lomo del bien trabajado escudo. Para complacer a Lieo forjó también los muros, trazados por un buey, de Tebas, la ciudad que fue construida por la lira[42], alternando las hileras de puertas de siete caminos que se habían erigido.

Universalgeschichte: Studien und Interpretationen zu den 'Dionysiaka' des Nonnos von Panopolis, Leipzig, Teubner, 1930) se basa en su supuesta intención astrológica y simbólica. A través de un poema lleno de números y estrellas, Nono habría descrito, según esta interpretación, el transcurso de un año cósmico, hasta la llegada del salvador Dioniso.

[40] Río del Asia Menor famoso por sus curvas —como Nono se encarga de resaltar con su barroca adjetivación— que aparece ya en HES., *Teog.* 339, como hijo de Océano y Tetis. Es el actual Büyük Menderes en Turquía.

[41] Hélice es una de las ninfas que cuidaron a Zeus niño. Crono, en venganza, la persiguió. Pero fue elevada al firmamento por Zeus, que la convirtió en la Osa Mayor (véase el mito en APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas* I 936, III 745, o en HIGINO, *Fábulas* 177).

[42] Nueva referencia (tras el verso 19) al mito de fundación de Tebas: la versión de Anfión, que ya se ha comentado, y la que hace referencia a Cadmo y la vaca que se tumbó en el lugar donde habría de edificarse la ciudad, que narra el propio NONO en IV 297 ss. El trazado de los muros y las siete puertas se encuentra en V 51-84.

Ahí estaba Zeto en sus fatigas por la patria, elevando sobre sus hombros doloridos el pétreo fardo, y también Anfión, que cantaba al compás de la lira[43]. Al son de esta música, una colina redondeada bailaba dando vueltas sobre sí misma en su devenir y, como si estuviera hechizada, parecía hacerlo también sobre el propio escudo. Aunque sólo era una obra de arte, muy bien podrías decir que se veía cómo las inertes rocas de aquella colina inamovible brincaban juguetonas y se agitaban. Y al contemplar a aquel hombre ocupado con su lira silenciosa, entonando una melodía apresurada para unas piedras fingidas, te acercarías corriendo para aproximar al escudo tus orejas y deleitar tu corazón con la forminge[44] constructora de murallas, pues creerías escuchar el sonido de la melodía de siete cuerdas que hace que las piedras se muevan.

Asimismo, el escudo de hermoso disco tenía un adorno muy apropiado, pues en el lugar en que se hallaba reluciente el coro de las estrellas, dentro del palacio de Zeus, se había forjado con arte divina al escanciador de Troya[45], al cual un águila bien delineada llevaba como alada portadora, tal y como se le suele representar en las pinturas, arrebatándole con garras robadoras. El alado Zeus parecía angustiado en medio del firmamento pues trataba de alzar con sus zarpas al aterrado muchacho sin arañarle y batir sus alas calmada-

[43] Los gemelos Anfión y Zeto, hijos de Zeus y Antíope, reinaron en Tebas después de Lico y la rodearon de murallas (cf. Hom., *Od.* XI 260-265). Nono insiste en el baile báquico de las piedras.

[44] Pequeña arpa de tres a siete cuerdas de época homérica. Siete, como las puertas de Tebas, es el número tradicional que le otorga Nono.

[45] Ganimedes, que se nombra más abajo y cuya historia es harto conocida, como único amor masculino de Zeus. Es el menor de los hijos de Tros, de la familia real de Troya. Aluden a esta historia multitud de autores, desde Homero (*Il.* V 265 ss.) hasta Píndaro (*Ol.* I 43) u Ovidio (*Metamorfosis* X 155 ss.).

mente con ímpetu retenido, no fuera a ser que los mortíferos escollos del mar sepultaran a Ganimedes si se precipitaba de cabeza desde los aires. Y más aún temía a las Moiras, no fuera a ofrecer su nombre el encantador jovencito al cercano mar antes de tiempo, arrebatándole el honor que más tarde habría de obtener Hele[46]. Se podía ver también al muchacho en el festín de la celestial mesa de los dioses, exactamente como si estuviese escanciando la bebida; tenía una vasija llena del licor nectáreo que se derramaba por sí solo y ofrecía una copa a Zeus que estaba cenando. Hera estaba allí sentada, enfurecida incluso en el escudo y con terribles celos en su corazón, tal y como mostraba su apariencia, puesto que con el dedo le estaba mostrando el muchacho a la divina Palas, que se sentaba al lado de la diosa, como si dijera; «¡y pensar que Ganimedes, un pastor de bueyes, está sirviendo el dulce néctar del Olimpo y llevando en su mano las copas mientras caminaba entre las estrellas! Esto es el cometido de la doncella Hebe»[47].

Habíase representado asimismo la tierra de Meonia, ya que fue nodriza de Baco, y en ella a Moria[48], la serpiente

[46] Es decir, Zeus, transformado en águila, tiene mucho cuidado al volar con el joven raptado, pues teme que se vaya a precipitar al mar, como le habría de suceder a Hele. Ésta es la hija de Atamante y hermana de Frixo que huye de su madrastra Ino en un carnero volador y muere al caerse al mar en el estrecho que se llama Helesponto («Mar de Hele») en su honor, como narra, por ejemplo, HIGINO, *Fáb.* 3.

[47] La *ékphrasis* o descripción insiste en que el realismo de la obra de arte es tal que las figuras parecen hablar, estar vivas o sentir. Un *topos* de este género, como se ve en la obra de CRISTODORO DE COPTO, seguidor de Nono e imitador de este pasaje, en su descripción de las estatuas del Gimnasio de Zeuxipo (*Antología Palatina,* libro II).

[48] Da comienzo aquí una antigua leyenda lidia que recrea con detalle Nono, amante de raros mitos locales, en unos cien versos: la muerte y resurrección del pastor Tilo. Fue narrada por JANTO DE LIDIA (765 Fr. 3 *FGrH* JACOBY) y PLINIO (*Hist. Nat.* XXV 14) alude a ella también. Véan-

moteada, la hierba de divino origen, Damasén, matador de serpientes e inmenso hijo de la tierra y, por último, a Tilo, que poco tiempo pudo habitar Meonia, pues murió prematuramente víctima de una mordedura venenosa que le llevó a un hado cruel. Este último, una vez que caminaba junto a la ribera del cercano Hermo, el río migdonio, tocó una serpiente con la mano[49]. Y ésta, tensando el largo cuello, alzó la cabeza con implacables fauces abiertas y se lanzó contra el hombre. Azotando los costados de Tilo con la cola, desencadenó una oscura tempestad de destrucción, y enroscándose en torno al cuerpo del mortal formó una corona con sus anillos. Entonces saltó hacia las mejillas del joven, que estaban cubiertas de un leve bozo, surcó la piel de su quijada con el arado de sus cientos de dientes y escupió el licor de la muerte con mandíbulas venenosas. Como hubiese saltado sobre sus hombros, cargados ahora con el peso del reptil, el cuello del joven estaba ceñido en medio por los enroscados anillos, que le procuraban un collar serpentino del

---

se J. y L. Robert, «Héros de Sardes dans Nonnos, Tylos», *Bulletin Épigraphique* 437 (1979) y O. P. Cybenko, «Une légende lydienne transmise en grec (Nonn., *Dion.*, XXV, 451-552)», *Inozemna filolohija,* LXXX (1985), 104-110 (en ruso en el original).

[49] En las artes, la leyenda parece haber sido recogida por Poussin, que conoció a Nono en una traducción francesa: *Les Dionysiaques, ou les voyages, les amours et les conquestes de Bacchus aux Indes, traduites du grec de Nonnus Panopolitain,* París, R. Fouët, 1625. Entre los lienzos de Poussin, abundantes en escenas báquicas, hay dos que presumiblemente representan esta escena del mito de Tilo (M. Bull, «Poussin and Nonnos», *Burlington Magazine* 140 [1148], [nov. 1998], 724-738, en esp. pág. 729) en la National Gallery de Londres y el Musée des Beaux-Arts de Montreal (nº 178 y 96 del catálogo razonado de J. Thuillier, *Poussin,* París, Flammarion 1994). Por otra parte, sobre el río Hermo, en Nono el término «migdonio» se aplica, en general, a Lidia (cf. P. Chuvin, *Mythologie...*, pág. 100).

Hades, compañero de la Moira. Y muerto en tierra cayó semejante a un joven brote de árbol desgajado.

Apiadándose del joven caído, de cuyo triste destino había sido testigo, una Náyade sin velo comenzó a llorar junto al cadáver [***] y, entonces, apartó a la monstruosa fiera para que supiese [***][50]. Pues no era el primer caminante que mataba, ni el primer pastor. No sólo murió Tilo antes de tiempo, sino que en la espesura de su guarida devoraba también fieras salvajes. Muchas veces arrastraba un árbol bien plantado tras arrancarlo de raíz, lo sepultaba en su enorme garganta atrayéndolo con el tornado de sus fauces y, de nuevo, exhalaba un terrible soplido desde sus mandíbulas. Otras veces arrebataba al aterrado caminante y lo arrastraba dándole vueltas y vueltas hacia dentro de la boca con su cavernosa respiración. Y se podía ver entonces al desdichado hombre siendo engullido entero en sus fauces abiertas[51].

Moria pudo contemplar el asesinato de su hermano, que presenció desde la lontananza. Tembló de miedo la ninfa como viese la gran cantidad de filas de venenosos dientes. Vio también la guirnalda letal que se había tejido en torno a la garganta del muerto. Y lloraba amargamente junto a la frondosa guarida del dragón cuando se encontró con el descomunal Damasén[52], hijo de la Tierra, a quien otrora diera a

[50] Graefe sospecha una laguna de varios versos tras el 471. Para Keydell ésta se halla tras el 470. El texto está corrupto y preferimos no incorporar ninguna conjetura.

[51] Esta horrenda serpiente, que engulle todo lo que hay a su alcance, recuerda a otros monstruos enemigos de los dioses en Nono, como Tifón (II 42 ss.) o el gigante Alpo (XLV 175 ss.), que provocan destrucciones similares.

[52] De los tres personajes de este raro mito —Tilo, Damasén y Moria— sólo el último parece de invención noniana. De Tilo hay rastros en las fuentes literarias, epigráficas y numismáticas como antiguo héroe o rey de Lidia: en Heródoto, I 94, 3 y IV 45, 3 y en Dioniso de Hali-

luz su madre tras engendrarlo por sí sola. De sus mejillas redondeadas brotaba una barba de espesos mechones que tenía desde su nacimiento.

Después de nacer tuvo a la Discordia[53] como nodriza. Lanzas le amamantaron en vez de pechos. Sangrientos combates tuvo en lugar de baños. Armadura en vez de pañales. Y como soportase el peso de miembros tan descomunales aquel infante en armas, retoño bizarro cuya estatura era par al cercano cielo, podía empuñar una hermana lanza con la que nació juntamente, pues ya recién nacido Ilitía[54] le armó con un escudo.

Mas cuando la ninfa lo vio junto a una colina del bosque de hermosos pastos, se arrodilló ante él suplicante y le mostró lamentándose el enorme reptil que había dado muerte a su hermano Tilo, quien entonces, recién derribado, todavía se agitaba entre el polvo. No desoyó el gigante, ese sobrenatural campeón, sus ruegos, sino que, agarrando un árbol, lo arrancó de raíz de su madre la tierra y atacó de través a aquel dragón carnívoro. Por su parte, el sinuoso campeón trabó combate con su serpentino lazo, lanzando un silbido

---

CARNASO, I 27, 1 encontramos los nombres Tilo y Masnes/Masdnes, anagrama de Damasén para F. VIAN *(Les Dionysiaques t. IX Chants XXV-XXIX*, París, Les Belles Lettres, 1990, pág. 38), en la genealogía de reyes de la antigua Lidia. Los dos aparecen en monedas que reflejan el mito (cf. P. WEISS, «Manes», en *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae* 6, Zúrich-Múnich, 1994, págs. 351-353). Pero es más verosímil que el nombre Damasén, gigante destructor, esté relacionado etimológicamente con el verbo *dámnēmi*, «destruir».

[53] Eris, «la de corazón obstinado», personificación de la Discordia, es hermana de Ares y una gran provocadora de desaires: su manzana dio pie al juicio de Paris, que causó la guerra Troya. También es considerada una de las hijas de la noche (cf. HES., *Teog.* 225 ss.).

[54] Ilitía, protectora de los partos, es hija de Zeus y Hera, como señala HESÍODO, *Teog.* 922.

de guerra con su garganta como una trompeta, aquella serpiente de anillos enroscados en movimiento que medía cincuenta pletros[55]. Y en torno a sus pies trabó un lazo asfixiante que los apresó, mientras azotaba el cuerpo de Damasén con sus curvas espirales. Abrió entonces las puertas de los colmillos, sus fauces enloquecidas, arrojando el dardo líquido desde los labios a la vez que hacía girar sus torvos ojos que respiraban muerte. Escupió a la cara del gigante un torrente de veneno que llovía desde sus mandíbulas, como flechas arrojaba la espuma verdosa desde los colmillos de largo alcance. Lanzose entonces contra la cabeza del gigante de altivo penacho, que erguido se agitaba con tal movimiento de miembros que la tierra se estremecía. Pero se libró del peso de la espina serpentina el terrible gigante, agitando su cuerpo semejante a una montaña. Y en la mano blandió aquel arma de largas hojas, arrojándola como arbóreo proyectil directamente contra la cabeza del reptil, y el árbol golpeó, con raíces y todo, allí donde se unía el curvo cuello con la espina dorsal.

Entonces el árbol enraizó de nuevo. Ya sobre la tierra yacía inmóvil el dragón, un cadáver en espiral. Mas de repente una serpiente hembra se arrastró arañando el suelo en su movimiento reptante, pues iba en busca de su fenecido cónyuge dando giros sobre sí misma, como si fuera una mujer que desea ver el cadáver de su esposo. Marchó en seguida veloz hacia las montañas, arrastrando su enorme espina dorsal en dirección a un monte fecundo en vegetación. Y en aquella espesura segó con sus serpentinas fauces la flor de Zeus[56] y llevó la hierba que alivia el dolor en la punta de

[55] La serpiente, cuyo tamaño no se había mencionado hasta ahora, resulta tener más de 1.500 metros.

[56] Sobre esta «flor de Zeus» se ha especulado mucho. Parece tratarse de la legendaria hierba «balis», que devolvía la vida. Puede relacionarse

los labios. Y puso en las resecas fosas nasales del espantoso cadáver la hierba que aleja la muerte, y al muerto lanzador de veneno, que estaba inmóvil, le dio vida por medio de aquella flor. El cadáver se agitó rodando sobre sí mismo y mientras que una parte estaba inerte la otra se movía[57]: el muerto quedaba medio redivivo y se movía su cola por sí misma. Las frías mandíbulas retomaron la respiración de nuevo, poco a poco la boca se abrió y pudo oírse el acostumbrado sonido del aliento, que derramaba su silbido recobrado. Al fin se puso en movimiento y regresó a resguardarse en su antigua guarida.

También Moria recogió la flor de Zeus y puso la hierba portadora de vida en la nariz generadora de vida del cadáver. Y la planta que da vida, de sarmientos que alivian el dolor, le inspiró de nuevo al muerto el alma e infundió nue-

---

con una hierba de la inmortalidad que aparece en algunos antiguos mitos de la cuenca mediterránea, como el de Gilgamesh y Enkidu. Plinio *(Hist. Nat.* XXV 14) se refiere a ella en su epítome de Janto. Se encuentra atestiguada en Arcadio (XXX 1 14), en el *Etymologicum Magnum* (186 35-6) como hierba que resucita milagrosamente, y en Hesiquio (s.v.), como «cáñamo». Para G. M. A. Hanfmann («Lydiaka», *HSPh* [1958], 65-88, en esp. pág. 70) el origen de esta «balis» sería «hierba de Baal», por lo que Nono traduce «flor de Zeus» *(Diòs ánthos)*. Para P. Chuvin *(Mythologie...*, págs. 109-10), en cambio, estaría relacionada con *ballen,* «rey» en frigio. Como curiosidad, Gustave Flaubert menciona esta hierba mágica en *Las tentaciones de San Antonio* IV.

57 Estos versos en los que se narra minuciosamente la resurrección de la serpiente (529-36) y los posteriores sobre la de Tilo (541-52) guardan un parecido cierto con el relato de la resurrección de Lázaro en la *Paráfrasis* de Nono (XI 1-185) a Juan XI. Lázaro, como Tilo, tiene un progresivo despertar a la vida, se diría que le recorre el cuerpo lentamente la nueva alma, que va «desperezando» sus miembros. Además, hay un epigrama cristiano de la *Antología Palatina* (I 49) dedicado a Lázaro que sigue claramente este episodio.

va vida en él[58]. El alma llegó por segunda vez al cuerpo. El frío cuerpo se calentó de nuevo con un fuego interior de salvación y el muerto, participando de nuevo del principio regenerador de la vida[59], agitó por un momento la planta del pie derecho, se incorporó sobre el izquierdo, plantó con firmeza su pierna sobre todo el talón y parecía igual que un hombre que, tras yacer en su lecho, se sacudiera el sueño de encima abriendo los ojos y poniéndose en pie. De nuevo hirvió su sangre. Y como hubiera recobrado el muerto su aliento, se levantaron sus manos, el cuerpo recuperó la ar-

[58] La narración abunda en epítetos aplicados a la hierba como *odynéphaton* (528, «que alivia el dolor»), *alexēteiran* (529, «que aleja la muerte»), *pherésbion* (540, «portadora de vida»), *zeídōros* (541, «que da la vida»), *akessipónoisi* (541, «curativos») que nos acercan a la idea de curación o resurrección. Hay paralelos muy notables con otras escenas, en las que se sana o se devuelve la vida a través de diversos *phármaka* (Zagreo en VI 155 ss., Himeneo en XXIX 151 ss., Hera y Dioniso en XXXV 319 ss., Eeria y Téctafo en XXVI 101 ss. y XXX 126 ss., etc.) o del propio vino (Ámpelo en XII 270 ss., etc.). Y hay que destacar el parecido con los milagros curativos de Cristo que narra el mismo Nono en su *Paráfrasis a San Juan* (V 10 curación en el estanque de Bethesda y otros).

[59] Este «principio regenerador de vida» *(biotês palinágreton archḗn)* es un elemento fundamental de la ecléctica «metafísica» de Nono: la muerte no es más que un nuevo principio. La expresión se repite exactamente en el episodio de la muerte de Dioniso Zagreo, que se encarna en el nuevo Dioniso (VI 175), en el de Lázaro (*Par.* XI 1-185) y se encuentra en otros episodios paralelos. En el ecléctico y extraño mundo de las *Dionisíacas* se aúnan las viejas leyendas mediterráneas sobre muerte y resurrección con la doctrina de los Evangelios. También en Nono Dioniso es muchas veces paralelo al Cristo, y el vino al *lógos*. De Dioniso se dice, por ejemplo, que «lloró para liberar a los mortales del llanto» (XII 171) y a Sémele, madre de Dioniso, se la llama «dichosa entre todas las hijas de Cadmo» (IX 71), etc.

monía, los pies el movimiento del caminar, los ojos la luz y los labios la voz.

También estaba forjada en el escudo Cibeles, justo después de dar a luz, de forma que parecía sostener en su regazo al fruto de su vientre, aunque no era verdadero, entre sus brazos de artificio. Y Rea, la tejedora de engaños, ofrecía a su esposo sin corazón un niño de piedra, pesado y áspero banquete[60]. El padre sepultaba en su voraz garganta esta forma redondeada, este hijo marmóreo, celebrando un festín con el cuerpo de un fingido Zeus. Y una vez que tuvo dentro de su estómago fecundo la piedra, arrojó fuera el parto múltiple que le angustiaba, vomitando el peso del embarazo de sus tragaderas.

Tales eran las variadas escenas representadas por el laborioso arte que se podían ver en el escudo guerrero de Baco, que procedía del Olimpo de muchas fuentes. Ante su contemplación, todos se admiraban uno tras otro y rodeaban al portador del escudo torneado alabando las llameantes forjas del Olimpo.

Y mientras aún se deleitaban con esto, el día que ya se ocultaba terminó su camino, velado el resplandor de su rostro de ojos de fuego. Y la noche silenciosa oscureció con su sombra toda la tierra. La multitud en armas se acostó en sus lechos agrestes aquí y allí, y después del banquete vespertino cayeron dormidos en el monte.

---

[60] Concluye la descripción del escudo con un breve episodio sobre el conocido mito del nacimiento de Zeus. Rea, identificada por muchos mitógrafos con Cibeles, lo oculta de su padre Crono, que engulle una piedra en su lugar. Cuenta la historia Hesíodo, *Teog.* 459-500.

CANTO XXVI

SUMARIO

— Aparición de Atenea en sueños a Deríades, vv. 1-37.
— Catálogo de los ejércitos indios de Deríades y sus capitanes, vv. 38-365: Amanecer. Agreo y Flogio, vv. 38-59. Paltanor, vv. 60-71. Morreo, lugarteniente de Deríades, vv. 72-83. Varios pueblos: Sabiros, Orejotas, etc., vv. 84-100. Téctafo y la historia de su salvación gracias a su hija Eeria, vv. 101-145. Varios pueblos: Aracotas y Derseos, vv. 146-151. Habrátoo, traidor a Deríades, y sus arqueros, vv. 152-172. Los Cireos, comandados por Tíamis y Holcaso, vv. 173-182. El ejército de Arizantia: prodigios de esa tierra; el árbol que da miel y los pájaros fabulosos catreo y orión, vv. 183-217. Varios pueblos: Sibas e Hidarcas, vv. 218-221. El ejército de las trescientas islas: los ríos Indo y Nilo. El hipopótamo, vv. 222-249. El caudillo Areto y la historia de sus cinco hijos mudos, vv. 250-294. El ejército de Salces y sus elefantes, vv. 295-338. Varios pueblos: Derbices, Etíopes, Blemios, etc., vv. 339-349. El rey Deríades y su genealogía, vv. 350-365.
— Preparativos nocturnos, cena y descanso de las tropas, vv. 366-378.

EL CANTO VIGÉSIMO SEXTO CONTIENE LA FORMA ENGAÑOSA DE ATENEA Y EL ENORME EJÉRCITO CONFEDERADO QUE MARCHÓ A LA GUERRA DE LOS INDIOS

La impetuosa Atenea se presentó ante Deríades, que dormía en su lecho entristecido, pues la diosa era leal a Baco y pretendía una segunda victoria de su hermano, que estaba por venir. Y cambiando su apariencia adoptó la exacta forma de Orontes, fingiendo ser el yerno de Deríades el de altivo penacho. A éste, que ya había arrojado al suelo el dardo homicida de la guerra[1], asustado por el destino de los que habían muerto, le engañó la aparición de un sueño embustero que le dio valor de cara a la refriega con Dioniso pronunciando las siguientes palabras:

«Duermes, Deríades[2], y yo te lo reprocho, pues dormir toda la noche es ajeno a los soberanos que gobiernan las ciudades. Debe medir su sueño aquel que toma las decisiones. En torno a las fortificaciones los enemigos se aprestan

---

[1] Es decir, que ya no quería combatir. Orontes, yerno de Deríades, había caído en combate anteriormente, suicidándose a la manera de Ayante en XVII 262 ss. (en imitación de la tragedia homónima de Sófocles, 845 ss.). Más adelante, Atenea menciona a su esposa Protonoe, hija del rey Deríades.

[2] Estas palabras imitan las del Sueño a Agamenón en Hom., *Il.* II 23 ss, que toma la apariencia de Néstor para engañarle, como hace aquí Atenea, dejándose ver como Orontes.

al combate y tú no blandes tu lanza impetuosa, no escuchas el estruendoso batir de los tambores ni la música de los clarines, ni aciertas a oír el resonar de la sangrienta trompeta de guerra que reúne a los ejércitos. Ten piedad de tu hija Protonoe, esa joven viuda luctuosa que llora la muerte de su marido, no dejes, oh portador del cetro, a tu Orontes sin vengar. Da muerte a mis asesinos desarmados, pues aún están con vida aquellos que mataron a tu yerno de efímera vida. Contempla mi pecho atravesado por el agudo tirso. ¡Ay de mí! Y pensar que Licurgo no habita aquí. ¡Ay de mí! Y pensar que tú no reinas sobre los arrogantes árabes... No era un dios Dioniso, a quien un hombre mortal persiguió una vez hasta hacerlo huir bajo las olas del mar, convirtiéndolo en un exiliado bajo las aguas[3]. He visto a Deríades en fuga ante un ejército de mujeres. Sé un león sin miedo, que Dioniso, el de túnica de piel de ciervo, huya ante un hombre armado de verdad como si de cierto fuera un cervatillo. No es aquél quien ha diezmado la estirpe de los belicosos indios, no, sino que es tu propio padre el que los diezma. Pues en la batalla Hidaspes vio a tus capitanes en fuga y los destruyó. No eres tú también como ellos, sino que llevas la sangre de la hija de Faetonte, tu flameante ancestro. No tienes el cuerpo de un mortal, a ti no te destruirá ni una espada ni un dardo cuando te abatas sobre Lieo.»

---

[3] Referencias constantes a Licurgo, rey de Tracia («de los árabes» para Nono) y fiero enemigo de Dioniso, cuya historia cuenta el propio NONO en XX 149 ss. Era descendiente de Ares y se enfrentó a Dioniso y a sus nodrizas, como narra HOMERO en *Il.* VI 130-140, hasta que hizo huir al dios bajo las olas del mar. Luego los dioses le castigaron por su osadía de teómaco, aunque hay varias versiones al respecto que Nono se encarga de colectar en el vigésimo canto de las *Dionisíacas* (ver notas *ad loc.)*, en el que desarrolla el episodio. Aquí, el fingido Orontes viene a comparar a Licurgo con Deríades, y lamenta que éste no tenga las agallas de aquél.

Y habiendo hablado así, Atenea, la de abundantes recursos[4] regresó al Olimpo cambiando la forma de su onírico rostro. Al alba Deríades convocó por medio de heraldos a sus tropas extendidas a lo lejos para que se reunieran desde sus ciudades e islas. Y hacia aquí y allí con paso tempestuoso marcharon muchos heraldos para agrupar al pueblo en armas en la región oriental. Belicosos guerreros se reunieron desde todas partes ante la llamada de su rey[5].

Primero se armaron esos conductores de la guerra que son Agreo y Flogio, caudillos en igualdad de condiciones que acababan de erigir un túmulo en honor de su padre, quien había muerto recientemente. Son los dos hijos de Euleo. Marcharon en armas con ellos las gentes que habitan Cira y Bedio, junto al cauce anchuroso del bárbaro Ombelo, río indio, y también las gentes de Ródoe, la de hermosas torres, tierra de belicosos indios, y las de la rocosa Propaniso[6]. Y cuantos

---

[4] Usa el epíteto *polýmētis*, que se dice de Odiseo en HOM., *Il.* I 311 y *Od.* XXI 274.

[5] Aquí Nono da comienzo el catálogo de los ejércitos indios, a imagen del catálogo de las naves en HOMERO, tras haber enumerado en los cantos XIII y XIV las tropas dionisíacas.

[6] Estos personajes sólo nos son conocidos por Nono: Agreo, Flogio y su padre Euleo. Los dos primeros son nombres que aparecen en otros poetas épicos (Cf. APOLONIO DE RODAS, I 1045). En cuanto a los conocimientos geográficos de la India que Nono despliega en el catálogo, hay que decir que no son muy exactos: el río Ombelo no es identificable. Cira, Gazo, la de murallas de lino, y Bedio pueden ser identificadas como ciudades de Bactriana (cf. P. CHUVIN, *Mythologie...*, págs. 295-296), que se levantaron contra Alejandro Magno en 329. Algunas de ellas aparecían en las *Basáricas* de DIONISIO (fr. 1-3 LIVREA), una epopeya precursora de las *Dionisíacas* que hablaba también de esta campaña índica. Pero sobre algunas de estas ciudades o regiones solo se puede especular. Propaniso es, según las notas de H.J. ROSE a la traducción de W. H. D. ROUSE (*Nonnus Dionysiaca*, vol. II, Harvard-Londres, 1940, pág. 296), otro nombre para el Hindu Kush o «Cáucaso indio».

habitan en el cerco de la isla de las viejas[7], allí donde los niños están acostumbrados a arrebatar con el borde de sus labios el líquido que brota del pecho masculino del padre, que tiene capacidad de amamantarlos en lugar de la madre. Los de la elevada Sesindio y aquellos que han fortificado Gazo con un círculo amurallado de lino, a base de bloques de madejas entretejidas, un baluarte inexpugnable ante Ares: nunca un enemigo armado de bronce ha podido rasgar las líneas de esta fortaleza tejida con lino, irrompible, bien construida y con cimientos bien entrelazados.

Tras estos marcharon en formación otros valerosos guerreros, los ejércitos de los dardios y los prasios, y la estirpe de los salangos, cubiertos de oro, que conviven con la riqueza bajo un mismo techo[8]. Para ellos es costumbre siempre comer legumbres como fruto vivificante. En vez de trigo, eso es lo que muelen en la rueda circular del molino. Marcharon en seguida las tropas de los zabios de cabellos rizados, cuyo caudillo era el sabio Paltanor, que odiaba a Deríades y que por sus costumbres piadosas tenía a Dioniso en el corazón[9]. El soberano Dioniso, después de la guerra

[7] Las Grayas, eran hijas de Forcis y Ceto en HESÍODO, *Teog.* 270-3, de las que se habló en el juicio de Dioniso y Perseo, en el canto anterior. El motivo de «la isla de las viejas», donde los hombres amamantan a los niños, no se encuentra más que en Nono y puede ser invención suya o acaso un *folktale* recogido por él.

[8] Dardíos y Prasios parecen referirse a topónimos reales: el Dardistán, en las fronteras de Afganistán, y Patalipoutra. Los dos pueblos y los Salangos son mencionados por Esteban de Bizancio y, al parecer, eran citados en las *Basáricas* de DIONISIO. Hay rastros de ellos en otros autores (PLUT., *Al.* 62, etc.). Para un intento de identificar algunos de estos pueblos, cf. «The Dionysiaka of Nonnos» en J. W. MACCRINDLE, *Ancient India as Described in Classical Literature*, Amsterdam, Philo Press, 1971, págs. 197-200.

[9] El rey de los Zabios, Paltanor, se describe como partidario de Dioniso. Así sucede también con la hamadríade india que se «convierte» al

de los indios, habría de llevarse a este hombre como habitante extranjero en Tebas, la construida con la lira. Y allí junto a Dirce quedose, abandonando a su patrio Hidaspes y bebiendo las aguas ismenias del río jonio.

Después de estos armó un inefable ejército el orgulloso Morreo[10], hijo de Tidnaso, que marchaba junto a su padre, el cual entonces acudía al combate guardando un luto que amargaba su triste vejez. Blandía un escudo de variado ornato en la anciana mano y agitaba la mandíbula sombreada por un canoso prado que anunciaba por sí solo su ya larga vida. Y es que aún se lamentaba el lloroso Tidnaso por la pérdida antes de tiempo de su hijo de funesto destino, el indio Orontes. Y el soberano Morreo le seguía sosteniendo erguida su lanza vengadora a fin de destruir todo el ejército de Bromio. Quería trabar singular combate con Baco, matador de su hermano; deseaba herir al asesino de su propia sangre, al invulnerable hijo de Tione. Y junto con él acudía la estirpe de los indios, de muchas lenguas, que habita en la ciudad del Sol, la bien construida Etra, cimentada sobre un suelo sin nubes. Y también los que habitan estos dos lugares: la frondosa Antene y los caños de Oricia, la llameante Nesea y Melena, la que no conoce invierno, y la región torneada de Patalene, que ciñe el mar[11].

---

dionisismo en XXII 100. Su pueblo, como corresponde, es también sabio y piadoso (cf. los Abios de Hom., *Il.* XIII 6, «los más justos de los hombres»).

[10] Morreo es el lugarteniente de Deríades, que se enfrentará al amor por una muchacha dionisíaca en el canto XXXV.

[11] Etra, la «ciudad del sol» es desconocida para nosotros, aunque la cita Máximo Planudes, admirador y editor de las *Dionisíacas*, en un poema de inspiración noniana sobre la metamorfosis de un buey en ratón (cf. C. v. Holzinger, «Ein Idyll des Maximus Planudes», *Zeitschrift für d. österreichisch. Gymn.* 44 [1893], 385-419). De la nómina de ciudades y lugares (Antene, Oricia, Nesea, Melena y Patalene) sólo podemos reco-

A estos siguieron las apretadas filas de los diseos, junto a los cuales tomó las armas la terrible tribu de los sabiros, de velludo pecho, que tienen hirsutos rizos incluso en el corazón, gracias a lo cual siempre van con ánimo valeroso y no se encogen de miedo en la guerra. Marchaban en armas junto a ellos también los orejotas[12], entre los cuales es costumbre echarse a dormir envueltos en sus luengas orejas. Acaudillaban a estos en la lucha Fringo y Aspeto, que llegaban en la compañía del soberbio Daniclo. Les acompañaban también Tureo[13] el arquero acompañado por Hipuro. Tenían una misma idea en la cabeza los cinco sanguinarios caudillos que conducían al ejército entero de los orejotas.

Llegó listo para el combate Téctafo, el flechador, quien una vez se librara de un hado mortal al mamar con labios famélicos el licor del pecho de su propia hija, que fue sagaz nodriza de su padre[14]. Téctafo, que estaba reseco y tenía la

nocer Patalene, nombre de la región del delta del Indo, y Nesea, que puede relacionarse con los néseos, un pueblo citado por Plinio (*Hist. Nat.* VI 76).

[12] En griego *ouatokoîtai,* es decir, los que duermen en sus orejas, como el pueblo mencionado por Plinio (*Hist. Nat.* IV 95). Los seres fantásticos poblaban la geografía imaginaria de la India, como se ve en los relatos de muchos viajeros de la antigüedad. Los *Indiká* de Ctesias de Cnido (s. iv a. C.) o la *Topographia Christiana* de Cosmas Indicopleustes, ya de época de Justiniano, describían un país que siempre fascinó a los griegos, poblado de seres extraordinarios.

[13] La tradición manuscrita nos da el nombre de Morreo, que ya ha sido mencionado. Preferimos esta conjetura de Koechly. Por otro lado, los cinco capitanes de estas tropas de Orejotas (Frigno, Aspeto, Daniclo, Tureo e Hipuro) son desconocidos y algunos de ellos llevan nombres parlantes: Hipuro es «cola de caballo».

[14] El padre amamantado por la hija es otro motivo del *folktale* presente en Nono y su narración sigue este esquema popular. Un buen ejemplo lo tenemos en el *Childe Harold* de Lord Byron (IV 148 ss.), que narra la leyenda de una romana que obra de igual manera. Solo aquí se en-

piel parcheada, no era sino un cadáver aún con vida cuando Deríades, el portador del cetro, cumplió su amenaza implacable y atándolo con cuerdas de muchos nudos lo recluyó en una enorme mazmorra encadenado[15]; sin alimento alguno, escuálido, el cuerpo expiraba su último suspiro por causa del hambre, privado de la luz del sol y de la luna de hermoso círculo. Se ocultaba así en las profundidades de la tierra aquel hombre encadenado, que no tenía nada que beber, ni sustento alguno. Tampoco podía ver a otros hombres, sino que yacía desfallecido bajo la cóncava roca tallada lateralmente bajo la tierra. Por el hambre acumulada durante tanto tiempo se dolía exhalando por la boca un hálito de débil consistencia, como alguien que respira pero ya carece de aliento. Y como si fuera ya un muerto su cuerpo sin vigor desprendía un hedor pestilente. Se encargaba de vigilar al cautivo una guarnición de carceleros, a los que una vez engañó la astuta hija con palabras embaucadoras. La joven, que apenas había dado a luz, pronunció un suplicante discurso de graves acentos, sacudiendo sus engañosos vestidos[16]:

«No me deis muerte, carceleros. No llevo nada, no tengo bebida ni alimento alguno para mi padre. Lágrimas, lágrimas traigo solamente para mi progenitor. Mis manos vacías lo atestiguan. Si vuestro corazón, si vuestro corazón sigue sin creerme, desatad mi túnica inocente, desgarrad mi velo, sacudid con las manos mi vestimenta. No traigo bebi-

---

cuentra este curioso mito. Véase el artículo que ha dedicado al tema C. Mainoldi, «Eria e Tectafo nelle Dionisiache di Nonno» en *Pietas e allattamento filiale. La vicenda, l'exemplum, l'iconografia* (Coll. Urbino, 2-3 magg. 1996) 1997, págs. 161-170. Nono repite la escena con detalle también en XXX 127-186.

[15] Esta caverna lóbrega recuerda a la que encierra a las Bacantes en el canto XLV 262 ss., apresadas por Penteo, otro rey «impío».

[16] Se entiende que este gesto le sirve para demostrar que no lleva nada entre sus ropas.

da alguna que pueda salvarle la vida. Vamos, hacedme presa a mí también junto con mi padre en esta mazmorra subterránea. ¡Como podría yo ser motivo de temor para vosotros! ¡En nada! Ni siquiera si el portador del cetro se enterase de esto. ¿Quién podría irritarse con el que siente piedad de un muerto? ¿Quién tendría rencor hacia alguien que está agonizando en su triste hado? ¿Quién no se apiadaría de un cadáver exánime? Cerraré los ojos enceguecidos de mi padre. Encerradme con él. ¿Quién podría recelar de la propia muerte? Dejadme entrar en la misma tumba, para que perezcan juntos el padre y la hija.»

Y habiendo hablado así los persuadió. La muchacha corrió a la cueva para llevarle la luz a su padre entenebrecido. Ya en la mazmorra derramó sin miedo la leche de sus pechos en la boca paterna, salvándole la vida. Al enterarse Deríades de este hecho inspirado por la divinidad a la joven Eeria, se maravilló. Liberó de sus cadenas al progenitor de la sagaz muchacha, que ya parecía una aparición. Y se extendió su fama muy resonante y el ejército de los indios alabó el pecho salvador de la joven tejedora de engaños[17]. Así pues, este hombre se distinguía entre los bolingas[18] de la misma forma que la estrella de la tarde cuando palidece en medio de los otros astros iluminando el éter, la estrella de la tarde, heraldo de la oscuridad entenebrecida que la sigue.

Ginglonte el de elevada cabeza, Tireo el de pisadas aéreas e Hipalmo, alto como las nubes armaron en la remota región de la tierra a las tribus de los aracotas, audaces lanceros, a quienes acompañaban las falanges de sus vecinos

[17] Esta «Fama» equivale al Rumor ovidiano (cf. por ejemplo, *Metamorfosis* III 253).

[18] Pueblo que habitaba en el curso medio del Indo, conocido también por Plinio (VI 77) y Tolomeo (VII 1 69).

derseos[19], los cuales cuando son muertos en batalla por el acero son sepultados por montones de polvo, [cuando son muertos en el combate el polvo les sirve de tumba[20]].

Y llegó con paso lento Habrátoo tras reunir una guarnición auxiliar de arqueros. Avergonzado por sus cabellos recién rasurados, tomó las armas acrecentando su cólera y su rencor contra el soberano de bovina cornamenta, ya que Deríades el soberbio, en su insensata locura, le afeitó la cabellera, amargo oprobio para los indios. Combatiente enrolado a la fuerza, llegó a regañadientes para unirse a la expedición, ocultando bajo su yelmo de elevado penacho el contorno rasurado de su ultrajada cabeza. A la vez, en su corazón guardaba un resentimiento secreto. Aunque durante el día luchase en las batallas, siempre enviaba a Baco en las horas nocturnas a un siervo de confianza para anunciarle los designios de Deríades. Ocultamente, pues, combatía a Deríades, y en público a Dioniso. Armó él a las tribus salvajes de los Jutos y de los belicosos Arienos, a la estirpe de los Zoarios y a la tribu de los Yoros, a la raza de los caspiros y de los arbios, a los que habitan el resplandeciente Hísporo, de brillante corriente, que se jacta de sus filones de electro de profunda riqueza[21]. También estaban los que habitaban Ar-

---

[19] Los tres gigantes que capitanean a las tribus de Aracosia son desconocidos. El lugar se menciona en Plinio *(Hist. Nat.* VI 92). Se trataría del área de la moderna Kandahar, en Afganistán. También aluden a los derseos Plinio (acaso *dorsigi,* según la corrección de Jan, en *Hist. Nat.* VI 94) y Heródoto (VII 110). La costumbre funeraria que refiere Nono es verídica: la cremación homérica iba en contra de las creencias de estas gentes (cf. P. Chuvin, *Mythologie...*, pág. 324).

[20] Expresiones casi idénticas. El verso 151 es una variante del 150, acaso una interpolación o un «pentimento» del poeta. De todas formas, algo faltaría en el texto.

[21] Habrátoo, aliado secreto de Dioniso, capitanea algunas tribus que se encuentran atestiguadas en los fragmentos de las *Basáricas* de Dioni-

sania, la bien visible, allí donde las mujeres en una sola jornada en el acostumbrado telar de Palas acaban una túnica entera con sus ágiles manos.

A éstos les siguieron en armas para el combate de los timoneles los cireos, que pueblan el cerco de las islas golpeadas por el mar y eran grandes expertos en la guerra naval. No conocen los barcos de caminos marinos, sino que timonean con sus lanzas sobre escudos de piel de buey sin curtir, a modo de artificiosas naves. Y navegan en sus extrañas embarcaciones de pieles, en las que un marinero se sienta atravesando el ponto entre las olas sin sumergirse, arañando el lomo del mar con su fingido esquife. A estos guerreros los capitaneaban Tíamis y Holcaso, caudillo de hombres, hijos los dos del lancero Tarbelo[22].

Un gran enjambre había llegado tras abandonar Arizantia, nodriza de una extraña miel que produce la floresta, allí donde los árboles de hermosa cabellera beben al alba el líquido abrevador y dispensador de vida del rocío celeste, que hace fluir la miel como desde colmenas que se derramaran a la par y engendran este elaborado fruto de la sabia abeja, una verdosa bebida que se produce espontáneamente en sus hojas. Pues cuando Faetonte[23] acaba de aparecer sobre la llanura, en el momento en que se baña en el Océano, entonces sacude su cabellera matinal desprendiendo este licor nutri-

---

sio (fr. III 6a Livrea), como los Arienos y Caspiros. No es difícil reconocer el origen étnico de los Arienos. En cuanto a los segundos, parecen provenir de Cachemira. Sobre los demás no encontramos referencias seguras: ni siquiera para el río Hísporo (etimológicamente «paso del cerdo»), que se equipara en riqueza al Pactolo.

[22] Con respecto a los marinos Cireos y sus caudillos, navegantes improvisados, ha habido intentos de identificarlos con los habitantes de las islas en torno a la desembocadura del Indo.

[23] Faetonte, hijo de la Aurora (Hes., *Teog.* 986) o de Helio (Ovid., *Met.* II), suele representar al sol en Nono.

cio y riega los surcos criadores de plantas de la tierra que engendra la vida. Tal es la miel que produce Arizantia[24]: las aves incontables vuelan danzando sobre el follaje[25] y mueven con gracia sus alas mientras alguna serpiente repta torvamente trenzándose en torno al dulce árbol y bebe el jugo del rocío delicado como flor[26] con fauces arrebatadoras, chupando con los labios el meloso fruto de los pámpanos. Y el fluido del árbol burbujea entonces en la boca de la serpiente, derramándose la dulce miel de tal modo que escupe el meloso licor de la abeja en mayor cantidad que su amargo dardo venenoso. En ese lugar canta sobre las ramas de los árboles que destilan miel el orión[27], dulce ave que se parece a un cisne con inteligencia[28], pues no canta al unísono con el viento Céfiro, haciendo vibrar el aire con sus alas tañedoras de himnos, sino que canta con voz humana desde un

[24] Arizantia sería el país de los Arizantos, una de las tribu medas mencionadas por Heródoto, I 101, aunque Nono los sitúa más al oriente.

[25] El editor Vian sospecha de la palabra «río» *(potamoîo)*, y propone *pedíoio*. Preferimos para el sentido la vieja corrección de Graefe, *petáloio*.

[26] Literalmente, *leirióessan*, «como un lirio».

[27] A continuación se describen dos aves fantásticas, el orión y el catreo, que se encuentran también en Estrab., XV 1 69 y Eliano, *Hist. An.* XVII 22, quienes toman la historia de Clitarco, 137 F 20-22 Jacoby. Pero Nono parece conocer otras fuentes sobre estos seres, como induce a pensar la historia del árbol que da miel. Véase al respecto el trabajo de F. Vian, «A propos de deux oiseaux indiens: l'orion et le catreus», *Koinonia* XII 1 (1988) 5-16, que rastrea las menciones antiguas, las etimologías y las teorías sobre estas aves «místicas».

[28] Nuestra traducción «con inteligencia» pretende reflejar el griego *émphroni*. En Nono se dice a menudo de los animales que tienen raciocinio por una u otra causa, como, por ejemplo, el ciervo en que se transforma Acteón (V 418) o el animal que representa a Penteo en la visión de Ágave (XLIV 90), o, de nuevo, en la propia muerte de Penteo, confundido con una fiera (XLVI 179). Se le supone dotado de inteligencia por su habilidad al remedar la voz humana.

205 docto pico, como un hombre que tocara con su lira nupcial
212 un himno para el tálamo. Y el catreo, de blondas plumas y
voz aguda, por otro lado, puede profetizar las gotas de lluvia
214 que han de caer. Despiden un resplandor sus ojos que podría
competir en buena lid con los rayos matinales de la auro-
ra[29]. A menudo entona su canto desde un árbol agitado por
el viento, trenzando una melodía concordada con la de su
vecino orión, embellecido con sus purpúreas alas, y bien po-
210 drías decir, al oír el canto del catreo al amanecer, que es un
ruiseñor de variado plumaje el que canta su matinal gorjeo.
Allí mismo acudió también un ejército de varones resueltos
215 al combate que había pertrechado para la batalla Pilites el
intrépido, hijo de Hipalmo, y hermano de Bileo, que era ge-
neral de la expedición en igualdad con él[30].

Tras ellos se armaron los Sibas y el pueblo de los hidar-
cas, y aún otro ejército llegó después de abandonar la ciudad
de Carmina. Capitaneaban este ejército juntamente Cílaro y
220 Astraente, campeón de los indios, hijos los dos de Brongo
y honrados por Deríades[31].

Y aún llegó otra armada más de las trescientas islas que se circundan unas a otras en sucesión como vecinas recíprocas, allí donde, en su desmesurada travesía, el Indo de dos desembocaduras arrastra sus aguas tortuosas hacia lo lejos,

---

[29] Estos tres versos son insertados aquí siguiendo el criterio de P. van der Kuhw (P. Cunaeus, *Nonni Panopolitae Dionysiaca. Hanoviae, typis Wechelianis apud Claudium Marnium et heredes Iohannis Aubrii,* 1610), uno de los antiguos editores de las *Dionisíacas.*

[30] Poco sabemos de los capitanes indios que cita Nono en estas líneas: seguramente los toma de obras anteriores, como las *Basáricas* de Dionisio, que nos ha llegado muy fragmentariamente. Pilites y Bileo, hijos de Hipalmo, por una parte, y Quilaro y Astraente, hijos de Brongo.

[31] Los nombres de todos estos pueblos fueron seguramente tomados de las *Basáricas* de Dionisio (fr. 15 y 26 Livrea). Estrabón cita también a dos de ellos, Sibas e Hidarcas, en XV 1 6 y 8.

como emigrantes, serpenteando poco a poco desde los cañaverales de la India transversalmente sobre las tierras que hay junto a la boca del mar oriental, y marcha rodando sobre sí mismo a través de las montañas de Etiopía[32]. Allí mismo, crecido por el impulso de las aguas estivales, sigue arrastrando las corrientes autoengendradas codo tras codo y como un húmedo marido abraza a la tierra fecunda, deleitando con líquidos besos a su sedienta novia; y en muchos codos aumenta su ansia de unirse a ella en unos himeneos que engendran gavillas, creando corrientes renovadas continuamente con ritmo alterno, el Nilo en Egipto y este Hidaspes oriental en la India. Allí mismo, también, surcando el río de negros guijarros con su pezuña, nada el caballo fluvial[33], vagabundo de las aguas, como el que habita en mi Nilo[34], que araña las ondas estivales. Caminante acuático a través

[32] La mención a estas islas, seguramente del Golfo de Kutch, y a su campeón Rigbaso, es la excusa para una digresión sobre el río Indo, su delta y sus corrientes, que se comparan con el Nilo. No es Nono el primero en notar las similitudes entre ambos ríos, que eran lugar común en la antigüedad (Estrab., XV 1 13, Arriano, II 5-6, Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* II 18; VI 1). Nono adopta aquí la teoría de la doble desembocadura del río, aunque en XVII 153 hablará de que un brazo del Indo rodea el Mar Rojo y se convierte en el propio Nilo, que era otra de las antiguas razones aducidas para explicar su parecido en cuanto a crecidas, fauna y otras cualidades maravillosas. Para P. Chuvin los pueblos de estas islas serían los *Pandai* de Plinio *(Hist. Nat.* VI 76), único pueblo indio gobernado por las mujeres, y el nombre de Rigbaso provendría del río Rebas, que desemboca en el Mar Negro *(Mythologie...*, págs. 325-326).

[33] Evidentemente, el hipopótamo. Se creía que también hipopótamos y cocodrilos poblaban el Indo (Estrabón, XV 1 13).

[34] De nuevo, un ejemplo del uso del posesivo en Nono, que se comentaba en la nota a XXV 237. Nono no habla a menudo de su patria egipcia, y ésta es de las pocas menciones. Véanse los casos que enumera D. Gigli en «Nonno e l'Egitto» (I), *Prometheus* 24.1 (1998), 61-82 y (II) en *Prometheus* 24.2 (1998), 161-181.

de aguas profundas con sus enormes mandíbulas, desembarca sobre la ribera abriendo en dos las escarpadas espesuras con sus dientes en forma de lanzas y como tiene unas mandíbulas húmedas y sin hollar para arrancar el fruto de la cosecha, corta con ellas el botín de trigo a modo de improvisadas hoces, como un segador de los frutos portadores de gavillas desprovisto de acero. Tales son las cosas que se dicen sobre el Nilo de siete cursos, que toma su linaje del río indio. Y así pues, algunos varones guerreros, tras abandonar el curvado contorno de sus islas y sus moradas en el vecino Indo, tomaron sus armas. A estos los mandaba su campeón Rigbaso, que tenía el aspecto de un gigante.

Tampoco el anciano Areto faltó al llamamiento a la guerra, pesadamente, y tras recubrir su hirsuto pecho con una túnica de pesado bronce, ciñose a la vieja espalda un escudo de piel de buey cuya bandolera le colgaba en derredor del cuello encorvado. Había tomado las armas como soldado a la fuerza junto con sus cinco hijos, Lieo y su compañero Mirso, y asimismo Glauco y Perifante y, el que nació en último lugar Melaneo[35]. Como hubiese ceñido sus canosos cabellos con un yelmo, se puso al frente del ala izquierda de su ejército de veloz movimiento, dejando el cuerno derecho de las tropas para sus hijos, a los que la naturaleza había ceñido un lazo que enmudecía su garganta, paralizando la lengua, acueducto de sabio sonido. Y es que una vez, tras cruzar Areto el umbral del tálamo en danza sagrada para unirse a Laobia con el vínculo legítimo del matrimonio en unos himeneos procreadores de hijos, se produjo un prodigio asombroso: en efecto, la novia de reciente danza nupcial, se afanaba en sacrificar junto al altar nupcial en honor de Afro-

[35] La historia de Areto y sus cinco hijos no se encuentra en ninguna otra fuente conservada. Se trata de un clásico ejemplo de *parádoxa* helenísticos.

dita, la protectora de las esposas, y entonces se estremeció el palacio lleno de hermosos himnos, pues una cerda de copiosa descendencia había lanzado de la garganta un hondo gemido parturiento, profecía de lo que había de llegar, dando a luz un alumbramiento a la vez extraño e increíble. Parió una camada bastarda que no tenía pies, pues de sus costados salió una húmeda progenie de peces. Tuvo un parto marino en vez de un parto terrestre. Y la fama de mil voces congregó a las gentes con la historia de la cerda que había parido una camada de peces. Los pueblos que se extendían sobre la tierra se admiraron de este parto terrestre de copiosa descendencia que remedaba la apariencia de un parto de marina prole.

Preguntó entonces (Areto) a un divino augur y ante sus preguntas éste profetizó que la línea de sus futuros vástagos sería muda, a imagen de la raza marina que carece de lengua. Pero entonces el adivino, ocultando los oráculos que le habían sido anunciados, le exhortó a fin de que hiciera una plegaria al de veloces alas, al hijo de Maya, protector de la lengua y rector de la sabia voz. Mas Laobia dio a luz, y en un parto alterno alumbró a una hilera de niños tan numerosa como el parto de la cerda y semejantes en su mudez a los peces. Pero de ellos, después de la victoria, compadeciose el soberano Baco, quien desató el nudo que atenazaba la lengua en sus gargantas sin sonido y les libró de su mutismo de nacimiento, concediéndoles a cada uno de ellos una voz de tardío cumplimiento.

Con ellos marchaban guerreros portadores de escudos: los que habitaban Pilas y los que tenían en suerte la populosa Eucola[36], morada de la aurora que no conoce el invierno y la muy sagrada Goriandis, tierra de surcos fecundos.

[36] Eucola ha dado algunos problemas textuales. Podría referirse a Peucólide, en Plinio, *Hist. Nat.* VI 94 o Peucolatis en Arriano, *Ind.* I 8.

Después de ellos tomaron las armas todos aquellos a quienes tocó en suerte el contorno de Salces[37], boscosa madre de los descomunales elefantes. A estos animales la naturaleza les concedió vivir doscientos años, e incluso llegan a dar trescientas vueltas anuales a la meta de muchos giros del tiempo eterno[38]. Pacen unos junto a otros y desde el extremo de las patas hasta la cabeza tienen una piel negra. Tienen en sus luengas mandíbulas un par de dientes prominentes que semejan la cortante y segadora hoz de curvo filo, afilada talladora, y atraviesan las hileras de árboles con sus patas de largas grebas. Tienen la figura de un camello y una curvada espina dorsal (en el lomo de gran envergadura pueden llevar un enjambre innúmero de jinetes uno detrás del otro, haciendo girar su firme pie con el impulso de una rodilla que no se dobla jamás). Poseen además una cabeza de anchurosa frente, a imagen de la serpiente, y un cuello pequeño y encorvado. Tienen unos ojos mínimos, semejantes a los del rostro de los cerdos, que los tienen del mismo tipo. Son, pues, de apariencia elevada e inconmensurable y en su descompasado caminar, las orejas descarnadas, que cuelgan

---

En cuanto a Pilas y Goriandis, la primera ha sido vista como la desembocadura o «puertas» *(pýlai)* del Hidaspes, actual Jhelum, y segunda es muy similar al nombre Goris de Estrab., XV 1 26.

[37] Este lugar seguramente hace referencia a Taprobana (la actual Sri Lanka), que era considerada «madre de los elefantes» por Dionisio Periegeta, 593. La lectura original del manuscrito era *Oítē* y fue puesta en duda por Keydell, que propone Salces, variante del nombre de Taprobana en Tolomeo, VII 4 1. Nono desarrolla a continuación un completo *excursus* sobre los elefantes, reuniendo todos los tópicos de la antigüedad sobre estos animales.

[38] Este cálculo de la longevidad de los elefantes coincide con el de Aristóteles, *Hist. An.* VIII 596a. Por otra parte, la metáfora del paso del tiempo como un carro que gira en torno a una meta —como las de las carreras de carros— aparece otras veces en Nono (p. e., XXXVI 397).

junto a la vecina cabeza, producen una ligera brisa a modo de abanico de aires suaves. Y la cola, que va azotando sin cesar el cuerpo con ímpetu conductor, se agita constantemente, ligera y de forma pequeña. A menudo en los combates blande su morro prominente la fiera descomunal de cabeza taurina, y ataca a quien sea llevando como extraña hoz sus colmillos afilados y haciendo rotar de un lado a otro las mandíbulas como lanza connatural. Y eleva a veces desde el suelo a un guerrero de hermosa coraza y escudo tras haberlo atravesado en su arrebatadora mandíbula y arroja al hombre de cabeza con su pica de colmillos afilados. El cadáver rueda entonces sobre sí mismo, dando vueltas en torbellinos de polvo[39], tras salir despedido a lo lejos desde las alturas, y girando sin cesar en derredor. La fiera blande a uno y otro lado ese afilado parapeto de forma espiral[40], que es su retorcida mandíbula, y los dientes que sobresalen, curvados en anillo a semejanza de la espina de las serpientes, hasta que extiende hacia las patas la afilada espada de los colmillos.

Pues a estos seres habría de conducir el soberano Dioniso tras la campaña contra los indios hasta las caucasianas riberas del río amazonio, y esto sembró el pánico entre las mujeres de hermosas cimeras que lo vieron sentado sobre el lomo de los descomunales elefantes[41]. Pero estas son cosas que ocurrieron después de la guerra.

Llegose entonces el adalid Pilites en respuesta a la llamada de Deríades al combate contra Lieo y conducía hacia el tumulto un elefante de rectas patas, siendo de la estirpe de

[39] La expresión es homérica, cf. HOM., *Il.* XVI 775 y *Od.* XXIV 39.

[40] *Scil.* su trompa.

[41] Esta es una alusión a la campaña de Dioniso contra las Amazonas, que Nono sitúa a veces antes de la guerra contra los indios y otras veces después (cf. XXXVII 117, 468). Algunos mitos sobre estas mujeres guerreras del Cáucaso pueden leerse en APOLOD., II 3, 2 y 5, 9.

la belicosa Maratón, de hermosa progenie. Le seguía a la lucha el vecino pueblo de diferente lengua que abandonó la bien ceñida Eristobaria[42].

También las tribus de los derbices secundaron a Deríades, los etíopes y los sacas y las variadas razas de Bactriana y un enorme ejército de blemios de crespos cabellos[43]. Curioso es el ardid que emplean los etíopes en la lucha: pues llevando una cabeza de caballo muerto como parapeto, ocultan el verdadero contorno de su rostro engañando a cualquiera. Se ciñen sobre la cabeza humana esta otra faz, juntando lo vivo con lo inerte. Y en las refriegas persiguen al enemigo que desconoce esta cabeza bastarda y su capitán profiere un grito engañoso desde la boca, vertiendo con voz humana un relincho caballar.

---

[42] Pilites de Maratón y su pueblo, que habita Eristobaria, son otra incógnita. Probablemente se trata de nombres indios helenizados (cf. los intentos de identificación con Amarata y Aristobatra, que menciona Tolomeo, VII 1 57, por P. Chuvin, *Mythologie...*, pág. 308).

[43] Aquí alinea Nono a un buen número de aliados de los indios que son de otros lugares: los derbices y los sacas son tribu escitas en Estrab., XI 8, 8. Los pueblos de Bactriana son de fácil localización en el camino a la India de Alejandro y también en el de Dioniso (Euríp., *Bac.* 15). Sobre los Etíopes hay muchas referencias en la literatura clásica: para la anécdota sobre su forma de luchar, véase Heród., VII 70. Son aliados de los indios en Nono, pues les considera del mismo color de piel oscuro. Los blemios, pueblo del sur de Egipto, aparecen en XVII 385 ss. como amigos de Dioniso, únicos individuos de raza negra y cabellos crespos que se alinean con el dios (se puede hablar de un cierto «racismo» en la obra de Nono, cuya Panópolis natal, por cierto, estaba bien cerca de los dominios de los blemios y etíopes «oscuros», y, por tanto, malvados. Cf. D. Gioli Piccardi, *Metafora e poetica...*, pág. 239). Por otra parte, en época de Nono se escribió una epopeya sobre una importante batalla entre los ejércitos imperiales y los blemios, editada por E. Livrea *(Anonymi fortasse Olympiodori Thebani Blemyomachia [P. Berol. 5003]*. Beiträge zur klassichen Philologie, vol. 101, Meisenheim 1978) y atribuida a Olimpiodoro de Tebas.

Estos son cuantos se congregaron a la llamada del rey. De todos ellos era caudillo en el combate el soberano de los indios, a quien engendró su padre Hidaspes en sus húmedos amoríos tras unirse en himeneos fecundos con Astris, la hija del Sol[44]. Y cierto rumor afirma que su madre pudiera ser también una Náyade de la estirpe de Océano, de nombre Ceto, que le diera el ser. A ésta el novio Hidaspes, que lleva la sangre legítima de los Titanes, la habría abrazado una vez en una unión acuática junto a su tálamo burbujeante. Pues del primordial lecho de Taumante nació una doble estirpe: Electra fue su compañera de lecho de rosados brazos, de cuyo tálamo florecieron un río y la mensajera de los Uránidas —Iris de pie tempestuoso y el Hidaspes de raudas corrientes[45]. La una se ejercita en la carrera de los pies, el otro en la de las aguas. Ambos poseen la misma rapidez pero por caminos diferentes. Iris entre los inmortales y entre los ríos Hidaspes.

Tamaño ejército fue el que se reunió, y la ciudad se llenó de gentes en armas. Las cohortes de hermosas cimeras podían circundar los vientos llenando los contornos de las cuatro partes de la ciudad. Unos, entrelazados en los cruces de las calles, otros en los asientos; estos ante la enorme muralla y aquellos sobre las torres se daban a un dulce sueño sobre lechos portadores de armas. Deríades hospedó en su palacio a las falanges de los jefes y todos, en asientos, unos

[44] Genealogía de Deríades, rey de los indios, a quien sólo conocemos por Nono. Como el poeta confiesa —y es de su gusto relatarlo—, hay dos versiones sobre su nacimiento. Se le considera hijo del río Hidaspes y Astris, hija del Sol, o de Hidaspes y una Náyade.

[45] Iris, la colorida mensajera de los dioses, es hija de Taumante y Electra (cf. HESÍODO, *Teog.* 265 ss.), que pertenecen a la estirpe de Océano. De ahí que Nono quiera emparentarla con el río Hidaspes, pues todos los ríos descienden de ahí.

al lado de los otros, compartieron la misma mesa con su rey, que les dispensaba hospitalidad. Tuvieron un banquete vespertino y luego participaron también del ala del Sueño nocturno. Y al dormir fueron visitados por sueños que les incitaban al combate, sosteniendo una fingida lucha contra los Sátiros.

CANTO XXVII

SUMARIO

— Presagios al amanecer, vv. 1-18
— Prolegómenos en el ejército indio y discurso de Deríades, vv. 19-145.
— Prolegómenos en el ejército báquico y discurso de Dioniso, vv. 145-241.
— Asamblea de los dioses en el Olimpo, vv. 241-341: Banquete de los dioses, vv. 241-249. Discurso de Zeus, vv. 250-330. Los dioses parten hacia el campo de batalla, vv. 331-341.

EN EL VIGÉSIMO SÉPTIMO SE TRATAN LAS TROPAS DE MORADORES DEL OLIMPO QUE ARMÓ PARA EL COMBATE EL CRONIÓN EN AYUDA DE BROMIO

Apenas se había agitado el ala del sueño que libera de las penas, cuando la Aurora que engendra la batalla abrió sus orientales puertas y abandonó el lecho portador de la luz de Céfalo[1]. El negro Ganges se emblanqueció al contacto con Faetonte, que venía a su encuentro y el cono de las tinieblas, en retirada y recién arañado por él, se perdió partido en dos por sus rayos. La cosecha se empapó del rocío primaveral que destilaba su carro y entonces comenzó el tumulto.

Faetonte, pastor llameante de los años eternos, contuvo la carrera de sus caballos criados con fuego al escuchar el sonido cercano de Ares, el de yelmo resplandeciente, y convocó al ejército para que se armara con un fuego testimonial, pues lanzó un ardiente y rosáceo dardo. A lo largo y ancho de la tierra, el lluvioso Zeus derramó desde las alturas una extraña lluvia hecha de gotas de sangre, como profecía de la futura matanza de indios[2]. Y con una sangrienta libación de lluvia guerrera se tiñó de rojo el sediento lomo del

[1] De Céfalo se cuentan muchos amoríos, entre los más célebres, los que tuvo con la Aurora, quien engendró de él a Faetonte (Hes., *Teog.* 986 ss.).

[2] Eco de Hom., *Il.* XI 53 y XVI 459, donde también se ve un presagio del padre de los dioses en forma de lluvia sangrienta.

polvo oscuro que cubría la tierra india. Resplandeció el acero recién bruñido que disputaba en brillo con los rayos del sol.

Cuando aparecieron las falanges de los indios el soberbio Deríades las dispuso para la batalla, e incitando a los guerreros pronunció estas palabras con voz amenazadora:

«Combatid, siervos míos, confiados en la victoria de siempre. Y a ese osado al que llaman hijo de Tione y que lleva cuernos en la cabeza, reducidlo a esclavo de Deríades, que también los lleva. Matad para mí también a los Panes con el acero destructor. Y si resultara al final que son dioses y no es lícito herir el cuerpo invulnerable de un Pan con el acero cortante, entonces haré presos a esos Panes montaraces para que lleven a pastar por la honda espesura a las manadas de los elefantes, que adoran los sitios desiertos. También aquí hay muchas fieras salvajes, a las que he de añadir Centauros, Panes y al propio Dioniso montaraz. O acaso dispondré de esta caterva para que sean siervos de mi hija o camareros en la mesa de Morreo cuandoquiera que celebre un festín. El guerrero de Frigia, que ha seguido la expedición del vinoso Baco, habrá de bañar su cuerpo en las corrientes del río indio y llamará patrio al Hidaspes en vez de al Sangario. Y aquel que viene del país de Alibe[3] y que se unió a Dioniso, que sirva aquí y tras abandonar las aguas de su argénteo río que beba del Ganges, resplandeciente de oro.

Aparta, Dioniso, huye ante la lanza de Deríades. También aquí hay un ponto ilimitado. Ea, que te reciban nuestras olas después de las del mar arábigo. Nuestro abismo más profundo escupe aguas salvajes y es capaz de sepultar a los Sátiros, a Baco y a todas las tropas de las Basárides. No hay

[3] Región de Bitinia célebre desde Hom., *Il.* II 857.

aquí un dulce Nereo, ni una Tetis india que te acoja[4]. No. Ni en su regazo te volverá a salvar cuando huyas a sus aguas hospitalarias, por respeto a mi padre Hidaspes, el de profundo resonar. Y tú me replicarás: «llevo la sangre olímpica del Crónida», pero la Tierra dio a luz al Éter, que se moteó con su coro de estrellas. Y del cielo proviene tu linaje. Mas mi Tierra, en cambio, te cubrirá. Como a Crono, devorador de sus propios hijos pequeños en un banquete[5], que aunque fue nacido del cielo, está sepultado en el seno de la Tierra.

Soy el campeón de un ejército de audaces lanceros. Soy más poderoso que Licurgo, que te hizo huir a ti y a tus Bacantes que no valen para la guerra. Tu estirpe descendiente de Zeus no me turba, pues he oído sobre tu Sémele de funesto destino y sobre sus himeneos incendiarios. No me hables del relámpago nupcial del lecho de Zeus, ni me cuentes sobre la cabeza del Crónida o su muslo varonil. ¡Qué me importan los partos y dolores de Zeus a mí! A menudo he visto a mi mujer en tal trance... Que envíe contigo, el hijo, tu propio padre Zeus, que te alumbró por sí solo, si es que así lo quiere, a su hija Atenea en armas, a quien dicen Nike[6]. Así, tras desgarrar algún promontorio podré ensangrentar la cabeza de Palas con una roca que corte su carne o con una lanza audaz. Y asaetearé con flechas de mi aljaba de hermosos cuernos el muslo del amenazador Dioniso, caudillo de

[4] Como hicieron en XX 354-369 cuando huyó de Licurgo y se refugió en el mar (cf. Nono, en XX 149 ss., XXVI 22 *et al.*, Hom., *Il.* VI 130-143). Más adelante Deríades se compara expresamente con él, en los versos 54-55.

[5] Véase el final del canto XXV para la narración de este mito.

[6] Victoria.

los Sátiros de cuernos bovinos, llenando así de oprobio a la par a Zeus, Bromio y Palas cuando le hiera[7].

¿Y si con ambos tomara las armas el Cojo? Lo cierto es que necesito al artífice Hefesto para que forje armas de toda clase para Deríades. No temeré jamás a un campeón femenino, si blande el relámpago de su padre yo haré lo mismo con las aguas del mío[8]. Y a ese atrevido que dicen lleva la misma sangre que su hermano Lieo, a Éaco, retoño del celeste Zeus, lo enviaré al Hades tras destruirlo, junto al Zeus del inframundo. Tampoco el alado Zeus le salvará llevándoselo por los aires. He sabido de muchos hijos del Crónida que han perecido[9]: Dárdano nació de Zeus y está muerto y también murió Minos y no le salvaron los lechos de rostro taurino de Zeus. Y si Minos es el legislador del Hades, ¿por qué ha de importarle a los indios que Éaco imparta justicia entre los muertos? Si así lo quiere, ¡que sea rey entre los muertos y cetro de los abismos! Venced también a los Cíclopes nacidos de la tierra, de miembros tan largos que to-

---

[7] En este discurso, a la vez una arenga a sus soldados y un ejercicio de retórica, Deríades cumple su papel de «teómaco», enemigo de los dioses lleno de *hýbris*, injuriando a Dioniso y a los Olímpicos: Atenea será vencida por él, que tendrá las armas divinas de Zeus, rayo y relámpago (como el malvado Tifón en los cantos I y II) y «el cojo» Hefesto forjará para él otras poderosas armas (como las de Aquiles en Hom., *Il.* XVII, y las de Dioniso en el canto XXV de las *Dionisíacas*).

[8] La interpretación de «campeón femenino» *(thêlyn prómon)* es doble: puede referirse a Atenea o al «afeminado» Dioniso.

[9] También amenaza Deríades a otros hijos de Zeus, para escarmiento de Dioniso; al piadoso Éaco, hijo de Egina, padre de Telamón y Peleo y juez en el submundo (cf. Apol., III 12, 6, Píndaro, *Ol.* VIII 31 ss., etc.), que en Nono es uno de los aliados más valiosos de Dioniso (cf. XIII 201 ss.; XXII, 285 ss., etc.); a Dárdano, hijo de Electra y fundador de la estirpe y la ciudad de Troya (cf. Apol., III 12, 1); y a Minos, a quien tuvo Zeus de Europa, legendario rey cretense que también es juez de los infiernos (cf. Hom., *Il.* XIII 448 ss., *Od.* XI 568 ss.).

can el Olimpo. Mas no les clavéis en medio del vientre la punta de vuestra lanza, ni en el cuello. Que vuestro dardo de pesado bronce atraviese su único ojo torneado. Y mejor no deis muerte a los Cíclopes subterráneos[10], pues también los necesito. Sentado junto a la forja de los indios, Brontes habrá de fabricarme una trompeta de profundo resonar que produzca el mismo fragor que el estruendo del trueno. Así me convertiré en un Zeus terrenal. Y Estéropes forjará un nuevo resplandor que rivalizará con el relámpago. Lo empuñaré cuando combata a los Sátiros, a fin de que el Crónida tenga celos más bien de Deríades y destroce su corazón, al ver cómo truena y centellea. Que quede aterrado ante el general de los indios, lancero de un llameante rayo de nueva factura.

¿Qué hay de extraño si armo mi mano guerrera con un huracán? El progenitor de mi madre, Faetonte[11], gobernante de los astros llameantes, no es sino un campeón completamente ígneo. Y si yo llevo también la sangre de mi padre, que es un río, me he de enfrentar a Dioniso en una batalla naval armado con una saeta acuática. Las cabezas enemigas de las Bacantes se hundirán en las corrientes del río.

Y tras cortar con el acero destructor los cuerpos de los Telquines[12] de las profundidades, dadles sepultura en el ve-

[10] Nono se refiere aquí a los cíclopes divinos (cf. HES., *Teog.* 139 ss., 501 ss.), no a los sicilianos, compañeros de Polifemo, o a los constructores, de diversa genealogía. Los divinos, hijos de Urano y Gea, son Brontes, Estéropes y Arges (trueno, relámpago y rayo, respectivamente: ellos le dieron a Zeus sus armas).

[11] Es decir, el Sol, padre de Astris, por un lado, y el río Hidaspes a continuación: recuérdese la genealogía de Deríades en XXVI 350-365. Asimismo, nótese que, de nuevo, Faetonte equivale en Nono a Helio (el sol).

[12] Los Telquines son unos genios, con frecuencia malévolos, que habitan en la isla de Rodas. Nono les incluye en los ejércitos de Dioniso. Calímaco los usa para hacer alusión a sus críticos en las *Aitíai.*

cino ponto y que su padre Poseidón se ocupe de ellos. Traed para Deríades como botín marino de la victoria las riendas blancas de su bien trabajado carro de caballos que galopan por el mar. Y cargado de cadenas incendiad con ardiente fuego al conciudadano de Atenea, la inexperta en los dolores del parto, a ese al que llaman Erecteo, de la progenie del ígneo Hefesto[13]. Pues es cierto que lleva la sangre de aquel Erecteo al que una vez Palas, la sin madre, alimentó con su pecho. ¡Sí, la virgen que rehuye el matrimonio amamantó al bebé guardado en secreto por una ardiente lamparilla en vela! Que se quede, pues, encerrado en una cesta india igualmente ardiente, como si estuviera en una cámara vacía y tenebrosa como la de una virgen. Y a los Coribantes[14], raudos forjadores de escudos bien torneados, sabedores de la danza guerrera de hermosas cimeras, traédmelos desarmados. Que

[13] La historia de este Erecteo, aliado de Dioniso en XIII 171, no es sino la de su abuelo Erictonio, con quien se suele confundir, pues se le conoce también como Erecteo. Erictonio es un rey mítico de Atenas que nació del semen de Hefesto caído a tierra tras ser rechazado por Atenea, que se limpió el muslo con un copo de lana (de la lana y la tierra, el nombre Erictonio, cf. Apol., *Bibl.* III 14, 6 ss). Luego fue guardado en una cesta en su cámara virginal, al cuidado de las hijas de Cécrope y de una lámpara que siempre debía estar encendida. Así, Deríades irónicamente viene a decir que su descendiente volverá a casa en otra urna, esta vez funeraria. También es notable la referencia a la virginal diosa Atenea amamantando a Erictonio, que ningún autor recoge tan explícitamente: Nono gusta de esta paradoja y así se ven en su obra otras vírgenes nodrizas (cf. XIII 174 ss., XXVII 323 ss., etc.).

[14] Los Coribantes, participantes en los ritos orgiásticos de Cibeles, son a menudo confundidos con los Curetes. En Nono se asimilan a ellos y al mito según el cual guardaron a Zeus niño en una cueva cretense (Dicte, el Ida, etc.) cuando su padre quería devorarlo. Ocultaron su llanto infantil con ruido, entrechocando sus espadas y escudos en frenética danza (véase Estrab., X 3, 1 ss., Calím., *Himno a Zeus* 52-54).

Cabiro, la lemnia sin velo, llore la muerte de sus dos hijos[15] y que Hefesto el ardiente, arrojando sus tenazas, contemple a Deríades como jinete de los caballos de pies broncíneos.

Daré muerte también a los hijos de Zeus, pero no tendré celos de Morreo si él mismo aniquila a Aristeo[16], hijo de Febo, cazador de liebres y conductor de la insignificante abeja que adora los retoños de las flores. Vosotros dad muerte con vuestras hoces y dagas de doble filo a las inofensivas falanges de las Basárides, que al hijo de Zeus le destruirá el cornudo hijo de un río... ¡Que nadie tiemble de miedo ante el jinete de una leona, ante un campeón que cabalga al lomo de una osa salvaje, ni tampoco ante las fauces terribles de esas fieras uncidas al yugo...! ¿Quién podría huir ante una pantera o un león cuando los elefantes toman las armas de su lado?»

Habiendo hablado así el rey, marcharon los indios al combate. Unos sobre el lomo de los elefantes acorazados y otros sobre caballos de raudas patas: todos marcharon a la par en orden de batalla. Y había también un innumerable ejército de infantería; los unos llevaban lanzas, los otros es-

[15] Los Cabiros, divinidades de Samotracia que también eran adoradas en Egipto (cf. ESTRAB., X 3, 20 y HERÓD., II 51 y III 37). Su madre es Cabiro, hija de Proteo y oriunda de Lemnos, que los tuvo de Hefesto, también de la misma isla.

[16] Aristeo, fruto de la unión entre la ninfa Cirene y Apolo, es motejado por Deríades en estas líneas: sus dos habilidades más notorias son la caza y la apicultura (cf. V 239 ss.). Pero también heredó de su padre el arte de curar y adivinar el futuro, tras una completa educación a manos de Quirón y las Musas. Se casó con Autónoe y tuvo al desdichado Acteón (cf. entre otros HES., *Teog.* 977 y PAUSANIAS, X 17, 3 ss.). En las *Dionisíacas* aparece entre los aliados más queridos por Dioniso (XIII 253 ss.) y usa su arte médica entre las tropas (XVII 357). También tiene cierto protagonismo en el episodio de Acteón, quien se le aparece ya muerto (V 415-532).

cudos. Este sostenía un carcaj con cierre, aquel blandía una hoz broncínea, segadora de la mies de la guerra y otro aún desfilaba empuñando un escudo y un arco presto con sus flechas veloces como el viento.

Y el combate se trabó junto a la desembocadura del vecino Indo, en dirección a la llanura. Como abandonaran la espesura de la hermosa floresta, Dioniso, portador del tirso, armó a sus guerreros con escudos, espadas y hojarasca de ramas irrompibles. Y en frente de los cuatro vientos de la aurora llameante, ordenó a su armada de Bacantes dividiéndola en cuatro alas. Dispuso la primera en las laderas de profunda floresta cerca de la Osa circular, allí donde llega el agua caída desde el cielo tras ser acarreada por el ímpetu de los ríos que se extienden por doquier desde las montañas del Cáucaso[17]. La segunda falange fue ordenada allí donde serpentea con sus corrientes el montaraz Indo de doble embocadura, derramándose hacia el centro de la región occidental en movimiento curvo mientras rodea con sus olas Patalene[18], cuyo derredor está ceñido por una diadema. Es la misma región por la que el Hidaspes de profundo resonar conduce su corriente que gira sobre sí misma en su descomunal travesía. Dispuso seguidamente la tercera columna allí donde el mar del mediodía, de olas purpúreas, se extiende junto al golfo meridional. Y al cuarto ejército armado de bronce lo ordenó el soberano en la llanura oriental, allí donde las aguas del Ganges bañan en su descenso los cañaverales con sus ondas perfumadas. Y como hubiese dividido de tal ma-

[17] De nuevo, el Cáucaso indio o Hindu Kush. Al describir el orden de los cuatro ejércitos de Baco en la India, Nono reproduce, con su estilo casi gongorino, los puntos cardinales y la descripción del país en Dionisio Periegeta, 1130-4, dividido en cuatro y limitado por el Indo al oeste, el mar Eritreo al sur, el Ganges al este y el Cáucaso al norte.

[18] Véase XXVI 89 y nota *ad loc.*

nera las falanges de hermosas grebas, asignó a cada cual cuatro jefes de hermosas cimeras y pronunció las siguientes palabras para arengar a sus gentes en armas:

«Basárides, venid aquí con vuestro baile y dad muerte a las bárbaras tribus de los enemigos. Cruzad los tirsos con las lanzas, cruzadlos también con las espadas. Y que sea mi arpa[19] la que exalte a mis Sátiros en el combate como una trompeta de guerra, en vez de ser habitual compañera de banquetes. Que la verde hoja de vid triunfe sobre el acero y la afilada lanza. En vez de entonar su son acompañando los bailes de Dioniso nocturno, que mi oboe[20] cante en otra tonalidad un himno en honor de Enío[21], abandonando el convival sonido de Bromio, que deleita el corazón.

Mas si el Hidaspes dobla su rodilla servil ante mí, si no arma sus corrientes rencorosas de nuevo contra mis Bacantes, me mostraré magnánimo. Transformaré todas sus aguas gloriosas en el vino del evohé gracias a los licores del lagar y convirtiéndolas en gustosas corrientes. Ceñiré con mi follaje las cumbres de su agreste floresta, transformándola en un viñedo. Pero si de nuevo auxilia a los indios moribundos y a su hijo Deríades con sus corrientes defensoras de desgracias adoptando la forma fluvial de un hombre con cuernos, entonces construid una presa sobre las aguas de ese río arrogante y cruzad sus aguas sedientas sin mojaros los pies.

[19] Traducimos con este término moderno el griego *pēktís*. En el discurso se contrapone a *sálpinx*, que vertemos al castellano como «trompeta».

[20] Libre traducción para el clásico *aulós* de los griegos (más arriba traducido por «clarín»), un instrumento de viento sencillo, hecho de caña, hueso o marfil, cilíndrico y con forma de cono al final. Se hacía sonar generalmente por parejas. Preferimos esta traducción a la de «flauta», pues se tocaba a la manera del oboe o del clarinete de nuestros tiempos.

[21] Diosa de la guerra, acompañante de Ares (Hom., *Il.* V 592). En Nono, como Ares, se usa a menudo como si fuera el sustantivo «guerra».

Que un caballo pueda levantar el polvo trotando con sus cascos al pisar la arena desnuda del fondo del Hidaspes desecado.

Y si el aterrador campeón de los indios belicosos es un retoño de la estirpe del celeste Faetonte y Faetonte se enfrenta a mí en un combate de fuego para honrar al fruto con cuernos del vientre de su hija, habré de alzar en armas otra vez al hermano de mi Crónida, para que haga frente a Faetonte y apague su fuego con el acuoso ponto. Marcharé a la isla de Trinacia, en la que moran las ovejas y los bueyes del celeste auriga de fuego resplandeciente y me llevaré contra su voluntad a Lampetia, la hija del sol, como si fuese una doncella presa como botín de guerra bajo el yugo de la esclavitud, para que doble su rodilla. Que vague Astris por los montes afligida al ver a su Deríades cargado de cadenas. Que se vaya, si así lo quiere, como emigrante a la tierra de los celtas, a fin de que allí pueda también ella derramar torrentes de luctuosas lágrimas junto a las Helíades, transformada en árbol[22]. Apresuraos, os pido, y teñid de blanco con el yeso del iniciado el contorno de las caras de tez oscura de

[22] Alusión a varias hijas del Sol, a quien ataca Dioniso en su arenga: Lampetia es una ellas y guardaba los rebaños de bueyes de su padre en la isla de Trinacia, a menudo identificada con Sicilia. Cuando los compañeros de Ulises los robaron, Lampetia y su hermana Faetusa se lo contaron a su padre, como narra Hom., *Od.* XII 127 ss. Astris, madre de Deríades, es otra hija del Sol. Las Helíades, hijas del Sol-Helio y de Clímene, son Mérope, Helia, Eteria, Febe y Dioxipe: ellas lloraron tanto la muerte de su hermano Faetonte, quien cayó en el río Erídano tras ser derribado del carro de su padre Helio por el rayo de Zeus, que acabaron transformadas en los álamos que pueblan las orillas de este río. De sus lágrimas sale el ámbar. Lo refiere bellamente Ovid. en *Met.* II 340 ss. De nuevo, se identifica a Faetonte con Helio, incluso a riesgo de confusión en un mito que incluye a ambos.

los indios cautivos. Y al osado [rey traédmelo][23] envuelto en vinosos sarmientos entrelazados. Sí, cubrid a Deríades, el de broncínea túnica, con la piel del ciervo. E hincando en el suelo su rodilla servil ante Bromio, después de mi victoria, el soberano indio arrojará a los vientos su coraza, pues preferirá ceñirse el cuerpo con una coraza de pelo. Sus pies los apretará con purpúreos coturnos, dejando a un lado sus grebas, que lanzará por los aires a lo lejos. Después del arco sangriento y de las hazañas del combate que aprenda los ritos de nocturna danza de Dioniso, que haga girar los bucles de su bárbara cabellera junto al lagar. Traedme, pues, las cabezas del enemigo como trofeo de la victoria, llevadlas al ventoso Tmolo atravesadas en los tirsos como testimonio[24]. Muchos soldados indios apartaré de la batalla, capturándolos vivos tras el combate, y colgaré los cuernos del enloquecido Deríades en los propileos de los lidios».

Y tras hablar así, les infundió gran ánimo. Las Bacantes se lanzaron en tropel, los Silenos ulularon una melodía de acentos guerreros y los Sátiros cantaron al unísono, como desde una sola garganta. Y con un mismo estruendo bramó el tambor golpeado con un sonido que semejaba un mugido aterrador y el son de doble melodía de las mujeres que se deleitaban con sus castañuelas[25] fue arrancado con las manos alternas. El caramillo pastoril lanzó un ritmo frigio que hizo avanzar al ejército.

---

[23] Hay una laguna tras el verso 206

[24] Como hacen las Bacantes con la cabeza de Penteo, clavada en la punta de un tirso y llevada por su madre Ágave, en Eurípides, *Bac.* 1139-1142. El Tmolo, por otra parte, es un monte de Lidia, región propicia para Dioniso.

[25] Los crótalos *(krótalon)* eran muy parecidos a las castañuelas. Con «caramillo» traducimos la *sŷrinx*, o flauta de Pan, una flauta pastoril formada por siete cañas unidas entre sí.

Los sátiros se lanzaron al combate. Se pintaron de blanco con el yeso de los misterios y de sus mejillas colgaba la imagen bastarda de un rostro engañoso. Y a la vanguardia del ejército la llama migdonia centelleaba saltando por los aires hacia el tumulto del combate, pues proclamaba el ígneo alumbramiento de Baco. Resplandecía también con brillo propio el rostro cornudo del viejo Sileno y una serpiente ceñía como una diadema los cabellos sin trenzar de la montaraz Bacante.

Y un soldado que fustigaba a un tigre enfurecido contra los enemigos causaba el pánico entre los carros tirados por los elefantes uncidos a un mismo yugo. El canoso Marón se armó con una vara retorcida y partía en dos los cuerpos de los guerreros indios con aquel retoño de viña cultivada.

Entonces todos cuantos habitan el Olimpo tomaron asiento junto a Zeus en el interior de su palacio que hospeda a los dioses, y se reunieron en asamblea todos juntos sobre sus tronos de oro macizo. A los participantes en este banquete Ganimedes[26] el de hermosa cabellera les dispensaba el dulce néctar que extraía de la cratera. Pues entonces aún no había bramado la guerra aquea contra Troya como en otra ocasión, en la que Hebe, la de bello tocado, habría de escanciar de nuevo las copas de los bienaventurados a fin de que el copero troyano fuese apartado de los inmortales, de suerte que no llegara a escuchar el triste hado de su patria. Y a los dioses reunidos se dirigió el próvido Zeus, diciendo a Apolo, a Hefesto y a Atenea:

«Oh adivino y señor del profético eje de Pitón, tu que llevas el cetro y el arco a la vez, portador de luz, hermano de Baco, haz memoria del Parnaso y de tu Dioniso. El efi-

[26] Véase nota a XXV 431.

mero Ámpelo no te habrá pasado desapercibido[27]. Conozco también la doble antorcha mística de las montañas gemelas. Ea, defiende a Lieo, tu hermano, blandiendo tu arco Olímpico en auxilio de las Basárides. Haz honor a tu rocoso Parnaso que los dos compartís, en el que las Bacantes en cortejo ejecutan su danza que bate el suelo, emprendiendo una tonada al mismo tiempo para ti y para Dioniso, el que nunca duerme, pues encienden un mismo fuego délfico para ambos. Haz memoria, oh ilustre arquero, de tu Cirene, matadora de leones, concédele tu gracia a la vez al Cazador[28] y a Dioniso. Defiende, ya que te llaman Nomio, a la estirpe de los Sátiros pastores. Y aleja la envidia malévola de Hera, que nunca la madrastra de Febo pueda burlarse de un Dioniso en fuga, pues ella alberga cólera y resentimiento contra mis amantes y siempre empuña las armas contra mis hijos. No te descubro nada nuevo acerca de los padecimientos de tu propia madre al dar a luz. Pues a causa del doble peso de

---

[27] Apóstrofe a Apolo como dios de la adivinación. Lo es desde que dio muerte a la monstruosa serpiente Pitón, que asolaba la zona de Delfos, en la ladera del Parnaso, en la que el dios quería fundar su oráculo. Pitón, un terrígena, adivinaba el futuro. Cuentan esta historia el *Himno Homérico a Apolo* (282 ss.) y Calímaco en su *Himno* dedicado al dios (II 100 ss.). Por otro lado, el caso de Ámpelo, amado de Dioniso cuya prematura muerte y metamorfosis en vid narra Nono en los cantos X-XII, «no pasará desapercibido» a Apolo porque éste sufrió pérdidas similares de amados: Ámpelo es comparado con Jacinto (cf. XI 258-261), el amado de Apolo, que murió también antes de tiempo (lo cuenta Ovid. en *Met.* X 162-219). Otro amado del dios, Cipariso, murió por su propia mano y se transformó en ciprés (Ovid., *Met.* X 106-142).

[28] Agreo, en griego. Se trata de un sobrenombre de Apolo, que también se aplica a Aristeo, a quien el dios engendró con Cirene (Píndaro, *Pítica* IX 62 ss.). Aristeo, padre de Acteón y gran aliado de Dioniso (XIII 253 ss.), lleva este nombre y el de Nomio, es decir, «pastor», muy a menudo (cf. V 215-216, XXIX 179-192).

los hijos que albergaba su vientre, Leto[29] anduvo errabunda durante mucho tiempo, fustigada por los agudos dolores del parto que trae a los niños al mundo, cuando las corrientes del Peneo la rehuían, cuando Dirce rechazaba a tu madre y el propio Asopo de pesadas rodillas avanzaba haciendo girar sus pasos por detrás de su corriente[30]. Y todo hasta que Delos la protegió en las labores del parto, hasta que una vieja palmera de insignificante follaje hizo de comadrona para Leto.

Y tú, intrépida muchacha que tienes a Zeus por padre y madre, oh Palas, defiende a tu hermano que es gran ornato de tu patria. Protege a tus ciudadanos que secundan a Dioniso, y no te quedes mirando mientras mueren los hijos de tu Maratón. Honra los esquejes del olivo de Acte, que te valieron una ciudad[31]. Concede tu gracia al anciano Icario, pues a él le entregó Dioniso el fruto de la vid, de variados racimos. Haz memoria y recuerda a Triptólemo y a Celeo, el

---

[29] Leto es la madre de Apolo y Ártemis, a quienes tuvo con Zeus. Sólo la isla de Delos, que hasta entonces había flotado errante, osó dar refugio a Leto en su preñez y desafiar la cólera de Hera. Allí tuvo a los dos dioses, como cuenta Calímaco en su *Himno a Delos* (cf. 71 ss.), que es fuente de todo el pasaje. En agradecimiento la isla quedó fija por cuatro columnas y se convirtió en un santuario de especial devoción.

[30] Cita Nono tres lugares que rechazaron a Leto: Dirce y los ríos-dioses Peneo y Asopo. Como casi todos los ríos, Peneo es hijo de Océano y Tetis (Hes., *Teog.* 343), y fundador de la estirpe tesalia, en la tierra en la que fluye. El Asopo es un río beocio.

[31] Al dirigirse a Atenea, Zeus recuerda el episodio en que la diosa disputó con Poseidón por el dominio de Atenas. Cada dios ofrecía un regalo a la ciudad, Poseidón hizo brotar un lago salado en la Acrópolis y Atenea un olivo. La ciudad y los dioses finalmente prefirieron a Atenea y Atenas quedó consagrada a la diosa, por lo que su árbol, el olivo, es símbolo de la ciudad también, como narra Apolodoro en el libro tercero de su *Biblioteca* mitológica. Para el mito de Icario, sobre la introducción de la vid en el Ática, cf. el canto XLVII 34 ss. y Ovid., *Met.* X 451.

buen sembrador, y no deshonres las fecundas canastas de Metanira[32]. Pues también a tu vinoso Baco, como ayudante, le llevó en su preñado muslo Zeus, de fecundo alumbramiento, y a ti te gestó en su cabeza, como alumbramiento femenino. Ea, blande tu lanza congénita y empuña la égida gobernadora del combate. Sé, te lo pido, baluarte de los Sátiros, para que también estos puedan llevar hirsutas túnicas de piel de cabra montaraz. El dios agrícola, el caprino Pan, soberano del caramillo pastoral, ha menester de tu égida; el mismo que antaño rivalizó con mi cetro inviolable al combatir a los Titanes; el mismo que fue montés pastor de mi nodriza portadora de leche, la cabra Amaltea. Protege, pues, al que más tarde habrá de ser baluarte en la batalla del Ática. Será el defensor de la tambaleante Maratón y matador de persas. Empuña tu égida, digo, a guisa de escudo para proteger a Lieo, a tu hermano de negra égida[33] que habrá de de-

---

[32] En estos versos Nono hace referencia a Deméter y el culto de Eleusis. Celeo reinaba sobre Eleusis, junto con su esposa Metanira, y acogió a Deméter. Triptólemo, considerado por Nono hijo de Celeo y Metanira según una versión tardía (Apolodoro, *Bibl.* I 5 1), recibió de la diosa, en recompensa por la hospitalidad paterna, un carro tirado por dragones con alas. Subido en él fue recorriendo el mundo y sembrando el fruto de Deméter para difundir la agricultura y los cereales. Sófocles le dedicó una tragedia, hoy perdida. Véanse el *Himno homérico a Deméter* 75 y ss. y el *Himno* VI de Calímaco para la narración de este mito.

[33] La intervención de Pan en la batalla de Maratón era una leyenda que ya conocía Heród., VI 105. Amaltea es la ninfa o cabra (según versiones) que crió a Zeus y cuya piel convirtió el dios en divina armadura, la llamada «égida» (cf. Calím., *Himno* I 46 ss.). Por otra parte, Nono refiere un raro mito sobre la disputa entre beocios y atenienses por una ciudad, que se dirimió en combate singular entre sus dos campeones, el ateniense Melanto (el Negro) y el beocio Janto (el Rubio). Por intervención divina, con un engaño de Zeus o Dioniso, según qué versión, el ateniense vence: se aparece un guerrero (Dioniso) que porta una égida negra, Janto se distrae y Melanto le da muerte; de ahí que se rinda culto a un Dioniso

fender a su vez un día tu patria al expulsar al jefe beocio. Y el ciudadano de Eleuto entonará entonces una melodía por la salvación de su vida, cantando el evohé en honor de Apaturio, leal hijo de Tione, pues Atenas emprenderá entonces un ritmo frigio en honor del Dioniso de Eléuteras[34] después de haber cantado a Baco Limneo[35].

¡Oh estirpe del Olimpo, cuán cambiante resultas...! ¡Ah, que gran prodigio! Hera la argiva secunda al extranjero Deríades, Atenea la ateniense desprecia a las falanges cecrópidas[36] y, por lealtad a su madre, mi propio Ares tracio defiende a la armada de los indios tras abandonar a mi hijo Baco y al ejército de Tracia que le sigue. De acuerdo, pues: solo yo entre todos tomaré las armas para luchar al lado de Dioniso con mi fuego centelleante, hasta que Baco aniquile esa raza oscura desde los cimientos. Y tú, Hefesto, amante de una virgen y novio de la Tierra que engendra por sí sola, ¿te quedarás ocioso y no te cuidarás de Maratón, allí donde resplandecen las bodas de la diosa sin boda? No te enseño nada nuevo al hablar de las chispas de los misterios de tu antorcha siempre ardiente. Recuerda el cofre de la cámara

Melanégida («de la égida negra») y a un Zeus Apaturio («del engaño»), llamado «leal», en un curioso oxímoron. Nono parece basarse de nuevo en Calímaco (fr. 266 Pf.). Véase también Pausanias, VII 1 9.

[34] Eleuto, en el verso 304 y Eléuteras, en el 307, han provocado controversia. La tradición manuscrita transmite «Eleusino», pero Keydell, adoptando una conjetura de Hermann, prefiere «Eleutereo» o «de Eléutera», localidad entre el Ática y Beocia. En efecto, es más acorde con el mito narrado, que nada tiene que ver con Eleusis.

[35] Una advocación de Dioniso en las fiestas Antesterias.

[36] Sinónimo de «atenienses», por el nombre de Cécrope, rey mítico del Ática, nacido de la tierra. Era un ser monstruoso, mitad serpiente mitad humano. Fue testigo de la mencionada disputa entre Atenea y Poseidón por el dominio de Atenas (cf. verso 282 y nota). Sus hijas tienen un importante papel en el mito de Erictonio (véase verso 112 y nota).

virginal nodriza de niños, en la que hubo una vez un muchacho hijo de la Tierra, en la que hubo una vez una muchacha que alimentó con su pecho masculino a tu vástago autoengendrado. Empuña, pues, tu hacha que asiste en los dolores del parto para salvar a los ciudadanos de Atenea con tu segur parturienta. ¿Permaneces ocioso, Hefesto? ¿No salvarás a tu propia descendencia? Blande de una vez tu acostumbrada antorcha como escudo para los Cabiros, vuelve tu mirada y contempla a tu antigua novia, a Cabiro, la madre amorosa, reprochándotelo. Alquímaca la lemnia ha menester de tu socorro[37].»

Y habiendo hablado así, los dioses que habitan el Olimpo se apresuraron: Atenea y Apolo marcharon a la vez como salvadores, y Hefesto el fogoso acompañó a Tritogenia[38]. Mas Hera, a su vez, se unió a otros inmortales en su carrera, llevando a Ares de la mano y también a Hidaspes, el de anchurosas corrientes; una coalición contra el enemigo con igual celo en el combate. Fobo y Deimo[39], que viajan siempre juntos, se unieron a ellos y también la propia Deo, portadora de espigas, marchó como rival de Bromio en esta compañía, pues recelaba de Dioniso, el engendrador de vida y amante de la uva, a causa de que él había inventado la be-

---

[37] Para Cabiro y los Cabiros, cf. versos 120-121 y nota *ad loc.* Alquímaca es una ménade del ejército de Dioniso. Aparece en XXX 192-210 y es muerta en batalla por Morreo, comandante de los indios

[38] Sobrenombre de Atenea en Homero y Hesíodo, que se interpreta de forma diversa: nacida el tercer día del mes, junto al lago Tritón, tres veces o la tercera, etc. (cf. Hes., *Teog.* 895 y 924).

[39] El Terror y el Espanto, son hijos y lugartenientes de Ares, dios de la guerra, según refiere Hes., *Teog.* 933-936.

bida de la ebriedad, poniendo en evidencia los antiguos votos de ese Dioniso primordial al que llamaron Zagreo[40].

---

[40] La historia de Dioniso Zagreo, el primer y malogrado Dioniso, se cuenta en el canto VI de las *Dionisíacas* (155 y ss.). Se trata del Dioniso órfico, hijo de Zeus y Perséfone, que se encuentra en los textos sagrados de estos misterios. Él estaba destinado a suceder a Zeus como cuarta generación en el gobierno del cosmos (Olimpiodoro, *Com. Fed.* 108), pero fue despedazado y devorado por los Titanes, parte crudo y parte cocido, bien a instancias de Hera (según Olimpiodoro) o bien por envidia (Proclo, *Com. Tim.* I 175). Zeus, encolerizado, los redujo a cenizas con su rayo. Cuenta una tradición órfica que de esas cenizas nace el género humano, que es en general malévolo, como los Titanes, pero participa también del principio divino, pues estos se comieron a Zagreo (Olimp., *Com. Fed.* 108). Para Esquilo (fr. 5, 228 Nauck) se trataba de un dios subterráneo.

CANTO XXVIII

SUMARIO

— Escena de batalla (fragmento sin ubicar), vv. 1-6.
— Tumulto del combate y primeras refriegas entre los dos ejércitos, vv. 7-44.
— Hazañas de Corimbaso en la batalla, vv. 45-112.
— Gran matanza y muertes extrañas en el tumulto del combate, vv. 113-171.
— Hazañas de los Cíclopes, vv. 172-273: combate entre Halimedes y Flogio, vv. 257-273.
— Hazañas de los Coribantes, vv. 274-330: encerrona de los Coribantes a Deríades, vv. 324-330.

OBSERVA EL CANTO VIGÉSIMO OCTAVO, EN EL QUE PODRÁS CONTEMPLAR UN ENORME Y FOGOSO COMBATE DE CÍCLOPES

[Y he aquí que se trabó un combate sin piedad. Pues ambos, Fauno y Aristeo, se lanzaron a la par a una misma lucha. Les siguió también Éaco, que llevaba a cabo hazañas dignas de su padre Zeus y tenía sobre su espalda un broncíneo escudo de variado ornato, cuyo contorno había sido forjado con numerosos motivos artísticos que había realizado el yunque lemnio][1].

Y el ejército tomó los más varios tipos de armas para el combate contra los indios, que ya cargaban en tropel. Uno guiaba raudo su biga de elaborado ornamento, tirada por panteras, hacia el tumulto de la batalla, fustigando a aquellas con la hiedra que corta la piel. Otro que había uncido a su carro de montaraz camino los leones de Eritrea con un bocado espantoso, los conducía como tremendo par de monturas. Otro se arrojaba ya con formidable ímpetu entre las filas de los oscuros indios y se complacía en fustigar, sin

[1] Este fragmento de batalla, obviamente, no pertenece a este lugar. El curso de los acontecimientos no lo admite, y así lo ha señalado Keydell en su edición. Por otra parte, los personajes que participan en la escena de lucha, Fauno, Éaco y Aristeo, de los que ya se ha hablado, inducen a pensar que podría ser un rasgo de que el canto quedó inacabado o sin un toque final por parte de Nono.

inmutarse, a un toro que montaba sin riendas. Ese de ahí, como cabalgase sobre el lomo de una osa cibélida, cargaba contra el enemigo y hacía girar su vinoso tirso para aterrar a los jinetes de los elefantes de largas patas. Aquel otro se lanzaba contra el ejército con su hiedra que corta la piel, pues no tenía espada, ni tampoco escudo circular o sangrienta lanza de batalla, sino que empuñaba las hojas retorcidas de una planta, y con tan insignificante rama daba muerte a guerreros de broncíneas armaduras[2]. Un fragor tronante lo sacudía todo, semejante a un clarín. Los Silenos aullaron y las Bacantes se lanzaron a la carga tras recubrir sus pechos con pieles de ciervo en lugar de coraza. Y uno de los Sátiros monteses, como si cabalgara sobre un potro, se había encaramado a horcajadas al lomo de una leona. Los indios respondieron al grito de guerra con otro similar y el bárbaro oboe belicoso, que convoca a la guerra, se oyó congregando a los guerreros. Entrechocaron entonces guirnaldas y cascos, pieles de cabra y corazas. La pica disputó con el tirso y con los coturnos se igualaron las grebas correspondientes en figura. Hileras de escudos se apretaban unas contra otras, como si sus portadores llevasen el mismo yugo. Los soldados de infantería se apretaban contra otros soldados y el casco pelasgio empujaba al casco migdonio con su yelmo de elevado penacho[3].

---

[2] El comportamiento del ejército báquico es descrito en muchas ocasiones por Nono: haciendo uso de armas insólitas de los reinos de la naturaleza (plantas y animales) y de la danza, los de Dioniso vencen a los indios, que portan armas convencionales (cf. D. Gigli Piccardi, *Metafora e poetica...*, pág. 140 ss.). Parece que se entregan a una bacanal y no al combate.

[3] La descripción de estas filas compactas de guerreros es homérica (cf. Hom., *Il.* XIII 128-135 y XVI 215-217), aunque en Nono hay *imitatio cum uariatione* con respecto al modelo de la *Ilíada*.

Y el combate de los guerreros tuvo diversa fortuna. Uno que se elevaba [...][4] daba un salto por los aires y emprendía la danza báquica, mientras que otro caía y se lamentaba. Otro hacía sonar sus pies como castañuelas mientras un tercero, herido, aún palpitaba en el suelo. Éste brincaba en honor de Lieo, y aún ese de ahí, lanzando un grito desde lo hondo de su garganta, cantaba en honor de la lanza de Ares, mientras aquel otro más allá lo hacía por el banquete de Dioniso. Resonaba el estrépito de la guerra a la vez que el de los ritos del Bramador[5]. Los tamborcillos del evohé redoblaban y la trompeta guerrera, conductora del combate, resonó a la vez que la lira para reunir a los soldados[6]. Se mezclaba la sangre de la libación, se unían la matanza y la danza.

Y he aquí que Faleneo, el primero de todos, apoyándose en su pie ligero, lanzó su dardo derecho contra Deríades. Y le acertó en su armadura de acero irrompible. Mas no le llegó a tocar la piel, tras ser arrojada la punta funesta, sino que erró el blanco y fue a clavarse sobre la tierra. Furibundo al contemplar que alguien atacaba al gigantesco Deríades, Corimbaso el valeroso salió a su encuentro y aniquiló al hombre que aún estaba en plena acción hiriéndole con su espada en medio del cuello y cortándole la cabeza. Faleneo cayó sobre la tierra bañado en la sangre de su cabeza cortada, decapitado[7].

---

[4] Laguna señalada por Keydell.

[5] Es decir, Bromio, sobrenombre de Dioniso que quiere decir algo así como «el estruendoso».

[6] Traducimos como «tamborcillos» los *rhóptra* del griego original. Los demás instrumentos del pasaje, *aulós, sálpinx* y *pēktís*, ya han sido comentados.

[7] Da comienzo el relato de las hazañas de Corimbaso, capitán indio que hace su primera aparición aquí dando muerte al báquico Faleneo. Le seguirán Dexíoco, Clitio, Sebes, Enomao, Tindario, Toón, Autesio y Oni-

Y en su derredor se trabó un combate de gran estruendo.
55 Dexíoco con su bronce hirió a Flogio en el medio del entre-
cejo, golpeándole desde arriba en la cabeza y partiendo en
dos su yelmo[8]. Sin embargo, éste, tambaleándose y retroce-
59 diendo un poco paso a paso, se ocultó tras el enorme escudo
61 de piel de buey de su hermano. Así como Teucro, el flecha-
dor contra la estirpe de Dárdano, se protegió tras el escudo
62 hecho de pieles de siete bueyes de su hermanastro Ayante[9],
63 que acogía a su hermano y compañero de armas bajo el es-
cudo paterno. Mas Corimbaso, en seguida, tras desenvainar
su espada, clavó su filo en el cuello de Dexíoco. Veloz y a
65 la carrera se llegó entonces Clitio espoleado por la furia, el
jefe de la infantería, ante el cadáver aún palpitante. Arrojó
impetuoso y raudo su dardo contra Deríades, el de altivo
penacho. Pero Hera desvió la lanza del guerrero a un lado,
pues guardaba rencor contra Clitio y Dioniso Mataindios. A
70 pesar de ello, no erró del todo el golpe el veloz campeón,
sino que traspasando las mandíbulas inmensas de un ele-
fante indomable, dio muerte a la fiera de rígidas patas que
cabalgaba Deríades. La bestia descomunal, sufriendo entre

tes. La «Corimbasía» de Nono está modelada sobre algunas escenas de batalla homéricas, como iremos comentando, pero con referencias a otras fuentes literarias. Por ejemplo, la expresión «retrocediendo un poco paso a paso» del verso 58 procede de Hom., *Il.* XI 546, cuando Ayante retrocede.

[8] Flogio aparece en XXVI 45 como uno de los jefes, junto a su hermano Agreo, del contingente de indios que viene de Cira y Bedio (véase nota *ad loc.*). Dexíoco y Clitio son miembros de la armada báquica.

[9] Este Teucro, no el mítico fundador de la estirpe troyana, era hijo bastardo de Telamón y hermanastro de Ayante. Pese a su parentesco con Príamo lucha contra los troyanos (a los que se refiere el poeta con «la estirpe de Dárdano», hijo de Zeus y Electra, cf. XVII 79-80 y nota). La escena a la que se refiere se encuentra en Hom., *Il.* VIII 266 ss., cuando realiza hazañas con el arco protegido por el escudo de Ayante. Véase otra aparición de Teucro en el catálogo de *Dionisíacas* XIII 461.

grandes dolores, sacudía el carro que portaba en su negra cerviz, que quedó retorcida hacia la derecha. Y como moviese de un lado a otro el rostro de sinuosa mandíbula prominente, tiraba de las ataduras de las riendas que le uncían a su propio yugo, empapadas en su sangre. Mas el jinete actuó velozmente y bajo el yugo claveteado en abundancia sacó su espada y cortó la masa de riendas que anudaban bajo el mismo yugo su cerviz. Celeneo tuvo que uncir al yugo otro nuevo elefante de enorme apariencia, que trajo desde sus establos de gran capacidad.

Entretanto, Clitio cobró coraje con la esperanza de una victoria inesperada. Llamó con voz delirante al matador de Dexíoco, derramando un torrente de palabras funestas desde sus audaces labios:

«Quieto ahí, perro[10]. No te escapes, Corimbaso, y yo te enseñaré qué tipo de arqueros son los siervos de Lieo. Te llevaré como prisionero de guerra a Frigia, esta lanza ha de destruir las ciudades de los indios y acabará también por convertir a Deríades en esclavo de Dioniso, después de la victoria exterminadora de indios. Y sus muchachas vírgenes serán desfloradas sin dote nupcial: recibirán los himeneos del Sátiro de pecho hirsuto. Las muchachas indias serán mancilladas junto al Hermo, el río migdonio.»

Y tras estas palabras, Corimbaso montó en cólera. Hizo trizas la garganta de Clitio, de tardo luchar, mientras aún estaba hablando y su cabeza voló por los aires con un salto de funesto hado, rociando el polvoriento suelo con gotas de su sangre.

---

[10] Insulto muy usado entre los griegos para significar la desvergüenza. Ya en HOM., *Il.* I 225 es célebre el apóstrofe «mirada de perro» al Atrida por parte de Aquiles.

Corimbaso, la flor de los indios, la flor de los jefes tras Morreo y el propio rey, dejó el cadáver dando vueltas sobre sí mismo como un bailarín, para terror de los Silenos.

Y al lancero Sebes, hiriéndole sobre el contorno del pecho, le clavó su broncínea lanza muy dentro de su piel y tras extraerla, puso la pica ensangrentada sobre el suelo embadurnada de polvo. Entonces se lanzó sobre Enomao[11] y éste intentó escapar, semejante a los vientos, pues quería retirarse junto a las líneas de Bromio con paso sobrecogido. Mas como viera que huía, el campeón le persiguió por detrás y le clavó su lanza en medio de la espalda. La punta le atravesó por completo con la inercia del lanzamiento y sobresalió por el ombligo en medio del vientre apenas rajado. Y atravesado por el acero sanguinolento resbaló cayendo de bruces sobre el polvo recién muerto. La niebla portadora de muerte le veló entonces los párpados. Mas no detuvo su combate aquel campeón sobrenatural, sino que cuatro guerreros de hermosos yelmos hallaron en él a un solo matador: Tindario, Toón, Autesio y Onites[12].

Había, empero, muchos cadáveres recién masacrados que ni caían de bruces ni yacían tendidos sobre la espalda en la llanura, sino que, tras morir, se quedaban inmóviles de pie sobre el suelo, semejantes en todo a un guerrero en pleno combate: como si aún empuñaran la lanza, como si aún tensaran el raudo arco, como si fueran, en fin, a disparar sus dardos en dirección a algún blanco. Había uno así, que como cadáver valiente que anhelara el combate aún tras la muerte, porque le obligaran a ello las madejas de las Moiras, era semejante a un lancero que blandiera con ligereza su

[11] Enomao y Sebes son otros dos combatientes dionisíacos. El primero no tiene nada que ver con el rey de Pisa y padre de Hipodamia, cuya historia cuenta Píndaro (*Ol.* I 109 ss.), aunque se llame igual.

[12] Nada sabemos de estos nombres.

pica, aunque estaba de hecho atravesado de pies a cabeza por flechas disparadas desde todas partes. En definitiva, una estatua de Ares en pie. Y los guerreros se maravillaban con ojos llenos de asombro ante el lancero fenecido, que aún sostenía su pica y que todavía no había arrojado el escudo: un muerto como arquero, un escudero inanimado[13].

Pero he aquí que, en aquel momento, un soldado acertole con su hierro a un ateniense, cortándole el brazo derecho de tal forma que se lo seccionó por el extremo superior. Haciendo una funesta cabriola en el aire con ímpetu bailarín, cayó éste recién cortado, llevándose consigo además a su compañero, el hombro, y moteando la superficie polvorienta del suelo con rojizos borbotones. Mas de nuevo hubiera emprendido el valiente un combate renovado con la pica de largo alcance, arrancando de su mano cortada, que aún estaba palpitante, su luenga lanza, y hubiera combatido empuñándola igualmente con la mano izquierda, si no fuera porque se interpuso su adversario de nuevo en su camino y con un segundo mandoble le arrancó el brazo izquierdo de raíz. El brazo cayó a tierra y lanzando a presión un chorro de sangre empapó a su matador con purpúreas gotas, mientras sobre el suelo, rodando sobre sí mismo, el brazo aún se movía con furiosas sacudidas y enrojecido por la sangre, y los dedos curvados agarraban un buen puñado de tierra en el nudo de sus curvas uñas, como si de nuevo apretasen el asidero del escudo de piel de buey. Derramando lágrimas de ardor guerrero pronunció estas palabras:

---

[13] Nono relata una serie de muertes horripilantes y extrañas, que encuentran su modelo en Homero: aquí, este lancero parece que sigue luchando después de muerto (como nuestro Cid).

«¡Cómo ansío otro brazo para poder cumplir hazañas dignas de Tritogenia con triple mano![14]. Y sin embargo he de perseguir a mi enemigo aunque ya no las tenga. Todavía me queda mucho coraje y así podrán decir que la gloria de los atenienses es ambidextra, ya que pueden sobresalir en la batalla con los pies cuando las manos les faltan.»

Hablando así corrió semejante a los vientos para enfrentarse a los guerreros, trabando un combate desarmado contra su matador. Y los demás, congregándose uno junto al otro, lo miraban asombrados. El demediado campeón fue rodeado por una gran multitud de guerreros y él solo recibía estocadas implacables, golpes incesantes del acero que uno tras otro le propinaban. Y finalmente cayó a tierra y fue su imagen de Ares la que guardó la memoria del habitante de Maratón[15], de nacimiento futuro.

Pero no sólo fueron los soldados de infantería quienes cayeron en la compañía, sino que también hubo gran mortandad entre los jinetes. Uno tras otro marchaban llevando su funesto hado consigo. Un jinete alcanzaba a otro jinete, bien clavándole la lanza en la espalda del que huía primero o bien acertándole en el pecho cuando le tenía de frente. Y entonces caían del caballo dando tumbos en el polvo recién muertos. Hubo un caballo asaeteado por flechas en los costados que arrojó a tierra a su jinete despidiéndole de la montura: como si se tratara de Pegaso, el de veloz vuelo, com-

[14] Hay un juego de palabras evidente entre Tritogenia y *trichthadíais palámēisin* («con triple mano»), jugando con la dudosa etimología del sobrenombre de Atenea.

[15] El texto de los manuscritos dice *genetêri*, seguramente una confusión por las palabras próximas. La solución de Falkenburg fue corregir en «Cinegiro», el nombre al que, se supone, está referido el pasaje: un hermano de Esquilo que obtuvo fama en la batalla de Maratón. Sin embargo, seguimos la edición de Keydell, que adopta a su vez la opinión de Cunaeus.

pañero de caminos de la brisa errabunda en las alturas, que se sacudió de encima a Belerofonte[16]. Otro guerrero, aterrado en el combate, cayó al suelo tras deslizarse por el lomo de su corcel, hasta llegar a su vientre, y ahí quedose amarrado cabeza abajo, colgado de su montura, mientras su cabeza golpeaba y rodaba por el suelo, dejando los pies en la grupa del caballo[17].

Entonces los fornidos Cíclopes[18], ayudantes de Zeus, rodearon a los guerreros: Argilipo resplandeció blandiendo una antorcha portadora de luz en frente del pueblo tenebroso[19]. Se había provisto de un rayo de fabricación terrestre con punta de fuego cuando combatía con antorchas y los in-

---

[16] El mito de Belerofonte y Pegaso es bien conocido ya desde la *Ilíada* (HOM., *Il.* VI 155-226). El corintio Belerofonte es hijo de Glauco (o de Poseidón) y nieto del castigado Sísifo. Hospedado por el rey Preto de Tirinto, tras su huida de Corinto por una muerte accidental, fue calumniado por la reina Antea (o Estenebea). Ella acusó a Belerofonte —como en la historia de Putifar y José— de haber intentado forzarla. A partir de ahí es sometido a una serie de pruebas heroicas que superará gracias al alado caballo Pegaso, que halló en la fuente de Pirene. Sin embargo, tras su ascensión heroica, caerá en desgracia al intentar elevarse al Olimpo montado en Pegaso y será fulminado por Zeus, momento al que se refiere el pasaje (cf. también la narración de PÍNDARO, *Ol.* XIII 84 ss. e *Ist.* VII 44, que parece la fuente de Nono).

[17] Es decir, cabalgando del revés, arrastrado cabeza abajo, de acuerdo con la lista de *parádoxa* que presenta Nono.

[18] A continuación, las hazañas de los cíclopes (cf. HES., *Teog.* 139 ss., 501 ss.): Nono los ubica en Sicilia, en su forja bajo el Etna (siguiendo a CALÍM., *Himno* IV 141 ss.) y cambia el nombre de Arges por Argilipo. Seguidamente aparecen Brontes y Estéropes, todos nombres parlantes que aluden al trueno, al relámpago y al rayo.

[19] Se refiere a los indios, que son representados por Nono como una raza de piel oscura y, claro está, malvada. Sobre la peculiar imagen de los indios en las *Dionisíacas*, véase el trabajo de R. DOSTÁLOVÁ-JENISTOVÁ, «Das Bild Indiens in den Dionysiaka des Nonnos», *Acta Antiqua Acad. Scient. Hung.* 15 (1967), 437-450.

dios de tez oscura temblaban de miedo al ver aquel fuego de semejante figura a la de la celeste tempestad. Era, pues, un ígneo capitán llameante y sobre las cabezas de los enemigos caían como flechas las chispas de aquel rayo terrígena. Venció el Cíclope a las lanzas de fresno y a las espadas juntas en número inefable empuñando sólo aquel caliente dardo, aquella lanza flameante, aquella antorcha que le servía de arco. En número indecible, uno tras otro, iba incendiando a los soldados indios con el fuego flechador: no destruyó con rayo bastardo a un solo Salmoneo, no dio muerte a un solo teómaco. Ni fue una sola la Evadne que lloró entonces a un Capaneo consumido por las llamas[20].

Estéropes tomó las armas pertrechado con un fingido rayo que blandía en torno suyo, pues llevaba un brillo que podría rivalizar con los etéreos relámpagos, un intermitente centelleo que había engendrado el lucero vespertino, semilla del fuego siciliano y de su ardiente fragua. Y tenía una capa que semejaba una nube y ora ocultaba el resplandor en su interior, ora lo desvelaba con un movimiento alterno, a imitación de lo que hace el fuego celeste. Así pues, su relámpago tenía un resplandor renovado que venía y se iba constantemente.

---

[20] Salmoneo y Capaneo son ejemplos de *hýbris* contra los dioses, en concreto, contra Zeus. Salmoneo, rey de la Élide, quiso imitar torpemente el rayo y el trueno de Zeus y pagó cara su osadía (cf. APOLOD., *Bibl.* I 9 7). Capaneo, hijo de Hipónoo, es uno de los jefes de la expedición de los Siete contra Tebas, que narra ESQUILO en su tragedia homónima (422 ss.). Muere también fulminado por Zeus cuando escalaba los muros de la ciudad de las Siete Puertas (cf. también EURÍP., *Fenicias* 1172 ss., OVID., *Met.* IX 404, HIGINO, *Fab.* 70 y 71, etc.). Por su parte, Evadne, se suicidó a la muerte de su marido Capaneo lanzándose a la pira en la que ardía el cadáver de éste (cf. EURÍP., *Sup.* 980-1071). Es un ejemplo de amor conyugal y quizá Nono intentase una referencia a la costumbre india que prescribe este comportamiento para las viudas.

Brontes combatía a su vez arrancando una melodía resonante, pues derramaba un torrente de sonido tan ensordecedor como el estrépito del trueno. Con las extrañas gotas de una lluvia nacida en la tierra, vertía sus tempestades efímeras y artificiales en el cielo despejado con llovizna de imitación, como si fuese un fingido Zeus sin sus nubes. Y como dejase a un lado el estruendo semejante al trueno, Brontes se armó entonces con el hierro siciliano para dar muerte al enemigo. Desde lo alto, por encima de sus espaldas, hacía girar por los aires su martillo y destrozaba las cabezas de los enemigos arremolinados con su acero. Golpeaba volviéndose a un lado y a otro las falanges tenebrosas, del mismo modo en que siempre solía martillar en el clamor del Etna el yunque forjado a martillazos.

En aquel momento, arrancando un promontorio de un monte de luenga base, el cíclope lo dirigió contra Deríades como si fuera una lanza pétrea. Arrojó con brazos implacables la roca gigantesca contra el rey de negra piel que estaba tomando sus armas y le golpeó con la rocosa punta en su pecho velludo. Y éste, como si estuviese embriagado, se tambaleó bajo el golpe en todo su pecho de tamaña piedra, parecida en forma a la de un molino. Hidaspes rescató de la muerte a su hijo herido[21] quien, pese a su valentía, tuvo que arrojar la impetuosa lanza de bronce de veinte codos de largo de sus manos incansables y también dejó el audaz en tierra su escudo con manos avergonzadas, pues estaba vencido por el impacto. Exhalaba ya un aliento debilitado, como hubiese sido golpeado en el contorno del pecho por la roca de afiladas aristas. Y se cayó de cabeza desde su carro de gran altura, como un descomunal abeto de elevada copa que al

[21] Tal y como rescata de la muerte Afrodita a su hijo Eneas en HOM., *Il.* V 297 ss.

caer abarca un perímetro indecible de la anchurosa tierra. En su derredor los fieros [...indios...][22], derramándose en torrente hacia el combate [***]. Los indios [le] llevaron en sus carros, temerosos de que el horrendo Cíclope fuera a descuajar de nuevo un promontorio de una colina de gran altura y lo lanzase para dar muerte a su rey con el dardo escarpado, pues tenía la misma estatura que Polifemo el de elevado penacho[23]. Resplandeció entonces en medio de la frente del espantoso campeón un centelleo circular producido por el único globo ocular de su rostro. Y los indios de piel cetrina, pasmados ante la mirada del horrible Cíclope, se turbaron de espanto, pensando que acaso fuera la luna del Olimpo la que había descendido desde el cielo hasta la faz del Cíclope nacido de la tierra y brillaba con plena luz para defender a Lieo. Entretanto, Zeus padre, como viese que el cíclope le imitaba en la batalla, se sonreía desde lo alto de las nubes[24]. Y es que ya la tierra había recogido en su seno una desacostumbrada y extraña lluvia procedente de nubes terrestres y el aire sediento no albergaba rocío ni humedad, y tenía las espaldas desnudas de nubes y sin mojar.

Traquio[25] tomó las armas en seguida. Y avanzando a la par con su hermano, Elatreo, alto como las nubes, lancero

[22] Pasaje corrupto. Traducimos según la propuesta y edición de Vian, que ha desdoblado el verso 221 en tres.

[23] Polifemo, hijo de Poseidón y la ninfa Toosa, es un cíclope bien distinto a los cíclopes primigenios Arges, Brontes y Estéropes, que aparecen en la *Teogonía* 139 ss. Es inmensa su fama por causa de su encuentro con Ulises en el canto noveno de la *Odisea*. El «barroco» Nono, sin embargo, prefiere la historia de su amor por Galatea (VI 300-324, XXXIX 257-294, etc.), que inunda nuestro Siglo de Oro.

[24] Extraño comportamiento de Zeus, quien, como hemos visto, se irrita sobremanera cuando alguien imita sus armas, como Salmoneo.

[25] Los demás también cuentan también con *nomina significantia*. Aquí, «el áspero». Elatreo tiene que ver con el nombre del «abeto» *(elá-*

de un gigantesco abeto, iba cortando las cabezas enemigas con su arbórea pica, mientras hacía girar en un descomunal brazo su escudo del tamaño de un monte.

Euríalo empuñó las armas también, y partiendo por la mitad el tumulto de la batalla, daba caza a un gran ejército que huía desde la llanura hasta el mar, acorralando a las falanges de los indios en el golfo piscícola. Venció así a sus enemigos, a través del ponto poblado de picas, repartiendo mandobles de su espada de veinte codos mientras se mantenía en pie entre las aguas. Y como cortase con su luenga hacha de doble filo[26] una roca cercana al mar, la lanzó contra sus adversarios. Muchos conocieron entonces los hilos de su doble hado funesto, pues por una parte quedarían sin sepultura y por otra serían pasto de las aguas, muertos por un Ares undoso, pero también por un dardo de ásperas aristas.

Gran griterío hubo en la llanura. El favorable Primneo llegose en ayuda de las Bacantes turbadas, como si fuese el viento que entra por la popa[27] protegiendo al marinero y

---

tē) o acaso con el verbo *elaúnō* (no confundir con el feacio Elatreo, en Hom., *Od.* VIII 111). Euríalo, más adelante, sería algo así como «ancho mar» (no se trata tampoco del Eurialo que se menciona en *Od.* VIII 115 ni del hijo de Mecisteo, argonauta, de *Il.* II 565) y Halimedes, el que «gobierna» el mar, etc. Sobre el uso de estos nombres parlantes en Nono, véase cf. D. Gigli Piccardi, *Metafora e poetica...*, pág. 140 ss.

[26] Se refiere a la *bouplēx*, un arma de la antigüedad. Era una especie de hacha de doble filo, aunque no queda muy claro. Aparece como el arma de Licurgo, el enemigo de Dioniso, en Homero *(Il.* VI 130-140).

[27] Hay en estos versos un doble *pun.* Por un lado, *prýmnē* («popa») y el nombre del cíclope Primneo (también un feacio en el citado pasaje de la *Odisea*), que en XIII 143 aparecía como un coribante. El segundo juego de palabras es el de *polýeuktos* («muy deseado») con el nombre de Polideuces, uno de los Dioscuros. Se trata de la única mención que hace Nono de los dos hijos de Zeus y Leda, benévolos para los navegantes, para cuya leyenda nos remitimos al *Himno homérico a los Dioscuros* y a Apolod., *Bibl.* III 11, 2; 13, 7, etc.).

llevándole a caballo por encima de las tempestades. Su llegada era muy deseada por el ejército, como cuando arriba el calmo Polideuces a las naves agitadas, sosegando las graves olas del mar que engendra tempestades.

Con ellos destacó en hazañas otro de sus hermanos, Halimedes, un sobrenatural cíclope que luchaba en su báquico furor moviendo los miembros descomunales y causando el pánico entre los enemigos. Se resguardaba tras el centro de su redondo escudo de piel de buey, a fin de protegerse el rostro. Flogio, al verlo, tensó su arco para convertirse en el vengador de los indios que había masacrado y lanzó una flecha veloz como el viento. Y con toda seguridad hubiera acertado con el dardo alado en medio [...del ojo de Halimedes...][28] si no fuera porque, al darse cuenta de que venía apuntándole de frente, el cíclope de elevada testa evitó el impacto de la saeta inclinándose ligeramente. En seguida, blandiendo una roca enorme, la arrojó como proyectil contra la cabeza de Flogio, pero éste a su vez escapó y se fue a resguardar de pie junto al carro de Deríades, el de cuernos de buey. Por muy poco evitó aquel dardo aéreo hecho de mármol, quedándose allí mismo. Y Halimedes, contrariado al ver que Flogio se le había escapado, abrió de par en par la letal boca y mató a doce varones de un solo alarido, derramando un torrente de estrépito matahombres con su voz furibunda.

El griterío de los Cíclopes, con sus lenguas terribles de escuchar, hacía que el Olimpo se estremeciera. Los bailari-

[28] Laguna señalada por Koechly. En el texto que falta presumiblemente se mencionaría el ojo del cíclope, como complemento del verbo *baleîn*.

nes de la guerra, los Coribantes de Dicte[29], por su parte, marcharon en formación al combate.

Por un lado, Damneo[30] combatió destruyendo las tribus enemigas. Con pies livianos Ocítoo infundió el terror entre los guerreros. Muchos de ellos fenecieron en un cruento destino, destruidos los unos por la lanza en el combate cuerpo a cuerpo, muertos los otros por la lanza arrojada a distancia, hendidos aun aquellos otros por la espantosa espada. A otro que se lanzaba a la carrera en una huida veloz como los vientos, le alcanzó el furibundo Cíclope moviendo las rodillas y los ventosos pies, pues era en su persecución exactamente igual a Ificlo[31], quien, cuando corría, arañaba

---

[29] A continuación se desarrollan las hazañas de los Coribantes (cf. XVII 120 y nota *ad loc.),* que en Nono se asimilan a los Curetes, como se ve en el verso 319. Son célebres por haber ocultado el nacimiento de Zeus en la cueva Dicte, bajo el cretense monte Ida. Sus nombres también son significantes y aparecen en el canto XIII 135 ss., en el catálogo de las tropas de Dioniso.

[30] Damneo, «el destructor». Hay un juego de palabras entre su nombre y el verbo *dámnēmi* («destruir»), empleado a continuación. Igualmente, el nombre de Ocítoo, «el veloz». Por otra parte, el verso 278 aparece junto con otras expresiones de Nono en el epitafio de un monje del siglo X, inscripción editada por A. M. Schneider *(Archäologischer Anzeiger,* 59/60, 2-4 [1944-45], 78-9) y comentada por I. Sevcenko, «An early tenth-century inscription from Galakrenai with echoes from Nonnus and the Palatine Anthology», en E. Kitzinger, W. Tronzo e I. Lavin (eds.), *Studies on art and archeology in honor of Ernst Kitzinger on his seventy-fifth birthday, Dumbarton Oaks papers,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1987, v. 41, pág. 461-468. Esto da idea de la notable influencia de las *Dionisíacas* en época bizantina.

[31] Ificlo Filácida era famoso por su destreza como corredor (le vence Néstor en Hom., *Il.* XXIII 636 ss.). Era tan rápido que podía correr por un campo de trigo sin doblar sus espigas, como recuerda Nono. Participó en la expedición de los argonautas (cf. Apolonio de Rodas, I 45) y se cuenta un peculiar mito sobre la curación de su impotencia gracias al adivino Melampo, con quien luego tuvo un episodio en Hom., *Od.* XI 290 ss.

con los talones de sus pies la calma superficie de las aguas sin hollarlas y encontraba un camino por los aires trotando por encima de los trigales: de tal forma movía los pies sobre la punta de las espigas que éstas quedaban inmóviles y sin doblarse. Tal era Ocítoo el de pies tempestuosos. Entretanto, en la confusión de la batalla, Mimante[32] sostenía un combate de paso rodante y hermosas cadencias. Sembró el pánico entre el ejército enemigo al blandir circularmente su espada, al ritmo de su danza, pues a saltos ejecutaba un sombrío baile en armas con sus pasos expertos. Era igual que cuando Pírrico[33] golpeó una vez su escudo con la espada del Ida, a fin de ensordecer los oídos del Cronión, mientras ululaba una melodía de resistencia guerrera con sones engañosos, para que de tal forma quedara oculta la secreta infancia de Zeus que poco a poco iba creciendo. Tal era la danza mimética que ejecutaba Mimante, el de broncínea coraza, remedando aquellos saltos en armas mientras hacía girar su lanza veloz como el viento. Cortando las cabezas de los enemigos como si fuesen la mies de hierro de la batalla, ora con hachas matadoras de indios, ora con cuchillos de doble filo, iba ofreciendo las primicias como testimonio a Baco. Y en vez de sacrificar un buey o hacer la típica libación de vino, tal era la ofrenda sanguinolenta que se derramaba en honor de Dioniso.

---

[32] Mimante, «el imitador», es otro juego etimológico con el verbo *miméomai* («imitar»). Por otra parte, el epíteto *eilípous* («de paso rodante») es homérico y se refiere a la forma de caminar de los bueyes, que se mueven girando circularmente las rodillas (cf. Hom., *Il.* VI 424 y IX 466).

[33] Aparece también en el catálogo de los ejércitos de Dioniso (XIV 23-35), como uno de los Dáctilos del Ida (cf. Pausanias, V 7 6), genios cretenses que se suelen confundir también con sus parientes Curetes y Coribantes.

Ideo[34], el de aguda visión, marchó al cortejo de Enío como bailarín de la guerra, haciendo girar sus pies en mil figuras diferentes, incontenible y enfervorecido por el acicate de la lucha exterminadora de indios.

Aterrorizó Meliseo[35] a toda una falange de tinieblas, pues había cobrado un coraje inamovible y remedaba el terrible aguijón de la abeja con sus armas, haciendo honor a su nombre.

Allí estaba también Acmón, de resplandeciente yelmo, como compañero de camino de Ocítoo; sin cesar movía los pies en círculo con pasos expertos. Combatió impasible como el yunque golpeado por el martillo, sosteniendo su escudo de Coribante, en cuyo centro había dormido muchas veces en otro tiempo Zeus infante cuando estaba en los montes. Sí, fue la morada de Zeus entonces una pequeña gruta en la que aquella famosa cabra sagrada le amamantó con leche de su pecho ajeno, extraña leche que burbujeaba de sabiduría, cuando retumbaba con estruendo el ruido de los escudos a fin de ocultar al recién nacido, pues el lomo del escudo era golpeado por la espada danzante[36].

Entonces Morreo falló al lanzarle un proyectil marmóreo a Meliseo, el veloz Curete que le hacía frente. Y falló porque no parece posible destruir con una piedra a un Coribante, cuya ayuda precisó Rea para envolver las engañosas

[34] «El que mira», de nuevo el nombre alude a la virtud o cualidad del coribante, como en los casos siguientes.

[35] Meliseo es «la abeja», en referencia a la manera de combatir. Asimismo, en el caso de Acmón, «el yunque». Ambos participarán en los juegos del canto XXXVII y estaban en el elenco del XIII (145).

[36] La cabra es Amaltea (cf. XVII 295 y nota), nodriza de Zeus bajo el Ida. Nono insiste en el relato de la infancia del dios con un gracioso resumen, que puede ponerse en relación con el *Himno a Zeus* de Calímaco (33-35).

piedras que sirvió a la mesa de Crono en lugar del Crónida[37].

Todos a una se lanzaron en ese momento a una lucha común, todos los siniestros bailarines de Ares a la par. Y rodearon el carro de dos caballos de Deríades formando una corona con sus escudos mientras golpeaban sus armas entre sí en un tumulto de hermosas cadencias. Circundaron la empalizada de los indios con sus bailes portadores de escudos. El ruido ya se extendía por los aires, llegando incluso al palacio de Zeus. Las Estaciones de pies fugaces se quedaron aterrorizadas ante el estrépito que venía de ambas partes.

---

[37] Para el mito de Rea y las piedras que engulló Crono, véase el canto XXV 555-557 y la nota *ad loc.*

CANTO XXIX

SUMARIO

— Contraataque de los indios a instancias de Hera, vv. 1-14.
— La batalla, vv. 15-322:

- — Hazañas de Himeneo en la batalla, vv. 15-48.
- — Contraataque de Melaneo, que hiere a Himeneo, vv. 49-86.
- — Curación de Himeneo por Dioniso y nuevas hazañas, vv. 87-178.
- — Hazañas de Aristeo en la batalla, vv. 179-192.
- — Hazañas de Cabiros y Coribantes, vv. 193-224.
- — Hazañas de las Bacantes, vv. 225-255.
- — Contraataque de los indios, que hieren a las Bacantes, vv. 256-263.
- — Curación de las Bacantes por Dioniso y nuevas hazañas, vv. 264-290.
- — Retirada de los indios y muerte de Melaneo, vv. 291-322.

— Sueño de Ares acerca del adulterio de Afrodita, vv. 323-381.

EN EL VIGÉSIMO NOVENO ARES SE RETIRA DE LA LUCHA, PUES CITEREA LO INCITA A CELEBRAR NUEVAS BODAS

Apenas Hera supo de la masacre que se había producido entre las filas de los indios, inspiró al valiente Deríades un coraje irresistible. El temible rey recibió el dardo del deseo de guerrear. Y derramando un torrente de voz furibunda, recorría todo su oscuro ejército, fila por fila, arrastrando de nuevo a todas las tropas que desertaban hacia la batalla; a unos les hacía cambiar de opinión mediante palabras amables, a otros mediante amenazas. Tenía mucho más arrojo ahora, y también los indios reunidos por la llamada de su rey se lanzaban a la refriega. Morreo el flechador abrió una brecha entre las filas de los Sátiros; ora lanzaba por el aire una nube de flechas incesantes sobre los enemigos desde su arco tensado hacia atrás, ora blandía su impetuosa lanza, que daba vueltas y vueltas sembrando el pánico entre la cornuda raza de los Silenos.

Himeneo, el de hermosa cabellera, combatía empuñando su espada, inalcanzable, sentado sobre la espina de su caballo de Tesalia, mientras masacraba a los cetrinos indios con mano rosada. Resplandecía con brillo propio. Había que verlo en medio de los indios, brillante como el lucero del alba, que acompaña a las horripilantes tinieblas[1]. Espantaba

[1] La contraposición entre los indios oscuros (y malvados, cf. la nota a XXVI 341 y XXVIII 174), y el blanquísimo Himeneo es casi maniqueís-

a los enemigos porque, a causa de su belleza, Dioniso le había inspirado un brío divino en la batalla.

Como viera que realizaba grandes hazañas en el tumulto del combate, Iobaco se deleitaba y no deseaba tanto poseer el rayo del Cronión para acompañarle en las proezas guerreras como la lanza de Himeneo[2]. Y si alguna vez se lanzaba el muchacho presto hacia la refriega con los indios, Dioniso fustigaba al punto el cuello de sus variegadas fieras, acercaba su carro al caballo del jovencito y no se apartaba de su lado, pues tenía al niño como Febo a Atimnio. Siempre se quedaba visible cerca de él, deseoso de parecerle a la par

---

ta: la lucha entre la luz y las tinieblas que se ve en todo el poema. Himeneo «el de hermosa cabellera» (como Ganimedes en CALÍM., *Epigr.* LII 3) es un amado de Dioniso en el poema y uno de sus aliados en XIII 83-121 al mando de las tropas beocias. Se le puede confundir con el dios del matrimonio y del cortejo de bodas (XXXVIII 137 y XLIII 4), en la mitología ora hijo de una musa, ora de Apolo o de Afrodita y Dioniso. Dos son los Himeneos que aparecen en Nono: el mortal, hijo de Flegias y amado de Dioniso y el inmortal, hijo de Urania y compañero de juegos de Eros (XXXIII 64 ss.), como se ve en XXIV 88, cuando la diosa salva al mortal por llamarse como su hijo. Recordemos el hermoso *Epitalamio de Julia y Manlio* o el *Canto nupcial* de CATULO (LXI y LXII), en el que se invoca a Himeneo con la típica exclamación *Hymen o Hymenaee, Hymen ades o Hymenaee.*

[2] Probable alusión erótica. Himeneo es comparado con Atimnio, un muchacho cretense amado por Apolo (cf. XI 230 a propósito de la historia de otro Ámpelo) que aparece en APOLOD., *Bibl.* III 1 2 como amado de Sarpedón. Además, las palabras de Dioniso acaban con un epigrama erótico a la manera de los de Estratón de Sardes en su *Musa de los muchachos,* mostrando el variegado estilo de la épica de Nono, como recuerda A. GONZÁLEZ-SENMARTÍ, en «La *poikilía* como principio estilístico de las Dionisíacas de Nono», *Anuario de Filología de la Fac. del Fil. de Barcelona* 7 (1981), 101-107 (en esp. 104). Por otra parte, Iobaco es otro sobrenombre de Dioniso (como los ya comentados, Lieo, Bromio o Irafiotes) y hace referencia al grito de invocación del dios, *iṓ Bákche.*

amoroso y valiente. En el combate tocaba las nubes al ser compañero de armas de Himeneo. Una sola cosa le angustiaba entonces, que tuviera linaje mortal, siendo hijo de Flegias, en vez de ser descendencia del Crónida[3]. Por ello siempre permanecía a su lado, como un padre guardando a su hijo, pues temía que algún arquero fuese a lanzar su dardo y alcanzar al muchacho. Contra las flechas que caían contra él, extendía el brazo derecho como escudo protector de Himeneo. Y mientras mostraba su excelencia en el combate, díjole lo siguiente:

«Dispara tu arco, querido niño, y Ares ya nunca más estará furioso. Has alcanzado a Baco, flechador de Gigantes, con el dardo de tu belleza. Dispara, pues, tus flechas contra el insensato Deríades, ese adversario de la divinidad, el rey de nuestros enemigos. Así alguien podrá decir:

Al disparar su dardo Himeneo ha alcanzado
de Deríades el cuerpo, el corazón de Baco.»

Y habiendo hablado así Bromio, Himeneo, el arquero encantador, se entregó aún más al combate. Ante esto, Dioniso se inflamó de gozo y puso más brío en la batalla, sembrando el pánico entre los cimientos de la tenebrosa raza.

Uno de ellos que vio a Dioniso en el implacable torbellino de la batalla, asaeteando insaciable las cabezas de los indios, le dijo estas palabras a Melaneo, que estaba ávido de riquezas[4]:

---

[3] Nono hace a Himeneo descendiente de Flegias, figura muy compleja. Epónimo de los flegies (en Hom., *Il.* XIII 302), ora rey tesalio o de Orcómeno, tuvo a Corónide, con quien Apolo engendró a Asclepio, dios de la medicina.

[4] El indio anónimo que habla a continuación reproduce la escena homérica en la que Atenea toma la apariencia de Laódoco para dirigirse a Pándaro (Hom., *Il.* IV 86 ss.), que inspira todo el pasaje de Nono. Por otra

«Arquero, ¿qué se hizo de tu arco y tus flechas semejantes al viento? Unas mujeres de suaves túnicas nos están disparando las suyas. Ea, lanza tu dardo contra el perecedero Dioniso, que no te asombre el rumor de su nombre olímpico. No temas nunca a Baco, que lleva la sangre efímera de un padre mortal y ha mentido diciendo que tal era Zeus. Vamos, ¡arroja tu flecha! Y si aciertas el blanco recibirás indecibles dones de nuestro rey de profundas riquezas cuando contemple a Dioniso, al valiente hijo de Tione, subido en la pira funeraria, muerto por tu saeta. Y un solo dardo habrá de resolver toda la batalla. Haz votos a dos dioses: eleva tus manos ante el agua y ruégale también a la tierra[5], y tras la victoria ofréceles a ambas las primicias con labios libres de mentiras. Que el Hidaspes de figura taurina tenga un toro cornudo sobre el altar, que la negra tierra reciba un cordero de oscuro pelaje.»

Hablando así persuadió al flechador Melaneo que perdió la cabeza incitado por el aguijón del deseo de riquezas. Y entonces, en silencio, desnudó la cubierta de su carcaj, tomando la flecha que sobresalía. Tensó como de costumbre la cuerda del curvado arco hacia atrás, con un movimiento de la mano. Y aplicando la punta del hierro sobre el arco, acercó la letal cuerda bovina al vecino pecho. El dardo de veloz camino no acertó, sin embargo, a Dioniso, pues fue desviado por Zeus, y el muslo de Himeneo, de hermosa diadema, fue desgarrado y bañado en sangre por la alada saeta.

---

parte, Melaneo, al que se caracteriza como ambicioso, es el indio cuya apariencia adopta Hera en XIV 303. No parece ser el mismo que el hijo menor del anciano Areto, que aparece en el catálogo de las tropas indias del canto XXVI (250 ss.) junto con sus hermanos Lico, Mirso, Glauco y Perifante, que nacieron mudos tras un prodigio. Encontrará la muerte y un destacado papel en este canto.

[5] Para Nono, los indios creían en estos dos dioses.

No le pasó desapercibido a Dioniso aquel dardo que voló por los aires con un silbido, como implacable compañero de camino de las brisas, sino que suavizó el ímpetu de la flecha cuando pasaba y así marró el letal arquero Melaneo. La Pafia también contuvo las barbas de la saeta, como favor a Dioniso, que estaba enamorado, de parte de su hermana, y desvió la trayectoria del dardo, apartándolo de la piel como cuando una madre aleja a una mosca que revolotea alrededor de su niño aún dormido agitando calmadamente sobre su rostro un pliego de su manto[6].

E Himeneo, entonces, le mostró a Baco acercándose la piel herida de su enrojecido muslo, mientras derramaba encantadoras lágrimas bajo el ceño, para poder conocer la diestra asistencia de Dioniso Protector de Males, pues necesitaba un médico salvador. Sosteniendo la mano blanca de Himeneo, le subió a su carro mular a fin de conducirle lejos del tumulto del combate y lo depositó en el suelo, a la sombra, junto a un haya cercana, cuando ya el rapaz se tambaleaba aturdido y sentía la cabeza pesada. Tal y como Apolo una vez se había lamentado cuando a Jacinto le hirió el afilado disco, así también Dioniso se arrancaba continuamente los cabellos y lloraba por Himeneo con ojos que no conocen las lágrimas[7]. Mas como viera que las barbas de la flecha

[6] Comparación homérica (Hom., *Il.* IV 130-131).

[7] Se compara a Himeneo con Jacinto, un amado de Apolo cuya muerte prematura narra Ovidio en *Met.* X 162-219 (cf. también la comparación con Ámpelo en X 255). En cuanto al llanto de Dioniso, nótese que el poeta habla de que llora con ojos *aklaústoisin* («que no saben de lágrimas»). Es raro ver llorar a un dios griego —el adjetivo expresa la paradoja— y esto nos recuerda cuán lejos está el Dioniso de Nono del mundo clásico: más bien se acerca al cristianismo en un debatido sincretismo a propósito de las muertes y resurrecciones en su obra (cf. el caso de Ámpelo, en XII 171 se dice que «el soberano Baco lloró para redimir de las lágrimas a los mortales»). Véanse las páginas que se dedican a Nono

estaban por fuera de la herida, recobró el coraje felizmente. Y palpando la herida de dos colores en la que se fundía la blancura con el púrpura, extrajo con manos cuidadosas la flecha del muslo ensangrentado[8]. Como viese las lágrimas que debido al dolor derramaba el jovencito, se encolerizó a la par contra Ares y Melaneo, y enjugando el dulce sudor de Himeneo, vertió estas palabras ocultamente con labios llenos de reproche:

«A Ámpelo lo mató un toro y Ares destruirá a Himeneo. Ojalá hubiera matado a cualquier otro de los guerreros que han tomado las armas por mí, quedándome éste solo sano y salvo. Pues, ¿qué dolor me atormentaría si muriese un Cabiro en el combate? ¿Cuándo la herida de un Sátiro ha importado a Baco? ¿Cuándo? Que caiga muerto el Sileno, compañero de las uvas. Que perezca el enjambre de las Basárides, mientras yo pueda ver sólo a este muchacho sin heridas. ¡Oh ilustre arquero, perdona mis palabras! Pero, si cae Aristeo, ¿qué pena me ha de embargar por alguien que va diciendo que el fruto de la abeja es superior al de las deliciosas gotas de la vendimia[9]? Ciertamente me está predestinado no escapar jamás de las cuitas por algún muchachito, ya que pronto estaré gimiendo de nuevo por la muerte de este niño. ¿Qué grave envidia les ha arrebatado a esos dos[10]? Si me es lícito

---

en V. Ebersbach, «Zwei blutige Erlöser - Dionysos und Christus», en G. Schuppener y R. Tetzner (eds.), *Glaube und Mythos*, Arbeitskreis für Vergleichende Mythologie e.V., Leipzig, 2000, págs. 43-62.

[8] Herida en el muslo de índole erótica, muy parecida a la de Adonis, como se recuerda en el verso 136. Para la «herida de amor» en Nono, véase D. Gigli Piccardi, *Metafora e poetica...*, pág. 41 ss.

[9] Para Aristeo, véase la nota a XXVII 126. La rivalidad entre Aristeo, inventor del hidromiel, y Dioniso, inventor del vino, se pone de manifiesto también en XIII 253 ss. y XIX 225 ss.

[10] Es decir, Ares (la guerra) y el arquero indio Melaneo, responsables de la herida del muchacho (cf. verso 105).

decirlo, Hera, al mirar con envidiosos ojos a Baco y a este joven que segaba las vidas de la estirpe de piel negra, celosa a la par del muchacho y de Lieo enamorado, ha armado al impetuoso Ares para que arroje su dardo contra Himeneo, adoptando la fingida imagen de un indio de incógnito, de forma que se aflija el corazón de Lieo, malamente enamorado. Pues he de tornar mis armas contra ese engañoso Melaneo, tal vez arrojándole una lanza o blandiendo mi letal arco, para que así pueda cumplir la venganza que le es debida al encantador Himeneo. Y si mueres, oh Himeneo, me retiraré del combate dejando esta guerra inacabada, y ya jamás empuñaré mi tirso. Dejaré con vida a todos mis enemigos; sólo a uno daré muerte, a Melaneo, tu asesino. Pues no te ha matado Deríades, pese a su resentimiento contra Dioniso. Perdóname ahora tú, Citerea: después del valiente hijo de Mirra, Ares, incapaz de dulzuras, ha herido a otro dulce Adonis[11]. Sí, le ha herido y ha alcanzado su piel de rosa, y a través de su muslo apenas acaba de derramar de nuevo sobre la tierra su sangre de Amores. Ea, cumple este favor para tu Dioniso, que enloquece por el deseo, y envíame aquí y ahora a tu hermano Febo, que conoce el arte que libra del dolor, a fin de que cure a este muchacho. Mas, ¡detente voz mía! Deja a Febo tranquilo en su Olimpo, no le he de molestar recordándole al herida del encantador Jacinto. Envíame mejor, si así lo quieres, a Peán[12]. Que sea él quien ven-

---

[11] Adonis fue concebido por Mirra al unirse ésta con su padre Tías, rey de Siria, a instancias de Afrodita. Mirra se transformó en el árbol que lleva su nombre para escapar de las iras de su padre y marido (OVIDIO, *Met.* X 345 ss.). Aquí, el poeta se refiere a la muerte de Adonis, que fue amado por Afrodita y luego murió víctima de su ira. La herida en su blanquísimo muslo es muy similar a la de Himeneo (BIÓN, *Epitafio de Adonis* 7-16).

[12] Los dioses que protegen la medicina eran varios. Apolo, bajo su advocación de Peán, era el más importante. Aunque Peán aparece en

145 ga, pues no conoce el deseo y es extraño a los Amores.
¡Otro tipo de herida es la que yo veo! En el combate, a ese
soldado le tiñe de púrpura las ijadas la herida de una lanza,
ese otro siente en la mano el dolor de una estocada y aquel
por una flecha entre los flancos, otro más allá en sus ore-
150 jas... Pero yo he sido herido en el corazón por el funesto
golpe que ha encajado Himeneo.»

Esto dijo, y al punto tembló de miedo inclinándose hacia
un lado con torva mirada, a fin de contemplar la herida del
gracioso Himeneo. En su muslo frotaba por aquí y allá la
flor del evohé y palpando la herida de dos colores en la que
155 se fundía la blancura con el púrpura[13], revivió al joven con
su hiedra sanadora, al rociar a Himeneo con el vino que
160 aleja las penas. Y así, el jugo actuó velozmente, cuajando la
leche en un momento al removerla y mezclar el fluido ní-
158 veo, del que separó el líquido, de la misma forma que el ca-
brero prepara su cuajada haciéndola girar en cestas para ha-
159 cer queso, con la forma redondeada de una canasta[14].

De tal manera sanó la herida fatal con el arte de Febo. Y
el joven recobró unas ganas de guerrear renovadas, curado
por la imposición de la mano de Dioniso, que alivia el dolor.
Y apuntando hacia su blanco una flecha de largo alcance y

Homero como antiguo dios médico independiente de Apolo (Hom., *Il.* V 900 ss.). Pronto fue sustituido por Apolo «curador» y su hijo Asclepio, que tuvo con Corónide, existiendo diversas tradiciones míticas sobre el nacimiento y la vida de este dios del bastón con serpientes enrolladas y fundador mítico de la medicina griega (véanse algunas de ellas en el *Himno homérico a Asclepio*, la *Pítica* III de Píndaro o en Apolod., *Bibl.* III 10, 3 ss.).

[13] El verso 154 repite exactamente el 102. Por otra parte, hay que señalar que ésta es otra escena de «resurrección» en Nono, en el sentido que comentábamos en las notas a XXV 451 y 524-542.

[14] Nueva imitación homérica, de *Il.* V 902 ss., que también narra una escena de curación de Ares a manos de Peán.

aéreos caminos, curvó de nuevo su arco e intentó alcanzar con su saeta al flechador Melaneo y devolverle en venganza la herida. Audaz lanzose el muchacho al combate, a la zaga de Lieo; constantemente alcanzaba a los guerreros, y nunca se alejaba de Baco. Y como la sombra que proyecta un hombre, cuando repta inanimada tras él, camina a la vez que su dueño a su lado, muy de cerca y sin dejar huella, y corre cuando el corre, se detiene cuando él lo hace, se sienta cuando él se sienta, y en el banquete disfruta del festín como compañero de mesa con los reflejos de sus manos... pues del mismo modo hacía el muchacho con respecto al vinoso Baco, era un compañero inseparable en su camino. Mas Dioniso no se retiró del combate entonces, sino que, atravesando a un hombre por la mitad con su tirso, lo elevó por los aires erguido, a fin de mostrarle a la celosa Hera cómo lo levantaba por encima y caminaba con él.

El divino Aristeo, a su vez, hacía honor a su triple denominación, como Agreo, sabedor de las artes de Ares, y como Nomio[15], pues también luchaba blandiendo en la mano un cayado el esposo de Autónoe, flechador desde la distancia. Y en las refriegas, empuñando su arco imitaba a su padre, el glorioso arquero, habiendo heredado también un coraje audaz de su madre flechadora, Cirene la primordial, la hija de Hipseo[16]. Agreo el intrépido dio caza a un enemigo sediento de sangre y lo encadenó capturándolo como a

[15] De nuevo, la doble denominación «cazador»-«pastor» de Aristeo, hijo de Apolo y Cirene, marido de Autónoe y padre de Acteón. Véase la nota a XVII 126.

[16] El mito de Cirene, hija de Hipseo, rey de los lapitas, lo hizo poesía PÍNDARO en su *Pítica* IX. Era una ninfa tesalia criada en los bosques y con gran habilidad para la caza. Apolo se prendó de ella al ver como cazaba a un león con sus manos desnudas. El dios la raptó, tuvo a Aristeo con ella y le dio como dote el país que lleva su nombre, en Libia.

una fiera. Blandía en la mano una piedra pesada con la que acostumbraba a dar muerte a sus adversarios, una piedra como la que prensa y exprime los frutos ricos en líquidos del pingüe olivo. Aterraba a sus valerosos oponentes con su acostumbrada pandereta[17], agitando el mismo bronce que empuñaba en las manos cuando espantaba a las abejas que revoloteaban en torno suyo con sus aguijones furibundos.

Los ciudadanos de Samotracia, de ígneo poder, los dos hijos de la lemnia Cabiro, se lanzaron en delirio a la bacanal del combate[18]. Sus ojos lanzaban las chispas congénitas que, con aliento de fuego encarnado, habían heredado de su padre Hefesto. También poseían un carro de adamante, cuyos potros hicieron resonar los cascos broncíneos arañando el polvo y lanzaron un fiero relincho desde sus gargantas. Su padre Hefesto los había fabricado con arte inimitable y respiraban fuego amenazador por entre los dientes. Y asimismo, para Eetes, el robusto caudillo de la Cólquide, había
204 dado forma a una pareja de toros de broncíneas pezuñas, fabricando ardientes riendas y arados de fuego[19].

211 Eurimedonte lo conducía y guiaba la fogosa mandíbula de los caballos de férreos cascos con un bocado que despe-

[17] Traducimos libremente el griego *rhómbos*. Era un instrumento ritual para los cultos mistéricos de Dioniso y Rea. Aristeo, por otro lado, es inventor de la almazara y de la apicultura.

[18] Se refiere a los Cabiros, hijos de Cabiro y Hefesto (véase XVII 120-121 y nota), que son de Lemnos y no de Samotracia (cf. el catálogo de ejércitos en XIII 393 ss. y XIV 14 ss.).

[19] Eetes, hijo del Sol y de la oceánide Perseide (HES., *Teog.* 956-962), hermano de Circe y de Pasifae, es el rey de la Cólquide, tierra que ha de visitar Jasón en la expedición de los Argonautas para hacerse con el vellocino de oro. Una de las pruebas que pasará Jasón para obtener el toisón es la doma de estos terribles toros, lo que solamente logrará con ayuda de la maga Medea, hija de Eetes (cf. PÍNDARO, *Pítica* IV y APOLONIO DE RODAS, III 228 ss., 409 ss.).

día fuego. Alcón adaptó a mano sobre una llameante pica, haciendo girar en derredor el fuego del tíaso de Hécate, que proclamaba su patria[20]. Blandía en la mano derecha la lanza lemnia, producto del yunque paterno, y sobre los muslos bien formados pendía una espada resplandeciente. Y si se tomaba una pequeña piedra con la punta de los dedos y se la estrellaba contra el dorso de ígneo recorrido de la afilada cuchilla, al punto saltaban las chispas por sí solas del acero.

Agitando el yelmo de sus cascos de altivo penacho, los Coribantes Dícteos marcharon en formación hacia el combate. Hacían chocar las espadas desnudas de alternante bronce contra los escudos de piel de buey, que resonaban con ecos saltarines[21]. Imitaban el ritmo del baile del escudo con el ímpetu circular de los pies, en una bacanal guerrera. La raza india era masacrada por estos pastores montaraces con el acero de los Curetes. Un soldado se desplomó sobre el polvo de cabeza solamente al oír el bramido de hondo resonar de los escudos.

Las Basárides levantaban sus floridas lanzas guerreras para arrojarlas. Muchas cabezas de hombres de aquella raza ignorante de las bacanales fueron cortadas con el tirso fe-

[20] Con respecto a los nombres de los Cabiros, Eurimedonte es también el nombre del auriga de Agamenón y Néstor en la *Ilíada* (IV 228 y VIII 114). Lo mismo ocurre con Alcón, que es el nombre del arquero que acompaña a Heracles (Apol. de Rodas, I 96 ss.). Hécate, a menudo identificada en Nono con Selene, la Luna, es una diosa oriunda de Samotracia, mencionada a propósito de los Cabiros. Normalmente se asimila con Ártemis y es bastante misteriosa. Para Hesíodo es hija de Asteria y Perses (Hes., *Teog.* 404-452), una antigua divinidad preolímpica que estaba presente en diversos ámbitos, aunque posteriormente se especializa como diosa de la magia y la hechicería (Apuleyo, *Met.* IX 2).

[21] Hay en los versos 218-219 una marcada aliteración en griego imitando el sonido de la danza de los Coribantes *(typtoménēisin epéktype / antitýpoisi)*. Por otro lado, el verso 216 repite el XXVII 276.

menil. Y elevando con velluda mano un promontorio escarpado que había cortado de los picos de una montaña, se armó Leneo[22] y lo lanzó como proyectil lleno de abruptos salientes. Las Bacantes lanzaron sus gritos de guerra por doquier y en las manos de estas mujeres portadoras de hiedra giraron los dardos vinosos. Entretejiendo una melodía en honor de Ares y Dioniso a la vez, se lanzó al ataque Eupétale y con su hojarasca amante de la vid arrojó su aguijón de hiedra, destructor del hierro, dando muerte con sus pámpanos vegetales a la raza india. Persiguiendo a una nube de enemigos con su tirso matador de guerreros, Terpsícore, la amante del racimo, bailaba en el combate haciendo girar el doble bronce de sus címbalos de hondo resonar. No persiguió con tanto empeño Heracles a los pájaros de Estínfalo con el estruendo de grave sonido del bronce[23], como perseguía Terpsícore al ejército de los indios cuando hacía sonar la percusión del combate con su danza. Y Trigia, de pesadas rodillas, se quedó separada de la compañía, la última, con los pies plantados en el suelo por el miedo. Ni siquiera uno de los Silenos se quedó a su lado. La dejaron allí mismo, sola y aterrada, necesitada de un protector. Extendía sus manos hacia Marón, el bebedor de vino puro[24]. Pero Marón

[22] A continuación se enumeran los soldados de Dioniso, Basárides y Bacantes, que participan en el combate: todos tienen nombres parlantes, como Leneo, que hace referencia al lagar, Eupétale, «la de hermosas hojas», Cálice, Enone «la vinosa», Estáfile «la uva», Trigia «poso de vino», etc.

[23] Uno de los trabajos de Heracles consistía en exterminar a las aves que poblaban el bosque cercano al lago Estínfalo, en Arcadia. Para hacerlas salir de la espesura y cazarlas, Heracles usó unas castañuelas de bronce, que es a lo que se refiere el pasaje (cf. Apolonio de Rodas, II 382 ss., en quien se basa Nono).

[24] Marón es una figura que se ha transformado mucho desde Homero hasta Nono. En la *Odisea* (Hom., *Od.* IX 197 ss.) es un sacerdote de

abandonó a esta anciana para no interrumpir sus danzas con los Coribantes y los Sátiros, amantes del vino sin mezclar. Ella imploraba sin cesar a los dioses que destruyeran a aquél viejo inútil, que muriese bajo la lanza de Deríades. Cálice, a su vez, guerreaba al flanco de Dioniso, incitada por el aguijón de la locura. Y lanzose con su grito de guerra en un tremendo ímpetu de embriaguez Enone, corriendo a la vanguardia. Con torpor en el combate, movía las rodillas a duras penas y la joven hacía girar en su danza los cabellos de su cabeza aturdida por el vino sin mezclar.

Entonces se produjo un lamento de hondo resonar. Astraente persiguió a Estáfile y Celeneo a Cálice con igual celo en la batalla. Y Morreo, veloz lancero, hostigó por su parte a la falange de los Silenos, que era herida una y otra vez por su hacha de doble filo. Astreo quedose turbado ante un solo alarido de tamaño jinete, Marón huyó y Leneo se derrumbó —los tres hijos de Sileno, el de hirsuta pelambrera, el cual, sin necesidad de unión conyugal ni semilla, nació autoengendrado de su madre la tierra. Doricles a su vez puso en fuga a la gentil Licaste.

Pero el dios ayudó a estas mujeres hostigadas rociando con fármacos sus heridas. Salvó a Gorge, la de cabellos sin ceñir, que estaba herida en el extremo del pie por el filo guerrero, apretando su pie con un vendaje vinoso de sarmientos. Extinguió con vino la savia[25] de reciente fluir que

Apolo, hijo de Evantes, que regaló a Ulises un fuerte vino con el que éste pudo adormecer a Polifemo. En Eurípides *(Cíclope* 141) es hijo de Dioniso y compañero de Sileno. En época imperial pasa a ser miembro permanente del tíaso dionisíaco, como un anciano siempre ebrio con su famoso vino sin mezclar. En Nono, como vemos en el verso 261, es uno de los hijos de Sileno.

[25] Literalmente el icor, líquido que fluye en las venas de los inmortales en lugar de sangre. Pero en el caso de Eupétale, «la de hermosas ramas» bien está traducirlo por savia.

brotaba de las heridas de Eupétale y mitigó con un conjuro la sangre de Estáfile, que se derramaba. Salvó a Mirto, de sus heridas en la mano, aplicando en ellas mirto y a Cálice extrayendo el dardo clavado en su hombro y humedeciendo las ensangrentadas llagas con el licor del lagar, calmó la herida de Nisa en su rostro recién golpeado ungiendo aquí y allá sus heridas con yeso. Y con ojos que no conocen las lágrimas, lloró por Licaste[26].

Mas cuando hubo mitigado los dolores de las Basárides con su arte, Dioniso, el de tirso enloquecido, combatió aún con más ímpetu en la batalla. Las Basárides, a su vez, poseídas por la fuerza de la locura, que priva del sentido, cargaron en su tíaso guerrero contra la armada india en tu honor, oh divinidad lidia. Y resplandeció una llama espontánea en torno al cuello de las Bacantes, pero sin quemarlas, desde su cabellera.

Congregando a un abigarrado enjambre de robustos guerreros, el clarín, que reúne a los ejércitos, ejecutó su tonada de guerra. Con las dobles palmadas de los Coribantes que adoran el estruendo, batió el contorno del doble tambor de piel de buey. Castañeteaban los címbalos y el dulcisonante caramillo de Pan cambió de tonalidad para tocar a rebato. Respondieron las falanges enemigas con bramidos y cayó silbando una espesa lluvia de flechas aladas por los aires. Restalló el arco, retumbó la piedra y mugió la trompeta.

Y como llegasen al paso del río, allí donde el Hidaspes teñía de púrpura sus aguas blancas con ebrias corrientes al fluir de su paso, Baco aulló desde su garganta de hondo fra-

[26] Para la curación de estas Bacantes, véase lo dicho en las notas a XXV 451 y XXV 524-542, así como la curación de Himeneo en XXIX 151-161. El mirto y el yeso se asocian con los misterios de Dioniso, y, como el vino y la hiedra, tenían usos curativos en la antigüedad. Con respecto a las lágrimas de Dioniso, cf. XXIX 99 y nota.

gor, de tal forma que parecía que un enjambre de nueve mil soldados bramase con el terrible estrépito de todas sus bocas al unísono. Los indios, sin poder tenerse en pie, se encogieron para escapar de éste, sobre la blonda corriente los unos, sobre la llanura los otros. Pero la expedición de Baco se dividió para mejor dar muerte a sus enemigos, tanto por tierra firme como sobre el Hidaspes, con una sed feroz que les agotaba, pues era justo el momento en el que el día llega al medio de la tierra y tiembla el caminante abrasado bajo el látigo del sol de mediodía, de ardiente faz.

Y el dios del vino desafió al rey de los indios derramando desde sus enloquecidos labios estas palabras amenazadoras:

«¿A qué viene este terror? Si el capitán de los indios posee el linaje de un río, pensad que mi sangre proviene de los cielos. El soberbio Deríades es tan inferior a Lieo como lo es el Hidaspes con respecto a Zeus. Si es mi deseo, esperaré a la cercanía de las nubes y, si así lo ordeno, llegará mi dardo de recto camino hasta la mismísima Luna. Y si te jactas de tener una figura provista de cuernos, lucha, si es que puedes, contra Dioniso, el de bovina cornamenta.»

Y tras estas palabras, los guerreros bramaron rechinando los dientes: unos rivalizaban con otros para marchar como compañeros de armas de Dioniso. Combatía el dulce Pan con sus pies caprinos rasgando todo el flanco del arquero Melaneo con su pezuña afilada. Le abrió el vientre como venganza, para devolverle la herida que había recibido Himeneo, y de forma que se aliviase el dolor sellado a fuego que afligía el corazón de Dioniso, cuyos ojos no conocen las lágrimas.

Corrió como un loco Iobaco hacia la refriega, extendiendo por momentos su cuerpo y alargándolo hasta tocar el cielo. Acarició las nubes y tocó el Olimpo con las manos.

Tenía los pies plantados en el suelo, pero golpeaba con la cabeza en el cielo.

Mientras se trababan tales combates, la estrella de la tarde cayó poniendo fin a los cimientos de la batalla exterminadora de indios. A una señal de Rea se presentó una visión onírica, tejedora de engaños, que ejecutaba sus variegadas fantasías mientras Ares dormía. Y díjole estas palabras tomando la forma embustera de una sombría figura:

«¡Ares, Ares! Sigue durmiendo, desdichado en amores. Tú duermes solo, vestido en bronce, mientras aquí arriba Hefesto posee de nuevo en su lecho a la pafia Afrodita, que otrora fuera tuya[27]. Pues ha expulsado a la Gracia de su morada, a esa celosa esposa, y el propio Eros ha flechado a Afrodita para arrastrarla de nuevo a su antiguo matrimonio, haciéndole un favor a su padre Hefesto. Pero también Atenea, que es iletrada en el deseo, ha persuadido al gran Zeus, ella, la virgen de ánimo embustero, para escapar así de Hefesto, pues aún se acuerda de sus fallidos himeneos, de esa unión que fecundó el suelo, a fin de no tener que criar con su pecho varonil, después del destino del primer Erecteo, a otro nuevo hijo de la Tierra[28]. Levántate, marcha hacia el territorio de las montañas tracias y observa allí a tu Citerea en su acostumbrado Lemnos, observa cómo un enjambre de Amores a modo de cortejo nupcial corona con flores los propileos de Pafos y los palacios de Chipre. Escucha a las

[27] Nono le da la vuelta al célebre mito del adulterio de Afrodita y Ares, narrado por Hom., *Od.* VIII 266-359. Aquí es Ares el que recela de que Hefesto reconquiste a Afrodita, que es su esposa, flechada de nuevo por Amor y deseosa de volver con su marido. El sueño le sugiere a Ares fabricar una red que capture a los amantes, como la que hizo Hefesto en su día.

[28] Nono alude de nuevo al mito del nacimiento de este primer Erecteo (Erictonio), que brotó del semen de Hefesto, véase XXVII 112 y nota.

mujeres de Biblos entonar cantos en honor de Afrodita y sus nuevos amores, su himeneo de vuelta al hogar[29]. Ares, te has quedado sin tu Cípride, pues el lento ha ganado en esta carrera al veloz Ares, matador de hombres. Canta ahora tú también en honor del ardiente Hefesto y de su unión con Afrodita. Marcha hasta Sicilia y ruégale acaso a los Cíclopes que están junto a su forja, pues ellos son sabedores de las artes de Hefesto, maestro en su labor, y pueden rivalizar con sus sabias obras. Urdirán un engaño para ti también y te fabricarán una nueva red como aquella de antaño, para que esta vez tú mismo puedas apresarlos a los dos con grilletes dolosos y cargar de cadenas al robador de esposas ajenas con tu lazo vengador. En un mismo lazo podrás atrapar a Hefesto, el de paso rodante y a Afrodita, y todos los dioses del Olimpo a la vez te alabarán como cazador de aquel que ha usurpado tu lecho. Despierta y conviértete tú también en tejedor de engaños. Despierta y ocúpate de tu novia raptada ¿Qué pueden importarte las desgracias de Deríades? Mas silencio ahora entre nosotros, que Faetonte no oiga nuestras palabras».

Y tras hablar así, salió volando. Al punto, sacudiéndose el profundo sueño, Ares vio la luz matinal de la aurora que apenas despuntaba y se levantó de un salto, acalorado. Convocó a Fobo y a Deimo para que aprestasen su carro sangriento de veloz camino. Éstos obedecieron a su padre que estaba apremiado y con el bocado de curvo diente, Deimo, el que provoca el terror, oprimió la quijada de los caballos y ajustó su cuello servil con el lazo del petral. Así ató la gamella a ambos lados.

[29] Lemnos es patria de la forja de Hefesto (y de los Cabiros cf. P. Chuvin, *Mythologie...*, pág. 88). Biblos y Pafos son lugares vinculados a la diosa Afrodita.

Ares subió a su biga y Fobo le hizo de auriga, conduciendo el carro paterno para llevarle hasta Pafos desde el Líbano. Dirigió al punto el carro desde Citerea sin inmutarse hasta la tierra de Chipre, provista de cuernos. Allí Ares inspeccionó muchas, muchas veces Lemnos y observó celoso la forja que respira fuego más que ningún otro lugar. Siguiendo las huellas de Cípride con paso veloz por los celos, por si acaso pudiera contemplarla en pie junto a los fogones de Hefesto como antaño, temía que el humo afease el rostro de Afrodita, ennegreciéndolo. Corrió, después de Lemnos, hacia el cielo, a fin de trabar un combate nupcial con su espada contra los bienaventurados, Zeus, Faetonte, Hefesto y Atenea.

CANTO XXX

SUMARIO

— Hazañas de Dioniso entre los indios, vv. 1-12.

— Hazañas de Morreo en la batalla, vv. 12-225: Diálogo entre Morreo y Deríades, vv. 13-43. Proezas de Morreo contra los Cabiros, vv. 44-62. Ayuda de Hefesto a sus hijos los Cabiros y de Hidaspes a Morreo, vv. 63-104. Nuevas proezas de Morreo, vv. 105-127. Muerte de Téctafo a manos de Eurimedonte y lamento de Eeria, vv. 127-186. Últimas proezas de Morreo, vv. 186-225.

— Intervención de los Telquines, vv. 226-230.

— Hazañas de Dioniso en la batalla, vv. 231-326.

EN EL TRIGÉSIMO EURIMEDONTE ENVÍA A TÉCTAFO MUERTO HACIA EL HADES, MORADA SUBTERRÁNEA DE NECESIDAD

Así recorría Ares a toda velocidad el cielo de siete zonas, enloquecido por los celos y cargado de ira. Entretanto, bailando en la contienda, el valeroso Dioniso atacaba al pueblo de tez cetrina, ora en la primera fila, lanzándose con ímpetu que hacía temblar la tierra, ora en medio de los guerreros de vanguardia. Y con el tirso como lanza iba segando las primicias de la mies oscura de aquella batalla. Arengaba a los Sátiros para que marchasen al combate contra Deríades. En su locura, Baco diezmaba las tribus de la falange enemiga como viera que Ares había desertado de la campaña india. Unos rivalizaban con otros para destacar. Aristeo, tras girar en redondo, dejó el ala derecha de aquel combate portador de pámpanos, la más voraz[1], para Dioniso, y corrió hacia la sección izquierda de la batalla. Como viera Morreo que los siervos de Bromio combatían con ramas y floridos dardos, dirigió al insensato Deríades estas palabras muy asombradas:

«Deríades, ¿qué es este prodigio? Mis guerreros caen heridos por tirsos y simples ramas, y unas huessts, sin escudos siquiera, masacran a los que llevan armas. Las Basári-

[1] Juego de palabras en esta frase, al llamar «voraz» al ala de un ejército: en griego se dice *stóma*, cuyo sentido propio es «boca».

des, sin variar su rumbo, permanecen incólumes antes los golpes de hachas y hojas de doble filo. Si me es lícito decirlo, depón tu pica forjada en bronce, oh portador del cetro, y empuña mejor el vinoso tirso manchado de sangre, porque en mucho aventajan los enemigos al hierro con sus pámpanos de vid. Nunca jamás vi un combate como este. Los insignificantes tirsos son mejores armas arrojadizas que las lanzas. Dame también uno de esos dardos verdosos, pues nuestras saetas han sido vencidas por la férula ajena a la guerra. Dame esas blondas sandalias para que me las calce, que estas grebas irrompibles ceden el paso a los coturnos. ¿Y de qué me sirve mi escudo de bronce cuando unas mujeres desarmadas me sobrepasan en excelencia guerrera y hacen girar en el combate sus címbalos derribando con ellos a los guerreros, cuando el yelmo cede ante la corona y la coraza ante la piel de ciervo? Muchas veces, enfrentándome al invulnerable Dioniso, creí desgarrar sus flancos intocables lanzando mis dardos directos a su blanco. Pero no, según tocaban a Lieo se doblaba el bronce de la punta afilada e inflexible de mi pica.»

Y tras hablar así, le sonrió el osado soberano y volvió su torva mirada hacia su yerno, en un silencio que era heraldo de su cólera. Entonces graznó en su contra con estas amenazadoras palabras:

«¿Por qué tiemblas ante el inerme Dioniso, necio Morreo? ¡Menudo guerrero estás hecho si temes un combate ridículo con los Sátiros!»

Y diciendo así inspiró valor en su yerno con esta intrépida amenaza. El descomunal Morreo se armó contra los paladines de Bromio. Hirió a Eurimedonte rasgándole por la mitad la ingle con su pica sanguinolenta. Como atravesara su muslo, la punta furibunda cortó la carne pingüe de lustrosa piel, y éste cayó derrumbado de rodillas. Alcón, el de

broncínea armadura, no se desentendió de su hermano caído, sino que blandiendo su pica y su escudo de muchos giros, acudió a él a toda prisa como campeón. Cubrió por completo al guerrero erigiendo con su escudo una torre defensora para su cuerpo, y mantenía a raya a los enemigos blandiendo aquí y allí su pica que giraba por doquier. Así el hermano defendía al hermano. Y dando vueltas en torno al herido, como hace el león en torno a sus cachorros, rugían sus fauces derramando un torrente de gritos de Coribante con sus labios poseídos por la locura. Como le viera dar vueltas con paso experto como defensor de su hermano Cabiro, que yacía derribado, el descomunal Morreo danzó su baile de guerra como el propio Tifón, dirigiendo sus armas contra ambos hermanos, a fin de que su madre Cabiro hubiera de llorar la muerte de sus hijos gemelos en una sola jornada, destruidos por un solo acero. De cierto hubiera dado a ambos una muerte muy similar si no fuera porque Eurimedonte, exhalando su aliento oprimido a través de sus labios, llamó a su padre lemnio con estas palabras:

«Oh padre, soberano de las artes de ígneo aliento y dura labor, concédeme la gracia que me debes tiempo ha, desde que Deo, diosa de la era, arrebató por sí sola Sicilia la de tres picos, como regalo de visita nupcial[2] de la escondida Perséfone y reventó tus odres que soplan los vientos occidentales, tu anchurosa forja y tus tenazas arrebatadoras[3].

---

[2] Literalmente «regalo de vista» *(optêrion)*, que se hace cuando se ve por primera vez a la novia, y no propiamente dote.

[3] Nono parece referirse al mito que narra en el canto VI, cuando Deméter esconde a su hija Perséfone en Sicilia, para evitar que Zeus se una a ella. Aun así Zeus engendrará con Perséfone a Dioniso Zagreo. Por otro lado, una tradición que se remonta a Simónides (fr. 552 Page) refiere un conflicto entre Hefesto y Deméter por el dominio de Sicilia, tal y como aquel que enfrentó a Poseidón y Atenea por Atenas. El Etna (o la ninfa que lleva este nombre) fue, según esta tradición, árbitro de la disputa.

Pero la espanté al defender a mi padre, como ayudante de tu yunque. Y fue gracias a mí que el aire negro se calentó con sus chispas en Sicilia. Sálvame ahora, salva a tu hijo que ha sido herido por el salvaje Morreo.»

Así dijo, y desde los cielos se arrojó el ígneo Hefesto lanzando su fuego congénito y saltarín, que brincaba en mil llamas separadas al girar en su mano el dardo de fuego. Y alrededor de la nuca de Morreo dio vueltas sobre sí mismo un fuego inteligente, circundando su cuello con el lazo de una necesidad calentada por las llamas que giraba por sí sola. Después, tras ceñirse esta corona de fuego al cuello, saltó con un impulso de jinete a la punta del pie y trenzó una cuerda de fuego entrelazado en torno a los pies del campeón, agitándose después plantado sobre la llanura el resplandor con chispas danzarinas. Se le calentó la cabeza pues el yelmo se había incendiado. Y cierto que hubiera caído, herido por aquel llameante dardo, si no le hubiera salvado Hidaspes, padre de Deríades. Pues aquel, en efecto, contemplaba el combate sentado en lo alto de una roca, transformado en la híbrida figura de un toro con rasgos humanos. Así, le revivió vertiendo sus aguas que extinguen el fuego y enfriando la brisa ardiente que incendiaba su rostro, limpiaba con su corriente el yelmo ceniciento. Arrebató a Morreo del campo de batalla recubriéndole de una tenebrosa niebla[4], sí, ocultaba sus exhaustos miembros bajo una nube bermeja para que no le fuera a matar el Cojo[5] llameante, si le alcanzaba con el fuego lemnio y portador de muerte que blandía. No quería el viejo Hidaspes, amante de su prole,

[4] El guerrero escapa envuelto en una nube gracias a la intervención divina, a imitación de varios pasajes homéricos, como en *Il.* III 380 (Afrodita y Paris), XX 443 ss. (Apolo y Héctor) o XXI 597 (Apolo y Agenor).

[5] *Amphigyḗeis,* epíteto de Hefesto.

ver morir otra vez a un yerno de Deríades como aquél que fuera masacrado primero, ni haber de llorar por el hado de Morreo, después de hacerlo por el de Orontes[6]. El portafuego Hefesto, entretanto, perseguía a todos los guerreros trazando un círculo en torno a su hijo recién herido. Entonces, levantándole a peso, por encima del hombro, se lo llevó junto a una cercana encina, lejos del tumulto del combate y reanimó al caído aplicándole ungüentos portadores de vida en su ingle herida.

Pero Morreo no se olvidó de aquel combate primero, sino que de nuevo armose tras escapar de la acometida de las llamas y del resplandeciente campeón de pica ardiente. Como alcanzase a Flogio, el muy acrobático hijo de Estrofio[7], dio muerte a aquel bailarín de Dioniso, el amante de las danzas. Aquel, en los banquetes de Lieo, el que no conoce las lágrimas, hacía cabriolas y figuritas con los dedos de mil maneras distintas en imitaciones: así describía la muerte de Faetonte con manos inteligentes y movía a los asistentes al banquete a un llanto desacostumbrado, pues lloraban la muerte de aquel fingido Faetonte. Así también tejía la figura de un joven en llamas girando sobre sí mismo e inspiraba asombrosamente dolor en Dioniso, que no conoce las penas[8]. Entonces, como lo viera agitándose en agonía, díjole el lancero Morreo:

---

[6] La muerte de Orontes se narra en el canto XVII 262 ss. El caudillo indio se suicida en un pasaje que imita el suicidio de Ayante, con unas palabras de invocación al Sol (en imitación del *Ayante* de Sófocles, 845 ss.).

[7] El nombre *Strophíos*, una vez más, alude a la habilidad de su portador para hacer acrobacias *(polýstrophos)*.

[8] La descripción de las acrobacias de Flogio en los banquetes indica que puede tratarse de un pantomimo. La pantomima, una suerte de teatro de gestos unipersonal, era un sofisticado entretenimiento, muy en boga en época imperial, que representaba argumentos mitológicos. Nono alude a

«Muy otro es este baile, ¿verdad? ¡Muy diferente al que ejecutabas en los banquetes cuando junto a la cratera te lanzabas en cabriolas risueñas! ¿Por qué ahora das volteretas de llanto en la contienda?[9]. Si aun te posee el aguijón de la locura del baile dionisíaco enséñale a Hades tus ritos místicos. ¡Tú ya no necesitas yeso! El contorno de tu rostro, cubierto de polvo, ya se ha pintado de blanco por sí solo. Y si así lo quieres, baila junto a Lete la plañidera y que disfrute la sombría Perséfone con tu actuación[10]».

Así dijo, riéndose. Y atacó semejante a una tempestad poniendo en fuga a los Silenos. Acompañaba a aquel guerrero irresistible como escudero Téctafo, a quien una vez Deríades encadenara y ocultara en el interior de una mazmorra cóncava bajo tierra[11]. Pero no se las arregló para escapar a su hado esta vez también, pues ¿quién puede evitar el funesto destino del hombre si tal es necesidad cuando la

---

estas funciones en diversos pasajes (XIX 219) y en su época eran manifestación de paganismo criticada por los padres de la iglesia (Cf. G. W. Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*, Ann Harbor, The University of Michigan Press 1990, págs. 37-38).

[9] En griego dice «tejes *(hyphaíneis)* volteretas». Nono usa el verbo «tejer» para todo tipo de manifestaciones artísticas: canto, poesía, baile, escultura, pintura... Todo aquello que represente una historia con el artificio y fingimiento de la obra de arte (cf. la descripción del escudo de Dioniso en el canto XXV). Aunque también se usa en sentido propio: cf. M. Sánchez Artiles, «Nonno, Dionisíacas XXIV, 309-320: la semántica del vocabulario del 'Tejer' y el himno griego antiguo», en *Congreso Internacional de Semántica (Universidad de La Laguna, 1997)*, Madrid, Ed. Clásicas 2000, vol. II, págs. 1191-1204.

[10] Juego de palabras entre Perséfone *agélastos*, «que no ríe», «sombría» (epíteto de Demeter en el *Himno homérico* dedicado a ella) y el verbo *agállomai*, «regocijarse». Lete, por otra parte, es la personificación del olvido (cf. Hes., *Teog.* 227 ss.). Lleva su nombre la fuente de la que beben los muertos en el Hades, para olvidar su vida anterior.

[11] Lo que se narra en XXVI 101 ss.

Moira todopoderosa e inmisericorde ordena su muerte? Así Téctafo no halló engaño alguno que le librara de morir: esta vez andaba enloquecido dando caza a las tropas de Lieo y mutilando los miembros juguetones de los Sátiros de hermosa cornamenta. Le cortó el cuello así al belicoso Pileo, le clavó su espada implacable a Ontirio en la frente y a Pito el de anchuroso pecho le dio muerte con su acero[12]. Y de cierto hubiera exterminado a las huestes de las Bacantes si no fuese porque Eurimedonte lo vio velozmente y blandiendo en la mano el hacha de doble filo propia de los Coribantes le hizo frente. Aplastole el cráneo con ella y de la cabeza partida brotó un recto chorro de sangre. El campeón se derrumbó sobre la tierra, rodó sobre sí mismo medio muerto y embadurnándose de polvo. Lamentándose a la vez por su antigua desgracia en la mazmorra excavada en la tierra y por este nuevo hilo que tejía el destino recordaba aún el filtro que le dio su hija, un engaño para salvarle la vida, y gemía con voz lastimera, vertiendo un torrente de lágrimas entre las que lloró estas palabras:

«Madre y nodriza mía, y a la vez hija tejedora de engaños, infortunada en tus bodas, ¿por qué no acudes ahora junto a mí cuando me encuentro cerca de la muerte? ¿Por qué no me proteges otra vez ahora también, muchacha intrépida? ¿Dónde está tu filtro que insufla la vida? ¿Acaso te mostrarás fiel a tu padre en vida y no cuando está a punto de morir? Oh, si un engaño pudiera sacar a un hombre del Hades, busca para mí otro embuste mejor, busca una deliberación provechosa contra la muerte, a fin de que después de las cavernas subterráneas me pueda escapar también de las

[12] Tres nombres de Silenos inventados por Nono. El último significa «jarra de vino», como el personaje que aparece en los cantos XVIII-XX.

puertas del Hades en pleno combate, si es que existe un camino de vuelta para el abismo del que ya nunca se vuelve».

Y apenas hubo pronunciado estas palabras, ya no se pudo oír su voz. Como viese a su padre recién herido desde lo alto de la torre, Eeria la misericordiosa mezclaba variadas lágrimas con el sonido de su voz luctuosa[13]. Afeó su cabellera retorciéndola, desnudó su pecho desgarrando su túnica, se golpeó la cabeza. Y dijo estas palabras a su padre que ya no podía escuchar como si todavía pudiera:

«Hijo y a la vez padre de funesto destino de esta hija que te ha alimentado con su leche, ¿qué otra leche portadora de vida podría darte ahora, pobre de mí, sobre tus labios inertes —pues estás muerto— para que volviese a traer a tu alma rediviva? ¿Qué otro pecho salvador te he de ofrecer de nuevo? Ojalá pudiera burlar también a Aidoneo[14]. Y a ti, padre, solo me resta rendirte este honor: no he de dejar que te quedes solo entre los muertos. Recibe ahora la sangre de tu hija muerta después de haber bebido la leche de sus pechos. ¡Venid aquí, centinelas de Deríades, y mostradme ahora, en lugar de aquella cámara bajo tierra, otra nueva a la que pueda ir para devolverle la vida a mi padre muerto. Pero el Hades no es similar a una prisión, de suerte que pudiera urdir otro engaño salvador que aliviara el dolor de mi padre. Ojalá tuviese aquella espada homicida para darme muerte y así caer, en mi profunda tristeza, muerta bajo el mismo filo

[13] Eeria llora al ver morir a Téctafo desde las murallas indias como Andrómaca a Héctor desde las troyanas en un paralelo con Hom., *Il.* XXII 462. Su intervención termina con una suerte de epitafio, en tono de epigrama (introducido por la expresión «para que quede dicho»), cf. J. F. Schulze, «Zu einige literarischen Inschriften bei Nonnos», *ZAnt* 24 (1974), 124-131. Nono mezcla así el tono épico de Homero con otras formas de poesía, renovando la epopeya tradicional.

[14] Forma alargada del nombre de Hades (Hom., *Il.* V 190 y Hes., *Teog.* 913).

que mató a mi padre. ¡Eh, tú, el que ha cortado la cabeza de mi padre! Mata también a Eeria tras dar muerte a Téctafo, para que quede dicho:

Bajo una misma daga
Murió el padre y la hija.»

Así dijo llorando. Y el dolor siguió creciendo aun más, pues la guerra se avivó entre las dos armadas. Morreo dio muerte con su espada a Dasilio, hijo de Tenaro[15], que nunca había arrojado su escudo ante los enemigos y era ciudadano de Amiclas, un soldado sólido ante los adversarios. A éste, pues, clavole la lanza junto al hueso derecho de la mandíbula. Dio muerte asimismo a la montaraz Alcimaquia[16], quien a la par en valor y belleza era superior a sus jóvenes coetáneas. Era hija de Harpalión, padre y gran cultivador de viñas. Ella había osado una vez penetrar en la morada de Hera empuñando la hiedra, planta que aborrece la divinidad de Argos, tanto como adora la rojiza granada, que le es propia[17]. Y con vinoso tirso azotó entonces la imagen bellamente tallada de la diosa, golpeándola con los pámpanos, para deshonra de la madrastra de Lieo, diosa de profundo rencor. Mas no escapó de la cólera terrible de Hera, la lemnia Alcimaquia, enemiga de la divinidad y perseguida de

[15] Dasilio parece un personaje de cuño noniano. El nombre es una advocación de Dioniso en Megara, como se ve en PAUSANIAS, I 43 5.

[16] A continuación, Morreo hace estragos entre las Ménades. Sus nombres son, por lo general, parlantes: Codone («campanilla», como las que se usaban en el tíaso de Dioniso), Eurípile («ancha puerta»), Estérope («relampaguente»), Estáfile («racimo»), etc. Destaca Alcimaquia, cuya historia seguramente no es de invención del poeta, aunque no aparece en otras fuentes.

[17] La granada, fruto afrodisíaco, es atributo de Hera, diosa del matrimonio legítimo.

cerca, sino que en tierra extraña fue enterrada y después de la guerra no pudo ver a su padre Harpalión de nuevo, ni tampoco su patria, Lemnos, tálamo de Hipsípila, esposa de Jasón[18]. No tal, sino que fue sepultada en el suelo polvoriento de tierra bárbara como destino vengador y retributivo. ¡Ah, gran desdichada, que fuiste privada de Harpalión y también apartada de Lieo!

Morreo no se sació tras aniquilar en su furor a la Ménade Alquímaca, que jugaba con la divinidad, sino que también dio muerte a Codone, la todavía virgen, que habitaba la Élide, territorio y suelo olímpico situado junto al curso del río Alfeo, amante de las coronas[19]. ¡Tened piedad vosotras, Moiras! Él no se compadeció de los bucles revueltos de su cabellera, ni de los rayos rosados de su rostro, cubiertos ya de polvo. Tampoco se apiadó al ver sus senos semejantes en forma a dos manzanas redondeadas, ni de sus turgentes puntas que se marcaban bajo el ceñidor, ni mostró compasión alguna ante el profundo corte de entre los muslos, sino que destruyó toda esta belleza antes de tiempo. Y ella, herida, cayó a tierra.

Morreo, el de yelmo resplandeciente, dio muerte a Ménades sin cuento, dando caza a las doncellas de hermosos

[18] Hipsípila, hija de Toante y Mirina, desciende de Dioniso y Ariadna. Su mención aquí es anacrónica. Se convirtió en reina de Lemnos cuando las mujeres de la isla decidieron dar muerte a todos los hombres. Ella salvó a su padre el rey y a la llegada de los argonautas se unió a Jasón, con quien tuvo a Euneo y Nebrófono (cf. Apolo. de Rodas I 605 ss.).

[19] El río Alfeo, hijo de Océano y Tetis (Hes., *Teog.* 338) fluye entre la Élide —de donde viene Codone— y Arcadia, en el Peloponeso. Es célebre su enamoramiento de la diosa virgen Ártemis y de una de las ninfas de su cortejo, Aretusa, cuya transformación en fuente narra Ovidio *(Met.* V 572 ss.). El epíteto de «amante de las coronas» le viene de los juegos olímpicos, que se celebraban a sus riberas (Píndaro, *Ol.* VII 15).

peplos: a Eurípile, Estérope y Soe las acuchilló con su espada, dio muerte a Estáfile y también mató a la ensangrentada Gigarto, y atravesando con mortífera espada el seno de color de rosa, tiñó de rojo el pecho de Melictene.

Los odiosos Telquines[20] marcharon en formación al combate: uno empuñaba un descomunal abeto, otro un arbusto de cerezas, descuajado entero y de raíz. Y otro, tras rasgar y arrancar un promontorio rocoso, marchó a la batalla de los indios blandiendo este proyectil de piedra con brazo furibundo.

Y Hera, que hacía variar la suerte de uno a otro bando, otorgó fuerza y coraje al valiente Deríades, a fin de hostigar a Lieo[21]. Cuando más se destacaba en el combate, ella le concedió un brillante resplandor para infundir el pánico entre los enemigos. El resplandor mortífero que despedía el escudo indio con el que se armó centelleaba y con intermitencia relampagueaba una llama saltarina sobre la cimera de su casco. Y como el audaz Baco viese aquella resplandeciente adarga, del escudo lanzafuego de Deríades, tembló de miedo. Al verlo, Dioniso se quedó asombrado y no osó hacerle frente, pues percibió que se trataba de una estratagema de Hera para la contienda. Se retiró de la batalla con paso reticente. Y entonces, cobrando coraje en el combate, avanzaron los indios puesto que Bromio se había ausentado de la lucha. Al ver esto Deríades iba diezmando una tras otra las

---

[20] Cf. XXVII 105.

[21] El epíteto de Hera es *alloprósallos*. En Homero es epíteto de Ares, que en batalla hace variar la suerte «de uno a otro bando» (Hom., *Il.* V 831). Nono lo usa también como «versátil», «inquieto» (tal y como ha pasado al griego moderno), aunque aquí está en sentido propio. También es homérica la expresión «otorgó fuerza y coraje» (Hom., *Il.* V 2) justo cuando comienza la narración de las hazañas de Diomedes, embravecido por Atenea.

falanges de las Bacantes, haciendo girar a uno y otro lado su danza de muchas vueltas.

En tanto, Iobaco angustiado se llegó a un pico boscoso y depositó su esperanza de batalla en manos de los vientos, que la desbarataban, pues estaba temeroso de la cólera salvaje de su madrastra. Pero llegó Atenea desde los cielos, como enviada de Zeus, que gobierna en las alturas, a su hermano que emprendía la fuga espoleado por el miedo a Hera, a fin de arrastrarle de vuelta al combate deseoso. Se le apareció por detrás y tiró de la rubia cabellera de Baco, la terrible diosa se apareció solamente ante sus ojos[22]. De su rostro resplandeciente salía despedida una mirada de fuego, y respiraba sobre Lieo chispas llenas de sabiduría. Enojada con él, le reprochó de tal manera con voz belicosa:

«¿Adónde huyes, Dioniso? ¿A qué viene este miedo a la lucha? ¿Qué se hizo de tus poderosos tirsos y de tus dardos vinosos? ¿Qué le voy a contar a mi padre Crónida sobre ti? ¿Que he visto al rey de los indios muerto en batalla? ¿A cuál? Pues Deríades sigue vivo y Morreo aún combate. ¿Que has capturado a Orsiboe, reina de los indios, como botín de guerra? No ha podido ver aún tu Rea a Quirobia como prisionera[23]. ¿Cómo has demostrado tu poder divino, que te viene de nacimiento? ¿Acaso has llegado hasta Libia? ¿Has afrontado un combate como el de Perseo? ¿Es que has visto los ojos de Esteno, la de mirada petrificadora,

[22] Esta aparición de Atenea, tirando de los cabellos de Baco desde atrás, está calcada de Homero, *Il.* I 197, donde la diosa se aparece así al enfurecido Aquiles. Sus palabras se parecen a los reproches de Atis en XXV 329 ss.

[23] Orsiboe y Quirobia son dos indias, consortes de Deríades y Morreo, respectivamente. La segunda, que es también hija de Deríades, tiene un papel destacado cuando su marido se enamora de Calcomede, en los cantos XXXIII y XXXIV.

o las fauces mugientes de la imbatible Euríale[24]? ¿Has conocido los rizos de cabello serpentino de Medusa? ¿Te han circundado por doquier las bocas de sus serpientes? No dio a luz Sémele a un hijo muy guerrero... En cambio, la hija de Acrisio engendró a un niño matador de Gorgonas y digno de mi Zeus[25]. Pues el alado Perseo nunca arrojó al suelo mi hoz y honró a Hermes, que le regaló sus sandalias. Tengo como testigo a la bestia marina petrificada. Pregúntale si no a Cefeo las gestas que cumplió Perseo con su guadaña[26]. Pregúntale al oriente y al occidente, pues en ambos tiemblan, por una parte, las Nereidas, ante el esposo de Andrómeda, y, por otra, las Hespérides cantan en honor del segador de la vida de Medusa. Éaco el intrépido no se parece en nada a Baco[27]. No huye de Deríades, no se muere de miedo al pensar en la guerra de los indios. Ya el día de ayer te aterrorizó el campeón árabe y por esta causa me abstengo de mirar al impetuoso Ares, padre de Licurgo, cuando va proclamando la cobardía de Dioniso, el que huye del comba-

[24] Dos de las Gorgonas, hijas de Forcis y Ceto, la tercera es Medusa, mencionada más adelante (Hes., *Teog.* 274-279).

[25] Nueva comparación de Dioniso y Perseo, hijo de Dánae y por tanto nieto de Acrisio, rey de Argos. Atenea reprocha a Dioniso su cobardía y compara sus hazañas con las de Perseo. Véase el Juicio de Dioniso y Perseo en XXV 31 ss. y las notas. También, a partir del verso 278, se alude a las hazañas de Éaco (cf. XXVII 79 y nota).

[26] Cefeo, rey de Etiopía, es el padre de Andrómeda y esposo de Casiopea. Su país era asolado por un monstruo marino enviado por Posidón, ya que Casiopea se había jactado de ser más bella que las Nereidas. Perseo dio muerte al monstruo. Por eso sus hazañas son conocidas «al oriente y al occidente» (las aventuras de Medusa y Andrómeda, respectivamente). Sobre el canto de las Hespérides recordemos que para Hesíodo (*Teog.* 275) eran seres «de voz sonora».

[27] Éaco tiene una principalía en los cantos XXII-XXIII: seguramente ésta es una alusión a sus hazañas en dichos cantos.

te[28]. Tu padre, que lo es también mío, nunca tembló ante la batalla cuando los divinos Titanes se revistieron de sus corazas para atacar el Olimpo. Que me disculpe la gloria de Zeus, pero no he de llamarte hermano si escapas de Deríades y de la raza de los indios, ignorante de la guerra. Ea, toma de nuevo tus tirsos, no olvides el combate y marcha como caudillo de tu armada. Así podrás ver a Atenea, la de hermosa armadura, combatiendo al flanco de las Bacantes en armas, blandiendo la égida, invulnerable arma del Olimpo.»

Y habiendo hablando así, infundió un furor guerrero en Bromio. Éste, recobrando el coraje en su corazón, volvió por segunda vez al combate y depositó toda su esperanza de la victoria por venir en Tritogenia. ¿A quién dio muerte primero Baco, a quién después, cuando Atenea, insaciable en la batalla, le inspiró valor?[29]. Mató a un centenar de enemigos con su tirso inmisericorde, a otros muchos les infligió heridas de variadas formas golpeándoles con su pica, con sus espirales de plantas o sarmientos de viñas, o bien usando como lanza una piedra como dardo rocoso. Y los que de tal modo eran golpeados bailaban la danza dionisíaca de retumbante estruendo bajo el látigo divino. A Fringo le hirió en el hombro izquierdo con su agudo tirso[30]. Y éste, de

---

[28] Se refiere al episodio de Licurgo, que tuvo lugar en el canto XX 149 ss., hace seis años o, como dice aquí, «el día de ayer». Cf. XXVI 23 y nota.

[29] Esta frase de aliento épico, antes de emprender la narración de hazañas de un héroe, es característica de la primera epopeya de HOMERO (cf., por ejemplo, *Il.* V 703, XI 299, XVI 692, etc.).

[30] Los jefes y soldados indios que Dioniso vence en su principalía ya hicieron su aparición en el catálogo de los ejércitos de Deríades, en el canto XXVI. En concreto, Fringo es caudillo de los orejotas (cf. XXVI 94 y nota), a los que debe de pertenecer también Egretio, no mencionado anteriormente. En cuanto a los otros pueblos, los bolingas aparecen en

un brinco, se retiró inalcanzable. Pero Meliseo[31] le derribó en plena huida con el filo de su doble hacha, mientras que a Egretio le alcanzaba Dioniso blandiendo la pica del evohé, flechador desde lejos, el de tirso enloquecido. Volando silbó a través del aire la báquica punta de la lanza, pues quería herir al hombre. Y como Egretio hubiera escapado, atacó a los Bolingas y sembró el pánico entre los belicosos aracotas. Masacró terriblemente a las tribus de los lanceros Salangos con su hojarasca amante del vino sin mezclar y la armada de los Arienos, portadores de escudos, huyó despavorida. Tras perseguir a los guerreros de Fringo y Egretio, Evio aterró a todo el ejército de los orejotas. El poderoso Iobaco apartó con violencia del sangriento combate a Ligo[32]. A Melanión, tejedor de engaños, que estaba emboscado tras un árbol para disparar flechas traicioneras a las Basárides, hiriole con su tirso vinoso. Pero le salvó la vida ileso la imbatible Hera, ya que aquél usaba el engaño como arma y muchas veces había atacado a las Bacantes con ocultas emboscadas. Siempre se ocultaba tras una roca o sobre un árbol de copa elevada, escondido entre el follaje, para asaetear con sus dardos invisibles al enemigo. Ya los indios se precipitaban en desbandada lejos de la batalla homicida, temerosos de la valentía del invulnerable Dioniso.

XXVI 143, los aracotas en 146, los salangos en 61 y los arienos en 165. Véanse las notas *ad loc.*

[31] Meliseo el Coribante mencionado en XIII 145, XXVIII 305 y 320, etc., que usa su hacha doble característica.

[32] Ligo y Melanión son soldados indios desconocidos hasta este momento.

CANTO XXXI

SUMARIO

—Transición entre episodios: fin de las hazañas de Dioniso entre los indios, vv. 1-3.

—Maquinaciones de Hera contra Dioniso, vv. 4-282: Cólera de Hera contra Dioniso y Perseo, vv. 4-29. Hera visita a Perséfone para que prepare a las Erinias contra Dioniso, vv. 30-74. Hera y la Erinia Megera, vv. 75-102. Hera y la mensajera Iris, vv. 103-123. Iris, disfrazada de la Noche, visita al Sueño y lo predispone contra Dioniso y Zeus, prometiéndole el amor de Pasitea, vv. 124-198. Hera visita a Afrodita para que le preste su ceñidor, vv. 199-282.

EN EL TRIGÉSIMO PRIMERO HERA ENDULZA CON EL SUEÑO AL CRÓNIDA Y CON PERSÉFONE A BACO

De tal manera, encantado Baco por el hechizo[1] de la contienda india, iba recorriendo el seno de la tierra Eritrea. Sus bucles dorados se agitaban sobre las níveas mejillas al caminar. Pero Hera, ensoberbecida por sus envidiosas maquinaciones, se lanzó arañando la superficie del aire con pie amenazador. Allí mismo contempló en su derredor al ejército de los indios disperso por todas partes, pues había sido desbaratado por los tirsos homicidas de Lieo. Y de nuevo montó en cólera junto al mar de Eritrea como viese los restos de las muy trenzadas cadenas de Andrómeda y aquella piedra sobre la arena, el monstruo terrible enviado por el dios que agita la tierra. Dolida volvió la mirada hacia otra parte, a fin de no ver junto al ponto la hoz forjada en bronce de Perseo, matador de Gorgona[2].

---

[1] Traducimos por «hechizo» la palabra griega *íunx,* que literalmente alude a un ave, el «torcecuello». Esta ave, cuyo nombre le viene de su capacidad de girar la cabeza casi por completo, era usada para conjuros de amor: a fin de atraer a la persona amada, se ponía al pájaro en una rueda mágica con la que se ejecutaba el hechizo. A raíz de esto, la palabra se usa para designar el hechizo o encantamiento, el deseo ferviente de hacer algo.

[2] Nueva recreación de las hazañas de Perseo (cf. XXV 36, 123, XXX 270 y notas). La «piedra sobre la arena» es de dudosa interpretación:

Pues había hecho girar Perseo sus talones de rodillas veloces por los aires, abriéndose paso por la sedienta cordillera libia como si nadara con alas. Le había arrebatado su ojo errante a la insomne hija de Forcis, a esa anciana de un solo ojo, tras penetrar en su inaccesible antro. Segando junto a la roca la mies —las primicias retorcidas de sus cabellos—, le había cortado el cuello fecundo a Gorgona y había teñido de rojo su hoz. Y tras dar muerte a Medusa, habíase lavado las manos manchadas de sangre en el líquido de serpiente que fluía de las cabezas cortadas en los extremos. Y su cuello de doble parto dio a luz a un niño con espada de oro y a la vez dio al mundo un alumbramiento equino[3].

La envidiosa cólera de Hera rebullía en sus entrañas vomitando su recelo contra Perseo y Dioniso a la vez. Quiso entonces hechizar los ojos y el entendimiento del Crónida arrastrándole primero a un himeneo engañoso y, después de su unión, bajo las alas del dulce Sueño, a fin de poder hostigar a Lieo mediante algún arte de engaño mientras Zeus dormitaba aún[4]. Llegose pues al palacio oscuro de Hades, que a todos por igual recibe, se encontró con Perséfone y le dijo estas palabras con ánimo embaucador:

«Te he de considerar la más dichosa, puesto que habitas lejos de los dioses. Aquí dentro no habrás visto a Sémele como habitante del Olimpo. Yo temía que algún día llegase a ver a Dioniso, a quien engendró un vientre mortal, empu-

---

puede ser la roca a la que estaba atada Andrómeda, o acaso el monstruo marino que la amenazaba, transformado en piedra tras contemplar la cabeza cortada de Medusa.

[3] Referencia a Crisaor (un niño con espada de oro) y Pegaso, de quienes estaba embarazada Medusa (HES. *Teog.* 280). Pegaso se menciona también en el canto XXV. El verso 16 repite exactamente XXV 36.

[4] Imitación de HOMERO (*Il.* XIV 153 ss.), el famoso «engaño de Zeus» (*Diòs apátē*). Para la expresión de la cólera de Hera, véase D. GIGLI PICCARDI, *Metafora e poetica...*, págs. 90-91.

ñando el relámpago como hizo Zagreo, o blandiendo los rayos con manos terrenales[5]. ¡Te han expoliado, oh portadora de frutos! Pues a las riberas del fecundo Nilo en vez de honrarse a tu madre Deméter, que engendra las gavillas, muy otro es el cortejo que se celebra: proclaman a una falsa Deo como portadora del grano, a Ío, hija de Ínaco, portadora de cuernos y de figura taurina[6].

Y a Ares, al que yo misma engendré, al cual dio a luz un vientre celeste, pues es mi hijo, lo ha ocultado Efialtes cargado de cadenas innobles y humanas aprisionándole en el interior de una tinaja[7]. Ni siquiera el celeste Zeus, mi esposo, ha acudido en su ayuda, sino que sólo defendió al hijo de Sémele de las llamaradas de fuego y resucitó a Baco cuando aún era niño sacándole de entre los rayos, a su hijo bastardo y medio formado. Pero cuando Zagreo, el Dioniso celeste, fue descuartizado por los cuchillos no lo defendió. Esto es lo que me irrita aún más, que el Crónida haya dado como dote a Sémele una bóveda de estrellas y a Perséfone el Tár-

---

[5] Zagreo llega a blandir el rayo de Zeus, como heredero en la más alta jerarquía de los dioses (VI 169). Pero por poco tiempo, pues los Titanes acaban con él a instancias de Hera, que silencia en su discurso este hecho. Al despedazamiento de Zagreo se alude un poco más adelante, en los versos 47-48 (cf. también VI 169 ss.). En la teología órfica, Zagreo es el cuarto en la sucesión del trono divino (véase el final del canto XXVII y su última nota). El temor de Hera está aquí justificado: Dioniso acabará esta epopeya en apoteosis.

[6] Io, princesa de Argos, fue amada de Zeus, quien la transformó en una blanquísima ternera para librarla de la cólera de Hera (cf. Ovidio, *Met.* I 583 ss.). Fue consagrada, sin embargo, a Hera, bajo la custodia de Argo, el de los cien ojos. Hermes dio muerte a Argo y liberó a Io, que vagó errante por Grecia atormentada por un tábano que le envió Hera. Al fin, encontró reposo en Egipto, donde dio a luz a Épafo.

[7] Ares fue encerrado en una tinaja de bronce por Oto y Efialtes, hijos de Aloeo, y liberado después por Hermes, como refiere Homero en *Il.* V 385-391.

taro[8]: el cielo se guarda para Apolo, Hermes habita en el cielo y solo tú te quedas con esta morada llena de oscuridad. Entonces, ¿qué tiene de bueno que él haya adoptado la apariencia embustera de un dragón para violar el inviolable lazo de tu virginidad si después de vuestra unión iba a destruir al fruto de tu vientre? El soberano Zeus tiene en el Olimpo una morada llena de estrellas y a su hermano, el que gobierna las aguas, le concedió el mar salino, pero a tu marido no le dio como casa más que la oscuridad tenebrosa[9]. ¡Ea, arma a tus Erinias contra el vinoso Baco, para que yo no llegue a contemplar jamás a un mortal bastardo como portador del cetro del Olimpo. Respeta a la esposa de Zeus, que te implora; respeta a Deo y respeta a la pura Temis, que te implora, para que los indios puedan tener un breve respiro mientras Dioniso está turbado[10]. Sé tú mi vengadora, pues estoy afligida ya que el Cronión ofreció néctar a Baco y a Ares, en cambio, tan sólo sangre de la batalla. ¡Que Atenas no pueda ya entonar himnos en honor del nuevo Dioniso, que no participe del mismo honor que el Dioniso Eleusino, que

---

[8] Según una tradición mítica, Zagreo es hijo de Zeus y Perséfone. Así lo recoge NONO en su canto VI 155 ss.

[9] Estos versos reflejan la famosa partición del universo entre Zeus, Posidón y Hades que relatan HESÍODO (*Teog.* 73-74) y HOMERO (*Il.* XV 187-193).

[10] Temis, personificación de la ley y la justicia, es una divinidad primitiva, hija de Urano y Gea (cf. HESÍODO, *Teog.* 135, 901 ss.) Curiosamente Hera la presenta como valedora de los indios (e incluso como su nodriza, en el verso 94), mientras que Zeus, al comienzo del canto XIII, condena a este pueblo a ser aniquilado por Dioniso precisamente por no conocer la justicia. Las Erinias, por otro lado, son conocidas también por el sobrenombre eufemístico de Euménides o «benévolas». Como criaturas primordiales, todos los dioses las respetan. Se encargan de vengar crímenes impíos por medio de la locura y son tres: Alecto, Tisífone y Megera (cf. HES., *Teog.* 184 ss.). Esta última cobrará protagonismo en los versos siguientes.

no suplante los misterios del primordial Iaco, que no deshonre con su uva la cesta de Deméter[11]!»

Así dijo y perturbó todo el ánimo de Perséfone, pues tenía el rostro humedecido por sus lágrimas fingidas, mientras parloteaba astutamente[12]. Y una diosa fue convencida por otra diosa. Así le confió a Megera como escolta, para que llevase a cabo los recelosos designios de Hera con su mal de ojo.

Ésta lanzose con sandalia tempestuosa. Tres zancadas dio y a la cuarta llegó al Ganges[13]. Allí mostró la gran mortandad del ejército indio, el sudor de la armada y las hazañas de Dioniso a Megera, la que jamás sonríe. Y la recelosa Megera, como viese los trabajos de Lieo Mataindios, sintió más envidia aún que la divina Hera[14]. La otra diosa se regocijó en su corazón y sonriéndose sardónicamente le dijo a la diosa de cabellos de serpiente con voz abatida:

«Tales son las hazañas de los nuevos señores del Olimpo, de esta forma disparan sus dardos los bastardos de Zeus. De Sémele Zeus engendró a un niño para que destruyera a todos los dulces e inofensivos indios. Vamos, que se entere el injusto Zeus y también Baco de cuán poderosa es Megera. ¡Ah, qué desgracia! ¡Qué caprichoso es el corazón de

[11] El Dioniso eleusino, o Iaco, era adorado en misterios atenienses y se diferencia del Olímpico, por ser hijo de Zeus y Core, lo que acerca a este Dioniso a Dioniso Zagreo (cf. Arriano, *Anáb.* II 16 3). Dioniso, Zagreo y Iaco son la «trinidad» bien diferenciada que presenta Nono en su poema. Es célebre el pasaje de Aristófanes, como ejemplo de estos himnos a los que alude Hera, en *Ranas* 397 y ss.

[12] La expresión es hesiódica y alude al parloteo femenino (Hes., *Trabajos y días* 374).

[13] Imitación de Hom., *Il.* XIII 20, que habla de las zancadas de Posidón al dejar Samotracia.

[14] Nuevo *pun* etimológico de Nono. El juego es entre el nombre la Euménide Megera y el verbo *megaírō*, «envidiar».

Zeus, aquel que gobierna en las alturas! No combate a los inicuos Tirrenos[15], que tras aprender las violentas leyes de los ladrones en sus naves contrarias a los huéspedes, navegan por el mar de Sicilia despojando a los demás de sus bienes. Tampoco dio muerte a la raza de los impíos Dríopes[16], para quienes la vida no es sino lanzas y matanzas. Y sin embargo ansía destruir precisamente a quienes más se ocupan de la religiosidad, a los indios, a quienes acaso crió de su pecho Temis, la que a todos atañe. ¡Ah, qué desgracia! ¡Qué caprichoso es su corazón! Pues un mortal ha prendido fuego a un inmortal, ni más ni menos que a Hidaspes: un hombre, un mortal le ha prendido fuego, uno a quien engendrara Zeus celeste.»

Y tras hablar así, salió volando por los aires. Ella (Megera), en silencio, bajo una cercana cueva en los picos del Cáucaso, cambió su terrible apariencia de miembros de formas serpentinas. Quedose allí mismo, metamorfoseada en lechuza, a la espera de percibir que el gran Zeus quedara dormido, pues así lo había ordenado la soberana Hera.

---

[15] Los piratas Tirrenos, ejemplo de impiedad, tuvieron una famosa aventura al intentar raptar a Dioniso que narra Nono en XLV 105-169: el poder del dios, aparentemente un muchacho inofensivo y adornado con joyas, se desató en alta mar, el barco se llenó de hiedra, vides y animales báquicos, y los piratas terminaron transformados en delfines (lo cuenta tambien Ovid., *Metamorfosis*, III 582 ss.). Se basa el poeta en el *Himno homérico a Dioniso*, primer texto que trata el mito, bien estudiado en sus diversas versiones por A. W. James, «Dionysus and the Tyrrhenian pirates», *Antichthon* 9 (1975), 17-34.

[16] Los Dríopes, otros personajes impíos citados como ejemplo de impunidad, eran un pueblo de bandoleros que asolaba el Parnaso (cf., por ejemplo, Diodoro Sículo, IV 37, escolio a Apol. de Rodas I 1212). Fueron combatidos por Heracles, cuenta el escoliasta de las *Argonáuticas*. Véase la discusión de P. Chuvin, *Mythologie...*, pág. 25.

Ésta, por su parte, marchó hacia las aguas occidentales del Cremetes[17] pensando en sus maquinaciones, allí donde aquel pesado anciano, el Atlas libio, aguanta encorvado la bóveda celeste. Y buscó a Iris, la amante de Céfiro, desdichado en amores[18], y mensajera de la premura de Zeus, para que fuera mensajera de pies veloces como el viento a través de los aires hasta llegar al sombrío Sueño. Y tras llamarla con suaves palabras, le habló de forma aduladora:

«¡Iris, esposa de alas de oro del Céfiro que hace crecer las plantas! ¡Oh bienparida madre del Amor, apresúrate con tus sandalias tempestuosas y corre hacia la morada occidental del tenebroso Sueño! Búscale también por Lemnos, la isla batida por el mar, y si acaso le encuentras dile que hechice los ojos del Cronión, que no pueden ser hechizados, durante un día tan solo, a fin de que yo pueda socorrer a los indios. Vamos, cambia de forma, adopta la espantosa apariencia de la divinidad de negro ceñidor, madre del Sueño. Hazte oscura y toma un falso nombre para que también yo, imitando con mis miembros los suyos —ya que la necesidad así lo exige —adopte la forma de Temis, de Citerea o de Ártemis. Prométele que se casará con Pasitea. Por su belleza se ha prendado de ella y cumplirá mi necesidad. No te he de decir a ti que cuando alguien está locamente enamorado lo hará todo por su esperanza.»

---

[17] Río de África occidental sobre cuya localización se ha discutido mucho (cf. P. Chuvin, *Mythologie...*, pág. 80), aunque puede tratarse muy verosímilmente del Senegal.

[18] Iris, mensajera de los dioses, es esposa del viento Céfiro. La calificación de «desdichado en amores» no le viene, por cierto, de su casamiento, sino de sus celosos amores por muchachos como Jacinto o Cipariso, en competencia con Apolo, que suelen causar la muerte y metamorfosis de aquellos (cf. Ovid., *Met.* X 106-142 y X 162-219).

Y habiendo hablado así, salió volando la diosa Iris, la de alas doradas, mientras miraba alrededor desde los aires hacia todas partes. Dirigió su mirada certera hacia Pafos, hacia la tierra de Chipre y examinó desde lo alto Biblos con más atención, las biencasadas aguas de Adonis asirio, en pos del rastro de larga deriva del errabundo Sueño. Lo halló al fin junto a la colina de la nupcial Orcómeno, pues allí mismo se quedaba siempre haciendo girar sus huellas, distraído, frecuentando las puertas amadas de Pasitea[19].

Como hubiera transformado su cuerpo, la imperceptible Iris se vistió con la apariencia difícil de reconocer de la Noche oscura. Se acercó, tejedora de engaños, al Sueño y como si fuera su madre le dirigió estas palabras engañosas con acentos embaucadores:

«Hijo mío, ¿hasta cuándo me ha de despreciar el Crónida? ¿No es bastante que me haga violencia Faetonte, que la Mañana me dispare sus saetas y que el Alba me persiga? Zeus ha criado a un hijo bastardo para poner en evidencia a mi querido Sueño. Un sólo mortal me avergüenza a mí y a mi hijo, pues Baco mantiene encendida una antorcha portabrillo de místicos destellos durante la noche entera y con ello me humilla y al quedarse en vela te zahiere a ti. Oh Sueño, ¿cómo es que te siguen llamado «el que todo lo vence»? Pues ya no hechizas a un cierto mortal que se queda despierto, puesto que el resplandor bastardo del terrestre

[19] A vista de pájaro Iris observa los dominios de Afrodita en busca de Hipno, el Sueño: un recorrido similar al de XXIX 345 que incluye la isla de Lemnos, patria de Hefesto y, según Homero (*Il.* XIV 230-231), también del Sueño. Hipno, personificación del Sueño, es hijo de la Noche (cuya forma toma Iris aquí) y hermano de Tánato, la Muerte (cf. Hes., *Teog.* 211). Por otra parte, Orcómeno es patria de las Gracias (cf. Hes., *Teog.* 64, 907 ss.) y Pasitea es una de ellas. Ante su puerta entona Hipno su *paraklausíthyron,* o lamento de amor junto a la puerta cerrada de la amada.

Lieo ha vencido a mi cortejo. Sí, él ciega el brillo de mis estrellas con sus antorchas más refulgentes. Un solo mortal portador de luz me avergüenza, ya que esconde los rayos de la mismísima Luna, por muy grande que sea. Temo que el Día vaya a burlarse de mis tinieblas, pues yo misma participo de un resplandor nocturno ajeno a mí. Por culpa de un extraño sol artificial yo, la noche, me parezco al día. Ea, mi querido niño, muestra tu cólera en doble razón contra los Sátiros que celebran sus misterios y contra Dioniso el insomne. Concédeme esta gracia, a mí, a tu madre, que está afligida. Concédele esta gracia a Hera y hechiza la vista inmune a los hechizos de Zeus, el que gobierna en las alturas, durante un día tan sólo, a fin de que yo pueda defender a los indios, a los que persiguen los Sátiros y aún combate Dioniso. Oh Sueño, ¿cómo es que te siguen llamado «el que todo lo vence»? Si así lo quieres, vuelve hacia mí tu mirada y junto a Tebas la de Siete Puertas verás de nuevo al Cronión toda la noche en vela. Acaba con la insolencia del injusto Zeus. Anfitrión combate tras viajar lejos de su tálamo, vestido en una coraza de hierro, y mientras tanto Zeus se sienta junto a Alcmena en el interior de sus aposentos, rodeado, insaciable, de una oscuridad nupcial que ya le dura tres lunas[20]. ¡Que no tenga yo que ver durante una cuarta noche a Zeus en semejante vela! Vamos, hijo, toma tus armas contra el Cronión, que no ocurra de nuevo, que no cumpla de nuevo la oscuridad su noveno ciclo. Recuerda a la primordial

[20] Referencia a la unión de Zeus con Alcmena, la esposa de Anfitrión, en la que el dios tomó la forma del marido, mientras éste estaba en la guerra, para vencer la virtud de Alcmena. Sus amores se prolongaron durante tres días completos, pues Zeus ordenó al Sol que no saliera, y de este lecho nacieron los gemelos Heracles (hijo de Zeus) e Ificles (hijo de Anfitrión).

Mnemósine[21], junto a ella yació durante nueve noches, con los ojos siempre en vela, pues sentía el deseo de engendrar muchos hijos en unos himeneos insomnes. Otra divinidad que todo lo vence, e igualmente alada, como el Sueño, ha vencido al Crónida con su leve dardo: el pequeño Eros. Ten piedad de la raza de oscura tez de los indios terrígenas. Concédeles tu favor, pues tienen el mismo color de piel que tu madre. Defiende a los oscuros, tú que tienes alas oscuras, y no deshonres a la Tierra, coetánea de mi padre, de cuyo seno único brotaron todos cuantos habitan el Olimpo[22]. No tiembles ante el Crónida, pues su esposa Hera te es favorable. No tiembles ante Sémele, a la que incendió su propio amante. No puede el relámpago fogoso igualarte, ni el trueno de hondo resonar cuando araña las nubes. Te lo ruego, agita tus alas tan solo y Zeus se quedará inmóvil en su lecho imperturbable durante el tiempo que tu ordenes, Sueño. He oído que deseas a una de las Gracias. Pues si tienes tal deseo de unión en tu corazón, guárdate mucho de tratar mal a la madre de Pasitea, a Hera, la servidora de los tálamos nupciales. Y si tú habitas junto a la roca de Leucada con Tetis[23], socorre a Deríades, a quien el indio Hidaspes engendró. Guarda fidelidad a tu vecino, pues tu vecino sonoro, el resonante Océano, es el abuelo de Deríades[24].»

---

[21] Juego de palabras entre el verbo «recordar» *(mimnḗskō)* y el nombre de Mnemósine, personificación de la memoria. De ella tuvo Zeus a las Musas, según Hesíodo *(Teog.* 56, 915), a quien sigue Nono.

[22] Compárese con Hes., *Teog.* 116 ss.

[23] Tetis *(Tēthýs)*, divinidad marina y ancestral (no la Nereida Tetis, en griego *Thétis)*, es hija de Urano y Gea y tuvo de Océano a los tres mil ríos del mundo (Hes., *Teog.* 136, 237 ss.). La roca Leucada aparece en Homero *(Od.* XXIV 11), situada «junto a las puertas del Sol», es decir, en el occidente.

[24] Hay que notar un quiasmo en el texto, en las dos menciones de Deríades y de la palabra «vecino».

Y tras hablar de esta forma, le convenció y como si hubiera oído en verdad a su madre el Sueño partió furibundo y juró que hechizaría los ojos de Zeus, el que jamás duerme, incluso hasta la tercera carrera de la Aurora. Pero Iris le había pedido, a fin de obstaculizar al Crónida, que le hiciera dormir sólo durante la carrera de un día. Y he aquí que el Sueño se quedó en el lugar, en espera de la hora de sus felices nupcias. Iris, la diosa veloz, salió volando de regreso a su morada. Aprisa anunciaba la misión cumplida sin reproche a su soberana.

Hera voló a su vez por los aires con pie tempestuoso y aún urdió otro engaño más, de suerte que pudiera acercarse a Zeus llevando el cesto[25], el ceñidor que embauca la mente con el deseo. Así, buscaba a la diosa Pafia y volando sobre el Líbano encontró a Afrodita asiria sola, sentada en un lugar desierto, pues había enviado a las Gracias primaverales —bailarinas de Orcómeno— a recoger un ramo de variadas flores de los jardines. La una recogía la flor del azafrán de Cilicia, la otra traía encantada un bálsamo y flores de los cañaverales indios y una tercera cogía perfumados pétalos de rosa.

Asombrada y desprevenida, saltó de su asiento la hija de Zeus, Afrodita, como viese llegar a la esposa de Zeus. Y al verla tan afligida le dijo estas palabras de doble sentido[26]:

---

[25] El cesto de Afrodita (*kestós*) es un ceñidor que cautiva y enamora, atributo propio de la diosa del amor. Aparece en Homero como un cinturón elevado, que ciñe el pecho, aunque hay varias interpretaciones al respecto (Hom., *Il.* XIV 214).

[26] El discurso de Afrodita es un verdadero catálogo de los amoríos de Zeus plagado de referencias irónicas a sus metamorfosis: Dánae, con quien se unió en forma de lluvia, el toro y Europa, Sémele y su letal curiosidad, por la que fue consumida por el rayo de Zeus, Io y su metamorfosis en ternera, etc. Muchos de estos mitos se pueden hallar en las *Metamorfosis* de Ovidio: en VI 103 ss., por ejemplo, se tejen algunos de

«Hera, amada de Zeus, ¿qué son esas mejillas pálidas que veo? ¿Por qué, oh reina, bajas la mirada con pesadumbre? ¿Es que acaso el lluvioso Zeus, el muy tramposo, se ha transformado otra vez en lluvia? ¿No se habrá convertido de nuevo en toro para recorrer las húmedas aguas? ¿Acaso es Europa la que te disgusta otra vez? ¿Qué otra Antíope se ha unido a un sátiro fingido en velludo himeneo contra la voluntad de su padre Nicteo? ¿Otro caballo dotado de entendimiento cabalga hacia una nueva boda lanzando un torpe relincho con su remedo de boca? ¿O acaso es que pretende a otra Sémele con su fuego parturiento y blande el relámpago como gobernador de los amores? ¿No será que marcha ahora bailando hacia el lecho provisto de cuernos de alguna ternerilla mugiendo amorosamente? Si quieres hallarás a otro espía de bueyes para que siga los movimientos de Zeus, algún Argo, pastor moteado con ojos que no duermen jamás. Pero responde a mis preguntas y te ayudaré en lo que esté en mi poder.»

Y tras hablar así, la diosa le respondió gentilmente con palabras dolosas:

«Oh diosa Cípride, dejemos el territorio del Olimpo para los mortales. Zeus llevó a Sémele, la madre de Baco, al Olimpo, y también a Dioniso ha de subirlo a los cielos. ¿Qué morada recibirá ahora a Hera? ¿En qué tierra hallaré refugio? Me avergüenza que pueda llegar el día en que yo vea a Sémele como usurpadora y consorte en el Olimpo.

---

ellos. Antíope, por otra parte, era hija de Nicteo y madre de Anfión y Zeto, que reinaron en Tebas y la fortificaron (cf. Hom., *Od.* XI 260-265). Zeus se unió a ella bajo la apariencia de un Sátiro y engendró a estos hermanos. En cuanto al «caballo dotado de entendimiento», se trata de la forma con la que Zeus, según un escolio a la *Ilíada* (I 263), se juntó con Día y engendró al héroe tesalio Pirítoo, amigo de Teseo, que participó en la cacería del jabalí de Calidón y en la lucha contra los centauros.

Temo llegar a ver la morada del tenebroso Jápeto, que no 235
me coja y me arroje del Olimpo como le sucedió a Crono[27].
Temo que vaya a mancillar el néctar en el cielo, introdu- 238
ciendo eso que llaman «uva» desde la tierra, y que la cultive
entre los bienaventurados. ¡No tal, que jamás ocurra esto, oh
Justicia, oh Tierra y Cielos! ¡Que no sean transplantados al 240
cielo los sarmientos, que no haya yo de decir «cielo avina-
grado» en vez de «cielo estrellado»[28]. No he de beber yo
otra cosa que dulce néctar del Olimpo. Temo que llegue a
contemplar a Atenea, la belicosa, embriagada y que vaya a
blandir su lanza contra Ares y Citerea, que se envalentone 245
con el licor vacilante de Dioniso, que hace vacilar también
la mente[29], y trabe un combate en los cielos entre los astros
golpeados por el vino y enloquecidos unos contra otros, o
que un día cuantos habitan el Olimpo dancen el baile báqui-
co e imiten los ritos de los Coribantes portadores de escu- 250
dos. ¿No es acaso bastante desgracia contra los dioses esto? 252
¿Que yo tenga que ver a un jovencito troyano que le sirve
las copas a Zeus, avergonzando a los cielos y a Hebe, es-
canciadora de Zeus, cuando con manos terrenales vierte el

---

[27] El primordial Jápeto es un titán, hijo de Urano y Gea (cf. Hes., *Teog.* 18) y padre de Prometeo, Epimeteo, Atlante y Menecio. Fue arrojado al Tártaro por Zeus con los demás Titanes, a lo que hace referencia Hera.

[28] Hay un juego de palabras con referencia literaria: el epíteto homérico del cielo es «estrellado» *(asteróenta)*, pero el temor de Hera es que, por culpa de Dioniso, dioses y poetas hayan de decir «avinagrado» *(ampelóenta)*. Irónicamente, Nono es un poeta «dionisíaco» y usa estos epítetos relacionados con el vino en toda su obra: el néctar es, también a la homérica, «dulce» (verso 254), aunque Nono seguramente prefiriese el vino. Por otro lado, la mención conjunta de Perseo y Dioniso va a cerrar este canto recordando su principio (verso 8 ss.).

[29] Juego etimológico entre *sphalerêi*, «vacilante» y *noosphaléos*, «que hace vacilar la mente».

dulce néctar? Me avergüenzo y habré de marchar a la Tierra. Les dejaré el cielo a esos dos: a Ganimedes y a Dioniso. Les dejaré el cielo, morada de Sémele. ¡Que sea el cielo casa común para ambos, Perseo y Dioniso! Yo me marcharé a mi querida Argos, a mi gloriosa ciudadela de Micenas, para habitar la tierra. El propio Ares, tu marido, acompañará a su indignada madre. Vamos, ven tú también a tu Esparta querida, que reciba a la colérica Afrodita con hermosa coraza de bronce junto a Ares. Yo sé cuál es el origen de mis males: la Erinia paterna me reclama mi insolencia y la violencia que le hice a mi padre, ya que instigué una guerra contra mi propio padre Crono; yo, Hera, ataqué a los Titanes combatiendo junto a Zeus. ¡Bonito espectáculo ver a Dioniso en medio del Olimpo, sentado cerca de Eros, conviviendo con la Espumígena[30], y blandiendo la égida tras el Crónida y Atenea...! Ea, diosa, ven en mi ayuda. Auxíliame en mi desgracia por un día tan sólo, para que los ojos de Zeus queden hechizados, dame el cesto que llevas en bandolera, tu ceñidor que a todo el mundo encanta, y mientras Zeus duerme yo defenderé a mis indios. Por doble partida soy tu suegra, pues eres esposa de mis hijos Hefesto y Ares[31]. Concédenos esta gracia de tardo cumplimiento, pues los indios de oscura piel honraron como anfitriones a la Afrodita eritrea. Contra ellos carga Dioniso, celoso. Contra ellos se ha encolerizado

[30] Traducción libre que castellaniza el griego *Aphrogéneia*, «nacida de la espuma», es decir, Afrodita.

[31] Alusión irónica de Hera al adulterio de Afrodita, casada con Hefesto. Marido y amante, Ares, son hijos de Hera, que es suegra doblemente. También es ironía, en el verso 278, calificar a Zeus de «pareniños» *(paidotókos)*, por haber dado a luz a Dioniso como una mujer.

el propio Zeus, ese hembriloco que no tiene corazón, ese pareniños, y ahora empuña su rayo luchando al lado de Dioniso. Dame el cesto que llevas en bandolera como defensa, pues solo con ello puedes hechizar a todos. Soy digna de llevarlo como gobernanta de los matrimonios y compañera de labor de los Amores.

CANTO XXXII

SUMARIO

—Transición entre episodios: fin de la visita de Hera a Afrodita, vv. 1-9.

—Unión de Zeus y Hera, vv. 10-97: Hera se embellece y se maquilla, vv. 10-37: Encuentro y diálogo de Hera y Zeus, vv. 38-75. Unión amorosa, vv. 76-97.

—La Erinia Megera infunde la locura en Dioniso, vv. 98-150.

—Ofensiva india y desastre en el ejército de Dioniso, vv. 151-299: Ofensiva india, vv. 151-161. Ares se transforma en Modeo, vv. 162-180. Hazañas de Deríades, vv. 181-198. Hazañas de Morreo, vv. 199-220. Desbandada en las tropas de Dioniso, vv. 221-299.

EN EL TRIGÉSIMO SEGUNDO HAY COMBATES, EL LECHO DEL SOÑOLIENTO ZEUS Y LA LOCURA DE LIEO

Y habiendo hablado así la convenció y Afrodita la de mente astuta[1] obedeció pérfidamente y, quitándoselo de su regazo, le entregó a Hera como regalo el cesto de los Amores y le dijo estas palabras sobre el don de aquel amoroso ceñidor:

«Recibe este ceñidor como ayuda contra tu desgracia. Hechizarás todas las cosas con este cesto tan solo, que gobierna el deseo: a Helio, a Zeus, a Éter y al coro de las estrellas, e incluso la corriente del Océano infinito.»

Así habló y se ocultó tras una roca del Líbano asirio. Hera marchó al contorno estrellado del Olimpo, y al punto se dispuso a adornar su blanquísima figura. Sin cesar igualaba y fijaba el contorno de su rostro y ponía en orden los bucles cambiantes de su cabellera revuelta. Tras lavarse la cara, se cubrió con una túnica brillante y la anudó con una fíbula, cierre de su quitón. Se ungió con aceite perfumado los trenzados cabellos que, al moverse, provocaban la embriaguez de toda la tierra, a través del aire y del mar, a causa de la fragancia de largo alcance de aquel ungüento. Tenía en

[1] *Dolophrádmōn,* epíteto noniano para Afrodita (también en IV 68). Una variante de *polyphrádmōn* (V 135), que toma de Opiano, *De la pesca* IV 28, en su invocación a Afrodita.

la cabeza una diadema de muy variado ornato, en la que había engarzados muchos rubíes[2], compañeros de séquito del Amor, los cuales, al agitarse, lanzaban la llama de Cípride en brillantes centelleos. Llevaba aquella famosa joya que arrastra a los hombres al deseo y que lleva el brillante nombre de Selene, que hiere con el deseo, la piedra encantadora del hierro que engendra el amor y la piedra amorosa de la India, pues también ésta brotó en las aguas a la vez que la Espumígena, y el oscuro jacinto, todavía amado por Febo[3]. En torno a los bucles entrelazó la flor del Amor, a la que Citerea adora como a la propia rosa o la anémona, y la lleva cuando va a unirse con el hijo de Mirra[4]. Se ciñó los flancos con el cesto, al que no estaba habituada. Tenía un variegado ropaje, muy antiguo, en el que aún se veía la sangre nupcial de su pretérita virginidad, que fue derramada en una unión oculta de secretos himeneos fraternales[5], a fin de que le sir-

[2] Todas las piedras preciosas que se mencionan en la *toilette* de Hera, que se prepara para el amor, tienen virtudes afrodisíacas. La primera es el carbúnculo (o licnita, en el texto), llamado así pues se creía que brillaba en la oscuridad.

[3] Sobre las demás piedras preciosas, la primera es la «selenita», o piedra de Selene (la luna). La magnetita, el imán, que atrae además al amor. La «piedra amorosa de la India» es la perla, que también nace del mar, como Afrodita, y tiene poder erótico. El jacinto oscuro puede tratarse de un zafiro y por su nombre se relaciona con el amado de Apolo. Consúltese a este respecto alguno de los lapidarios griegos (véase OPIANO, *De la caza. De la pesca. Lapidario órfico* [trad.. M. C. CALVO DELCÁN], Madrid, Gredos, 1990).

[4] A continuación, un breve catálogo de flores, que continúa el del canto anterior (XXXI 206-208). Si el primero era de plantas aromáticas, este se centra en los perfumes propios de la cosmética femenina; la rosa y la anémona, junto al mirto o «flor del amor». El hijo de Mirra es Adonis, amado de Afrodita.

[5] Porque, al fin y al cabo, Zeus y Hera son hermanos, hijos de Crono y Rea.

viera a su marido como recuerdo de sus amores de juventud. Y como se hubiese adornado y contemplado en el espejo, Hera, corrió a través de los aires, veloz como un ala o un pensamiento[6].

Y se acercó a Zeus[7]. En cuanto el rey de los cielos, Zeus, la vio, se apoderó de él el látigo del más ardiente deseo, espoleado por el aguijón del cesto. La mirada de Zeus —que la contemplaba— quedó esclavizada y mientras la observaba bien, estas son las cosas que le decía el Crónida:

«Hera, ¿cómo es que has llegado hasta la región oriental de la tierra? ¿Qué necesidad te ha traído? ¿Por qué has llegado hasta aquí hoy? ¿Acaso sientes de nuevo envidia y quieres combatir al vinoso Baco? ¿O es que deseas defender a los indios soberbios?»

Así dijo, y Hera, la muy astuta, habló a su marido con ánimo burlón y loca de celos para persuadirle:

«Zeus padre, muy otra es la causa de mi viaje. No he llegado hasta aquí por causa de la guerra índica ni de Dioniso Mataindios, pues no me ocupo de los problemas ajenos. He venido a las salas llameantes del Oriente, cercanas al Sol, a toda prisa, pues el alado Eros, espoleado por el aguijón del deseo hacia Ródope[8], hija del Océano, junto a las aguas de Tetis, se ha desentendido de los matrimonios. El universo marcha sin rumbo, la vida carece de utilidad si las uniones conyugales no existen. Yo misma he llegado hasta

[6] «Como un ala o un pensamiento» (*hōs ei pteròn ēè nóēma*) es un giro homérico (Hom., *Od.* VII 36).

[7] Aquí comienza la *Diòs apátē* o «engaño de Zeus», una imitación del episodio correspondiente de la *Ilíada* XIV 293-344, cuyo tratamiento en Nono ha estudiado P. Kuhlmann, «Zeus in den Dionysiaka des Nonnos. Die Demontage einer epischen Götterfigur», *Rheinisches Museum für Philologie* 142 (1999) 392-417 (en esp. 412-414).

[8] Hera se inventa esta historia, involucrando en ella a Ródope, una Oceánide que aparece en el *Himno homérico a Deméter* (422).

aquí para llamarte de vuelta a casa, pues, como sabes, me llaman la patrona del Yugo[9], porque mis hijas presiden los partos que cumplen la generación».

Y a estas resonantes palabras respondió su encendido marido:

60 «Querida esposa, deja la discordia a un lado. Que se
quede mi valiente Dioniso segando la mies de la raza india
que no conoce a Baco. Adiós. Que nos reciba ahora a los
dos nuestro lecho nupcial, pues ningún deseo de otra amante
64 terrestre ni divina ha enardecido mi ánimo tanto como ese
67 ceñidor hechicero. Nunca deseé tanto a Níobe junto a la
cercana Lerna, a la hija del primigenio Foroneo. Ni tampoco
a Io, la errabunda hija de Ínaco, de rostro taurino, la cual
engendró junto al Nilo a la estirpe de Épafo y de la primige-
70 nia Ceróesa. Jamás deseé así a Táigete, hija de Atlas, de cu-
65 yo lecho brotó Lacedemón, el más antiguo gobernante de
ciudad. Nunca me poseyó tal deseo de la Pafia, por cuya
gracia planté a los Centauros depositando mi semilla en el
surco de la Tierra[10]. Tal es el dulce deseo de ti que ahora me
embarga. Ciertamente, como tú eres patrona del matrimonio

[9] Es la Hera *Zygíē* o «del yugo», pues es «patrona del matrimonio» (como traducimos en XXXI 282 y más adelante).

[10] Nueva enumeración de amoríos de Zeus, esta vez en sus propias palabras: a su primera amante mortal, Níobe, hija de Foroneo, la amó engendrando en ella a Argo o Acusilao (cf. Apolodoro, *Bibl.* II 1 1); Io huyó a Egipto tras sus amores con Zeus, allí nació Épafo. Según una versión poco conocida (Eustacio, *Comentario a Dionisio Periegeta* 803, Est. de Bizancio, *s.v. Byzantion),* Io y Zeus tuvieron también a Ceróesa («la cornuda», nacida en el Cuerno de Oro), madre del fundador de Bizancio, Bizante; Táigete, una de las Pléyades, fue tomada por Zeus mientras estaba desmayada y dio a luz a Lacedemón (Pausanias, III 1 1); y también intentó unirse a su hija Afrodita, la diosa Pafia, y engendró una raza de Centauros (lo cuenta Nono en IV 193 ss.).

y gobernante de la generación, puedes asaetear a tu marido con las flechas de Chipre.»

Tras hablar así, hizo girar en derredor sus nubes doradas a guisa de muros, y se rodeó de un velo redondeado por encima, y como hubiese fabricado esta especie de tálamo coronó entonces con un contorno su forma purpúrea, los diversos colores del arco iris. Y tuvieron Zeus y su esposa de resplandecientes brazos un refugio espontáneo para sus himeneos montaraces que se formó por sí solo a guisa de lecho improvisado.

Ya se unieron con el dulce vínculo del matrimonio encantador. La tierra abrió de par en par su seno perfumado y coronó la unión nupcial con flores amorosas. Entrelazáronse las hojas viriles con las cercanas hierbas femeninas, como si también entre las plantas se respirase deseo por el tierno amante. El azafrán cilicio floreció, germinó la zarzaparrilla y adornaron el lecho de ambos amantes los retoños de doble género; el azafrán envolvió a Zeus y la zarzaparrilla a su compañera de lecho Hera[11]. Y como muestra del agudo amor de Zeus, mediante una seña silenciosa el encantador narciso saltó sobre la anémona. Ninguno de los inmortales, ni las cercanas Ninfas ni Faetonte, que todo lo ve, ni siquiera los ojos de la mismísima Selene, de rostro taurino, pudieron observar aquella unión entre sombras, aquel lecho imperecedero, pues el refugio conyugal fue ceñido por espesas

[11] El azafrán *(krókos)* y la zarzaparrilla *([s]mîlax)* son simbólicos en la unión de Zeus y Hera. De hecho, sus personificaciones son protagonistas de una historia de amor en la que los enamorados Croco y Esmilax acaban transformados en las plantas que llevan sus nombres (Ovidio, *Met.* IV 283). Nono se refiere a ello en el canto XII. También el narciso y la anémona se entrelazan: la naturaleza se solaza a la vez que la divina pareja.

nubes. En seguida, el Sueño, compañero del cortejo de los Amores, lanzó su encantamiento contra los ojos de Zeus.

Y mientras que Zeus dormía dulcemente bajo tal hechizo entre las flores, teniendo entre sus brazos a su esposa en aquel lecho invisible, precisamente entonces fue cuando la Erinia de variadas formas, errante por los montes, tomó sus armas contra Dioniso por indicación de Hera. Así, hizo retumbar su encantamiento ante los ojos de Lieo, mientras restallaba su látigo serpentino de hondo resonar. Agitó la cabeza y los cabellos de serpiente silbaron terriblemente al moverse con funesto sonido, haciendo brotar manantiales de veneno en el monte desierto. En otros momentos se le aparecía con una imagen de rostro bestial, un león sediento de sangre que erizaba los espesos cabellos del cuello lanzándose sobre Dioniso con sus sanguinolentas fauces abiertas.

Entonces le poseyó la fuerza de la locura y perdió el entendimiento. Ártemis se percató de ello y quiso alejar de él la locura, mas desde las alturas Hera, la de hondo fragor le provocó pánico lanzándole rayos [12]. La Señora de la Caza se retiró, temerosa de su madre, pero aún así actuó como protectora de Baco en su locura y alejó de él con amenazas a sus fieras, y ciñó a sus perros cazadores con un lazo, oprimiendo sus cuellos en un nudo bien trenzado de correas, no fuera a ser que hirieran las carnes de Dioniso mientras su mente vacilaba.

Y Megera, ennegrecida en su túnica del averno, se llegó al punto a sus tinieblas haciendo brillar ante Lieo apariciones de variadas formas. Se lanzaron contra Bromio arrojados desde su cabeza abundantes chorros de veneno y centelleos aterradores. Sin cesar, desde el interior del oído, le sil-

[12] También en HOMERO Hera amenaza a Ártemis (*Il.* XXI 481 ss.).

baba el chasquido que priva de la razón de aquel látigo infernal.

Dioniso, atormentado en el interior de la floresta desierta, atravesó con paso vagabundo los montes impracticables, turbado por el aliento infernal. Y en torno a las rocas, como un toro espoleado por la locura, embestía con su cornamenta derramando un mugido salvaje que provenía de su garganta poseída por la locura. Tras dejar a un lado a Pan, Eco, la de doble sonido, mugía a su vez con voz enloquecida respondiendo como reflejo del fiero grito de Dioniso[13]. Entretanto, Baco perseguía veloz como la tormenta a raudos ciervos e hirsutos leones[14], participando en una cacería de caminos monteses. No había león lo bastante osado para acercarse a él. Un oso acobardado, como hubiese llegado a sus temibles orejas aquel sonido de origen divino, se ocultó temblando en la cavidad de una roca para huir de la locura del amenazador Lieo. Con su tirso implacable destrozó a unas largas serpientes que estaban sobre una roca y que le lamían dulcemente, y sacudió los promontorios con la punta de sus cuernos afilados, dando muerte a las tribus suplicantes de los leones inamovibles. Arrancó de raíz las encinas de la tierra ubérrima y persiguió a las Adríades[15]. Asaeteándolas con colinas enteras expulsó a las Ninfas Náyades del río, que vagaban por doquier. Las Basárides andaban también errabundas y no se juntaban con Lieo y los Sátiros horrori-

---

[13] Eco es una ninfa de los bosques amada por Pan, según una versión, o enamorada de Narciso, según otra. En ambas versiones el desamor la lleva a morir y a convertirse en el eco, condenada a repetir las últimas palabras que se dicen entre los montes (cf. Ov., *Met.* III 356 ss.).

[14] Aliteración entre los adjetivos que califican a ciervos y leones: *balías* («raudos») / *lasías* («hirsutos»).

[15] Mientras que las Náyades son ninfas de las aguas, las Adríades son divinidades de los árboles.

zados se zambullían en el mar para ocultarse de él. No se le acercaban aterrados por el peso de su amenaza, no fuera a ser que se lanzara contra ellos derramando un torrente de voces de extraño sonido y lanzando nívea espuma por la boca, señal de locura[16].

Entonces el soberbio Deríades cobró coraje y cargó contra las Bacantes, pues Dioniso estaba turbado por designio de Hera. Y era como el ponto, cuando mugiendo con el ímpetu de la rugiente tempestad, baila innavegable en éxtasis entre tormentas de vientos opuestos e inunda el aire en torrente con sus olas inconmensurables, cuando los huracanes destrozan los cabos de las popas por causa del implacable poder de las aguas, y el viento furioso, haciendo girar con su aliento la vela, envuelve el mástil encorvado ciñéndole el trapo y pone el palo de través, y entonces los marineros, angustiados, arrojan todas sus esperanzas al mar. Pues de igual suerte hostigaba el ejército índico a toda la armada báquica[17].

Y he aquí que se produjo una refriega sin orden alguno, no había entre los guerreros una contienda igualada ni un

---

[16] La descripción de la locura de Dioniso puede recordar a la de Ayante en la obra de Sófocles: el episodio de la locura de Atamante, en el comienzo del canto X de las *Dionisíacas,* también está modelado sobre Sófocles, *Ayante* 284 y ss. Aquí, como en X 30, el rugido de Dioniso, recuerda al pasaje de Sófocles. Nono parece inspirarse en el trágico en dos escenas de suicidios (como el de Orontes en XVII 262 ss.) y varias de locuras devastadoras. Atamante en el canto X y Dioniso en el presente sufren las mismas alucinaciones. También Penteo en XLVI 102 verá *phásmata poikilómorpha:* «apariciones de variadas formas», como en el v. 121.

[17] Con esta hermosa comparación, Nono se sitúa en la estela de los tres grandes épicos anteriores a él: la escena aparece en Homero *(Il.* XV 381-383) y Quinto de Esmirna (I 320-323) y el vocabulario marino es de Apolonio de Rodas. Quizá el barroquismo de Nono imprime más viveza a la tempestad.

combate par. Pues el incansable Ares del bronce bramó para mandar a los soldados de vuelta al combate tras adoptar la apariencia del campeón Modeo, insaciable en la batalla, quien gozaba más que ningún otro de la sangre sin goce, pues a él la matanza le deleitaba más que un banquete. Y en su escudo —como si fueran los anillos serpentinos de los bucles de Gorgona— tenía grabada la imagen de hermosas trenzas de Medusa y era par a Deríades, del mismo color de piel. Entonces Ares, el que reúne a los pueblos, sediento de sangre, imitó la apariencia cruel de su figura de rostro estremecedor, llevando sus trenzas retorcidas y el emblema de su escudo, se lanzó al combate y exhortó a sus guerreros. Como Baco no estuviera presente, los indios corrían intrépidos lanzando su grito de guerra como si tuvieran una sola boca. Resonó como si fueran nueve mil hombres[18] el rugido en respuesta del funesto Ares, que tenía a la errabunda Discordia como compañera de armas. Dispuso a Fobo y a Deimo como camaradas de Deríades. Y ante la deserción de Dioniso, el sueño de Zeus y la ayuda de Ares, Deríades espoleó a su armada.

Entremezcladas ya las falanges en la refriega con igual celo, todas las cohortes de Basárides fueron rodeadas por el hierro. Muchas fueron muertas en plena huida por un mismo matador, heridas por las espadas. ¡Cantad, oh Musas de Homero, quién murió, quién fue herido por la lanza de Deríades[19]! Ebíalo y Tíamis, Ormenio y Ofeltes, Críaso, hijo de Argaso, Telebes y Anteo el lictio, Tronio y Areto y el

[18] Expresión de Homero para referirse al grito de la divinidad (*Il.* V 860, XIV 148).

[19] Nueva invocación a Homero, como antes en XXV 8. En cuanto a la pregunta dirigida a las musas, es de doble inspiración: homérica, como en XXX 296 (cf. Hom., *Il.* V 703, XVI 692, etc.), y también calimaquea (cf. Calím., *Himno* IV 82).

buen lancero Moleneo y el valeroso Comarco[20]. Fueron heridos uno tras otro, armada de muertos, por la pica de Deríades, y entre los muertos había quien quedó tendido en el suelo, quien flotaba en las corrientes habiendo obtenido un hado undoso, quien fue destruido en el mar cercano y sepultado en el Nereo árabe, recién herido entre las olas por el hierro. Uno corría con pie tempestuoso a través del monte, escapando de la muerte; otro, desprendiéndose de la lanza que le atravesaba por la mitad de la espalda, se arrastró hacia el interior del bosque en pos del salvador Dioniso, que estaba ausente.

El arrogante Equelao cayó en una muerte insepulta, herido por la roca destrozahombres del descomunal Morreo. Era de Chipre y sobre su carro mular, con la rueda recién rasgada[21], tenía una figura muy parecida a la de una palmera de elevada copa. En la refriega, el tierno jovencito de cabellos sin cortar rodó, empuñando aún su antorcha, al ser golpeado en el borde de la articulación de la cadera, allí donde la naturaleza había dispuesto la cadera adaptando el eje del muslo que se unía con la carne de su misma edad[22]. Y murió mientras aún sostenía la mística antorcha encendida. Como quedase allí palpitando en el suelo, su propia antorcha le prendió fuego a la cabeza, abrasando con aquella ardiente tea los muy trenzados bucles. Y Morreo, en son de burla, le dijo estas palabras arrogantes:

---

[20] Estos soldados cretenses del ejército de Dioniso nos son desconocidos y quizá fueran personajes de algún otro poema dionisíaco anterior.

[21] La conjetura de Vian permite aclarar un pasaje de difícil interpretación en ediciones anteriores (en el verso 201, *apḗnēs,* «carro» por *hypḗnēs*, «barba», lectura transmitida por la tradición manuscrita).

[22] Imitación de una escena de las hazañas de Diomedes en HOM., *Il.* V 305-306.

«¡Muchacho, eres extraño a la que vas diciendo que es tu nodriza! ¡Mientes sobre tu estirpe chipriota, joven Equelao![23] No eres de la raza de Pigmalión, al cual proporcionó Cípride la travesía de una larga vida de muchos años[24]. No te ha protegido Ares, el marido de la Pafia; ni siquiera tu Citerea te ha concedido ciclos incontables de años renovados, ni un carro mular que no esté cojo, de suerte que pudieras huir de tu fatal destino montado en una biga que te alejara de la muerte y conduciendo el recorrido de pesadas rodillas de las mulas. ¡Que yerro el mío! ¡Claro que tienes estirpe chipriota, pues Ares te ha aniquilado igual que al hijo de Mirra, de breve destino[25]!»

Y habiendo hablado así, Morreo, el veloz lancero, cargó contra la infantería. Tras emprenderla con Bilito, el de paso rodante[26], dio muerte también a Dentis y le cortó el cuello al bailarín Erigbolo, aterrorizando con su lanza de largo alcance a los soldados frigios. Tumbó de cabeza a Sebeo con un pedregoso proyectil y tras dar caza a Acteón y a su falange de tebanos, dio muerte a Eubotes, ciudadano de la tierra de

[23] El tema de la mentira sobre la estirpe recuerda a CALÍMACO, *Himno* VI 83.

[24] Pigmalión era un rey de Chipre que se enamoró de una estatua de marfil que él mismo había esculpido. Le pidió a Afrodita una esposa como la estatua, y ésta cobró vida (OVID., *Met.* X 243 ss.). El nombre de Pigmalión es de origen semítico.

[25] Es decir, Adonis. Nueva referencia al amado de Afrodita, como la del verso 30. Nono dice que el jabalí que le dio muerte no era sino Ares, celoso y disfrazado (cf. XLI 208-211).

[26] El epíteto *eilípous* («de paso rodante») es homérico y se refiere a la forma de caminar de los bueyes (cf. HOM., *Il.* VI 424 y IX 466). En Nono, sin embargo, se usa para aludir a los que son bailarines: véase, por ejemplo, XXVIII 289 sobre el pantomimo Mimas. Por otro lado, Bilito y Dentis son desconocidos, aunque sus nombres son claramente de origen no helénico, como afirma Vian en su edición (pág. 110).

Cadmo y camarada de Acteón[27]. Y lanzando un grito, como si tuvieran una sola voz, muchas guerreros que huían del vigor inmenso de Deríades, caían resbalando en tropel, todos uncidos al mismo yugo en los hilos de la Moira, muriendo por su propia mano bajo el acero destructor y ante el ímpetu de un solo hombre. Como cayeron uno tras otro en fila, quedaron desperdigados sobre el polvo manchado de sangre Crimiso, Himaleón, Frasio, Targelo, Jaón. A estos muertos se sumó Celón, que cayó también y Cíes, que rodó muerto en su hado sanguinolento. La mortandad era indecible. La tierra sedienta se bañaba a placer en la sangre enemiga de todos los que morían bajo el hierro, recibiendo las extrañas gotas de esta lluvia belicosa.

Hubo una desbandada en la falange báquica, pues los soldados de infantería se daban ya a la fuga sin oponer resistencia, mientras que los bocados adornados con piedras preciosas de los caballos caían a tierra al huir del combate los jinetes por causa del miedo. Uno de ellos se ocultó, caminante entre los montes, en la cavidad de una roca; otro, corriendo, se metió bajo la espesa hojarasca del bosque en la colina, escondiéndose entre las ramas. Un tercero se metió en la cueva de unos leones y aún otro llegó a penetrar en la guarida de un oso indomable. Hubo incluso quien cruzó los picos de las montañas con paso montaraz, para salvarse a través de las cumbres de elevadas cimas. Una bacante pasó junto al cubil de una fiera recién parida, cruzando con sandalia trémula las rocas, pues no ansiaba ocupar la guarida de una leona, sino que alcanzó la morada de unos ciervos impotentes y de costum-

[27] El contingente tebano, a las órdenes de Acteón (cf. canto XIII 53 ss.), es también atacado. Tampoco se sabe nada de Sebeo ni de Eubotes, aunque sus nombres, como los siguientes, son ya griegos (algunos atestiguados): Crimiso (río de Sicilia), Himaleón, Frasio (adivino chipriota en Apolod., *Bibl.*, II 5, 11), Targelo, Jaón, Celón y Cíes.

bres cobardes. Y ello porque la bacante había tornado su antiguo ánimo de corazón de leona en corazón de ciervo. Uno de los Sátiros de pies de tormenta corría sin sandalias con paso temeroso, semejante a las brisas inquietas, pues escapaba de la pesada amenaza de Deríades, enemigo de los dioses. También el viejo Sileno huía errante por los montes. A menudo se caía al suelo llenándose la cara de polvo y tropezaba en su carrera de pesadas rodillas con sus piernas renqueantes, volviendo a levantar de nuevo su cuerpo peludo. Y en vez de combatir se ocultaba en las colinas pues por necesidad había abandonado la lanza del evohé, el tirso cantor, a las tempestades ignorantes de la guerra y por muy poco pudo escapar de la lanza de Morreo, el de hermoso yelmo.

Con pie dubitante se retiró contra su voluntad Erecteo, volviendo a menudo su mirada de hermoso contorno hacia atrás, pues se avergonzaba ante su Atenea, protectora de su ciudad y diosa firme en la batalla. A regañadientes también Aristeo rehusó el combate báquico de las Ménades, ya que una flecha se le había clavado en el hombro izquierdo. Meliseo, herido en la parte izquierda de su pecho, desertó de la armada de los Coribantes de audaces lanzas, pues tenía rasgado el pezón por un dardo eritreo. Y los terribles Cíclopes, que no conocen la vergüenza, se dieron a la fuga aterrorizados con paso veloz por el miedo. Junto a ellos huyó también Fauno, retirándose sin turbarse de la guerra india. Tras sembrar el pánico y arrastrar a él a todo su ejército de falanges de hermosa cornamenta, Pan de Parrasia se retiró huidizo y fue a ocultarse con pasos sigilosos al bosque umbrío para que no le viera la inquieta Eco en su huida por los montes y fuera a burlarse de él llamándole cobarde a voces[28].

---

[28] La huida es generalizada entre todos los caudillos del ejército de Dioniso: Erecteo (cf. nota a XXVII 112), Meliseo (XXVIII 305), Fauno,

En aquel momento, todos los caudillos huyeron en desbandada. Tan sólo Éaco permaneció firme en su lugar: pero necesitaba en el combate al invencible Dioniso, que no estaba con él. Y sin embargo, permaneció firme en su posición. Las Ninfas Náyades se ocultaron pasando de los montes a los palacios de las profundidades. Unas marcharon como compañeras de las Ninfas del Hidaspes; otras fueron acogidas en su exilio en las corrientes de cercano curso del Indo y fueron compañeras de las otras Hidríades en el río; y otras se pudieron limpiar de la sangre recién derramada en el Ganges. A éstas, que acudían en tropel y gran número a las submarinas moradas, las acogió una Náyade de pies de plata, junto a las puertas hospitalarias, en las salas de la undosa cámara virginal. Otras Hamadríades se escondieron bajo umbríos sarmientos, sumergiéndose en los costados abiertos de las encinas[29]. Y muchas Basárides, junto a los manantiales que engendran la humedad, lloraban copiosamente al lado de una roca. Y con el licor recién derramado de sus lágrimas por su rostro doloroso rebullía toda una fuente de profundo regazo[30], que se llenaba a rebosar, mientras lamentaban el hondo dolor de Dioniso, el nunca doliente.

---

los Cíclopes y Pan Parrasio (cf. XXIII 151). Sólo Éaco resiste (cf. XIII 201 ss.; XXII, 285 ss., XXVII 79, etc.).

[29] Las Náyades o Hidríades, ninfas de las aguas, se diferencian aquí de las Hamadríades. Las primeras son divinidades de los manatiales, mientras que las Hamadríades encarnan a los árboles que habitan y cuyo destino comparten (como el triste destino de la Hamadríade de II 92 ss.).

[30] La fuente de lágrimas es metáfora frecuente en Nono, cf. D. GIGLI PICCARDI, *Metafora e poetica...*, pág. 88.

CANTO XXXIII

SUMARIO

—Locura de Dioniso, vv. 1-3: la Gracia Pasitea pide ayuda a Afrodita y va en busca de Eros, vv. 4-63.
—Juego del *kóttabos* entre Eros e Himeneo, vv. 64-104
—Áglea pide a Eros que socorra a su madre Afrodita, vv. 105-113.
—Eros responde y parte veloz a su encuentro, vv. 114-142.
—Afrodita recibe a Eros y le convence para que enamore a Morreo de Calcomede, vv. 143-179.
—Enamoramiento de Morreo, vv. 180-316: Eros lanza su flecha, efectos físicos del amor, vv. 180-200. Calcomede consigue evitar a Morreo, vv. 201-232. Quejas y penas nocturnas de amor de Morreo, vv. 233-316.
—Calcomede lamenta su infortunio y piensa arrojarse al mar, vv. 317-345.
—Tetis se le aparece para evitar su suicidio, vv. 346-387.

EN EL TRIGÉSIMO TERCERO EL IMPETUOSO AMOR DOMEÑA A MORREO, INFLAMÁNDOLE POR LA BELLEZA DE CALCOMEDE

Pero mientras él[1], llevado por el ímpetu errabundo de sus pasos, se arrastraba con pesadas rodillas semejante a un toro de hermosa cornamenta, iba derramando un aliento funesto, pues estaba fuera de sí a causa de la ola de locura.

Una Gracia de veloz sandalia iba recogiendo en el jardín Eritreo las fragantes plantas del cañaveral, a fin de mezclar el fruto líquido del olivo asirio con las flores índicas dentro de las calderas de Pafos, que respiran fuego, y así fabricar un perfume para su soberana. Y al tiempo que segaba las más variadas hierbas llenas de rocío, inspeccionaba todo el lugar. Y en la cercana floresta, como hubiera contemplado la locura de su padre Lieo[2], lloró desconsolada en su afectuosa desazón y se arañó las mejillas con uñas luctuosas. Observaba también a los Sátiros agazapados ante la batalla.

[1] Dioniso.

[2] En Nono, Dioniso es padre de las Gracias, que la tradición considera hijas de Zeus y Eurínome (cf. Hes., *Teog.* 64, 907 ss.). En Hesíodo son tres, Eufrósine, Talía y Áglae (v. 57), pero en tiempos de Nono, como vemos, se han multiplicado: ésta es Pasitea.

Reconoció a Codone y a Gigarto[3], de breve destino, tumbadas allí mismo sobre el polvo sin sepultura, y compadeció a Calcomede, que escapaba con sandalia tempestuosa de la caza del enloquecido Morreo. Sintió envidia por causa de la muchacha de rosada faz, no fuera a superar alguna vez a la resplandeciente Afrodita.

Afligida volvió a subir al Olimpo y en un doliente silencio ocultó su dolor por su padre Lieo. La palidez alteraba la flor de sus mejillas hermosamente torneadas y disminuía el brillante resplandor de su rostro.

Y Cípride la Adonia le dijo a la cabizbaja muchacha las siguientes palabras pronunciadas como consuelo, cuando percibió el dolor del rostro de Pasitea, que anunciaba su silencio:

«Querida muchacha, ¿qué sufrimiento ha mutado tu hermosura?[4]. Doncella, ¿cómo es que has alterado tu rubicunda hermosura? ¿Quién extinguió el rayo primaveral de tu rostro? ¿Ya no reluce el resplandor plateado en tus miembros? ¿Ya no ríen tus ojos como antaño? Ea, cuéntame tus cuitas. ¿Acaso te atormenta mi hijo? ¿Amas a algún pastor junto a su monte flechado por el deseo, como le sucedió a Selene[5]? ¿O es que Eros te ha fustigado con su cesto también a ti, después de hacerlo con el Alba? Yo sé por qué han palidecido tus mejillas. Porque el Sueño errabundo, sombrío novio, te pretende como esposa. Mas no te ha de

[3] Ménades muertas por Morreo en XXX 213 y 222 (cf. nota a XXX 192). Tras el episodio del «engaño de Zeus» y la locura de Dioniso, se recupera el personaje de Morreo, que será protagonista de una historia de desamor con una Ménade, Calcomede.

[4] Expresión idéntica a la que usa Dioniso al comienzo de su discurso de consuelo a Mete por la muerte de Estáfilo (XVIII 340).

[5] Selene se enamoró de Endimión, un pastor, y por obra de Zeus quedó dormido para siempre y eternamente joven para que Selene-la Luna pudiese estar siempre junto a él (Apolonio de Rodas, IV 57).

forzar en contra de tu voluntad. No uniré al Sueño, marido de oscura piel, con la blanquísima Pasitea[6].»

Y tras hablar así, la Gracia lloró y le contestó con estas razones:

«¡Oh madre de los Amores, tú que siembras la vida en el universo eterno! No hay ningún pastor que me persiga, ni siquiera el atrevido deseo del Sueño. No me sucede lo que al Alba, enferma de amores, ni a la Luna, sino que me angustia el dolor errabundo de Lieo, mi padre, aterrorizado por la Erinia. Defiende, si es que puedes, a tu hermano Dioniso.»

Así dijo y le habló a su reina acerca de todo el dolor de su padre, las innúmeras falanges de Basárides que había exterminado Morreo y todo el cobarde ejército de los Sátiros. Le contó también acerca del látigo demoníaco que había azotado a Dioniso y sobre Gigarto la infortunada, que aún estaba palpitando sobre la llanura. Le dijo, en fin, que Codone yacía muerta a deshora. Y avergonzada le descubrió el dolor y la belleza de Calcomede.

Como hubiese transformado el rosáceo resplandor de su rostro, Afrodita, amante y risueña, puso a un lado su habitual sonrisa. Y ordenó a su mensajera Aglaya que convocara a su hijo, el impetuoso Eros, que vuela por aéreos caminos y gobierna la generación de la raza humana.

Y la Gracia puso los pies en movimiento y observó dirigiendo su rostro hacia todas partes el cielo y la tierra, por si en algún lugar pudiera hallar la faz de Eros[7], el que nunca se detiene, pues agita sus alas por doquier, rodeando los cuatro rincones del mundo.

---

[6] Iris, disfrazada de la Noche, ha prometido en XXXI 124 ss. al Sueño que tendrá el amor de Pasitea, a quien ama, como recompensa por su ayuda a Hera.

[7] Esta búsqueda de Eros recuerda a Apolonio de Rodas III 113, donde se le busca para que fleche a Medea.

Así lo encontró en el dorado promontorio del Olimpo, mientras lanzaba nectáreas gotas en las copas. Junto a él se hallaba un dulce muchacho, su compañero de juegos y gracias, Himeneo, el de hermosa cabellera[8]. Llevaba consigo la esfera circular, sabio trabajo de su madre Urania, de elevados pensamientos, conocedora del curso de los astros, y lo había designado como premio por la victoria. Tenía una imagen que reflejaba la forma adornada de Argo[9]. Y el alado Eros, tras alzar el collar materno de hermoso contorno, el de su marina Afrodita, lo dispuso a su vez como premio, una pieza resplandeciente y muy bien trabajada. Ahí había además, en medio del juego, un caldero de plata que tenía una imagen en madera de Hebe, la escanciadora, como blanco en el medio. Y el encantador Ganimedes, dispensador de vino del Crónida, estaba presente en el juego como árbitro. En las manos portaba la corona. Echaron a suerte las tiradas que gustan del vino sin mezclar, poniendo los dedos de las manos de tal o cual manera[10]: unos los sacaban tras ponerlos rectos, otros los apretaban contra la muñeca de la mano en estrecho vínculo. Y entre los dos se daba esta encantadora disputa.

---

[8] Para este Himeneo niño, hijo de la Musa Urania (uno de los dos que aparecen en Nono), véase XXIX 19 y nota *ad loc.*

[9] Se entiende que la esfera estaba cubierta de «ojos» brillantes, tal y como el gigante Argo, guardián de Io al que dio muerte Hermes. Hera, en pago a su servicio, trasladó sus ojos después de muerto a la cola del ave que le es propia, el pavo real.

[10] Se trata del *kóttabos,* un juego de la Grecia antigua que consistía en acertar con vino dentro de un cuenco o caldero de metal. Curiosamente, aquí se trata de lanzar néctar, al tratarse de dioses. La manera en la que Eros e Himeneo disputan quién va a tirar primero, sin embargo, recuerda al «juego de chinos» de nuestra infancia. Sobre el particular, véase J. F. SCHULZE, «Eros und Hymenaios bei Kottabosspiel», *WZ Halle* 18 (1969), 223-226.

Primero le tocó en suerte a Himeneo, el de suave cabellera, apoderarse de la copa, y enviando por los aires la gota voladora de néctar, la arrojó por encima del caldero. Mas entonces no hizo su plegaria a su madre la Musa, sino que, arrojado desde la copa, el licor fue volando por entre los aires. Mas, como se desviara hacia un lado la tirada con impulso saltarín, fue arrastrada en círculo en torno al rostro de la imagen, y golpeó la parte superior de la cabeza sin hacer ruido ni rumor. A continuación, Eros, el de variadas astucias, tomó de manera experta la preciosa copa y rezó a su Ciprogenia ocultamente en su corazón. Y tras tender su mirada certera, arrojó al blanco el líquido como una flecha desde lejos. El licor de la nectárea bebida, girando sobre sí mismo, fue derecho hacia el blanco y sin desviarse sobre la cabeza de la estatuilla desde los aires chocó con su frente produciendo un sonido de hondo clamor. Sonó la elegante estatua y el caldero de oro se hizo eco de aquel sonido de victoria para el hijo de la Ciprogenia. Y Ganimedes, riendo, le entregó la suave corona a Eros. Velozmente tomó el adornado collar y elevó en sus manos la esfera, pues empuñaba un doble premio por aquella competición de hermosos licores. Brincando sobre los pies y haciendo cabriolas sobre la cabeza danzaba el osado Eros con gran regocijo. A menudo trataba de que su afligido rival se quitase las manos de la cara.

Entonces Aglaya se le acercó y tomó en las manos los premios del soberano que encanta el corazón. Hizo una seña al muchacho aparte para que acudiera y con su silencio como testigo le dijo al oído a Eros estas palabras de ambiguo sentido de parte de su astuta soberana:

«¡Oh tú que todo lo puedes, indomable, dispensador de vida, antiguo como el cosmos! Date prisa, pues Citerea está en apuros y ninguno de sus servidores se ha quedado junto a

ella en semejante trance: huyó la Gracia, la Persuasión se ha marchado y el inestable Deseo ha desertado. Me envió a mi tan sólo para buscarte, pues necesita tu invencible aljaba.»

Y tras hablar así, Eros le preguntó para enterarse de todo. Porque todos los jóvenes cuando escuchan el comienzo de una historia sin terminar tienen prisa por conocer el final. Y desató desde su boca una voz que gritaba sin rienda:

«¿Quién ha hecho daño a mi Pafia? Dímelo, para que tome mis armas y combata contra todos. Por mi madre en apuros tensaré mi cuerda que todo lo puede incluso contra el Cronión y, de nuevo, tras disparar mi dardo, le convertiré en pájaro robalechos, águila de amores o acaso en toro navegante de las aguas del mar. Y si fuera Palas quien la turba o la fuerza el dios que cojea en círculos[11], prendiéndole fuego a la antorcha portadora de resplandor de la lámpara de Cécrope, combatiré contra ambos, Hefesto y Atenea; y si acaso la Arquera, la diosa flechadora de liebres, le arrastra a la cólera, desenvainando la espada olímpica y ardiente de Orión, habré de herir a Ártemis y expulsarla fuera del cielo, elevando con mis alas al hijo de Maya como mi compañero de labores, y que llame en vano a la insignificante Persuasión para que le auxilie[12]. Tras dejar de lado los dardos y el ardiente nudo de mi carcaj, habré de azotar a Febo, que así

---

[11] *Amphigyéeis*, es decir, el epíteto del «cojo» Hefesto. Para la historia de la lámpara de Cécrope, véase la nota a XXVII 112.

[12] El gigante Orión trató de violar a Ártemis, la arquera, quien le envió un escorpión que lo mató. Desde entonces, transformados en constelaciones, Orión huye aún del Escorpión (hay otras versiones sobre la historia de este gigante, cf. Partenio de Nicea, *Sufrimientos de amor* 20). Por otra parte, el hijo de Maya es Hermes y Persuasión *(Peithṓ)* es una divinidad que acompaña a Afrodita en su cortejo. En Nono es esposa de Hermes (V 574).

lo quiere, con ramas de laurel[13], apresándolo con un nudo de jacinto parlante. No temo la fuerza de Enialio, ni me costará mucho fustigar a Ares cuando esté atrapado por el dulce cesto. Y desde los cielos hasta Pafos derramaré a los luceros gemelos para que sirvan a mi madre, pues le llevaré como criados al propio Faetonte con su Clímene y a Selene con su Endimión para que todos sepan que yo lo domino todo[14].»

Así habló y haciendo girar los pies de certeros caminos por las cimas adelantó a Aglaya con el silbido doble de sus alas y se llegó hasta la morada de la necesitada Afrodita.

Estrechándole en su regazo con calmado rostro, abrazó al muchacho la diosa extendiendo sus brazos gozosos y levantándole en sus rodillas como amada carga. Besó en los ojos y en la boca al niño sentado. Tocando su arco que encanta el corazón y palpando a la vez su carcaj, como si respirase cólera, le dijo estas palabras con intención embaucadora:

«Hijo mío, olvidaste a Faetonte y a Citerea. Ya no persigue Pasifae los lechos mugientes. El Sol se burla de mí y la estirpe de Astris toma las armas, pues su hijo, el guerreador Deríades, viene a destruir a las Basárides y al hembriloco Dioniso, y a conducir a los Sátiros de Bromio, golpeados por el deseo. Esto es lo que más me atormenta, que, en forma mortal, es Ares el que incita al combate teniendo como

[13] Doble alusión a los tristes amores de Apolo: en primer lugar Dafne, que en griego es laurel, en recuerdo de la célebre historia de desamor de Apolo y la ninfa Dafne, transformada en laurel al huir del dios (cf. Ovid., *Met.* I 452 ss., Part. de Nicea, *Sufr. de amor* 14). En segundo lugar, Jacinto, muerto por el celoso viento, que volvió contra él el disco con el que jugaba (cf. Ovid., *Met.* X 162-219).

[14] Clímene y Endimión son los amados de Helio-el Sol y Selene-la Luna: Clímene engendró a Faetonte, sólo que, en Nono, Faetonte equivale casi siempre a Helio-el Sol. Por eso se da aquí una aparente contradicción. Para Endimión, cf. nota al verso 35.

compañera de armas a Enío y habiendo olvidado su antiguo amor por Afrodita; ha vestido la armadura contra Dioniso a una señal de Hera y acompaña en su expedición al rey de los indios. Vamos, defiende tú a Dioniso en el combate, como Ares hace con Deríades. Si el tiene una lanza, tú posees un arco más poderoso, ante el cual hincan la rodilla el altísimo Zeus, el impetuoso Ares y el legislador Hermes. Incluso Apolo, ilustre arquero, tiene miedo de tu arco. Si concedes esta gracia a tu Espumígena, querido niño, lucha al lado de las Basárides y de nuestro Dioniso. Ea, corre inalcanzable hasta la región oriental de la tierra, hasta la llanura india, allí donde hay una cierta servidora de Lieo entre las Bacantes, superior a sus coetáneas, de nombre Calcomede, amante de su virginidad —y es que, si vieras a Calcomede y a Cípride en el Líbano no podrías, querido niño, distinguir cuál es Afrodita—. Corre pues hacia allá y auxilia a Dioniso, flechando a Morreo por la belleza de Calcomede. Yo misma te pondré en las manos una recompensa digna de tu maestría con el arco, una corona lemnia de hermosa factura, semejante a los rayos del ardiente sol. Tú sólo blande tu dulce dardo y concédele esta gracia doble a Cípride y a Dioniso. Honra por partida doble al ave compañera del cortejo de los Amores, que es tuya tanto como mía, y es heraldo de gozo e himeneos de por vida.»

Así dijo la diosa. Y el alocado Eros se revolvió en el regazo de su madre, empuñó su arco y en torno al pequeño hombro se colgó su carcaj que todo lo puede. Voló alado por el éter y circundando Cerne[15] con sus alas ligeras en frente de los rayos de la Aurora revoloteó sonriendo porque

[15] Cerne es una isla legendaria donde habitaba la Aurora, situada al Oriente (cf. Plinio, *Hist. Nat.* VI 198). Aparece también en XXXVI 6 y otros lugares.

tamaño auriga de carros celestes hubiera de ser abrasado por dardos tan pequeños. El resplandor de los Amores había derrotado al resplandor del Sol. Y corriendo veloz en medio de la armada índica apoyó su arco en el cuello de Calcomede y apuntando su dardo alrededor de los contornos de sus rosadas mejillas, disparó al corazón de Morreo. Después, como si nadase en su camino mientras se impulsaba con sus alas de doble ímpetu, subió de nuevo hasta los confines estrellados de su padre, abandonando al indio atravesado por la saeta de fuego.

Y ya Morreo, enfermo de amores, iba de aquí para allá todo el tiempo, espoleado por el dardo del deseo, hasta donde estuviera la doncella. Llevaba una espada dulcísima, blandía una cuidadosa lanza y su osado ánimo era fustigado por el cesto encantador. Extendió su mirada loca por amor en su derredor y a una seña de Cípride arrastraba su vista implacable.

Pero la muchacha, maquinando astutamente, engañó al capitán de los indios y como si le correspondiera en su amor, fingió una embustera imitación del deseo. Morreo tocaba ya el cielo, llevado por su esperanza vana. Pues en su corazón creía que también la muchacha tenía clavado el dardo de amores. ¡Qué vanidoso! Buscaba enamorar a una doncella en su sano juicio con ese cuerpo tan negro y no se acordó de su apariencia[16]. Y la niña, que reía en sus juguetonas argucias dejándose entrever, se burlaba del desdichado en amores y hablaba a su enemigo[17] acerca de las rodillas veloces de la ninfa sin desposar y de cómo una vez escapó de Febo, veloz como acompañante del viento del

[16] Nótense, de nuevo, los curiosos prejucios raciales del poeta (cf. XXVI 341).

[17] Usamos la conjetura de Falkenburg y Ludwich para la traducción. Keydell señala, en cambio, una laguna en su edición del texto.

Norte, y cómo plantó su pie junto a la húmeda corriente del río que se extendía ante ella, el Orontes de anchuroso caudal, cuando la tierra, tras abrirse junto a la boca de un lago de abundantes aguas, recibió en su seno compasivo a la niña en apuros[18].

Y ante estas palabras de ella saltó de gozo Morreo. Una cosa tan solo le torturaba, que el dios Apolo nunca pudo alcanzar a la perseguida Dafne y nunca pudo deshonrarla. Llamaba a Febo «torpe» y reprochaba a la Tierra porque había escondido a la doncella inexperta en himeneos. Y es que él temblaba con dulce comezón de fuego, no fuera a ser que también Calcomede, amante de su virginidad, fuera a salir corriendo, como Dafne, al verlo y la persecución fuese en vano, pues le angustiaba que su deseo quedase insatisfecho, como le ocurrió a Apolo.

Mas cuando la noche se extendió y puso la guerra a dormir, Calcomede marchó al bosque solitario en las cumbres para rastrear las huellas de Dioniso, cuya mente estaba turbada. No llevaba entonces los tambores[19] ni los címbalos de Rea para entonar el evohé y celebrar los misterios de Lieo, el que no duerme, sino que, cabizbaja y sin participar en la danza, tenía sellados con un insólito silencio los labios nunca antes silenciosos, pues sabía de la enfermedad de Dioniso el Salvador.

Con pies dubitantes marchó Morreo a duras penas, lentamente, volviendo la vista atrás[20] hacia la muchacha espoleado en su ánimo y reprochándole a Faetonte por su veloz curso. Tenía en su mente como compañera de cortejo a Cal-

---

[18] Calcomede le recuerda pícara a Morreo algunas historias de amor fallido, como la de Dafne, la «ninfa sin desposar».

[19] De nuevo, traducimos así los *rhóptra* rituales.

[20] La expresión es homérica y aparece también en XXXII 266 (cf. Hom., *Il.* VI 494 ss. a propósito de Héctor).

comede, a la que seguía, y angustiado vomitó una voz afeminada con discursos chipriotas, pues se agitaba en su corazón la flecha de los amores nocturnos.

«Malditos seáis, arco y flechas de Ares, pues otro dardo, el del deseo, me hace violencia. Maldito seas, carcaj. El cesto en bandolera venció a mi escudo de piel de buey y a su cinta. Ya no habré de armar esta mano guerrera contra las Basárides, sino que, tras abandonar a los dioses patrios, el agua y la tierra, consagraré un altar en honor de Cípride y Dioniso, arrojando la lanza broncínea de Enialio y Atenea. Y no me podré armar con el fuego, pues es el fuego de los Amores el que extinguió la antorcha del débil Enialio[21]. Otro fuego más ardiente me consume. Ojalá yo mismo fuera un Sátiro hembriloco, de suerte que pudiera danzar en medio de las Basárides, y que, apoyándome con la mano en su hombro, pudiera estrechar el nudo del amor en torno al cuello de Calcomede. [***][22]. Que Dioniso arrastre como esclavo a Deríades hasta Frigia bajo el yugo de la servidumbre y que me reciba la opulenta Meonia, en vez de mi patria, como habitante. Quiero poseer el Tmolo en vez del Cáucaso y tras despreciar mi nombre indio primigenio, seré llamado lidio, inclinando mi cuello ante Dioniso como esclavo del amor. Que me lleve el Pactolo, ¿qué me importa ya mi patrio Hidaspes?[23]. Que me posea la dulce morada de Calcomede, pues en la guerra Cípride y Baco, con sendos dardos, han alcanzado a los yernos de Deríades, de forma que alguien podría decir:

---

[21] Enialio es un epíteto de Ares, dios de la guerra (cf. HOM., *Il.* II 651, VII 166).

[22] Keydell indica una laguna en su edición (t. II, pág. 153).

[23] El Tmolo es un monte de Lidia y el Pactolo es un río, también en Asia Menor, donde Morreo ansía habitar con los siervos de Dioniso, en vez de estar junto a su Cáucaso (Hindu-Kush) y su Hidaspes natal.

Si el tirso dio muerte a Orontes
El cesto alcanzó a Morreo.»

Tales eran sus lamentos. Se deshacía en su penar muy resonante al recordar a Calcomede. Pues en la oscuridad siempre son más ardientes los destellos del amor y es que, tras surgir de un impulso sombrío y espontáneo, el silencioso cono de la oscuridad sin nubes se tiñó de negro y cubrió todas las cosas con una sola y terrible quietud. Nadie había que arrastrara sus pasos como caminante por la ciudad india, ninguna hilandera[24] se daba a su acostumbrada arte, ni junto a la lámpara amante del telar giraba en sus manos el huso en movimiento espiral sobre sí mismo, y tampoco tendía con impulso danzante la inquieta madeja. No, sino que, cabizbaja, dormía pesadamente la laboriosa mujer junto a la lámpara amante de la vigilia. Y una serpiente que reptaba en silencio estaba allí mismo, donde había caído. Enrollando una y otra vez la cola sobre la cabeza, contrajo hacia atrás su soñolienta espina sobre el vientre. Había también un elefante de enormes patas junto al bosque cercano que dormitaba de pie entre sueños, el lomo apoyado contra un árbol.

En ese momento, solo, insomne, arrebatado y en silencio se arrastraba Morreo. Sufría de angustia con pasos que siempre volvían una y otra vez sobre sí mismos, tras abandonar a Quirobia durmiendo sola en su alcoba. Y como hubiese oído la narración de un cierto sabio antiguo, una vez que había guerreado contra los cilicios en las proximidades del Tauro, era sabedor del dardo inspirado de los amores astrales, y así contempló por los espacios celestes que se extienden al abierto al novio de Europa, ese toro del Olimpo. Como dirigiera su mirada que vagaba por todas partes al

[24] Reminiscencia de Hom., *Il.* XII 433.

tendón del eje, pudo observar a Calisto y el recorrido del Carro[25] que nunca se detiene, y percibió también que la fémina recibía a una compañera de lecho también femenina, al haberse transformado en una híbrida figura en imitación de la Flechadora, con miembros irreconocibles. Al pasar por Tauro observó a Mirtilo, al Auriga de ardiente aliento, pues había asistido en un matrimonio, en la carrera por Hipodamia, y había fabricado con cera la reproducción exacta de una rueda, de suerte que Pélope obtuviera sus bodas[26]. Y al lado de Casiopea pudo ver al águila de luengas alas, amante de Egina[27], y quiso para sí una estratagema semejante, de forma que también él pudiera desatar el lazo de la virginidad de Calcomede, doncella ajena al matrimonio, y pronunció estas palabras con la vigilia en la mirada:

«He oído que Zeus, el que gobierna en las alturas, desposó a la muchacha Antíope bajo la engañosa apariencia de un Sátiro, al cual era idéntico, en los amoríos disfrazados

---

[25] Se trata, por supuesto, de la Osa Mayor. El recorrido del insomne Morreo por las constelaciones parte de Tauro hasta llegar a Casiopea y está plagado de enseñanzas mitológicas sobre el amor. Hay una alusión a un mito según el cual Zeus se transformó en Ártemis para unirse con Calisto, con una referencia a la constelación de Sagitario.

[26] Referencia al mito de Pélope e Hipodamia. Enomao, rey de Pisa y padre de Hipodamia, había establecido una carrera de caballos para librarse de los pretendientes de su hija, que tenía como premio su mano. Sin embargo, todos perecían al competir con él, pues su padre Ares le había regalado unos caballos divinos (cf. PÍNDARO *Ol.* I 109 ss.). Mirtilo, auriga de Enomao, le traicionó y sustituyó el eje de su carro por uno de cera. De nuevo hay una alusión astrológica, pues Mirtilo fue elevado a las estrellas cuando murió a manos de Pélope, transformándose en la constelación del Auriga.

[27] Zeus raptó a Egina, hija del río Asopo, en forma de águila. Se unió a ella en la isla de Enone (que en adelante fue llamada Egina) y tuvo a Éaco (cf. PAUSANIAS, I 5 1). Por otro lado, Casiopea es la madre de Andrómeda (cf. nota a XXV 123).

de unas bodas danzarinas. Tal es el disfraz que deseo yo también, para poder danzar llegando de incógnito al campamento los Sátiros de hermosa cornamenta, de suerte que pueda conseguir al fin el lecho de Calcomede, amante del vino sin mezclar. Ya lo sé, Citerea, ya sé el porqué de tu enojo con los hijos de los indios. Tus saetas los persiguen porque son vecinos del Sol[28]. No has borrado de tu memoria el momento en que te humilló en la red que te atrapaba. Pero Faetonte no me engendró. Entonces, ¿por qué me persigues, Afrodita? No me dio a luz Pasifae, la que admira a los toros, ni de Ariadna soy hermano. Decidlo vosotras, piedras, con vuestra voz rocosa. Deseo a Calcomede y ella me rehúsa. ¡Maldito carcaj! ¡Maldito arco ensangrentado y flechas veloces como el viento! Ares no me ha salvado del ataque de Afrodita. Eros me ha destruido, a mí, a quien ni siquiera el poderoso Baco pudo dar muerte.»

En vano decía tales cosas Morreo, enfermo de amores, durante la noche. Y tampoco le hizo dormir el ala del dulce sueño, que extravía la mente, a Calcomede, pues albergaba un deseo de morir, al temer que Morreo, en su locura, fuera a arrastrarla al yugo de unos himeneos forzados mientras Baco no estaba presente. Volvió sus pasos nocturnos hacia el mar Eritreo y le dijo a las olas sordas:

«Melis, te considero dichosa, pues una vez tú, ignorante de los amores, arrojaste tu cuerpo al mar de una voltereta voluntaria para salvarte del lecho del hembriloco Damnameneo. Estimo dichoso tu hado amante de la virginidad, ya que Afrodita, la hija del mar, armó en contra de ti al novio enloquecido por tu aguijón. Y la mar te protegió, aunque

[28] Afrodita tiene una querella permanente con el Sol desde que éste descubrió su adulterio con Ares (cf. Homero, *Od.* VIII 266 ss.), y se vengó de él a través de sus hijos, como Pasifae, madre de Ariadna, que se enamoró de un toro y dio a luz al Minotauro.

fuera madre de la Pafia. Tuviste una muerte entre las olas rompientes conservando aún tu doncellez. Ay, ojalá el agua del mar pudiera cubrir también a Calcomede, que tanto lo quiere, mientras aún desconoce el lecho del deseoso Morreo, de forma que yo pueda ser llamada la nueva Britomartis, que rehuye las bodas. Una vez, en efecto, el ponto la acogió en su seno y la devolvió a la tierra otra vez, para evitarle los amores chipriotas de Minos[29]. No me asusta el dios que sacude la tierra, loco de amores, como le ocurrió a Asteria, amante de su doncellez, a la que persiguió en el ponto haciéndola vagar por todas partes, hasta que, tras cabalgar sin cesar como compañera de camino de las brisas alternas, Apolo pudo anclarla firmemente entre las olas. ¡Acógeme, acógeme a mí en tu regazo hospitalario! ¡Protege a Calcomede como hiciste con Melis! Acoge a esta nueva Britomartis, que rehúsa los matrimonios. Y así podré huir de Morreo y de tu Afrodita. Ten piedad de Calcomede, mar salvador de doncellas.»

Y hablando de tal forma divagaba su mente junto al cercano ponto. Se hubiera arrojado de cabeza a las olas del

[29] Calcomede invoca a una serie de vírgenes famosas que prefirieron la muerte a perder su doncellez: de la historia de Melis no sabemos nada (su nombre recuerda a la región de Málide), aunque puede ser un mito cretense, pues Damnameneo es un personaje citado entre los Dáctilos del Ida (por Helánico, 1a, 4, fr. 89, escolio a Apolonio de Rodas I 1129; *Himno a los Dáctilos del Ida* 19; Estrab. X 3 22). Britomartis es una ninfa cretense de Ártemis de quien se enamoró Minos (Calím., *Himnos* III 189 ss.). Britomartis escapó arrojándose a las aguas, pero fue rescatada por las redes de unos pescadores, por lo que se la apodó Dictina («la de la red»). Otra versión la hace inventora de las redes. En cuanto a Asteria, es hija de Ceo y Febe (Hes., *Teog.* 409 ss.): transformada en codorniz para huir del deseo de Zeus (Poseidón, según Nono), se arrojó al mar y vagó errante hasta que Apolo la fijó en su actual localización. Se llamó primero isla de las codornices (Ortigia), y más tarde fue conocida como Delos (Calím., *Himnos* IV 37 ss.).

mar, pero Tetis le ayudó para congraciarse con Dioniso, y tras metamorfosear su cuerpo se presentó ante Calcomede. Bajo la apariencia de una bacante díjole estas palabras de consuelo:

«Sé valiente, Calcomede, no temas el lecho de Morreo. Tienes en mí el ave propicia para tu virginidad intacta[30], que servirá de testigo de tus lechos sin desposar. Soy Tetis[31], la que rehuye el matrimonio, como tú. Yo también soy —como Calcomede— amante de mi doncellez. Desde los cielos Zeus padre me persiguió, pues deseaba arrastrarme a una unión con él. Y así hubiera hecho de no ser por el viejo Prometeo, que atajó su deseo al profetizar que engendraría un hijo más poderoso que el Cronión, no fuera a ser que el hijo de Tetis atentara alguna vez contra su padre y expulsara al Crónida del cielo tal y como Zeus, el que gobierna en las alturas, hizo con Crono. Sé astuta y portadora de vida, pues si te das muerte de forma suicida sin haber aprendido el matrimonio sin consumar, el indio implacable destruirá todas las tropas de las Basárides. Vamos, engáñale y salvarás de la muerte a tu ejército, que ya huye ante el azote que sufre Dioniso, fingiendo un falso deseo de amor. Y si Morreo te arrastra a su lecho y rehúsas el himeneo, no necesitarás defensa contra Cípride, pues tienes como baluarte a la enorme serpiente que ciñe tu túnica y que te salvará. Tomando tu serpiente Dioniso después de la guerra con los indios, la fijará en el círculo brillante de los astros y no cesará de proclamar tu doncellez intacta cerca de su corona porta-

---

[30] La expresión recuerda a CALÍM., *Himnos* V 123.

[31] Esta Tetis *(Thétis)* es una de las Nereidas, divinidad del mar. Zeus pretendió unirse a ella. Lo evitó Prometeo, gracias a un oráculo que afirmaba que el hijo de Zeus y Tetis sería más poderoso que el propio Zeus y lo expulsaría del Olimpo. Al final, se casó con Peleo y tuvo al famoso héroe Aquiles (cf. HOM., *Il.* I 348 ss., HES., *Teog.* 240, etc.).

dora de resplandor, una vez que haya cumplido la gran señal de estrellas de Ariadna Cidonia. Tu serpiente habrá de igualarse a la serpiente de la Osa brillando entre los mortales y refulgiendo junto a Serpentario[32]. Más adelante alabarás a la marina Tetis, en cuanto percibas tu estrella resplandeciente brillando junto a Selene. Ten coraje en cuanto al matrimonio, pues no desatará ese amante el nudo firme de tu doncellez. No lo hará, por Dioniso, que participa de mi mesa. No lo hará, por tu tirso y por Afrodita del mar.»

Así dijo, consolándola. Y cubrió a la muchacha con una nube para que no pudieran verla los guardianes o algún espía que paseara furtivamente, como nocturno rondador de pasos astutos, o acaso un osado pastor hembriloco fuera a arrastrar a la doncella a unos himeneos en medio del camino.

---

[32] Ofiuco, según su nombre griego. Tetis evoca otro recorrido por las estrellas, entre las cuales, afirma, habrá lugar para la serpiente de Calcomede.

CANTO XXXIV

SUMARIO

— Transición entre episodios, nuevas penas de amor de Morreo; efectos del amor en la mente, vv. 1-20.
— El centinela Hísaco pregunta a Morreo por su mal, vv. 21-47.
— Morreo pide remedios contra el amor y vuelve a la cama con su esposa, vv. 48-88.
— Sueño de Morreo, vv. 89-121.
— Se reanuda la batalla, con ventaja de los indios vv. 122-268: reunión de los guerreros en torno a Deríades, vv. 122-127. Desbandada en las filas dionisíacas, vv. 128-150. Morreo captura a las Ménades y las entrega a Deríades como dote de Quirobia, vv.151-192. Diálogo entre Deríades y Morreo, vv. 193-220. Prisión y muerte de las Ménades, vv. 221-268.
— Nuevas querellas de amor de Morreo a Calcomede, vv. 269-337.
— Morreo se retira del combate; persecución de las Basárides, vv. 338-358.

DERÍADES SE ARMA CONTRA LAS BACANTES EN EL TRIGÉSIMO CUARTO DENTRO DE LAS MURALLAS Y LES DA MUERTE A UNO Y OTRO LADO

La muchacha errabunda por los montes llevaba sus pasos silenciosos, con pies de raudo girar, atravesando la escarpada espesura. Ni siquiera Tetis pudo demorarse sobre la playa, sino que ella también se ocultó en las paternas moradas, llenas de algas, de Nereo [1].

Y ya se había cansado Morreo de contemplar el círculo de las estrellas, tras tender su mirada por el cielo despejado, y pronunció estas palabras fustigando su corazón con cuitas:

«Mi razón divaga de una cosa a la otra. No puedo tomar ninguna decisión, ningún pensamiento. Deseos de todas clases me asaltan por doquier y no sé cómo satisfacer ninguno de ellos. ¿He de dar muerte a mi adorada Calcomede? Pero, ¿qué haré para que no me mate a su vez la añoranza de ella cuando haya muerto? ¿He de dejarla con vida, sana y salva, y arrastrarla virgen a un matrimonio público? En mi corazón

[1] Nereo, el padre de Tetis, es una divinidad de las aguas (HES., *Teog.* 233 ss.), hijo de Ponto y Gea, suele ser benéfico para los marineros. Vive en su palacio submarino en compañía de sus hijas las Nereidas.

temo a la vez a Deríades y compadezco a Quirobia[2]. No seré yo quien mate a la doncella. ¡Jamás! Pues si lo hago, ¿cómo podré vivir cuando ya no goce de la visión de esa muchacha? Si sufro cuando estoy sin Calcomede durante una hora tan solo...»

Tales cosas iba diciendo Morreo, mientras maquinaba muchas otras en vano, pues hervían en él los dolores del deseo que le habían herido de amor. Y mientras vagaba de un lado a otro sobre la ribera[3], olvidándose de su esposa, a la que había abandonado en su alcoba, le vio el valiente Hísaco, que estaba de guardia. Y como este fidelísimo servidor fuera lo bastante astuto para reconocer el oculto aguijón de unos amores sin manifestar, le preguntó ambiguas razones vertiendo desde su garganta estas palabras embaucadoras:

«¿Por qué abandonas tu lecho y a tu mujer adormilada y vagas de aquí a allí al oscurecer, oh intrépido Morreo? ¿Acaso te han aterrorizado las amenazas de Deríades? ¿O es que Quirobia está irritada contigo en su celoso corazón, pues supone que te has enamorado de alguna bacante capturada como presa de guerra? Es que las mujeres, cuando ven a sus maridos locamente enamorados, siempre recelan de algún amorío secreto. ¿No será que el osado Deseo, que todo lo puede, ha armado contra ti los centelleos nupciales de su aljaba siempre en vela? ¿No será que deseas a una cierta bacante? Según he oído, sólo tres son las Gracias que existen, las bailarinas de Orcómeno y servidoras de Febo, pero Lieo, tejedor de danzas, tiene tropas de trescientas Gracias entre las que solamente una puede brillar destacada ante las otras, así como la propia Selene oculta el resplandor de las estre-

[2] Quirobia es esposa de Morreo e hija de Deríades, rey de los indios. Es mencionada anteriormente, en XXX 286.

[3] Texto corrupto, utilizamos la conjetura de Ludwich-Rouse.

llas con sus rayos más refulgentes, cuando lanza su brillo de hermoso contorno. Con dobles saetas se arma en un mismo momento: empuña el arco de su hermosura y la lanza de hierro. Ella es una Pasitea de yelmo visible, a la que llaman las Bacantes Calcomede. Yo por mi parte la proclamo Ártemis de pies de plata o Atenea de dorado escudo.»

Y tras hablar así, guardó silencio. Enarcando las cejas Morreo, enfermo de amor, pronunció estas palabras con labios avergonzados:

«En verdad que Dioniso se sumergió entre las olas del mar por temor a Licurgo y acorazó a las Nereidas en aquel regazo submarino[4]. Volvió de las aguas conduciendo a la guerra a la hermana de Ares, Afrodita guerrera. En vez de su vestido de novia de dulce fragancia le dio una armadura de acero, en vez de cesto le proporcionó una lanza broncínea. Y tras cambiar su nombre anterior, la llamó Calcomede[5], la Afrodita en armas. Es compañera de las Basárides. Yo sin saberlo he de combatir a la vez contra los dos, Cípride y Dioniso. Pero, ¿por qué empuño en vano mi impetuosa lanza? Ríndete, lanza mía, si la Pafia ha vencido al lanzador del rayo, si domeña con su centelleo al propio príncipe de la guerra, si incendió al ardiente Faetonte con un fuego más poderoso que el suyo y le hostiga aún siendo de llamas. ¿Qué puede hacer mi acero? Decidme, ¿de qué argucia puedo valerme contra Ciprogenia? ¿Podré herir a Eros? ¿Cómo le voy a alcanzar si tiene alas? ¿Acaso empuñando mi lanza? Él lucha con el fuego. ¿Y si desenvaino mi espada? Él tiene arco y flechas y con su arco ha flechado mi corazón,

[4] Referencia al exilio submarino de Dioniso tras huir de Licurgo en XX 149 ss. (cf. Hom., *Il.* VI 130-140).

[5] Juego de palabras, se explica la etimología de su nombre guerrero porque *chalko-* significa «bronce». Por eso es una nueva Afrodita con «lanza broncínea» en vez de cesto.

incendiándolo. A menudo he sido herido en combate. Pero un médico me salvó en mi sufrimiento mediante su arte que conserva la vida, frotando sobre la herida de mi cuerpo una hierba salvífica[6]. Oh Hísaco, no lo ocultes, ¿qué medicamentos variados podría yo aplicar para sanar la herida de los amores que tengo en mi corazón? Soy siempre valiente ante mis enemigos, mas cuando contemplo a Calcomede en persona, mi filo se vuelve femíneo. No temo a Dioniso, pero tiemblo de miedo ante una mujer, porque el resplandor que emite su rostro, que hiere de deseo, me asaeta con sus beldades, y ya no puedo tensar mi arco. Así que he visto a una de las Nereidas. Si me es lícito decirlo, bien Tetis o bien Galatea[7] combaten al lado de Dioniso.»

Así dijo, y a duras penas arrastraba de puntillas los pies, con lentitud, no fuera a ser que su durmiente esposa se despertara. Y se fue de vuelta a su tálamo. Volvió la mirada, apartándola de su mujer, y deseó que Calcomede apareciese resplandeciente y que amaneciese de una vez. Angustiado por su amor no correspondido cayó en su lecho, abatido. Y también su siervo Hísaco, que estaba en vela, como tuviese deseo del dulce sueño, echose a dormir al punto sobre su escudo de piel de buey.

---

[6] Morreo usa un vocabulario muy frecuente en Nono en escenas de curación y resurrección, como hemos comentado (cf. notas a XXV 451 y 524-542). El amor como herida o enfermedad es un lugar común en la literatura griega antigua (desde el *Hipólito* de Eurípides, 176, 267 ss., 433 ss.) y es de las metáforas preferidas por Nono, véase D. Gigli Piccardi, *Metafora e poetica...*, pág. 41 ss.

[7] Otra de las Nereidas, de gran fama en nuestro siglo áureo: Polifemo estaba enamorado de ella pero no fue correspondido. Su historia la cuentan, entre otros muchos, Teócrito *(Idilio XI)*, Ovidio *(Met.* XIII 740 ss.) o el propio Nono (VI 300 ss.).

La visión del sueño, que surgió de las puertas de marfil que trastornan el sentido[8], embaucó a Morreo mientras dormía y le dijo estas palabras de engaño encantador:

«Oh Morreo, recibe como novio a Calcomede, que viene de buen grado. Recíbela en tu lecho como esposa tras la batalla. Te deleitaste contemplándome por el día, y ahora de noche acuéstate junto a tu amorosa Calcomede. Incluso entre sueños hay en el matrimonio gracia y un dulce acicate de deseo. Incluso en los himeneos oníricos. Deseo tenerte entre mis brazos y ya está cerca la Aurora.»

Y tras hablar así salió volando. Morreo se despertó de su sueño de un salto y se dio cuenta de que comenzaba a mostrarse la luz de la Aurora, que priva del amor. Creyó que Calcomede albergaba deseo por él y de repente se dijo en silencio, alimentando una esperanza engañosa de amor:

«Triple es la luz que me traes, oh día, porque llevas a Calcomede, conduces tu lucero y persigues a la noche. Consuela al insomne Morreo y hazte visible tú también, rosada Calcomede, más que la Aurora de rosada corona. Nunca tal rosa llevaron las Estaciones de los prados. Oh doncella encantadora, tus mejillas semejan un prado en primavera, que el tiempo no sabe marchitar. Las flores florecen incluso cuando las Estaciones pasan al otoño. Incluso durante el invierno son visibles tus lilas. Tu cuerpo es una anémona encarnada que nunca se apaga ni la arruinan los vientos, pues las Gracias la cuidan. Has adornado tu nombre mediante proezas en el combate. A tu valor hace honores ese nombre, pues no en vano te llaman Calcomede. A ti te engendró el broncíneo Ares mientras marchaba cadencioso hacia el le-

[8] Imitación de HOM., *Od.* XIX 562, donde se describen también estas puertas del sueño, hechas de marfil.

cho de Cípride, que engendra los amores[9]. Todos te llaman Calcomede, pero sólo yo te he de proclamar Crisomede, pues posees la belleza de la dorada Afrodita[10]. Estoy convencido de que tu estirpe es espartana, ya que, según creo, fue Afrodita la de túnica de acero quien engendró a Calcomede.[11]»

Tales fueron las palabras que pronunció en su lecho que gustaba de la vigilia. Mas cuando la Aurora flechadora de rayos surgió despidiendo su resplandor de rostro purpúreo para abrir el camino de la batalla, Ares, el que reúne a los pueblos, armó a la raza india. Y entonces fluyeron en torrente los indios congregados en torno al carro de Deríades, revestidos de armaduras tras abandonar sus lechos de hermosas ruedas.

Y como no estuviera presente el invencible Dioniso, los de Baco se derramaron sobre la llanura cabizbajos. Sin coraje ya en su corazón marcharon en formación al combate, pero estaban turbados por el miedo. Y las mujeres de coraza de bronce ya no guerreaban en bacanal inspiradas por el delirio homicida. Ya no lanzaban espuma sus bocas mugientes de grave sonido, y permanecían en un silencio total los lomos retumbantes de los escudos de piel de buey sin curtir. No resplandecían las antorchas de pino guerrero con sus llamaradas, que vomitan un humo portador de muerte. No,

---

[9] De nuevo, Nono juega con la etimología de Calcomede, véase nota. Por otra parte, traducimos el verbo *choreúein* como «marchar cadencioso» o «en baile». Según F. Vian, «Χορεύειν, 'aller', chez Nonnos?», *RPh* 61 (1987), 13-17, el verbo, que significa «bailar» se usa en Nono como «marchar» para designar el movimiento amoroso hacia la cámara nupcial (cf. también XXXI 223) o la danza guerrera.

[10] Nuevo juego etimológico con un «nombre parlante»: *chriso-* es «de oro», por lo que sería mejor llamar Crisomede a Calcomede en atención a su belleza.

[11] Referencia a la Afrodita adorada en Esparta, que llevaba armas y coraza.

sino que bajo el azote del látigo divino los guerreros flaqueaban. Los Sátiros no cantaban, ni bramaba el sonido acostumbrado del oboe que exhorta a la guerra. Los Silenos, ya cuerdos, combatían en un tumulto carente de espíritu báquico y ya no ungían su rostro con minio rojizo, del mismo color que el crúor cetrino. Tampoco tiñeron de rojo su rubia figura con apariencia embustera para provocar el miedo, ni se untaron la frente con yeso blanco como antaño[12]. No habían bebido sus labios la sangre caliente y recién derramada de una leona del desierto los Panes tempestuosos, y no danzaron en éxtasis hacia el combate, sino que permanecieron benévolos por causa del miedo. Dubitantes arañaban el suelo con zarpas cuidadosas y sin hacer ruido ponían fin al terrible brincar de su danza que recorre los montes.

Entretanto, Deríades el soberbio atacó en varonil combate agitando como si fuera un penacho la afilada punta de su cornamenta. Morreo bailó en la lucha cayendo sobre la falange femenina, pues Calcomede no se había presentado como compañera de expedición de las Bacantes de forma que sintiera vergüenza y contuviese la punta de su lanza arrojada contra las mujeres, enrojecida de sangre. No, sino que entonces la doncella encantadora tomaba parte en la lucha como camarada de los guerreros de vanguardia, nueva

[12] Minio y yeso, para pintarse de rojo y blanco la cara, parecen haber sido usados por los iniciados en los misterios órficos y dionisíacos (véase W. F. Otto, *Dionysos. Mythos und kultus,* Frankfurt, 1933 = *Dioniso. Mito y culto* [trad. C. García Olrich], Madrid, Siruela, 1999, págs. 138-142 y M. L. West, *The orphic poems,* Oxford, Oxford University Press, 1983, pág. 154): el yeso, por ejemplo, aparece en la narración del mito de Dioniso Zagreo, de origen órfico, en VI 103-228, concretamente en el verso 169; los Titanes (cuyo nombre alude al otro nombre del yeso en griego, *títanos* frente a *gýpsos)* se pintan la cara con yeso antes de sacrificar a Zagreo. Aquí, los seguidores de Baco desechan todos los instrumentos de su culto.

Amazona e ilustre arquera, que llevaba capa ligera y resplandeciente túnica en el campo de batalla. Así le había dicho la sagaz Tetis, para que pudiera salvar a todas las gentes del turbado Dioniso, que pasaban grandes apuros.

Y de tal manera, separado de aquella imagen, del rostro de las Gracias, Morreo cazó con vida a once débiles Basárides a las que juzgó inferiores a Calcomede. Oprimió las manos de las Menálides atándoselas a la espalda con un nudo imposible de desatar, y arrastrando a las filas de cabellera suelta al yugo de la esclavitud, se las regaló como presa de guerra a su suegro Deríades para que fueran sus siervas, como si se tratara de una segunda dote por su esposa, por cuyo lecho ya había trabado un nupcial combate junto al Tauro de elevadas lomas cuando estrechó en el vínculo del matrimonio a Quirobia, de su misma edad, la joven princesa hija de Deríades. Pues no recibió en aquel tiempo ningún regalo nupcial el caudillo de los indios a cambio de su hija, no recibió oro sin cuento, ni piedras de salino mármol, manadas de bueyes o rebaños de ovejas. Todo lo rehusó Deríades y unió en unos himeneos sin dote a sus hijas con sus más belicosos guerreros, tomando como yernos a Morreo y a Orontes, de nueve codos de estatura. Con sus dos campeones desposó a su progenie, con Morreo a Quirobia y a Protonoe con Orontes. No había otro entre los del lugar que igualase a Morreo, sino que éste, con su apariencia de elevada cerviz y sus miembros de gigante, hacía justicia al vigor patrio de los indios terrígenas. Participaba de la estirpe autóctona del descomunal Tífón y cuando marchó junto a la cercana roca de los arimos[13], que crían el fuego, le demostró su congénito valor al Cidno, testigo de ello, trayendo como

[13] Para el mito de Tifón y su lucha con Zeus, véase I 154-II 649. El país de los Arimos es un lugar legendario y fronterizo ya desde HOMERO (*Il.* II 780 ss.), donde se sitúa al monstruoso Tifón.

dote para el tálamo el sudor de sus hazañas cilicias, y aunque esposo sin ganancia se ganó a su esposa por medio de su valentía. Fue cuando ante el acero de Morreo, pretendiente de matrimonios, dobló el Tauro cilicio su rodilla asiria y sometió su pétreo cuello al yugo de Deríades y se derrumbó el osado Cidno, de ahí que en la tierra de los cilicios Morreo fuera llamado Heracles Sandes[14]. Pero tales cosas ocurrieron hace mucho tiempo. En este tardío combate Morreo cazó con vida a las tíades con su lanza implacable. Jactancioso pronunció estas voces sin rienda:

«Aquí te traigo yo, oh portador del cetro, a las Bacantes como tesoro a cambio de tu hija. Esto en primer lugar, y después te ofreceré al propio Baco.»

Y a estas palabras de Morreo respondió el soberano de los indios:

«Una vez tuviste a Quirobia sin dote, Morreo de visible penacho; digna dote por tus himeneos portadores de escudos me trajiste, tras haber esclavizado las ciudadelas de los cilicios con la victoria que exalta a los guerreros. Ahora otra vez me concedes nuevos regalos. Si así lo deseas, apresa a las otras Basárides y llena la casa entera de Quirobia con sirvientes, pero para Baco no necesito a Morreo, y tras cargarle de grilletes yo mismo arrastraré a Dioniso como esclavo atado bajo mi yugo. Tan solo guárdate del deseo por el lecho de cualquiera de las prisioneras, que no te vea yo igual que a los indios enloquecidos por las mujeres. No contemples los ojos ni el plateado cuello de la bacante, no sea que con tu deseo inspires celos a mi hija. Sin embargo, cuando haya destruido toda la armada del Bramador me iré

[14] Sandes en un principio era un dios de Cilicia que más tarde fue asimilado con Heracles (cf. W. H. ROSCHER, *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie,* Leipzig, B. G. Teubner, 1884-1937 [reimpr. Hildesheim, Georg Olms, 1965], IV 321-332, E y 1).

a la tierra de Meonia y allí mismo derramaré la indecible riqueza de los lidios, todo cuanto engendra el Pactolo[15]. Marcharé entonces a Frigia, la de hermosas vides, y allí, donde habita Rea, nodriza de Bromio, excavaré el rico suelo de Alibe para llevarme los dorsos de níveo resplandor de las minas abundantes en riquezas. Asolaré la tierra de Tebas, la de siete puertas, como la suelen llamar, e incendiaré la incendiada morada de Sémele, cuya cámara nupcial alberga los candentes rescoldos de unos himeneos reducidos a cenizas.»

Así dijo el soberano sin ley y Deríades aceptó el botín del combate que le presentaba su belicoso yerno, una cohorte entera de siervos. Entregó las Bacantes a Flogio y a Agreo, arrastrándolas de las trenzas. Y en un solo nudo trenzado ciñó sus manos con ataduras irrompibles.

Flogio las condujo a modo de proclamación de la victoria del rey, llevándolas en procesión a todas por la ciudad entera. Unas, colgadas de lo alto, junto a los propileos del palacio bellamente adornado con esculturas, morían ahogadas al ser estrechados sus cuellos por un nudo asfixiante. A otras les procuró un ardiente hado en corrientes de fuego[16] y otras fueron sepultadas en abismos excavados en la tierra, en profundos pozos de los que se extraía agua a fuerza de manos alternas desde su hondo regazo. Y una de ellas, desde dentro de la húmeda y profunda prisión, medio muerta e inmóvil, decía con voz entrecortada:

---

[15] El Pactolo es un río de proverbial riqueza (cf. X 144, PLUTARCO *Sobre los ríos* VII 1): quizá desde que, por indicación de Dioniso, el rey Midas se lavó las manos en su corriente para librarse de su maldición, como cuenta un mito referente a este río (OVID. *Met.*, XI 85 ss.).

[16] Quizá usan la técnica de arrojar aceite hirviendo, como se hacía también en la Edad Media.

«He oído que los dioses de los indios son la tierra y el agua y esto no se dice en vano, pues ambos se han armado contra mí con idéntico ánimo. Me hallo entre una muerte terrestre y una destrucción acuática. Cerca de mí aguarda un hado de doble yugo, ya que un extraño lazo de barro me retiene y ya no puedo levantar las plantas de los pies. Y a la vez tengo enraizadas las húmedas rodillas, pegadas al fango, y me quedo en pie, inmóvil y preparada para mi destino. Un río era el que me perseguía y no temblaba yo ante las corrientes de agua... ¡Ojalá también esto fuera un arroyo cantarín y así yo pudiera surcar las negras aguas remando con las manos!»

Así dijo y en su garganta abierta recibió las corrientes derramadas y poco a poco murió en una muerte sin sepultura.

Pero, en tanto, Morreo, impedido por el dulce deseo de Calcomede, arrastró a todo el ejército desarmado de las Menálides hacia la ciudad majestuosa, hostigándolas con su lanza por detrás. Como cuando un pastor conduce las desperdigadas filas de ovejas mezcladas hacia el interior del redil espacioso y dirige con su cayado los rebaños de ovejas lanudas para reunirlas, y muchos pastores se alinean a su lado a fin de congregar a las pécoras en fila una tras otra, estrechándolas con el ímpetu uniforme de sus brazos, no sea que algún errante enjambre de las ovejas encerradas se vaya a descarriar... pues de igual manera Morreo, el de paso tempestuoso, encerraba a esta compañía femenina dentro de las puertas, conduciendo hacia la ciudad de elevada construcción a la cohorte entera de las Bacantes separada del combate. Mas en vano se esforzaba con tal estratagema, que tras tomar este botín de hermosas mujeres de la batalla en una caza errante podría arrastrar también bajo el yugo de la esclavitud a Calcomede, que acompañaría a las otras féminas de tal forma que pudiera ser para siempre su sierva durante

el día y su amante durante la noche, y llevara a cabo de forma alterna las labores de las dos diosas, los trabajos de Cípride a escondidas y el telar de Atenea en público [***][17].

Y Morreo, veloz lancero, no descuidó esto. Pues encomendó la femenil armada a Deríades, que luchaba junto con él, mientras atacaba a las tropas masculinas del ejército báquico, de manera que pudiese encerrar también a los hombres. Y en el combate [***][18] sembraba el pánico entre ellos. La tempestuosa muchacha quedose en pie y en orden de batalla ante la ciudadela, cerca de sus muros, sin llevar su velo. La doncella imitaba la figura de las mujeres enloquecidas por el amor mediante gestos fingidos. Ponía los ojos en blanco y con sus encarnados pechos ensombrecía la blanca túnica que ya no ceñía el acostumbrado cinturón. Y como Morreo viese esto, sintió un gran placer y a través del peplo pudo reconocer el contorno de su leve pecho que lo oprimía.

Así, la muchacha, tras tomar una piedra perfecta, semejante a un disco circular, que sería un peso sobrehumano para un carro, se la arrojó a Morreo el de hermoso yelmo con gran pericia. La piedra, atravesando los aires con un silbido agudo, arañó la superficie de su escudo, allí donde la imagen forjada en oro tomaba la forma falsa de Quirobia, con una apariencia embustera. Cortó de un golpe la cabeza artificial y afeó la imagen redondeada de hermosura mimética al rasgar el rostro con el filo marmóreo. Y considerando dichoso a su escudo, brincaba sin cesar Morreo, riendo en su corazón mientras decía con voz celada:

---

[17] Laguna señalada en la edición de Keydell. Falta bastante en el desarrollo de la batalla: puede ser un ejemplo de que el canto quedó incompleto.

[18] Otra laguna, según observó Graefe.

«¡Intrépida Calcomede, nueva Persuasión de rosados dedos, dulce imagen de Cípride y Atenea de hermosa armadura! ¡Alba báquica, luna que nunca se pone! Rasgaste la imagen de mi esposa. Ojalá también hubieras cortado de verdad el cuello de mi propia mujer Quirobia.»

Y hablando así, perseguía ante la ciudad a la muchacha que no conocía el matrimonio con amenazas en los labios pero sin armas en las manos, arrojando palabras a la doncella, que no lanzas que pudieran herirla, pues blandía su pica cuidadosamente, con suave mano. Resonaba también el sonido engañoso de un terrible alarido como si en verdad el gentil campeón estuviese encolerizado. Pues a la vez reía en su corazón mientras en el rostro se reflejaba su ira. Haciendo girar suavemente la pica, la arrojó desviada hacia un blanco errado de buen grado. Y ella, en su huida, corría con veloces rodillas, compañera de camino de las brisas etéreas. Y como se agitase con el ímpetu ventiscoso de su rodilla, los vientos desordenaban los racimos de sus rizos[19], desnudándole un cuello que bien podría rivalizar con Selene. Bien de su grado corría Morreo con pies cuidadosos, quien, ora contemplando los pies desnudos en sus bien remendadas sandalias y los rosados tobillos, ora atendiendo a los bucles espirales de su cabellera que andaban sueltos por la espalda, seguía persiguiendo a Calcomede. Pronunció estas dulces palabras, derramando su melosa voz desde una garganta que ya no rugía:

«Aguárdame Calcomede, aguarda a este guerrero enamorado. Tu resplandor te salva y no tu carrera. No pueden herir a un hombre las flechas tanto como los centelleos de los amores. No soy tu enemigo: no tengas miedo, pues tu belleza ha vencido en combate a la punta broncínea de mi

[19] Reminiscencia de Apol. de Rodas, II 677.

lanza. No te hacen falta ni lanza ni escudo, ya que como si fuera una espada, como una impetuosa pica, tú posees los rayos que despide tu rostro y tus mejillas superan con mucho el roble de la lanza. Se deshace el terrible poder de mi mano. Y no es de extrañar que mi poderosa lanza haya sido derrotada, porque también el propio Ares, el salvaje, se afemina ante la aparición de Cipris. Acéptame como compañero en el cortejo de tus Sátiros. En el combate los indios son mejores mientras aún armo mi mano. Si así lo quieres me someteré a Dioniso como siervo. Hiere, si así lo quieres, mi cuello o mis flancos. No me importa la muerte si es tu lanza la que me hiere. Tan sólo llora por mí cuando esté muerto. Las lágrimas de la doliente Calcomede podrán traerme de vuelta incluso desde el Hades. Doncella, ¿por qué tiemblas? ¿Porque empuño esta suave lanza? Al ver los bucles espirales por encima de tus hombros me he quitado el yelmo dejando mi cabellera descubierta. Al contemplar la piel de ciervo que llevas aborrezco llevar esta armadura.»

Y mientras así hablaba, la doncella pasaba de largo y se mezclaba de nuevo con los de Baco. Tras apartarse del combate del sanguinario Morreo, guerreó con valentía y combatió en varonil batalla.

Entonces, como hubiese abandonado el torbellino del combate de triste sonido, el ejército báquico pudo tomar aliento mientras Morreo se mantenía apartado de la lucha.

Mientras tanto, Deríades perseguía a la falange de las Basárides frente a la ciudad, hiriéndolas con su espada, hasta que las condujo casi hasta los muros, encerrando a la formación entera dentro de las puertas abiertas de la muralla de imponente altura. Hostigadas por el acero entraron en la ciudadela, separadas del bosque que les era familiar. Sin cesar las tropas marchaban por separado, aquí y allá, por los contornos desacostumbrados de las calles, hacia el ala del

Euro las unas, hacia las cumbres del Céfiro las otras, aquellas junto a la región occidental de la tierra; otras aún vagaron errantes por la llanura del Noto y había algunas Basárides que eran perseguidas hacia Bóreas[20]. Las Ménades cambiaron por necesidad su ánimo varonil y volvieron a ser mujeres. Se negaron a luchar y recordaron el arte y las labores del telar, pues deseaban de nuevo dedicarse a la rueca de Atenea, y ya no más a los objetos rituales de Lieo. Así los hombres de oscura piel destruyeron las níveas huestes, trabando un combate tumultuoso en el interior de la ciudad.

---

[20] Es decir, hacia los cuatro puntos cardinales, expresados mediante los nombres de los vientos: Euro, el viento del este, Céfiro, el del oeste, Noto, al sur, y Bóreas, al norte (cf. HES., *Teog.* 378 ss.).

CANTO XXXV

SUMARIO

— Transición: escenas de guerra en la ciudad de los indios, vv. 1-20.
— Un soldado indio da muerte a una Ménade y se enamora de ella, vv. 21-78: muerte de la Ménade, vv. 21-36. Monólogo del indio enamorado, vv. 37-78.
— También las mujeres indias toman las armas, vv.79-97.
— Engaño de Calcomede a Morreo, vv. 98-222: Artimañas de Calcomede para que Morreo se quite las armas y se bañe, vv. 98-138. Morreo responde y se quita las armas, vv. 139-159. Afrodita le enseña la escena a Ares y se burla de él: el amor es más poderoso que las armas, vv. 160-184. Baño de Morreo y pudor de Calcomede, vv. 185-203. Morreo intenta violar sin éxito a Calcomede, vv. 204-222.
— Fuga nocturna de las Basárides, ayudadas por Hermes, vv. 223-241.
— Deríades se da cuenta de la fuga y sale en su busca, vv. 242-261.
— Fin del engaño de Zeus y la locura de Dioniso, vv. 262-390: Zeus se despierta, y le reprocha a Hera, vv. 262-313. Hera cura a Dioniso de la locura con la leche de sus pechos, vv. 314-340. Dioniso vuelve a su ejército. Arenga a las tropas, vv. 341-391.

ATIENDE EN EL TRIGÉSIMO QUINTO AL AMOR DE MORREO POR EL ENEMIGO, A LA MATANZA DE LAS BASÁRIDES Y AL FEMENIL COMBATE

El descomunal Deríades combatió en lucha inspirada. El rey de los indios atacó a los siervos de Bromio, ora arrojándoles su luenga lanza, ora diezmando las tropas con su espada de recia empuñadura, y se lanzaba contra ellas disparándoles con pétreos dardos y saetas más afiladas.

Así, las unas eran perseguidas dentro de los muros de la ciudad por la lanza de Deríades. Y a causa del tumulto del combate de muchas lenguas, había gran estruendo por ambos lados. Las calles de la ciudad, de hermosas baldosas, se teñían de color púrpura a causa del crúor rojizo, mientras morían las mujeres con gran clamor dentro de la ciudad. Los ancianos, inmóviles, contemplaban la lucha desde las murallas de elevadas almenas; sobre los tejados también las mujeres del lugar observaban a toda esta cohorte con el estandarte del tirso y alguna doncella de largo peplo, reclinada sobre su nodriza desde sus habitaciones contemplaba el combate femenino y lamentaba con graves lágrimas las muertes de muchachas de su misma edad. Nadie, en cambio, forzó a ninguna mujer tras tomarla, porque el soberano había ordenado a su pueblo, loco por las mujeres, que evitase

llevar a sus lechos el himeneo de un botín obtenido por las armas, no fuera a ser que se descuidaran los asuntos de Enio por atender los de la diosa Pafia.

Y una joven quedó desnuda sobre el suelo después de rodar por el polvo. Como se le hubiera desprendido la túnica, se armó de esplendor e hirió, una vez herida, a su enamorado matador. Su belleza tornose dardo y aun muerta venció. Se armaron los muslos desnudos, arqueros de amores, contra el enemigo. Y he aquí que éste, al contemplar a esta otra Pentesilea[1], hubiera sentido deseo por el cadáver inerte, como le ocurrió una vez a Aquiles, y hubiera besado los gélidos labios de la muchacha, llenos de polvo, de no ser por que en él pesaba la terrible amenaza de Deríades. Contemplaba la piel de la muchacha desnuda, que le habría rechazado[2], y se fijó en sus blancos tobillos y en el regazo de sus muslos al descubierto. Tocó sus miembros y acarició sin cesar su pecho turgente y rosáceo, que aun semejaba una manzana. E incluso se hubiera unido a ella amorosamente, pero al fin, en su sufrimiento, dejó escapar estas palabras de deseo insensato:

---

[1] Pentesilea, hija de Ares, era la reina de las Amazonas. Tras vencer en combate, Aquiles la mató, ya que había acudido en auxilio de Troya con sus guerreras. Pero el héroe no pudo evitar prendarse de ella después de herirla en el pecho, lo que provocó las burlas de Tersites (cf., por ejemplo, Diodoro Sículo, II 46).

[2] Con palabras parecidas habla Acteón en V 338 de cuando Tiresias observó a Palas Atenea desnuda. Nótese también la anáfora en los versos 24 y 38 «heriste, una vez herida», y el polinsíndeton. Todo el pasaje se recrea en un extraño erotismo que subyace tras el discurso del indio necrófilo: el erotismo de Nono ha sido señalado por algunos estudiosos desde L. R. Lind, «Un-hellenic elements in the Dionysiaca», *L'Antiquité Classique* 7 (1938), 57-65. Véanse, por ejemplo, R. F. Newbold, «Fear of Sex in Nonnus' Dionysiaca» *Electronic Antiquity* 4.2 (1998), 1-15, J. Winkler, *In Pursuit of the Nymphs: Comedy and Sex in Nonnos' Tales of Dionysos*, tesis, Univ. of Texas, 1974, etc.

«Doncella de rosados brazos, a tu asesino, enfermo de amores, heriste una vez herida, y muerta dominaste al que aun vive; con tus ojos asaetas a tu propio matador. La lanza fue vencida por la hermosura. Los brillos de tu rostro me atormentan como puntas de lanza. Tienes pechos como arcos, pues tus senos superan con mucho a las flechas, como arqueros de amores. Siento un extraño e increíble deseo, ya que persigo el amor de una muchacha muerta en unos himeneos perecidos. Un deseo inerte me posee, aunque estoy vivo. Si me es lícito decirlo, ojalá esos labios pudieran tener voz y aliento, doncella, para que yo pudiera escuchar discursos de tu dulce boca [***][3] exclamando estas palabras: 'A la que ha rodado por la tierra, a aquella que mataste, a la que despojaste, bribón, deja en paz a esa muchacha. No toques esta túnica que tu bronce cortó. ¿Por qué sostienes los flancos que tú mismo heriste? Evita acariciar mi terrible herida, que tú me infligiste.' ¡Maldita lanza! Maldita sea mi mano audaz, porque dejó a los Silenos de canosos cabellos erizados y a toda la amorfa raza de los Sátiros y en vez de ancianos y hombres de velludo pecho, dio muerte a una tierna mujer. Mas al tocar esta herida en tu piel que hiere con el deseo [***][4] ¿qué cumbre de un bosque rico en pastos cru-

[3] Laguna de un verso, según un copista.

[4] Keydell indica otra laguna en este lugar. Faltaría algún otro verso en el que el indio preguntara retóricamente cómo curar a la joven, tal y como ocurre en el episodio de Eeria y Téctafo (cf. XXX 171 ss.). En cuanto al vocabulario del pasaje siguiente, de nuevo se enmarca en los episodios de curación y resurección que son tan típicos de Nono: *pherésbion* («portador de vida»), *lysipónou* («que libera del dolor»), *anṓdinon* («que alivia el dolor»), *physízoon pēgḗn* («fuente que inspira la vida»), *psychḕn hymetérēn palinágreton* («alma que regresa»), *odynḗphaton*, *zōarkéa*, etc. (cf. notas a XXV 451 y 524-542). Quirón, el sabio centauro, preceptor de héroes como Jasón, Aquiles o Asclepio, era experto en medicina (cf. Hom., *Il.* XI 828 ss.). Sobre Peán, véase la nota a XXIX 144.

zaré, para convocar por ti, como salvación de tu herida, al anciano Quirón, portador de vida? ¿Dónde hallaré medicamentos, misterios del arte de Peán, que libera del dolor? Quisiera tener aquello que llaman 'hierba centáurida', para poder frotar su flor que calma el dolor contra tus miembros y salvarte con vida del Hades, de donde no se regresa jamás. ¿Qué himno mágico o canción astral, vertiendo una melodía de acentos de evohé con voz de inspiración divina, pudiera detener la sangre de tu costado herido? Quisiera tener aquí mismo, cerca, la fuente que inspira la vida para, tras mojar tus miembros en el agua que alivia el dolor, sanar tu herida encantadora, de forma que volviera a ti tu alma resucitada. Oh Glauco[5], tú que haces girar el torbellino de muchos años, muéstrame, si es lícito, tras abandonar las profundidades del mar sin siega[6] la planta que conserva la vida, muéstramela: aquella que una vez tú mismo probaste y ahora disfrutas de una vida inmortal, que gira con el impulso del tiempo infinito.»

Y tras hablar así, siguió su camino, albergando en sus entrañas el deseo por aquel cadáver.

Entonces, como vengadora de su marido muerto se alzó su esposa Protonoe, que estaba aún afligida por la muerte de

---

[5] Glauco era un pescador beocio que fue transformado en criatura inmortal gracias a una hierba mágica que consumió. Es un mito que corresponde a un contexto de resurrección e inmortalidad como este. Nono gusta de estos episodios sobre curación y vida eterna (como el de Tilo en XXV 541-52, el de Lázaro en *Paráfrasis* XI 1-185, Zagreo en VI 155 ss., Ámpelo en XII 270 ss., Himeneo en XXIX 151 ss., Hera y Dioniso en XXXV 319 ss., Eeria y Téctafo en XXVI 101 ss. y XXX 126 ss., etc.). Glauco, que se convirtió en una divinidad marina —mitad pez mitad hombre—, recibió también el poder de la adivinación. Según una tradición, sería el padre de la Sibila de Cumas (cf. Ovid., *Met.* XIII 898 ss., Virgilio, *Eneida* VI 36).

[6] *Atrýgetos*, epíteto del mar en Homero (cf. Hom., *Il.* I 316).

Orontes. Partió en dos la falange femenina, y podría pensarse que era una nueva Atalanta eritrea, rival de los hombres[7]. Por su parte, Quirobia, tras empuñar el escudo y la lanza de Morreo, cargó contra las Basárides y tornose semejante a Gorge, la cual antaño blandió el escudo de su hermano Toxeo, cuando atacaron Calidón, la bien amurallada, y combatió pese a ser mujer, pues Meleagro estaba enojado[8]. Orsíboe apareció al lado de su belicoso marido, y audaz imitaba a Deyanira la guerrera, cuando junto a la roca del Parnaso, hostil a los extranjeros, vistió sus armas contra los dríopes y se convirtió en una impetuosa Amazona[9]. Muchas mujeres fueron encerradas en los anchurosos palacios y hubo dolor sin límite en la refriega bajo sus techos. Algunas belicosas doncellas se sumergían en el combate callejero, mientras otras mujeres se armaban sobre los tejados con proyectiles de piedra. Desde dentro retumbaba el estruendo de la lucha de aquellas falanges.

---

[7] Atalanta es una heroína que tomó parte en la cacería del jabalí de Calidón. Solo aceptaría por marido a quien fuese más veloz que ella en la carrera, y cuantos lo intentaban sin éxito eran muertos por ella (cf. CALÍM., *Himno a Ártemis* 215 ss.).

[8] Nono refiere aquí una rara versión del asedio de Calidón por los Curetes (cf. HOM., *Il.* IX 546 ss.). Gorge es hija de Eneo, rey de Calidón y hermana de Meleagro. Unas desavenencias tras la cacería del célebre jabalí causaron la guerra de los Curetes contra Calidón: mientras Meleagro combatía contra ellos, mató a los hermanos de su madre, que lo maldijo por ello. Entonces Meleagro se negó a combatir, lo que favoreció a los curetes y provocó el sitio de Calidón. Gorge habría combatido pese a ser mujer ante el enfado de su hermano. Toxeo es otro de los hijos de Eneo.

[9] Cuenta el escoliasta de APOLONIO DE RODAS (*Arg.* I 1212) que Heracles tuvo que ponerle las armas a su propia esposa Deyanira para hacer frente a los dríopes, pueblo impío del Parnaso, vecinos de los melios (cf. XXXI 92). Deyanira es también hija de Eneo de Calidón y, por tanto, hermana de Gorge y Meleagro.

En tanto que la guerra bramaba a través de la ciudad, incitando a la lucha y diezmando las tribus de Basárides lidias de montaraces caminos, tan solo Calcomede se quedó firme ante la muralla tras haberse dado la vuelta desde el campo de batalla para emprender camino de regreso en espera del enloquecido Morreo, por si acaso venía por algún lugar. Y entonces Morreo, como hubiese dirigido en derredor su mirada loca de amores muchas veces, y hubiese percibido finalmente a la doncella, se llegó con pie raudo como el viento, agitando las rodillas aún más rápidamente por el camino de su deseo. A ella, perseguida, el viento le alzaba el vestido. Aún más quedó él hechizado por la belleza sin ropajes de su cuerpo, al contemplar a la blanca muchacha corriendo sin el velo ceñido. Ella le engañaba y le decía con voz pudorosa, acobardada ante la mayor velocidad de Morreo en la carrera:

«Si en verdad deseas mi lecho, novio Morreo, depón tu armadura de hierro, porque también Ares, cuando danza hacia el lecho de Cípride para unirse con ella, se pone la túnica suave, y cúbrete con un níveo vestido, como Apolo, a fin de que el Deseo y Cípride nos unan a los dos en un mismo lazo cuando nos subamos al lecho nupcial, el impetuoso Eros a Morreo y Afrodita a Calcomede. Yo no he de recibir sobre mi lecho a un amante en bronce, enrojecido por la sangre y manchado del polvo de la batalla. Ea, limpia tu cuerpo en el río para que aparezcas ante mí como Faetonte tras bañarse en las corrientes del Océano. Arroja tu escudo de combate, arroja tu lanza, que nunca me hiera ese filo portador de muerte. Quítate para mí ese terrible yelmo que ciñe tu cabellera, porque el penacho de tu cimera me da miedo al agitarse. Que no vea yo la imagen falsa de un rostro de acero, pues ¿qué deseo me ha de alegrar si me ocultas tu figura? Ya no marcharé a Meonia, ni recibiré en mi habitación, si así lo quieres, a Baco como

amante después de Morreo. Me convertiré en india yo también, querido, y honraré con sacrificios a la Afrodita eritrea, en vez de a la lidia, como amante secreta de Morreo. Ojalá un indio, compañero de armas de Afrodita, me tenga en los combates. Pues el deseo nos ha unido a ambos con una misma necesidad, disparando sus dardos correspondidos por partida doble, contra ti y contra mí, contra el corazón de Morreo y contra las entrañas de Calcomede. Es tortura ocultar mi deseo por ti, pues una doncella pudorosa nunca invita a su amante a entrar en su lecho.»

Y habiendo hablado así la mujer convenció al guerrero enfermo de amores con sus mentiras. Morreo, el pobre enamorado, dijo riendo:

«No es de extrañar que el bravo Morreo, de hermoso yelmo, empuñe su lanza de bronce en el lecho de Calcomede, que de tal forma podré abrazarte blandiendo el bronce, pues tú llevas su nombre[10]. A pesar de todo renunciaré a mi lanza sanguinaria y tampoco llevaré escudo. Y avanzaré cadencioso hacia tu lecho como desees, recién lavado y con las manos limpias de sangre; seré un dulce amante, un Ares desnudo después de la guerra que posee a una desnuda Afrodita. Renuncio a la hija de Deríades. Yo mismo expulsaré de mi palacio a mi celosa esposa contra su voluntad. Ya no habré de tomar las armas contra las Basárides si tú me lo ordenas, sino que he de combatir contra mis propios compatriotas. Destruiré al indio blandiendo el tirso vinoso, ya no empuñaré la lanza de bronce. Arrojaré todas mis armas para empuñar tan sólo flores ligeras, como compañero de lucha de vuestro rey Dioniso.»

---

[10] De nuevo, el juego de palabras ya conocido entre Calcomede y el bronce. Nótese también, según se dijo en la nota a XXXIV 117, el uso erótico del verbo *choreúein* («bailar») como «entrar en el lecho» (cf. XXXI 223).

Y mientras así decía, Morreo arrojó de las manos la lanza de fresno, desató el penacho de su cabeza sudorosa, y se quitó de los hombros acostumbrados también la correa de su escudo húmedo, pues estaba bañado en las gotas de su esfuerzo. Se quitó del pecho la coraza broncínea, su armadura sanguinolenta. Y una vez que todas las armas del enamorado Morreo quedaron sobre la tierra, Cípride se lo mostró a Ares vencido por la belleza inerme de Calcomede, y pronunció este discurso para provocar a su esposo:

«¡Ares, te han despojado! Morreo ha renunciado a la guerra y ya no lleva armadura ni espada, sino que, enamorado de una adorable mujer, ha arrojado las armas de sus manos. Renuncia tú también a la lanza y báñate como él en el mar, desnudo ya de tus escudos, pues Cípride, inexperta en la guerra, ha derrotado totalmente a Ares y no precisa de escudos, ni lanzas de fresno necesita jamás. Que mi belleza bien me vale por ambas cosas, como lanza, una espada es mi hermosura y mis dardos son los brillos de mis pupilas. Mis senos asaetan con más precisión que una pica, pues ves que Morreo se ha convertido en un encantador criado, en vez de servir como audaz lancero. No vayas a Esparta, donde las ciudades son guerreras y tienen una estatua broncínea de Afrodita en armas, para que no te vaya a herir con tu propio acero la lanza que empuña. Tú no puedes apuntar tan alto como mis cejas, ni hieren tus flechas tanto a los hombres como mis miradas. Contempla a tus siervos como esclavos de los Amores y dobla tu audaz cerviz ante la invencible Citerea. Ares, has sido vencido porque, tras abandonar su lanza de bronce, Morreo se ha vestido la piel de ciervo[11] nupcial de Calcomede.»

[11] La *nebrís* o piel de ciervo ritual de los misterios báquicos.

Así dijo la risueña Afrodita, ridiculizando la guerra y burlándose de Ares, servidor de su lecho. Y tras abandonar a orillas del mar su armadura descuidada, Morreo, inflamado por dulces cuidados, se bañó desnudo. Su cuerpo brillaba en el agua fría, pues albergaba la ardiente flechita de la diosa Pafia en su corazón. Y en medio de las aguas le rogaba a la Afrodita eritrea, la de la India, pues había oído que Cípride era progenie de los mares. Mas por mucho que se limpió, salió igualmente negro. Conservaba su apariencia tal y como la había creado la naturaleza y no pudo cambiar de color su cuerpo de hombre el mar, pese a ser rojo[12]. Se lavó la piel con vana esperanza, pues pretendía mostrarse blanquísimo y encantador, como la muchacha ajena al matrimonio. Adornó su cuerpo con un vestido de lino del color de la nieve, como los que llevan siempre los guerreros debajo de la coraza.

Ella, en pie, se quedó silenciosa en la playa, sin decir palabra, Calcomede la astuta. Y dándose la vuelta la muchacha apartó su mirada pudorosa de Morreo, que estaba sin ropa, pues se avergonzaba ante el cuerpo sin cubrir de un hombre. La niña temblaba —como fuera mujer— al ver a un hombre tras el baño.

Más cuando éste vio un lugar desierto y apropiado para yacer en él, extendiendo su osada mano hacia la pudorosa niña tocó el vestido intacto de la casta muchacha. Y en verdad habría forzado a la muchacha inspirada con las llamas nupciales, tras tomarla ceñida en el nudo de un abrazo varonil. Pero una serpiente saltó desde su regazo purísimo como

---

[12] Pues se baña en el Mar Rojo, situado por Nono en la lejana India. Nótese el humor noniano, de dudoso gusto para el lector de hoy, en este pasaje. L. R. Lind (*L'Antiquité Classique* [1938], 57-65) hablaba de «lack of humor» en Nono, calificándolo de grotesco. D. Gigli ha estudiado la ironía en nuestro autor (*Prometheus* 7 [1981], 177-188).

baluarte de la doncella ajena a las bodas y en torno a su túnica daba vueltas a un lado y otro, con afán protector de su vientre. Como siseaba agudamente desde su garganta sin cesar incluso las rocas le hacían eco. Morreo se estremeció de miedo al escuchar el gutural mugido de aquella especie de trompeta de guerra y al contemplar al paladín de la doncella ajena a las bodas. El campeón de espirales aterrorizó al guerrero haciendo girar su cola de curvos círculos en torno al cuello del hombre, teniendo sus fauces feroces por lanza. Arrojaba además abundantes dardos que disparaban veneno de serpiente: algunos atravesaban la cabellera sin ceñir de la niña, otros pasaban por sus flancos protegidos por la serpiente, otros todavía desde su regazo avanzaban como guerreros báquicos siseando hostilidad.

Mientras Morreo estaba en pie frente a la ciudad de las altas torres, tratando de arrastrar a su lecho insaciable a la astuta Calcomede, las huestes bien armadas del ejército de las Basárides fueron salvadas de la lanza incansable de Deríades. Pues desde el Olimpo se lanzó Hermes, el de alas veloces, que tenía una máscara exactamente igual a la imagen de Bromio, y convocó a toda la cohorte báquica con voz inspirada. Cuando las mujeres oyeron la divina llamada a la guerra, se reunieron en un mismo lugar. El dios de veloces sandalias condujo a toda la estirpe de las Menálides —reunidas desde la encrucijada de tres caminos— por los contornos curvos de las calzadas hasta que casi llegaron a las murallas. Uno tras otro Hermias, campeón nocturno, derramaba en secreto el dulce sueño[13] sobre los ojos de los

[13] El sueño siempre es dulce, según el epíteto homérico, *nḗdymos hýpnos* (Hom. *Il* II 2, X 91, etc.). Hermes, como dios siempre liminar, es responsable de llevar las almas de los muertos al Hades, en su faceta de «psicopompo». Convoca a las Bacantes en las encrucijadas que le son también propias y así les sirve de guía con sus pies alados. Aquí derrama

guardianes con su bastón que a todos encanta. De repente cayó la oscuridad sobre los indios y sobre las Bacantes invisibles brilló un resplandor inesperado. Hermes, ocultamente y sin alas, encabezaba a través de la ciudad a las mujeres silenciosas. Con mano divina abrió la recia cerradura de las puertas de los hijos del Sol y el sol brilló para las bacantes[14].

Cuando Hermes, portador de la luz, puso fin a esta noche diurna, el soberano Deríades, pronunciando amenazas sin término, buscó al enjambre errante de las Basárides que habían escapado de la ciudad. Era como alguien que de noche se deleita entre sueños de inmensa riqueza con esperanzas irrealizables, mientras eleva en sus manos opulentas un torrente de tesoros de breve destino, alimentando la ilusión engañosa de más posesiones de ensueño. Mas cuando aparece la aurora de rosácea forma, se deshace de nuevo la visión del riquísimo sueño y se despierta con las manos vacías, sin sostener nada en ellas, una vez que ha arrojado lejos de sí el umbrío disfrute de los sueños, que embauca el sentido. Pues así, de igual manera, Deríades, que disfrutaba en tanto que las tinieblas recubrían las calles, pensando que tenía una presa presta a correr a su servicio en las Basárides, encerradas dentro de las puertas, no tenía más que una victoria engañosa, hecha de sombra, sin provecho alguno. Mas cuando la luna brilló y ya no pudo ver a las Bacantes — pues

---

el sueño con su caduceo o bastón mágico —como dios astuto y embaucador—, sobre los guardianes, rememorando acaso el sueño de Argo, el guardián de Io, al que dio muerte para liberar a esta amada de Zeus.

[14] La liberación de las Bacantes recuerda a otro pasaje, en los cantos dedicados a Penteo, donde son también liberadas de forma mágica (XLV 280-283).

todo se había esfumado como un sueño— lanzó un doloroso gemido [***][15]: estaba enojado con Zeus, Faetonte y Dioniso a la vez mientras buscaba a las Menálides huidas. En torno a las murallas cantaban las Basárides sin cintas en el pelo a voces de evohé.

Y Deríades salió en su busca por segunda vez. Se despertó Zeus en las cumbres del Cáucaso[16], deshaciéndose del ala del Sueño, y se dio cuenta del engaño astuto de la malévola Hera, pues vio a los Silenos huidos, observó a las Bacantes corriendo en tropel desde las encrucijadas y las murallas y también a Deríades, caudillo de los indios, más atrás cosechando Sátiros y segando mujeres, y a su propio hijo tendido en el suelo[17]. En torno a él se congregaban las ninfas formando una corona. Y él, en un torbellino de polvo, yacía con la cabeza pesada, exhalando un débil aliento y lanzando espuma blanca por la boca, testigo de la locura. Puso en evidencia las engañosas insidias de Hera la envidiosa. Le reprochaba a su embustera esposa con palabras hirientes. Y en verdad hubiera recluido al Sueño en el abismo oscuro, como compañero del sombrío Jápeto, de no ser porque la Noche, que domeña por igual a los dioses y a los

---

[15] Laguna, en la edición de Keydell (t. II pág. 188). Faltaría un discurso de Deriades engañado.

[16] El despertar de Zeus es también homérico, como todo el episodio del engaño al padre de los dioses (Hom., *Il.* XV 2). Sólo que en Nono despierta en las cumbres del Cáucaso indio en vez de hacerlo en el Ida cretense.

[17] Nono sigue de cerca a Homero en todo el pasaje (cf. *Il.* XV 9 sobre Héctor en el suelo). También es imitación homérica el torbellino de polvo de los versos 270-271 *(Il.* XVI 775) y el 277, sobre la Noche, «que domeña por igual a los dioses y a los hombres» *(Il.* XIV 259).

hombres, le rogó por él[18]. Calmando a duras penas su cólera destructiva, le gritó a Hera:

«¿No tuviste bastante con mi Sémele, Hera difícil de vencer, sino que todavía la hostigas aún después de muerta? ¿Ni siquiera ha calmado tu rencor sin límites la propia llama nupcial que se extendía por el lecho de Tione[19], golpeado por Zeus? ¿Hasta cuando atacarás a Dioniso Mataindios? Ten respeto de nuevo por tus antiguos yunques, pues son aún mis valedores; aquellos con los que ceñí tus pies en un nudo[20]. Y tú te quedaste por necesidad sin poder moverte, flotando por encima de la tierra, entre el éter y las nubes. Te vio el audaz Ares encadenada con nubes entretejidas volando sobre la tierra y no pudo ayudar a su madre. No valió para ello tampoco el fogoso Hefesto, pues no puede resistir ni una chispa del rayo llameante. Habré de atar de nuevo tus manos con el dorado lazo que ya conoces bien. A Ares lo cargaré de grilletes irrompibles y azotaré su cuerpo entero dejándole llagas incurables, atado en su camino a una rueda que gire sobre sí misma, como el errante Tántalo de aéreas vías o Ixión el vagabundo, hasta que mi hijo obtenga la victoria sobre los hijos de la India[21]. Pero le harías un favor

---

[18] El Sueño es, recordemos, el instrumento de Hera en la trama: convencido por Iris, que se metamorfoseó en su madre la Noche (XXXI 124-198).

[19] Se trata de la madre de Dioniso, según cierta tradición (Diodoro Sículo, III 62): se explica diciendo que Tione es el nombre «divino» de la madre de Dioniso, es decir, de Sémele tras su muerte y apoteosis. Aquí Nono mezcla variantes, como suele hacer, y menciona a las dos juntas.

[20] Cf. Hom., *Il.* XV 18 ss. Por su fiera cólera contra Heracles, en una ocasión Hera fue atada de pies y manos por Zeus y suspendida sobre el Olimpo, lo que le recuerda oportunamente su marido. Ningún dios fue capaz de liberarla y Hefesto sufrió la ira de Zeus al intentarlo.

[21] En el Hades, Tántalo e Ixión sufrieron dos suplicios legendarios y muy conocidos. El primero (cf. su mención en Hom., *Od.* XI 582), que

a tu Cronión si expulsaras la locura que aterra y fustiga a Dioniso. No le faltes a tu esposo, que está enojado; ¡vamos!, date prisa y ve rauda a las colinas de hermosos pastos de aquel bosque indio. Ofrécele tu pecho a Baco, como hizo mi madre Rea conmigo, para que puedas derramar en sus labios más formados tus divinas gotas, que le conducirán al Olimpo y harán accesible el cielo al terrestre Dioniso. Cuando hayas ungido el cuerpo de Lieo con tu leche, borra las espantosas manchas de esa enfermedad que le ha quitado la razón. Te daré a cambio de ello un honor digno, pues fundaré sobre el Olimpo un círculo semejante a tu licor, que lleve el nombre de la leche de Hera[22], a fin de honrar así al líquido que sale de tu pecho, dulce para todos y que aleja el mal. Tan solo guárdate de la amenaza de Zeus, amante de sus hijos, y no vayas a urdir otro engaño contra Dioniso.»

Y hablando así, despidió a su cónyuge Hera, la de eterno rencor, convertida a la fuerza en defensora contra el mal de Baco, pues debía apiadarse y mostrarse graciosa con el aterrorizado Dioniso, para verter en derredor del cuerpo de Bromio con sus propias manos las gotas de leche procedentes de sus senos, nodriza de dioses.

Hera no vaciló. Ungiendo el cuerpo de Lieo con el líquido divino de sus pechos, que alivian el dolor, alejó las manchas salvajes de la locura inspirada por la divinidad. Como contemplase la gallardía y la hermosura de Dioniso,

---

sirvió a su hijo en un banquete para que los dioses se lo comieran, tenía hambre y sed eternas, y estaba condenado a no poder saciarlas sumergido en un estanque y rodeado de aguas y frutales inalcanzables (aunque otra versión habla de una piedra que pendía sobre su cabeza siempre en equilibrio). Ixión trató de violar a Hera, pero acabó uniéndose con una nube que luego pariría centauros: como castigo por su osadía, estaba atado a una rueda en llamas que giraba sin cesar, aunque nunca moría.

[22] La Vía Láctea.

experimentó una doble envidia que ocultó su rostro mientras tocaba al enloquecido Baco con manos envidiosas. Tras despojarse de su túnica, desnudó el pecho repleto de ambrosía en torno a sus labios y apretó los celosos senos para que el líquido burbujease. Así lo revivió[23]. Mientras tanto medía toda la lozanía de Lieo, de luenga cabellera, con sus grandes ojos, preguntándose si alguna vez un vientre humano había dado al mundo tamaña belleza, si Ares, el que blande la lanza era así de grande, si tal era Hermes, Faetonte o Apolo el de voz hechizadora. Y deseó entonces tenerle en los cielos como esposo de Hebe, si no hubiera de ordenar tiempo después Zeus, el que gobierna en las alturas, que Heracles, de doce trabajos, le fuera destinado como marido[24].

Así que, como hubiese alejado la enfermedad de la locura de Baco, ascendió de nuevo al coro de los astros en lo alto, a fin de no contemplar al ejército desarmado de Dioniso combatiendo con la férula y los vinosos pámpanos y dando muerte a los guerreros con el simple tirso como arma letal.

Y el hijo de Zeus no descuidó el combate durante más tiempo, sino que, acorazando a sus guerreros, lanzó el grito de guerra que reúne a las tropas de vuelta a la batalla, mientras en sus manos matadoras de gigantes se enroscaba la hiedra que corta la piel:

«Combatid de nuevo con valor, pues en la guerra el campeón Zeus se alinea de nuevo junto a nuestras filas, propicio a su hijo Baco y desde los cielos llegó el coro de

[23] De nuevo, vocabulario e imágenes de resurrección en las *Dionisíacas* (cf. notas a XXV 451 y 524-542, y otros casos paralelos). Por otra parte, el texto está corrupto, según Keydell, en el verso 329.

[24] Hebe, escanciadora del Olimpo junto a Ganimedes, es la personificación de la juventud (de hecho, es lo que significa su nombre). Su matrimonio con Heracles se produce tras la apoteosis del héroe, acaso como símbolo de su recién adquirida inmortalidad (Diodoro Sículo, IV 39 2).

los inmortales para defender a Dioniso con sus escudos. Hera ya no está enojada. ¿Quién se enfrentaría al relámpago del Crónida? ¿Cuándo han resistido los cobardes enemigos si él se arma con su rayo? Yo me mostraré igual a mi padre, pues en la guerra mi Cronión venció a los Titanes terrígenas y yo también he de vencer a la estirpe de los indios, nacida de la tierra. Contemplad hoy tras la victoria portadora de pámpanos al terco Deríades como suplicante y al coro de los indios doblando su cuello ante el pacífico Dioniso y al río crecido con las aguas embriagadas del evohé. Habréis de ver a los enemigos junto a la cratera de Lieo bebiendo el agua rojiza de un río de vinoso curso. Y al osado monarca indio, encadenado por la hiedra de color de vino, rodeado por sus hojas y por los sarmientos de la vid, como si llevara cadenas semejantes a las que aun proclaman, temerosas de la divinidad, las Ninfas Nisíades[25], después de la ola de locura, como testigos de nuestro poder. Así, tras oprimir al enemigo de los dioses con el nudo de horca de la hiedra, mi fruto de esforzadas hazañas aterrorizó Arabia cuando Licurgo fue derrotado por aquel lazo de racimos.

Mas después de tantos ciclos de combates sucesivos, despojad a los enemigos del botín y los bienes del mar, los guijarros refulgentes, llevando a presencia de mi madre Rea a las mujeres arrastradas de los cabellos. Vengad a nuestras guerreras muertas, cuyo hado me atormenta con agudos pesares. En el corazón albergo a la vez cólera y angustia, porque veo a Deríades con vida y a Ofeltes que, sin recibir los honores fúnebres debidos, le reprocha tras su muerte a Lieo

[25] Probablemente es una alusión a Nisa, donde Nono sitúa el episodio de Licurgo, al que considera árabe (cf. XX 149 ss.). Al final, unas heroínas báquicas, transformadas en plantas y con Ambrosía a la cabeza, combaten a Licurgo en las *Dionisíacas* XXI 17 ss. A esto se refieren los versos siguientes.

que permanezca con manos ociosas[26]. Tampoco se armará ya Codone, ya no combatirá la desdichada Alcimaquia, veloz lancera. E incluso el propio Ebialo ha sido muerto y aún empuño mi tirso. Me avergüenzo por causa de Arestor tras el combate, pues temo que vaya a oír que al morir Ofeltes no halló valedor alguno. No puedo atravesar la ciudadela de los Coribantes en Creta, para no oír los llantos del padre Agelao por su hijo muerto, al enterarse del asesinato impune del perecido Anteo. Me avergüenzo de mostrarme ante Minos, pues en su cabaña sufre herido Asterio, a quien he de auxiliar con más razón que a los demás. Él tiene la estirpe de Europa y al salvarle traeré de vuelta a casa, sano y salvo para su padre, a mi pariente después de la guerra, para que no vaya a oír Cadmo que Asterio anduvo buscando a Dioniso mientras desertó de la batalla. Ea, luchad de nuevo y de una vez defenderé a todos al dar muerte al solo matador de tantos.»

---

[26] La muerte a manos de Deríades de Ofeltes, hijo de Arestor, y otros guerreros báquicos, como Anteo, hijo de Agelao o Ebíalo se produce en XXXII 186 ss. En honor de Ofeltes se celebraran unos juegos fúnebres en el canto XXXVII, a imitación evidente del modelo homérico. Por su parte, las Ménades Codone y Alcimaquia son muertas por Morreo en XXX 202-213 ss. Sobre Asterio, véase XIII 222 ss. Dioniso teme que se ofenda Minos, rey de Creta, porque Asterio es el jefe del contingente cretense (sobre este personaje, véase el trabajo de F. VIAN, «L'histoire d'Asterios le Crétois: Nonnos tributaire des Bassariques de Dionysios?», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 122 [1998], 71-78).

CANTO XXXVI

SUMARIO

— Transición: Dioniso y Deríades arman sus ejércitos, vv. 1-2.
— La batalla de los dioses, vv. 3-132: Los dioses se alinean con cada bando. Combate de Ares y Atenea, vv. 3-27. Combate de Ártemis y Hera, vv. 28-47. Hera se burla de Ártemis, vv. 48-77. Batalla entre los dioses Apolo y Poseidón. Pacificación y discurso de Hermes, vv. 78-132.
— Se reanuda la batalla entre los dos ejércitos, vv. 133-290: Preliminares entre los indios y arenga de Deríades, vv. 133-164. Los animales salvajes ayudan a las tropas de Dioniso, vv. 165-197. Escenas de combate, vv. 198-240. Las Ménades vencen a los indios: Coletes, derribado por Caropea, vv. 241-270. Escenas de combate entre Carminos y Curetes , vv. 271-290.
— Primer combate singular entre Dioniso y Deríades, vv. 291-390: Metamorfosis de Dioniso, vv. 291-333. Amenazas de Deríades y contraataque, vv. 334-353. Las plantas atacan a Deríades, vv. 354-381. Dioniso se apiada de Deríades, vv. 382-390.
— Tregua en el combate, vv. 391-480: Llega la noche, tregua después de años, vv. 391-398. Los Radamanes construyen una flota para Dioniso, vv. 399-423. Asamblea de los indios y discurso de Morreo, vv. 424-475. Tregua por tres ciclos lunares, vv. 476-480.

EN EL TRIGÉSIMO SEXTO, DESPUÉS DE SER MANCILLADO POR LA LOCURA, BACO SE ARMA CONTRA DERÍADES CAMBIANDO DE FORMA

Y tras hablar así infundió ánimos en los exultantes capitanes mientras Deríades, a la vez, armaba a sus guerreros uno tras otro. Los dioses que habitan el Olimpo, por separado, se alinearon con una u otra armada como caudillos de guerra. Unos eran valedores de Deríades, los otros de Lieo. Zeus el monarca de los bienaventurados, de elevado trono, sobre Cerne[1] sostenía la balanza de la guerra. Desde los cielos el acuático dios de oscura cabellera desafió al fogoso Helio, Ares a la de ojos de lechuza, Hefesto a Hidaspes y Ártemis la cazadora se opuso frente a frente a Hera, mientras Hermes, el de hermoso cayado, trabó combate con Leto.

El estruendo de doble resonar de la guerra divina bramó en uno y otro bando de los bienaventurados. Ares, el de siete codos de estatura, combatió sin cesar en la refriega con Tritogenia y empuñó su lanza impetuosa. Golpeó en medio de la égida de la invulnerable divinidad y arrastró la mies serpentina de la cabellera de Gorgona, hiriendo el hirsuto escudo de Palas. Y tras arrojar la punta afilada de su lanza irrompible

[1] Sobre la isla de Cerne, véase XXXIII 183. La escena que se desarrolla a continuación reproduce la batalla de los dioses en la *Ilíada* a imitación de Hom., *Il.* XX 31 ss. y XXI 385 ss.

con un silbido, ésta rasgó los rizos artificiales de la fingida Medusa. Mas la propia doncella de belicoso ánimo, Palas, la sin madre, blandió contra Ares su pica congénita, aquella que llevaba desde su nacimiento con el bronce de su misma edad cuando surgió de la cabeza paterna completamente formada. Y sobre la llanura hincó la rodilla, golpeado, el descomunal Ares, pero Atenea, poniéndole en pie de nuevo, le entregó a Hera, su madre querida, después del combate.

Ártemis la montesa rivalizó con Hera como valedora de Dioniso el montaraz y curvó su arco para apuntar sin yerro. Hera, con parejo celo en el combate, como hubiese tomado de Zeus una nube que le cubría los hombros, la usaba a modo de escudo irrompible. Y lanzando a su vez, una tras otra, sus flechas errantes a través del contorno del éter, Ártemis vaciaba su carcaj en vano sobre su blanco. Cubrió entera con sus dardos la nube infranqueable. Semejantes a las grullas, tal y como vuelan en un tipo de círculo alterno formado una corona, era la imagen de las flechas mientras cruzaban por los aires[2]. Los dardos estaban clavados en la nube sombría, mas tenía el velo sin desgarrar y las heridas sin sangre. Hera alzó un proyectil de piedra por entre los vientos, una roca con el lomo cubierto de granizo, y volteándolo con la mano acertó a Ártemis con tal dardo pétreo. Quebró los curvos contornos del arco la punta marmórea. Mas no detuvo entonces el combate la esposa de Zeus, sino que golpeó sobre el pecho de Ártemis, justo en el medio. Y ésta, golpeada por la helada lanza, dejó caer su carcaj sobre el suelo. La esposa de Zeus, entonces, le habló de esta manera riéndose[3]:

[2] Imitación de la *Ilíada*, en los vv. 36-37.

[3] Hera se burla violentamente de Ártemis en Hom., *Ilíada* XXI 481 ss.

«¡Ártemis, dedícate a tus fieras! ¿Por qué disputas con los que son superiores a ti? Sube a tus montañas. ¿Qué te importa esta lucha? Deja a Atenea las grebas de combate y ponte tus botitas de caza. Empuña de nuevo tus redes tejedoras de engaños, pues son los perros cazadores de fieras quienes matan por ti, no tus dardos alados. No tienes un dardo matador de leones, el sudor de tus insignificantes labores es como liebre cobarde. ¡Ocúpate de tus ciervos y de tu carro de hermosa cornamenta! Ocúpate de tus ciervos, ¿por qué has de honrar tú al hijo de Zeus, ese auriga de panteras y conductor de leones? Si así lo quieres, toma tu arco, porque Eros también empuña un arco. Oh virginal muchacha que rechazas el matrimonio, oh matrona de arduas labores[4], tú deberías llevar también el embarcadero de los amores, el cesto, que asiste en los nacimientos, junto con la diosa Pafia y Eros, pues gobiernas sobre los partos. Ea, márchate, vete a las cámaras de las mujeres parturientas como gobernanta del nacimiento de cumplida generación y arroja tus dardos de partos solamente sobre las mujeres; sé como el león junto a la joven que da a luz[5], sé matrona en vez de amante de la guerra. Deja ya de fanfarronear por causa de tu casta túnica, pues Zeus, el que gobierna en las alturas, adoptó la forma de tus miembros para unirse a doncellas que desconocían el amor y los bosques de Arcadia aún proclaman aquella imagen tuya robadora de lechos que condujo al matrimonio a Calisto, ignorante de amores[6]; y

[4] Ártemis también se encarga de los partos, pese a ser la diosa virgen por excelencia. Estas labores serán ocupadas más tarde por Ilitía, divinidad que se especializa en atender los partos.

[5] Imitación de Hom., *Ilíada* XXI 483.

[6] Zeus adoptó la forma de Ártemis para unirse con una de las ninfas de su séquito, Calisto, (cf. XXXIII 289). La ninfa fue expulsada del cortejo de Ártemis al estar embarazada de Zeus: al ir a bañarse Ártemis des-

aún se afligen las colinas por tu oso testigo, dotado de inteligencia, y le reprochan la falsa imagen de la Flechadora loca de amores, cuando ese galán femenino se metió en un lecho de mujer. Vamos, arroja de una vez tu carcaj inútil y abandona la lucha con Hera, que es más poderosa que tú. Combate como campeona, si así lo quieres, con Citerea, la que cumple los matrimonios.»

Así dijo Hera y pasó de largo dejando a Ártemis afligida. Febo la tomó en sus brazos entristecidos, embriagada por el miedo, sacándola del estruendo del combate. Y tras llevarla al interior de la floresta desierta, allí la dejó, y marchó velozmente, de vuelta a la batalla de los dioses.

El ígneo campeón hizo frente al paladín de las profundidades, pues Febo marchó al combate contra Poseidón. Puso su saeta sobre la cuerda y alzó el fuego con la antorcha de Delfos en ambas manos, pues era ambidiestro, de tal suerte que se armó el resplandor contra la fuerza de las olas y el arco contra el tridente. La pica llameante y los dardos de agua entrechocaron. Al tomar Febo las armas resonó con sones marciales su paterno Éter[7], en un estruendo de truenos. La tempestuosa trompeta de guerra batió, a su vez, con acentos marinos contra los oídos de Febo y Tritón, el de anchurosa barba, retumbó con su acostumbrada caracola; éste

---

cubrió su embarazo y se indignó, transformándola en osa. Zeus la convirtió en la Osa Mayor (cf. Ovidio, *Met.*, II 401 ss., Eratóstenes, *Catasterismos* I ss.). En 1632 Rembrandt hará figurar en un díptico la escena del embarazo de Calisto junto al castigo de Acteón. Tiziano también trabajó sobre el tema, como vemos en «Diana descubre la falta de Calisto» copia de una obra de Tiziano por Juan Bautista del Mazo que se conserva en el Museo del Prado de Madrid (cf. C. Luca de Tena y M. Mena, *Guía del Prado*, Madrid, Silex 1987, núm. 424).

[7] Se trata de la personificación del cielo superior, según aparece en Hesíodo (*Teog.* 124 ss.). Hijo de la Noche y el Érebo (la oscuridad), es una divinidad primordial. Es «paterno» por cuanto Febo representa aquí al Sol.

tenía una forma humana incompleta, pues desde la cintura era un pez verdoso[8]. Las Nereidas ulularon y mugió el Nereo árabe mientras agitaba su tridente asomándose desde el mar.

Como oyese el ruido extraordinario de la falange celeste, el Zeus subterráneo[9] bramó, no fuera a ser que el dios que agita la tierra, arañando el suelo azotado por los impetuosos terremotos de sus olas, alterase la armonía del universo con su tridente y para que, al mover los cimientos de los abismos terrestres, no hiciese visible el invisible asiento de la tierra y no fuera a desgarrar la vena entera de los canales de las profundidades, derramando su agua errante en las cavernas inferiores e inundando las mohosas puertas de bajo tierra.

Tal era el estruendo que se había producido al trabarse el combate de los dioses e incluso las trompetas subterráneas bramaron. Hermes el apacible, empuñando su bastón contuvo a ambos bandos contendientes y con una sola voz se dirigió a tres de los inmortales:

«Oh hermano de Zeus y tú, su hijo, ilustre arquero, dejad a las tempestades el fuego y el arco, y tú la punta de tu tridente. Que no se rían los Titanes de la lucha entre los bienaventurados y no se produzca de nuevo una guerra civil entre los inmortales, después de la discordia de Crono, amenaza del Olimpo. Que no haya de ver yo otro combate tras la disputa de Jápeto, ni incendie Zeus, encolerizado, toda la

[8] Tritón es una divinidad marina, que aparece aquí junto a Nereo y las Nereidas (cf. XXXIV 4). Se le considera hijo de Poseidón y Anfítrite, mitad hombre y mitad pez, muy parecido a Nereo (Hes., *Teog.* 930 ss.).

[9] Hades, hermano de Zeus y dios de los infiernos, según el reparto de poderes que se narra en Hesíodo (*Teog.* 73-74) y Homero (*Il.* XV 187-193). Se describen aquí de forma pintoresca los engranajes del mundo subterráneo.

tierra con su fuego por causa de Baco, el de tardío nacimiento, como sucedió con Zagreo, ni inunde otra vez los contornos del universo entero derramando su lluvia desde los aires[10]. Que no llegue a contemplar el carro de Selene empapado por mares aéreos, ni vea de nuevo Faetonte enfriado su resplandor fogoso. Cede ante el más viejo, el gobernador del mar, concédele esta gracia al hermano de tu padre, puesto que él, el dios que sacude la tierra, honra a tu Delos de entremares[11] como gobernante de las aguas. Que no cese tu amor por la palmera ni tu recuerdo del olivo. Oh, tú que sacudes la tierra, ¿qué nuevo Cécrope será juez en esta disputa? ¿Qué nuevo Ínaco concedió su ciudad a Hera para que te armes tú contra Apolo y a la vez contra Atenea, trabando nuevo combate tras aquella antigua disputa con Hera?[12]. Y tú, padre del gran Deríades, tú que llevas cornamenta[13], cuídate del resplandor de Hefesto después de la lámpara de Baco, no sea que te incendie con su rayo de ígnea punta.»

---

[10] Tras la muerte de Zagreo, Zeus, encolerizado, provoca un diluvio universal (cf. VI 206 ss.). La lucha contra los Titanes también supuso una conflagración universal (cf. HES., *Teog.* 687 ss.).

[11] La isla de Delos (antes Ortigia) anduvo errante hasta que, en agradecimiento por haber sido el lugar donde la perseguida Leto —madre de Apolo y Ártemis— diera a luz, quedó fijada por cuatro columnas (cf. CALÍM., *Himnos* IV 37 ss.).

[12] Se refiere, por un lado, a la disputa entre Posidón y Atenea por la ciudad de Atenas, en la que Cécrope fue árbitro (cf. notas a XXVII 112 y 282). En segundo lugar, hay una mención a Ínaco, río-dios de la Argólide, que fue juez de otra disputa entre dioses: Hera y Posidón se disputaban Argos y el río falló a favor de la diosa. Posidón lo maldijo y desde entonces su curso se seca cada verano. También se le considera padre de Foroneo (que en algunas versiones es el juez) e Io, una amada de Zeus (cf. PAUSANIAS, II 15 5).

[13] Apóstrofe al río Hidaspes, padre de Deríades.

Y hablando así hizo cesar la guerra civil entre los dioses. Entonces, el insensato Deríades, el de profunda cólera, se lanzó en un combate renovado como viese a las Bacantes incólumes. Al contemplar así, sano y salvo, también a Dioniso, exhortó al combate a sus capitanes que habían desertado. Y contra todos juntos, infantes y jinetes, lanzó esta bárbara amenaza desde su garganta de grave resonar:

«En el día de hoy o bien arrastraré yo mismo a Dioniso de sus cabellos o las huestes báquicas aniquilarán a la raza de los indios. Vosotros haced frente a los Sátiros con la necesidad que aleja el peligro, que Deríades se armará contra Dioniso. Dadles fuego a las hojas de la viña y a los variados órganos de Baco e incendiad sus tiendas de campaña. Traed a presencia del orgulloso Deríades a las Menálides esclavas. Reducid a cenizas los tirsos enemigos por medio del fuego. Y tras segar la mies de muchas cabezas de los Silenos de cuernos de buey y los Sátiros con el hierro destructor, adornad todo el palacio con sus cabezas de cuernos de buey. Que no vuelva Faetonte sus caballos resplandecientes de fuego hacia el ocaso antes de que yo arrastre a los Sátiros y a Baco cargados de grilletes, y a éste último oprimido y llevando sobre el pecho su túnica moteada hecha jirones por mi pica, tras haber arrojado el tirso. Incendiad con mi antorcha la vinosa cabellera de las mujeres de luengos bucles. Vamos, tened coraje y tras la contienda índica entonaréis un himno para celebrar la victoria gloriosa de Deríades, de suerte que a cualquier ejército de hombres, incluso en generaciones venideras, se le erizarán los cabellos al enfrentarse con los invencibles indios, hijos de la Tierra[14].»

[14] La idea de gloria perdurable que persigue Deríades es un reflejo del *kléos* homérico, expresado en HOM., *Il.* III 353.

Así dijo, y pasando de uno a otro exhortaba a sus guerreros y a los conductores de elefantes de vida desmesurada, y dispuso a los regimientos de infantería en orden de combate, formando una torre compacta de combatientes. Pero Dioniso, el de tirso enloquecido, con igual celo en la batalla embriagó hacia el combate a las cohortes de fieras que habitan en los desiertos. Estos guerreros criados en los montes danzaron rugiendo en frenesí báquico bajo la fusta de la divinidad. Más de una fiera enloquecida puso en guardia sus fauces: serpientes que escupían veneno desde sus colmillos devoradores de carne cruda lanzaban por los aires manantiales de ponzoña a gran distancia, con la siseante boca abierta de par en par y la garganta mugiente, mientras brincaban de un lado a otro. Lanzándose contra los enemigos, los dardos serpentinos tenían un blanco espontáneo. Ceñían el cuerpo de los indios que eran apresados por sus anillos curvos y sus hileras oprimían los pies de los mortales cuando emprendían la huida. Las mujeres, llenas de ardor guerrero, imitaban la forma de luchar de Fidalía[15], flechadora de dragones, la cual una vez, sintiendo el aguijón del femenil combate, venció a sus enemigos con bucles serpentinos. Y una de ellas, arrojándolo desde sus fauces como lanza de sombra prolongada, escupió un venenoso proyectil sobre Deríades y con esas gotas letales quedó impregnada su coraza de acero. Muerto yacía en el suelo, golpeado por un dardo viviente, un cadáver inerte, albergando una flecha que se movía. Una pantera saltó por los aires con un impuso de sus pezuñas, alzándose sobre el curvado lomo de un elefante de rectas patas. Se quedó firme sobre la cabeza de la fiera,

[15] Esposa de Bizante, hijo de Ceróesa y fundador de Bizancio (cf. XXXII 70). Fidalía salvó Bizancio durante el sitio de la ciudad por los escitas al arrojar, junto con otras mujeres, serpientes por las murallas (de ahí su calificación de «flechadora de dragones»).

impidiendo el caminar de los elefantes de largas patas. Cayó una gran muchedumbre y un terrible rugido brotó de las gargantas de profundo resonar de los leones que habitan los páramos. Uno que temblaba ante el mugido de un toro cayó a tierra como viera la formidable cornamenta del toro, que apuntaba de forma oblicua hacia los aires como una lanza. Otro huyó despavorido, dando saltos de un lado a otro, y se le erizaron los cabellos de miedo ante las fauces de un oso. Los perros del invencible Pan ladraron a la vez, unos tras otros, con resonantes gargantas, a la vez que las otras bestias mugían; y los indios de oscura faz temblaron ante este combate aullador[16].

A uno y otro lado se había trabado a la par la batalla. La tierra sedienta se preñó con el crúor de la matanza, de los que caían muertos por aquí y por allá. Lete[17] se lamentaba por la gran cantidad de muertos que eran derribados por doquier. Hades levantó su sombría barrera con las manos y abrió las puertas anchurosas de sus palacios, que se llenaban a izquierda y derecha, y al precipitarse en el abismo resonaron las riberas de Caronte con un rugido del Tártaro.

Hubo un gran estruendo como llamada a la lucha y las heridas que habían recibido los enemigos muertos eran de gran variedad. Uno de ellos se derrumbó desde su montura, golpeado en el cuello; otro por el contorno circular de la tetilla tenía el pecho atravesado y todavía otro había saltado de su carro herido de través por la mitad de los ijares. Otro más, herido por un dardo de buena punta muy cerca del om-

---

[16] Adjetivo homérico: se aplica a los perros en *Od.* XIV 29 o XVI 4.

[17] Leteo es la fuente infernal de la que beben los muertos en el Hades para olvidar su vida anterior, mientras que Lete es la personificación del olvido en HES., *Teog.* 227 ss. Ambos parecen confundidos en este personaje que acaso se lamenta por todo el trabajo que le dan tantos muertos.

bligo, ya acompañaba a su cercana muerte rodando de cabeza. Aquél fue herido en medio, sobre la cintura, y ése fue alcanzado por la espalda. Otro aún cayó en su huida, atravesada su espina dorsal por una lanza, tras abandonar a pie a su caballo veloz como la tempestad, que fue también herido. Y otro más, un joven imberbe derribado, se lamentaba por la pérdida de su juventud criada con él. Y hubo uno cuyo hígado fue desgarrado por una flecha de incurables heridas y golpeó el polvo cayendo de cabeza desde su elefante. Mientras hundía su cabeza sobre la llanura y hacía girar las manos, abrazaba con tristes brazos la tierra ensangrentada.

Hubo un guerrero que se enfrentó de lado con un jinete. Había llenado la cuenca de su escudo con polvo del suelo y plantó firme el pie sobre la llanura para recibir la acometida del hombre. Extendiendo el escudo de variado ornato con mano valerosa, cegó por completo la vista del caballo con los guijarros. El caballo, agitando las crines polvorientas y moviendo como loco la cabeza, hacía un gesto parecido al asentir. Escupió el bocado curvo de sus riendas decoradas con piedras preciosas. Como se llenaran de espuma por completo sus quijadas de dientes curvados, se impulsó hacia lo alto y sacudiendo el cuello erguido, se plantó en el suelo, enloquecido y sin riendas, sobre las patas traseras, y levantando el polvo con los cascos lanzó volando hacia la llanura a su jinete. Pero el sanguinario guerrero corrió velozmente hacia el hombre que había sido derribado con su rauda espada desenvainada. Y mientras estaba tendido sobre la llanura le cortó el cuello al oscuro guerrero. Mas el potro, aterrorizado, se perdió errante, al escuchar el sonido del látigo de un auriga cercano, pasando por encima de su jinete muerto y digno de lástima, que yacía recién derribado, palpitando aún sobre el polvo.

Y el descomunal Coletes, difícil de vencer en combate, que tenía un enorme cuerpo, de nueve codos de estatura, semejante a Alcioneo[18], luchaba frenético entre las filas del enemigo báquico. Deseaba arrastrar a la falange de las Basárides después del combate hasta el lecho sin dote de unos himeneos forzados y luchaba con una esperanza vana tamaño varón, que era cual el osado Oto, el que atravesó el éter de arduo pasaje pues sentía deseo del sagrado lecho de la Flechadora, que ignora las bodas, o cual Efialtes, que ansiaba unirse a la pura Atenea, cuando, alto como las nubes, cargó contra el Olimpo. Tal era Coletes el soberbio, alto como los cielos, y tenía la sangre enemiga de los dioses de su ancestro terrígena, el primer antepasado de los indios. Era su figura lo bastante enorme para apresar al impetuoso Ares, como ya hicieran los hijos de Ifimedea. Mas aunque así era, una mujer, Caropea, gobernanta de la danza báquica, le dio muerte con una piedra afilada[19].

Y hubo alguno que, al ver que la muchacha de altivo cuello le vencía en hazañas, mezclando admiración con ira, le dijo estas trémulas palabras:

«¡Ares, Ares, deja ya tu arco, tu escudo y tu lanza! ¡Ares, te han despojado! Abandona el Cáucaso, pues Dioniso ha traído a la batalla a unas Amazonas distintas, matadoras de hombres. Sin escudos hacen rodar a hombres arma-

---

[18] Alcioneo es el gigante que aparece en XXV 90. Coletes, un guerrero indio, hace su primera aparición aquí. Se le compara con los gigantes Oto y Efialtes, hijos de Aloeo e Ifimedea, que encerraron a Ares en una tinaja (cf. HOM., *Il.* V 385-391) e intentaron alcanzar el cielo, por lo que fueron castigados (HOM., *Od.* XI 305 ss.).

[19] No sabemos quién es esta bacante, pero su nombre es de resonancias báquicas. Hay un personaje, llamado Cárope, que ayudó a Dioniso en su lucha contra Licurgo: como agradecimiento, Dioniso le enseñó sus ritos y le hizo rey de Tracia (lo refiere DIODORO SÍCULO, III 65 5).

dos. Trajo a sus mujeres no de tu Termodón[20]. Yo mismo he visto una imagen extraña e increíble. No llevan escudo sobre los hombros, no empuñan una lanza poderosa las Amazonas de Dioniso. ¡No tal! No cumplen sus hazañas de esta forma las mujeres del Cáucaso, de hermosas corazas. Las Bacantes arrojan sus picas de hojarasca desde sus manos amantes de los retoños y no necesitan hierro. ¡Ay de mí! ¡Ay de Deríades el insensato, pues las mujeres desgarran las corazas de bronce con las uñas!»

Así dijo, asombrado ante el dardo pétreo que la Bacante había tomado para dar muerte a tamaño varón de elevada testa.

Y Deríades corrió inalcanzable entre las inspiradas Bacantes y dio caza a Caropea, la que arrojaba piedras. Ella, en su huida, luchó valerosa al lado de Dioniso, arrojando su tirso bien florido en medio del combate del evohé. Deríades, sin embargo, destruyó con su acero a Oritalo, que era de la tribu de los Curetes, habitante de la tierra abántida[21]. Enojado el príncipe de los abantes, Meliseo, por la muerte de su compañero, cayó sobre el rey de los carminos, Cílaro, clavándole su espada afilada en el cuello, y sobre Logásides, el cual estaba solo, ya que era un experto luchador e importaba a Deríades más que el resto de sus indios de lanza audaz [***][22] y era el preferido del soberano, después de Morreo. A menudo participaba de una misma mesa con Orsíboe y su

[20] Termodón es la patria de las Amazonas, cuya reina Pentesilea, hija de Ares, fue muerta por Aquiles (cf. XXXV 28).

[21] Oritalo es desconocido, seguramente inventado por Nono. Los abantes son un pueblo de Eubea que ya es mencionado en Hom., *Il.* II 536 ss. Nono le hace compañero del Curete Meliseo, que aparece en XIII 145, dentro del contingente eubeo. Con respecto a los indios Cílaro y Logásides, pertenecen al contingente de la ciudad de Carmina, capitaneado por Quilaro y Astreo, hijos de Brongo (XXVI 219).

[22] Laguna según la edición de Keydell.

señor, como compañero de banquete de las hijas del rey, pues en ambas cosas, lanza y entendimiento, aventajaba a los de su misma edad. Y aquí muchos caudillos trabaron combate con otros tantos campeones. El alto Halimedes, de veloces pies, luchó contra Peucetio, Marón se armó contra Flogio y Leneo contra Tureo.

El padre Cronión inclinó la balanza de la guerra y Dioniso combatió al fuerte Deríades mezclando el tirso con la lanza. Ora ante el guerrero portador de lanza que le arrojaba su pica, mutando su apariencia cambiante[23], se revestía con muy variadas visiones de todo tipo de forma [***][24]; ora tomaba sus armas transformado en una llama enloquecida y tempestuosa, agitándose en su resplandor curvo con humo danzante. Otras veces fluía como agua engañosa, hinchándose en olas y disparándole un dardo húmedo. Y tras metamorfosearse en una figura parecida a un rostro de león, levantó erguidas sus fauces hacia los aires, derramando un rugido salvaje desde su garganta de espeso pelaje, como si fuera el tronante clamor de su padre. Y tras esta apariencia tan variegada de rostro sombrío, cambió a otra forma y

[23] Las extrañas metamorfosis de Dioniso en su combate singular con Deríades recuerdan las del episodio de Dioniso Zagreo (VI 174-205): aquí Dioniso se transforma en llamas, agua, león, árbol, pantera, fuego errante, león (de nuevo) y jabalí. En el episodio de Zagreo se sigue un plan predeterminado de nueve fases: primero atraviesa las cuatro edades del hombre (un adulto Zeus, un anciano Crono, un recién nacido y un adolescente) y a continuación se transforma en cinco animales diferentes (león, caballo, serpiente, tigre y toro). P. Chuvin ha tratado de explicar estas metamorfosis buscando antecedentes, por ejemplo, en Euríp., *Bac.* 1017 ss. (en *Nonnos de Panopolis, Les Dionysiaques.* Tome III: Chants VI-VIII, París, Belles lettres, 1992, págs. 153-4). Sin embargo, el número nueve no parece casual y pudiera responder a una tradición neoplatónica, mientras que los diversos animales de la metamorfosis recuerdan al «archianimal» órfico Fanes (cf. Proclo, *Coment. Tim.* I 427 ss.).

[24] Keydell marca una laguna en su edición. El texto está corrupto.

brotó semejante a un retoño de la tierra, formado por sí mismo, inalcanzable, tocando el éter, como si fuera un pino o un plátano. Al transformarse su cabeza, la híbrida cabellera creció como árbol de follaje artificial y su vientre se tornó descomunal. Las manos formaron ramas y la túnica una corteza mientras los pies enraizaban. Haciendo entrechocar sus ramas resoplaba sobre la faz del rey combatiente. Después tejió una fingida apariencia de miembros moteados, saltando hacia delante por los aires transformado en pantera con el impulso de las pezuñas, y se encaramó a la cerviz de su elefante de gran altura, avanzando levemente. Y el elefante, agitando de lado su carro, lanzó sobre la llanura a su auriga, enemigo del dios, sacudiéndose las resplandecientes riendas y los curvos contornos del bocado.

Mas ni siquiera al caer cejó el enorme caudillo en su empeño, sino que combatió a Lieo incluso cuando se había transformado e hirió a la pantera con su pica. Y el dios cambió otra vez de forma, pues se lanzó como fuego errante calentando el cielo y blandiendo un dardo llameante por los aires, mientras recorría el velludo pecho de Deríades en círculo alrededor de su torso. Su coraza árabe se ennegreció en los blancos costados al recibir los chorros del humo que venía de lo alto y ser alcanzado por sus chispas. El yelmo, asimismo, alcanzado por el fuego, se calentó bajo la cimera medio quemada de su abrasado portador. [***][25]. Y después

[25] Keydell marca aquí una laguna. El texto parece muy corrupto en este canto y algunos estudiosos creen que es señal de que el poema fue dejado incompleto (cf., por ejemplo, la tesis de P. Collart, *Nonnos de Panopolis: Études sur la composition et le texte des Dionysiaques*, Le Caire, Publications de l'Institut Français d'Archéologie Orientale, 1930, págs. 209-210). Por otro lado, este pasaje, en el que Deríades se ve atacado por el fuego, es paralelo a el episodio de Penteo, otro rey impío que también sufre la hechicería de Dioniso en XLV 332-358.

de transformarse en un terrible león, se convirtió en errante jabalí, que abría el gran hueco de su mandíbula de frondoso pelaje y acercando la cerviz al vientre de Deríades se plantó firme con el impulso de sus patas traseras arañándole sus ijares por el medio con sus garras afiladas.

Mas Deríades el soberbio luchó con etéreos fantasmas, pues albergaba una esperanza vana: solo quería agarrar aquella sombra inalcanzable con brazos que no podían tocarla. Clavó su lanza en la cara fingida de un león mientras derramaba un torrente de palabras amenazadoras sobre Baco el multiforme:

«¿Por qué te escondes, Dioniso? ¿Por qué prefieres el engaño al combate? ¿Acaso cambias de forma tantas veces porque temes a Deríades? La pantera del huidizo Dioniso no me impresiona. Lanzo mis flechas contra tu oso, corto tu árbol con mi espada. Yo mismo desgarraré también los costados de tu fingido león. ¡Vamos! Armaré contra ti incluso a los inermes brahmanes[26], pues aunque ellos van desnudos, son sabios y conocen cánticos que honran a los dioses y

---

[26] Los griegos tenían ciertos conocimientos sobre la India: los brahmanes se hicieron populares a partir de lecturas como la *Vida de Apolonio de Tiana* (I 2 8, II 15 23, III 10-15) o la *Geografía* de ESTRABÓN (XV 1 59 ss.). El conocimiento de Nono es mucho más reducido, a juzgar por sus descripciones de la India, que es un país fantástico y lejano, aunque se puede hallar tras los nombres helenizados una realidad india (cf. J. W. MACCRINDLE, *Ancient India as Described in Classical Literature*, «The Dionysiaka of Nonnos», Amsterdam, Philo Press, 1971, págs. 197-200 y P. CHUVIN, *Mythologie et géographie dionysiaques*, págs. 286-294): para Nono los brahmanes son unos magos fabulosos que andan desnudos, a imagen de los gimnosofistas. Posteriormente, viajeros como COSMAS INDICOPLEUSTES (es decir, «navegador de la India») volverán a abrir los caminos de la India. Cosmas vivió en el siglo VI, en época de Justiniano, y describió en su obra *Topographia Christiana* (ed. MONTFAUCON, en MIGNE, *Patrologia Graeca*, vol. LXXXVIII, París 1864) la India y Ceylán.

muchas veces han atrapado a Selene, que se parece a un toro sin uncir que cruzara el éter, haciéndola descender de los cielos, y muchas otras veces han detenido en seco el curso de Faetonte, el auriga que nunca se detiene, sobre su carro apresurado.»

Así dijo, mirando hacia todas partes para ver los fantasmas de diversa figura de Baco con ánimo incrédulo. Con un empeño inexorable aplicó sobre Dioniso un tipo de filtro con la esperanza de vencer al hijo de Zeus con artes de iniciado.

Y he aquí que el dios, al ver que el teómaco mortal persistía en su insensatez, hizo brotar una vid como baluarte contra su enemigo[27]. El retoño de bellos racimos vinosos de origen divino, que reptaba poco a poco hacia el carro de argénteas ruedas, oprimió a Deríades con sus amenazadores pámpanos, que ya le impedían moverse, envolviéndole en derredor. Lanzando bucle sobre bucle, recién brotados de la planta, hacía sombra sobre el rostro del furibundo rey y se agitaba rodeando al hombre por completo. Como creciera espontáneamente en espiral con su fragante fruto, embriagó a Deríades. Trenzó de grilletes sin hierro sus pies y enraizó las patas de sus elefantes uncidos a un mismo yugo [***][28] de hiedra irrompible. Ni siquiera los afilados garfios de la rémora[29] cuando atrapa la nave que surca el ponto, la pue-

[27] Como contra Licurgo (cf. el episodio narrado en XX 149 ss.), las plantas báquicas —hiedra o vid— son un arma muy poderosa para Dioniso. Deríades, otro enemigo del dios, lo experimenta aquí, como Licurgo en XXI 17 ss.

[28] Nueva laguna según nuestro editor.

[29] Referencia a la rémora o «atrapanaves» *(echenēís)*, el pez que, se creía, era capaz de detener el curso de las naves. Nono lo menciona anteriormente en XIII 114 y XXI 45 ss. siguiendo una tradición que se remonta a Esquilo *(Agamenón* 147-150) y Opiano *(De la pesca* I 212). Sobre este tema hay un artículo de D. Zoroddu, «Un pesce di nome

den retener tan firmemente en el mar con su lazo de afilados dientes. Y así sucedía exactamente: en vano el auriga fustigaba a sus elefantes con el látigo de profundo resonar para que avanzasen, arañando su lomo desobediente con espuelas muy agudas. Tamaño príncipe indio, a quien ni siquiera una multitud de lanzas hubiera podido matar, fue vencido por aquel espiral y vinoso caudillo. Deríades, envuelto en el retoño de la vid que sujetaba su garganta, se asfixiaba ahogado por esas bridas sinuosas. Por más que se esforzaba no podía moverse, sino que se liaba aún más con voz enloquecida, aunque podía emitir un tenue ulular desde su garganta temerosa del dios, vertiendo lágrimas de súplica entre señas silenciosas. Tendió una mano sin habla en un silencio testimonial que proclamaba todo su tormento. Una voz eran sus lágrimas. Y Dioniso, tras dispersar su vid de muchos lazos, rompió los grilletes de hermosos racimos que apresaban a Deríades, y aflojando su hiedra espiral, desató la corona de vid que anudaba la cerviz de los elefantes, atados unos a otros. Mas no se desdijo Deríades del acostumbrado clamor de sus amenazas cuando escapó de las cadenas de madera que formaban los pámpanos de luengos retoños y de su forzosa prisión retorcida sobre sí misma, sino que, de nuevo, tornose el caudillo un enemigo de los dioses. Tenía la mente dividida entre destruir a Baco o convertirlo en su esclavo.

Mas la oscuridad que les rodeaba por todos lados interrumpió el combate en ambos bandos y se trabó batalla tras la noche. Otra vez la Aurora que alterna con ella les armó al despertarles de sus lechos soñolientos.

'echenêis': storia di un prestito eschileo in Nonno di Panopoli e altre esperienze intertestuali», en *Discentibus obvius: omaggio degli allievi a D. Magnino*, Como, 1997, págs. 127-142.

No llegaba aún el fin de las fatigas para el apremiado Dioniso, sino que después de ciclos de tantos años que rodaban uno tras otro, en vano retumbaba la trompa de guerra al compás de Enialio. Mas ya la expedición báquica de tardo fin se desarrollaba aún con más frenesí guerrero, tras haber dado la vuelta a la meta de los años de guerra muchas veces.

Y no despreciaron a Dioniso, enfervorecido en el combate, ni dejaron al cuidado de los vientos desmemoriados sus órdenes los Radamanes Dicteos[30], actuando con un mismo ánimo, sino que construyeron unas naves de combate para Lieo. Por los bosques, unos de una parte y otros de otra, se afanaban con diligencia. Uno redondeaba las clavijas, otro se esforzaba en medio de la quilla y un tercero, entretejiendo el entablado de la cubierta derecho sobre las cuadernas que se alternaban, armaba los mamparos de la nave, y adaptándolas las clavaba a las luengas regalas. Un constructor árabe irguió en medio de la profunda crujía[31] el mástil que se podía ver en lo alto y se guardaba para las velas desplegadas. Además, para su cima, expertos en las artes del diestro Hefesto y de Atenea, torneaban la pieza de madera para redondearla.

Así se esforzaban con un arte inimitable y construían naves para Baco. Y Dioniso, angustiado por el combate, se acordaba de la profecía de su Rea: el fin de la guerra llegaría cuando los de Baco sostuvieran un combate naval con los indios.

Y Lico, almirante que hendía la superficie de las olas, sirviendo por indicación irrevocable de Dioniso, capitaneó

[30] Los Radamanes son genios del Ida, el monte cretense en donde se crió Zeus. Son expertos armadores y navegantes, a las órdenes de Minos en XXI 306.

[31] Travesaño donde se encaja el mástil.

su carro de mar que surcaba su camino sin mojarse hasta el lugar donde los sabios Radamanes, viajeros que recorren mares lejanos, habían construido las naves para Dioniso el de marinos combates. Y en ese momento el Tiempo circular había girado ya hasta el sexto año tras dar la vuelta a la carrera de cuatro estaciones [***][32].

Entre tanto Deríades, portador del cetro, convocó en la plaza pública a toda la estirpe de los indios de negra piel. Con sandalia apresurada el heraldo anduvo reuniendo al pueblo de variadas lenguas y al punto se congregaron las filas de indios que se extendían por todas partes, sentados en hileras unos tras otros sobre asientos. El príncipe Morreo se dirigió al pueblo reunido:

«Vosotros sabéis bien, amigos, todos vosotros, las hazañas que llevé a cabo en las cumbres del Tauro hasta que la tierra de Cilicia y la estirpe de los asirios dobló su cuello servil bajo el yugo de Deríades. También sabéis cuántas gestas he cumplido en combate contra Dioniso, luchando contra los Sátiros y cortando con mi acero segador las cabezas enemigas de la raza de cuernos de buey. Sabéis que tras arrastrar a una multitud de Basárides encadenadas se las ofrecí a Deríades como botín del combate; y después de darles muerte se tiñeron de rojo con su sangre las calles de hermosas losas de nuestra ciudad. Otras, en danza por los aires, fueron asfixiadas por un lazo de horca bien trenzado en el cuello. Otras probaron una muerte submarina, sepultadas en una caverna excavada en el suelo. Pero de nuevo he tejido en mi mente una idea mejor para mis compatriotas. He oído que los Radamanes, con algún arte de carpintería, han construido barcos para Dioniso, el que huye del combate. Comoquiera que sea, no tiemblo ante esas maderas de

[32] Nueva laguna tras el verso 423.

batalla naval, pues ¿cuando dieron muerte en la guerra unas mujeres con sus ramitas a un varón que empuñe sus armas desde naves portadoras de escudos? ¿Cuándo el enloquecido Pan, de prominente cornamenta, el que recorre los montes, ha destrozado las naves de los indios con sus garras afiladas? El Sileno no puede hundir los barcos de guerra con su férula, arañando las aguas de sordo fragor, pues es inútil para el combate, saltando en un baile de sangre con paso frenético, en un cortejo portador de muerte. Así, tampoco en el ponto podrá destruir a un hombre atravesándolo con sus cuernos de toro, ni se mostrará tan cerca para cortarle en dos por el medio de los ijares, sino que, golpeado, caerá de cabeza en una muerte sin sepultura, yaciendo entre las olas. Y las Bacantes se precipitarán, heridas por luengas lanzas, en las profundidades del mar manchadas con su sangre. También destrozaré los buques de Dioniso dando vueltas a mi lanza de combate naval, que mide veinte codos, a través del casco.

Ea, compañeros, luchad con convencimiento, y que ninguno tiemble al ver las filas de naves enemigas y báquicas, pues los indios están acostumbrados al combate naval y son aún más diestros en la mar que peleando en tierra. No he de saquear ya las ciudades de los Sátiros con mi acero invencible, sino que arrastraré de los cabellos en vez de a doscientos capitanes a uno solo, a Dioniso, ese loco afeminado, para que se convierta en siervo de Deríades.»

Y hablando así, Morreo, de mente astuta, persuadía a Deríades, difícil de embaucar. Las gentes en armas aclamaron y loaron sus palabras y tronó un clamor al unísono desde todas las gargantas a la par, como si fueran olas que rompían. El soberano disolvió la asamblea pública y envió un heraldo a Bromio para declarar la guerra por mar a Baco, que ya lo estaba deseando.

Mas ambos a una pospusieron el combate durante tres ciclos lunares, hasta que terminasen de enterrar a las hileras de muertos que habían caído en la lucha. Y hubo, pues, una paz de breve duración, que no andaba lejos de la guerra, al desplegarse una calma que estaba, sin embargo, preñada de batallas.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL

Págs.